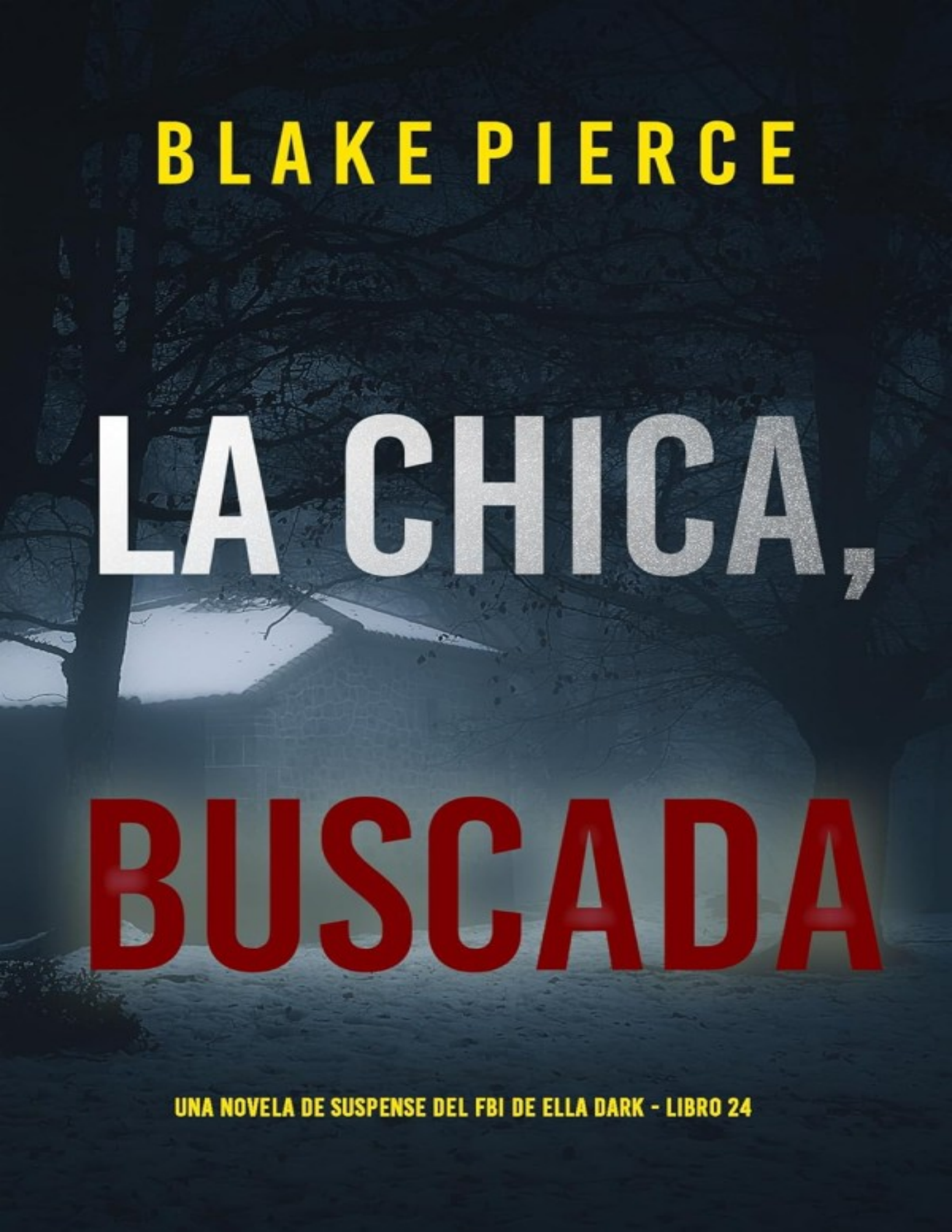




BLAKE PIERCE

LA CHICA,

BUSCADA

UNA NOVELA DE SUSPENSE DEL FBI DE ELLA DARK - LIBRO 24

LA CHICA BUSCADA

**(UNA NOVELA DE SUSPENSE DEL FBI DE ELLA DARK -
LIBRO 24)**

B L A K E P I E R C E

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor más vendido de USA Today de la serie de misterio RILEY PAGE, que consta de veintitrés libros. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, que comprende catorce libros; de la serie de misterio AVERY BLACK, que comprende seis libros; de la serie de misterio KERI LOCKE, que comprende cinco libros; de la serie de misterio MAKING OF RILEY PAIGE, que comprende seis libros; de la serie de misterio KATE WISE, que comprende trece libros; del misterio de suspense psicológico CHLOE FINE, que comprende seis libros; de la serie de thrillers de suspense psicológico JESSIE HUNT, que comprende cuarenta y tres libros (y contando); de la serie de thrillers de suspense psicológico AU PAIR, que comprende tres libros; de la serie de misterio ZOE PRIME, que comprende seis libros; de la serie de misterio ADELE SHARP, que comprende dieciséis libros, de la serie de misterio acogedor EUROPEAN VOYAGE, que comprende seis libros; del thriller de suspense FBI LAURA FROST, que comprende once libros; del thriller de suspense FBI ELLA DARK, que comprende treinta y un libros (y contando); de la serie de misterio acogedor A YEAR IN EUROPE, que comprende nueve libros, de la serie de misterio AVA GOLD, que comprende seis libros; de la serie de misterio RACHEL GIFT, que comprende veintitrés libros; de la serie de misterio VALERIE LAW, que comprende nueve libros; de la serie de misterio PAIGE KING, que comprende ocho libros; de la serie de misterio MAY MOORE, que comprende once libros; de la serie de misterio CORA SHIELDS, que comprende ocho libros; de la serie de misterio NICKY LYONS, que comprende ocho libros, de la serie de misterio CAMI LARK, que comprende diez libros; de la serie de misterio AMBER YOUNG, que comprende ocho libros; de la serie de misterio DAISY FORTUNE, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio FIONA RED, compuesta por trece libros; de la serie de misterio FAITH BOLD, compuesta por veinte libros (y sumando); de la serie de misterio JULIETTE HART, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio MORGAN CROSS, compuesta por dieciocho

libros; de la serie de misterio FINN WRIGHT, compuesta por once libros (y sumando); de la serie de suspense SHEILA STONE, compuesta por catorce libros; de la serie de suspense RACHEL BLACKWOOD, compuesta por ocho libros; de la serie de suspense psicológico THE GOVERNESS, compuesta por nueve libros (y sumando); y de la nueva serie de misterio JENNA GRAVES, compuesta por diez libros (y sumando).

Blake, un ávido lector y fanático de toda la vida de los géneros de misterio y suspense, está encantado de saber de usted, así que no dude en visitar www.blakepierceauthor.com para obtener más información y mantenerse en contacto.

Copyright © 2025 de Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Salvo lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma o por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico tiene licencia únicamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no fue comprado solo para su uso, por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente.

Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Imagen de la cubierta Copyright Mimadeo utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

CONTENTS

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA
CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE
CAPÍTULO CUARENTA
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES
CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO
CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Los domingos por la noche pertenecían a las muñecas. Eleanor Calloway no lo quería de otra manera. Puede que el resto de Chesapeake se estuviera acostando, pero Eleanor tenía trabajo que hacer. Trabajo de verdad. No los días tediosos que pasaba en la biblioteca, viendo cómo los usuarios manoseaban las primeras ediciones y dejaban sus dedos grasientos por toda la sección de referencia.

No. Esta era su verdadera vocación.

La sala de la colección solía ser un salón, en la época en que las casas aún tenían salones. Ahora las paredes estaban forradas de vitrinas de caoba hechas a medida, cada una con control de temperatura, cada una albergando la perfección en forma de porcelana. Los coleccionistas de menor categoría guardaban sus muñecas en vitrinas básicas de IKEA, y la idea hacía que Eleanor frunciera el ceño. Incultos.

Encendió la lámpara de latón en su estación de restauración. La lluvia de diciembre golpeaba las ventanas, pero aquí dentro el aire se mantenía exactamente a 20 grados, con una humedad constante del 45 por ciento. Eleanor había gastado una pequeña fortuna en los controles ambientales. Cada céntimo valía la pena para proteger a sus bebés.

La llave de latón colgaba pesada alrededor de su cuello. Eleanor la había llevado ahí desde que Thomas murió hace cinco años. En aquel entonces, las otras bibliotecarias cuchicheaban sobre cómo lo estaba "llevando". Se referían al dinero, por supuesto. La indemnización del seguro. ¿En qué más iba a gastar el dinero una viuda sino en muñecas?

No lo entendían. Estas no eran simples muñecas. Cada una guardaba un pedazo de historia en sus manos de porcelana. Tomemos a Adelaide, por ejemplo. Eleanor levantó la muñeca de

biscuit alemana de su lugar de honor. El rostro de Adelaide mostraba la maestría artesanal de Kestner de 1885. Esas facciones pintadas a mano - la perfecta boca de capullo de rosa, los ojos gris azulado - ya no las hacían así.

La mesa de restauración esperaba. Eleanor había dispuesto sus herramientas con precisión quirúrgica: soluciones de limpieza especializadas, pinceles precisos, bastoncillos de algodón, una lupa de joyero. Había aprendido estos hábitos en la sala de libros raros. La atención al detalle de una conservadora se traducía bien a su pasión privada.

El tiempo se derretía mientras trabajaba. El reloj de pie dio las once. Eleanor levantó la vista de Mathilda, una belleza francesa de 1902, y se dio cuenta de que ni siquiera había empezado con las gemelas Kestner. Las gemelas eran especiales - había conducido hasta Baltimore para una venta de bienes para encontrarlas. Su anterior dueño las había guardado en un desván. Criminal.

Las gemelas merecían algo mejor. Todo el mundo sabía que las muñecas Kestner requerían un cuidado especializado, particularmente alrededor de los ojos. Esos orbes de cristal contenían arsénico real - un detalle que nunca dejaba de fascinar a los invitados de Eleanor, en las raras ocasiones en que permitía visitantes en su santuario. El dueño anterior ni siquiera las había guardado en una vitrina adecuada. Solo cajas de cartón rellenas de periódico. Eleanor tenía pesadillas sobre encontrarlas así, sus rostros perfectos envueltos en la sección de deportes del Baltimore Sun.

Levantó a la primera gemela de su vitrina. Annabeth. ¿O era esta Margaret? Incluso Eleanor a veces las confundía, aunque nunca lo admitiría ante sus amigos coleccionistas.

No es que le quedaran muchos de esos. La mayoría se había alejado después de que Thomas muriera, cuando las muñecas empezaron a apoderarse de la casa. Primero el salón, luego el comedor, y finalmente el despacho de Thomas. Necesitaba el espacio. La colección había crecido.

Eleanor ajustó su lámpara y cogió su cepillo de crin favorito. Cada muñeca requería herramientas específicas. Una restauración adecuada no era algo que se pudiera apresurar. Las otras bibliotecarias nunca entendían por qué se tomaba descansos para comer tan largos. Suponían que comía sola en alguna cafetería lúgubre, la pobre viuda ahogando sus penas en café y novelas románticas. En realidad, pasaba esas preciosas horas cazando. Ventas de bienes. Tiendas de antigüedades. Subastas en línea. La colección no se construía sola.

El reloj de pie dio los cuartos. El cuello de Eleanor dolía de inclinarse sobre su trabajo. Llevaba casi dos horas en ello, pero las gemelas aún necesitaban su limpieza semanal. El reloj podía dar las doce por lo que a ella le importaba. Este era un trabajo importante. Preservación. Historia.

Las muñecas exigían un cierto toque. Firme, pero no demasiado. Incluso después de cinco años sola, la memoria muscular recordaba cómo una vez había tocado a Thomas de la misma manera. Pero Thomas había sido de carne y hueso. Estas criaturas perfectas les sobrevivirían a todos.

Margaret - sí, esta era definitivamente Margaret - necesitaba trabajo en las articulaciones. El encaje donde la pierna se unía a la cadera había desarrollado una grieta capilar. Nada serio aún, pero Eleanor había visto suficientes muñecas dañadas para saber lo rápido que los pequeños problemas se volvían catastróficos.

El kit de restauración contenía un adhesivo especializado de Alemania. Eleanor había pagado trescientos euros por un solo tubo.

La lluvia golpeaba con más fuerza contra las ventanas. Los canalones de la vieja casa victoriana se desbordarían si esto continuaba. Eleanor había pensado en hacerlos limpiar, pero encontrar a alguien de confianza resultaba difícil. La mayoría de los manitas echaban un vistazo a su colección y ponían esa mirada en sus ojos. Signos de dólar. Como si los fuera a dejar solos con sus tesoros.

Cogió su lupa de joyero. La grieta necesitaba una inspección más cercana.

Entonces crujió una tabla del suelo en la planta baja.

Eleanor levantó la cabeza, luego se obligó a volver a su trabajo. Las casas viejas hacían ruido. Si fuera una de esas personas creyentes, pensaría que había fantasmas y espíritus y demás metidos en este lugar, pero la idea no la inquietaba, porque la parte de ella que no era una cínica empedernida pensaba que tal vez Thomas podría estar entre ellos.

Volviendo a la muñeca. La lupa reveló más daños de los que había sospechado inicialmente. La grieta se extendía como una telaraña por toda la articulación. Margaret necesitaría una restauración profesional. Eleanor tenía una lista de conservadores de confianza, pero el más cercano trabajaba en Filadelfia. La idea de enviar su preciada carga le revolvía el estómago.

Alargó la mano para coger su cuaderno y anotar las medidas del daño. Su bolígrafo se había caído de la mesa.

El reloj de pie dio las doce. Eleanor contó las campanadas por costumbre. Una. Dos. Tres.

Otro crujido en la planta baja. Este más fuerte. Más cerca de las escaleras.

Cuatro. Cinco. Seis.

Eleanor dejó a Margaret con mano temblorosa.

Siete. Ocho. Nueve.

Algo cambió en el cuerpo de Eleanor antes de que su mente lo asimilara. Una oleada recorrió sus extremidades, la sangre le latía en los oídos. Su estómago dio un vuelco como si hubiera perdido un escalón en la oscuridad.

Su teléfono estaba cargándose en la cocina. Qué estúpida. Sabía que no debía dejarlo abajo.

Diez. Once. Doce.

Se hizo el silencio.

Luego, otro paso en las escaleras.

El viento de diciembre debía estar jugándole una mala pasada, pensó. Eleanor llevaba el tiempo suficiente viviendo en esta casa como para saber cómo respiraba y se movía, especialmente durante los meses de invierno. Los huesos de la vieja casa victoriana crujían con cada ráfaga, y el tiempo de esta noche era lo bastante feroz como para hacer temblar las ventanas.

La casa solo se estaba asentando. Tenía que ser eso. Había cerrado la puerta con llave después de volver de la tienda esa tarde. Nadie podía entrar. Nadie querría hacerlo. Solo una vieja viuda y sus muñecas, pasando otro diciembre en soledad.

Pero entonces Eleanor recordó que había sacado la basura para que la recogieran. Después, se había dicho a sí misma que iba a hacer una revisión de la cocina para asegurarse de que no se había dejado ninguna caja suelta. Había dejado la puerta principal sin cerrar mientras lo hacía.

Excepto que la televisión la había distraído durante la limpieza: algo sobre un escándalo entre las esposas de dos futbolistas. No era el tipo de programa que Eleanor solía ver, pero la había atrapado de esa manera inconsciente, como si fuera un accidente de coche.

Y otro golpe.

Quizás una rama de árbol se había roto con el viento. Quizás la casa se estaba moviendo sobre sus cimientos. Las posibilidades se agolpaban en su cabeza, pero cada una parecía más débil que la anterior. Podría haber vivido sola durante cinco años, pero conocía el sonido de los pasos humanos cuando los oía.

Eleanor examinó la mesa de restauración. Sus herramientas estaban esparcidas frente a ella como instrumentos quirúrgicos: bastoncillos de algodón, pinceles, la lupa de joyero. Nada útil. Nada que pudiera detener a nadie.

Excepto quizás una cosa.

El cuchillo de cerámica. Eleanor había pagado una fortuna por él, encargado especialmente desde Japón para limpiar las delicadas

articulaciones de sus muñecas. Se sentía extraño en su mano. Demasiado delicado. Trescientos euros de acero elaborado con precisión destinado a limpiar articulaciones de muñecas, no para lo que fuera que estaba pasando.

Otro crujido en las escaleras.

Eleanor se levantó de un salto, se colocó junto a la puerta y escuchó lo que pudiera haber al otro lado. El viento aullaba, tal vez a través del hueco en la ventana del dormitorio que siempre dejaba abierta, incluso en condiciones glaciales como estas. Puso la mano en el pomo de la puerta y, antes de que pudiera pensarlo dos veces, la abrió.

Podía ver por encima de la barandilla del rellano hacia abajo. No había nada allí. Nadie a la vista.

Las fotos enmarcadas de Thomas la observaban mientras se deslizaba, su sonrisa congelada en el tiempo. ¿Qué pensaría de su viuda ahora, acechando su propia casa con manos temblorosas y un cuchillo destinado a reparar muñecas?

Las escaleras se extendían en la oscuridad. La lluvia golpeaba las ventanas del rellano mientras Eleanor se apretaba contra la pared. Se preguntó si así era como se sentían sus muñecas: posadas e inmóviles, solo esperando que algo sucediera.

Un crujido desde abajo. No era la casa asentándose. No era el viento. El mismo ritmo constante que había oído antes, como alguien intentando ser silencioso pero sin conseguirlo del todo. Las manos de Eleanor sudaban contra el mango del cuchillo. Cinco años de viudez le habían enseñado a ser independiente, pero nunca la habían preparado para esto.

Eleanor bajó las escaleras con cuidado, aferrando su improvisada arma. A lo largo de los años había memorizado qué escalones la delatarían: el tercero desde arriba, el segundo desde abajo, ese punto extraño en el medio.

El vestíbulo se extendía oscuro y vacío debajo. El corazón de Eleanor latía con fuerza mientras comprobaba la puerta principal. El

cerrojo encajó en su lugar bajo sus dedos. Recorrió la planta baja: comedor, cocina, salón. Nada más que sombras y el sonido de la lluvia.

La puerta trasera estaba sin cerrar. El estómago de Eleanor dio un vuelco mientras giraba la llave. La había dejado abierta al sacar la basura. Un error estúpido, estúpido.

Pero no había nadie aquí. Solo su imaginación desbocada, convirtiendo los sonidos normales de la casa en pasos.

Aun así, Eleanor hizo una última revisión. No iba a correr riesgos. Recorrió el salón, el comedor, el antiguo despacho de Thomas, incluso ese espacio incómodo bajo las escaleras donde los antiguos propietarios habían intentado hacer un armario.

Nada más que los fantasmas habituales. Habitaciones vacías. Lluvia contra las ventanas.

Los hombros de Eleanor finalmente se relajaron. El cuchillo de cerámica colgaba ahora flojo en su mano, más vergonzoso que reconfortante. Había estado lista para apuñalar a alguien con una herramienta de restauración. A los otros bibliotecarios les encantaría esa historia: la loca de las muñecas, merodeando por su propia casa a medianoche con un cuchillo destinado a limpiar juntas de porcelana.

Subió de nuevo las escaleras con nuevos dolores en cada articulación. Era asombroso cómo el miedo podía agotarte de esa manera. Le dolía el cuello por la tensión, pero al menos la adrenalina se había desvanecido. No había nada en la casa excepto ella misma y su colección. Mañana se sentiría tonta por esto.

La luz de la sala de restauración la invitaba a través de la puerta entreabierta. Margaret esperaba sobre la mesa, con esa grieta en forma de telaraña aún extendiéndose por su cadera. No había mejor momento que el presente para documentar el daño antes de que empeorara. Eleanor podría enviar un correo electrónico al conservador de Filadelfia esta noche, incluso podría organizar el transporte para finales de semana.

Un trueno sacudió los cimientos de la vieja casa victoriana. La tormenta de fuera no amainaba. Eleanor llegó a la puerta, lista para volver al trabajo de verdad. Lista para olvidarse de sobresaltarse por las sombras como una adolescente sola en casa por primera vez.

Pero entonces, algo estalló en movimiento detrás de ella.

Algo apretado alrededor de su cuello. La visión se desvanecía. Eleanor pataleó y se retorció, pero la lucha por respirar la hizo caer al suelo y desplomarse en la oscuridad en cuestión de segundos. Alcanzó a ver calzado barato, pantalones de traje azules. Y mientras se hundía en el suelo, Eleanor captó imágenes distorsionadas de sí misma y de este atacante sin rostro en los reflejos de sus vitrinas de cristal.

Sin rostro.

Porque el hombre se había cubierto con algo que parecía exactamente la cara de una muñeca.

La inconsciencia se apoderó de ella, y el último pensamiento claro que tuvo Eleanor fue para Thomas. Siempre había supuesto que se reuniría con él pacíficamente mientras dormía, rodeada de la colección que habían comenzado juntos.

Estas criaturas perfectas les sobrevivirían a todos, tal como siempre había sabido que lo harían.

CAPÍTULO UNO

El gimnasio del colegio Blue Ridge Valley Elementary olía como todos los gimnasios escolares de Virginia: a cera para el suelo, a redes de baloncesto polvorientas y al fantasma persistente de mil clases de educación física. Pero hoy lo habían decorado con oropel y estrellas de papel, haciendo todo lo posible por convertirlo en Belén.

Ella Dark se sentaba en la última fila de sillas plegables de metal, observando a un pastor de seis años con una túnica demasiado grande que se aferraba a su cayado de madera como si fuera lo único que lo mantenía en pie. Elias Matthews. Había crecido desde la representación del diciembre pasado, cuando hizo de uno de los tres Reyes Magos. Por aquel entonces, la corona de su disfraz no dejaba de caérsele sobre los ojos.

Luca Hawkins —antiguo compañero de Ella en el campo, pero actual pareja en todo lo demás— estaba sentado a su lado y parecía extrañamente absorto en la función. Para ser un agente del FBI, se le veía demasiado interesado en si el posadero encontraría sitio en la posada esta vez. Su rodilla botaba con cada cambio de escena, y Ella le pilló moviendo los labios al son de «Noche de paz».

—¿Qué te parece? —susurró Ella.

—Calla. Estoy metido en la obra —dijo Luca.

En el escenario, Elias recitó sus líneas sin tropezar. El orgullo hinchó el pecho de Ella, algo a la vez extraño y familiar. Seis años viendo crecer a este niño desde la distancia habían tallado un espacio dentro de ella que no esperaba.

El recuerdo afloró como siempre lo hacía en esta época del año. Aquella redada en Bristol hacía casi siete años. Su primer caso después de ser trasladada a la oficina de campo de Virginia. La casa de los Morrison parecía normal desde fuera: pintura desconchada, césped descuidado, nada que gritara sede de un imperio de la

droga. Pero dentro encontraron suficiente metanfetamina como para cubrir medio condado en una neblina química.

Jamie y Sarah Morrison no se rindieron fácilmente. El laboratorio del sótano se convirtió en un campo de tiro antes de que nadie pudiera pestañear. Cuando se disipó el humo, Sarah Morrison sangraba por una herida en el hombro, gritando por su bebé nonato mientras Jamie intentaba huir y dejar atrás a su cómplice embarazada.

Ella recordaba el hospital después. Sarah esposada a la cama, los monitores pitando, su vientre hinchado bajo la fina bata. El odio en sus ojos cuando Ella fue a tomarle declaración ardía más que la herida de su hombro.

Se había dicho a sí misma que era solo el trabajo. Los Morrison habían elegido su camino. Pero algo sobre ese niño nonato seguía molestando su conciencia. Empezó a controlar a Sarah en prisión y siguió el embarazo a través de registros de visitas e informes médicos. Cuando Elias nació cuatro meses después de que su madre ingresara en prisión, Ella se aseguró de que acabara con una buena familia de acogida.

Los Matthews lo adoptaron oficialmente cuando cumplió un año. Una pareja del mismo sexo que vivía cerca de las Blue Ridge Mountains. Elias tenía dos padres, así que a Ella le gustaba pensar en sí misma como su madre no oficial, aunque siempre había mantenido las distancias. Solo lo había conocido una vez, hacía dos años, cuando trajo un coche patrulla aquí para que los estudiantes lo miraran boquiabiertos. Elias se había sentado en el asiento del conductor y había tocado el claxon con la sonrisa más grande en su carita regordeta. Elias no sabía quién era ella. Simplemente creía —y aún lo hacía— que Ella Dark era una policía cualquiera.

En el escenario, María y José encontraron su camino hacia el pesebre. Elias montaba guardia con sus compañeros pastores, recordando cada línea. Nadie que lo viera adivinaría que sus padres biológicos cumplían condenas de veinticinco años a cadena perpetua en prisiones federales separadas.

—¿Estás bien? —el susurro de Luca la devolvió al presente.

—Sí. ¿Y tú? —dijo Ella.

Él puso una mano sobre su rodilla. —Me encanta. Jesús está a punto de salir.

Los padres a su alrededor se inclinaron hacia delante en sus asientos con los teléfonos en alto para capturar el momento. Ella observó a los Matthews en la primera fila, cómo uno de ellos se secaba los ojos cuando Elias recitó sus últimas líneas perfectamente. Sin rastro del niño tímido que necesitó logopedia hasta el año pasado.

El villancico final resonó a través de los antiguos altavoces del gimnasio. Ella había asistido ya a dos de estas representaciones, y esta era —según el director al que Ella tuvo que sobornar para entrar aquí— la última. Después de segundo grado, los belenes se acababan, lo que significaba que Ella tendría que buscar la manera de ir a partidos de béisbol infantil o clases de trampolín o algo así el año que viene. Una parte de ella pensaba que necesitaba dejar ir esta extraña responsabilidad autoimpuesta, pero sabía que no podía. Porque alguien debía recordar de dónde venía Elias, aunque él mismo nunca lo supiera.

El aplauso la sacó de sus pensamientos. Los padres se abalanzaron para recoger a sus hijos disfrazados. Ella se quedó atrás y observó cómo los Matthews envolvían a Elias en un abrazo grupal.

La escena removió algo profundo en su pecho, no exactamente arrepentimiento, sino un dolor complejo que venía con el trabajo. A veces, hacer lo correcto significaba romper las cosas para reconstruirlas mejor.

 Habr a tenido Elías una buena vida con los Morrison? Todo ese dinero de la droga podría haberle comprado lo mejor de todo. Colegios privados. Coches deportivos al cumplir los dieciséis. Un fondo fiduciario tan grande que se ahog a en él. Pero el dinero no podría comprar el tipo de amor que ella veía en los ojos de los Matthews, ni la tranquila confianza que Elías había encontrado con

ellos. Algunas cosas valían más que todo el dinero de la metanfetamina de Virginia.

—Menuda locura —dijo Luca—. Tu chico lo ha hecho bien.

Su chico. La frase le sonaba extraña.

—¿A que sí? Estoy orgullosa de él.

—¿Quieres ir a hablar con él?

Ella agarró el brazo de Luca y tiró de él mientras se levantaba.

—No. Solo soy una desconocida para él. Vámonos.

—¿Estás segura? No veo por qué...

—En serio, Hawkins. Tenemos que irnos. No tenemos hijos aquí.

Luca le hizo un gesto para que fuera primero.

—Vale. Tú guías.

Ella se escabulló entre los padres que mimaban a sus hijos, salió por las puertas del gimnasio y luego asintió a la recepcionista en el vestíbulo. Desbloqueó las puertas de salida, y Ella se dirigió afuera con Luca siguiéndola.

Otro año más. El próximo diciembre, encontraría alguna otra excusa para ver cómo estaba Elías. Por ahora, sin embargo, había trabajo que hacer.

El viento de diciembre atravesaba el abrigo de Ella mientras estaba de pie en la puerta principal del Colegio Blue Ridge Valley. Todos los padres aún estaban dentro.

—La puerta está cerrada.

—Tienes que pulsar el timbre —dijo Luca.

Ella lo hizo. Sonó, pero nadie respondió.

—Venga ya. Hace un frío que pela aquí fuera.

—¿Cuál es la prisa, Ell? No es como si tuviéramos que ir a algún sitio.

Habían pasado tres semanas desde que Ella y Luca habían atrapado al asesino al que la prensa ahora llamaba el Alquimista. Amelia Blackwood, una estudiante de la Universidad de Nueva York, que había intentado invocar algún antiguo ritual alquímico para curar las cicatrices de su cara. Hoy era el primer día desde su captura que Ella no había visto una noticia sobre ella en los medios, con todas las portadas optando por algo festivo en su lugar. Coca Cola usando imágenes generadas artificialmente en su nuevo anuncio, revendedores acaparando los juguetes más populares y vendiéndolos en mercados secundarios. Al parecer, ni siquiera los asesinos en serie ocultistas podían competir con la histeria navideña.

—Es que tengo frío.

Luca la miró con sospecha.

—Tú nunca tienes frío. Tienes la sangre más caliente de todo el DMV.

—Es por mi edad.

—Solo estás preocupada de que alguien te pille. ¿Qué hace una agente del FBI sin hijos en un colegio?

—Te preguntarán lo mismo a ti.

Luca pulsó el timbre de nuevo.

—Yo solo te he acompañado.

Y desde el caso del Alquimista, Ella y Luca habían tomado una decisión conjunta: no perseguir más casos juntos. A partir de ahora, su relación era estrictamente personal, nada de trabajo. La decisión no se había tomado a la ligera, dado su índice de éxito, pero ver a Luca casi quemarse vivo en ese granero de Oregón había cambiado algo fundamental en Ella. La imagen de él saliendo tambaleándose de esas llamas, con la piel ampollada y los pulmones llenos de humo, aún la visitaba en pesadillas. Ya no podía ser objetiva, no podía separar a la Agente Dark de la mujer que se despertaba empapada en sudor frío comprobando si su compañero aún respiraba a su lado.

Sin mencionar que una vez que derribabas esa barrera entre lo personal y lo profesional, era un billete de ida hacia el resentimiento. Cada escena del crimen se convertía en un campo minado de instintos en conflicto: la necesidad de protegerlo luchando contra la necesidad de dejarle hacer su trabajo. Había empezado a dudar de sus decisiones, a cuestionar su juicio, a tratarlo más como una carga que como un compañero. Así es como las peculiaridades de tu compañero se convierten en manías molestas, cuando esas sonrisas cursis te hacen cosquillas en los nudillos en lugar de en el corazón. Ella no podía dejar que llegara a eso. Le quería demasiado.

Su dedo se cernía sobre el intercomunicador de nuevo cuando una voz la interrumpió.

—¿Señorita Dark?

Se giró y vio a la señora Dhaliwal, la directora, caminando en su dirección. Se movía con la gracia particular de alguien que había pasado décadas pastoreando niños sin dejar que la vieran sudar nunca.

—Señora Dhaliwal, encantada de verla —Ella le estrechó la mano—. Gracias por dejarme entrar. No muchos directores doblarían las normas para dejar entrar a una agente federal en las instalaciones.

La directora descartó el elogio con un gesto.

—No diga tonterías. Siempre es bienvenida aquí. ¿Este es su compañero?

Ya no, pensó.

—Sí, en efecto. Este es el agente Hawkins.

—Encantada de conocerle —la señora Dhaliwal tendió una mano—. La señorita Dark vino hace unos años y habló con nuestros alumnos. Trajo un coche patrulla también. Si le preguntas a algunos de nuestros niños, fue el mejor día de sus vidas.

—Me lo creo —dijo Luca—. Me habría encantado eso de pequeño.

—Los niños y los vehículos. Es un vínculo que aún no entendemos. Señorita Dark, sospecho que vino por un alumno en particular, ¿verdad?

Por fin, la puerta hizo clic al abrirse. Ella la entreabrió.

—¿Cómo le va?

—¿Elías? Estupendamente. Las mejores notas en lectura y ciencias. Su terapia del habla terminó antes de lo previsto —los ojos de la señora Dhaliwal se arrugaron—. Le vio en la obra.

—Recordó todas sus frases.

—A diferencia del incidente de la corona del año pasado.

El recuerdo de aquella corona de plástico torcida hizo sonreír a Ella. También entonces se había sentado en la última fila, observando cómo se le caía sobre los ojos durante "Los Reyes Magos".

Los padres empezaron a salir del edificio hacia la verja. Entre ellos estaban los padres de Elías. Mientras pasaban, Ella reprimió el impulso de entablar conversación. De contarles todo. Sobre Bristol. Sobre Sarah Morrison desangrándose en aquel sótano. Sobre todos los hilos que había movido para asegurarse de que su adopción se llevara a cabo sin problemas.

Pero, ¿de qué serviría ese conocimiento? Elías tenía dos padres que le querían. Un hogar estable. Un futuro que no incluía explosiones de laboratorios de metanfetamina ni horas de visita en prisión. A veces, la verdad más amable era el silencio.

Así que simplemente sujetó la verja y sonrió mientras pasaban. El móvil de Luca empezó a sonar. Se lo mostró a Ella y se disculpó.

Una vez que todos los padres habían pasado, la señora Dhaliwal dijo:

—Será mejor que vuelva dentro, pero si alguna vez quieres dar otra charla, siempre serás bienvenida.

—Me gustaría —dijo Ella, y lo decía en serio—. Podría volver en un par de semanas, ¿justo antes de que terminen por Navidad?

—Por favor, hazlo. Tienes mi número.

Ella asintió a modo de despedida mientras la directora volvía hacia la escuela. Luca regresó con la mirada clavada en la pantalla de su móvil. Tenía esa mirada. La que decía que su tranquilo lunes de baja médica estaba a punto de irse al garete.

—¿Estás bien, Hawkins?

Luca salió por la verja. Ella le siguió. Él seguía mirando su móvil.

—Tierra llamando a Luca. ¿Tienes los números de la lotería de la semana que viene en ese móvil?

—Ha llamado el director —dijo Luca.

—Vaya suerte la tuya —Ella comprobó su móvil, pero no tenía mensajes ni correos del director. Si había un nuevo caso, entonces el jefe había elegido a Luca en lugar de a ella para investigarlo. Ese pensamiento le dolió un poco.

—Sí. Quiere hablar de algo.

—Tan críptico como siempre. Sabes que estamos fuera del horario de oficina, ¿verdad?

Luca dijo:

—Quiere hacer una videollamada.

Ella se agarró a una pared para sostenerse.

—¿Edis? ¿Una videollamada?

—Sí. ¿Por qué?

—No sabe ni poner el mensaje de ausencia. No me lo imagino tan ducho en tecnología.

Luca sacó las llaves del coche del bolsillo.

—Es el director del FBI, Ell. Debe hacer cien videollamadas al día. ¿Conduzco yo?

—Sí, por favor —Ella desbloqueó su móvil y se desplazó hasta el nombre más reciente en su lista de llamadas. Julianne Cooper—. Tengo que intentar llamar a mi antigua casera. Lleva días dándome largas.

CAPÍTULO DOS

El casero de Ella no contestaba. Otra vez. La llamada fue directamente al buzón de voz, igual que las últimas cuatro veces que lo había intentado. Mil pavos no eran calderilla precisamente, pero no era el dinero lo que le quemaba. Era la cuestión de principios. Ella había pagado una fianza de mil euros cuando se mudó a ese piso hace dos años, con la idea de que se la devolverían cuando se fuera. Pero Julianne Cooper, una casera profesional en más de un sentido, de repente había desaparecido.

Era gracioso, Ella podía rastrear asesinos en serie a través de varias comunidades autónomas pero no podía localizar a una mujer a pesar de conocer su nombre, cara, dirección y número de móvil.

—¿Aún nada? —preguntó Luca desde el otro lado del salón. Estaba inclinado sobre su portátil, ajustando la configuración de la videollamada.

—Nada. Creo que me ha bloqueado.

—¿Quieres que lo intente yo? Un número diferente podría funcionar.

Pero eso era mentira. No serviría de nada. Julianne Cooper seguiría esquivando sus llamadas, poniendo excusas, quedándose con ese dinero hasta que Ella se cansara de perseguirlo. El ABC del casero.

¿Y dónde narices estaba Jenna, su antigua compañera de piso? Era una historia similar. Silencio total durante semanas. Sin respuestas a los mensajes. Como si ambas se hubieran esfumado.

En su pantalla, la información de contacto de Jenna le devolvía la mirada. Último mensaje enviado: 12 de octubre. Hace dos meses. Quizás había cambiado de número. La gente hacía eso, ¿no?

Cambiaban de número, se mudaban de ciudad, desaparecían sin avisar a sus amigos.

Tal vez ambas habían conspirado contra ella, pensó Ella. Julianne podría haberle dado la mitad de la fianza de Ella a Jenna también, y luego Jenna se había largado. Parecía improbable, pero cosas más raras habían pasado.

Una retahíla de maldiciones estalló en dirección a Luca.

—Venga, pedazo de... ah, ya está.

La cara del director William Edis apareció en pantalla, pixelada y demasiado cerca de su webcam. La mitad de su frente quedaba cortada.

—¿Agente Hawkins? ¿Me oye?

—Alto y claro, señor. Aunque solo vemos como el sesenta por ciento de su cara.

—¿Qué? Espere un momento —Sonidos de movimiento. El portátil se movió. Ahora podían ver la cara entera de Edis, más una impresionante colección de baldosas del techo—. ¿Mejor?

—Perfecto, señor.

Ella se mantuvo a distancia, fuera del encuadre mientras fingía mirar su móvil. Pero su atención se centró en la pantalla cuando Edis habló.

—Disculpe por la convocatoria repentina, agente Hawkins, pero tenemos algo inusual en Chesapeake. Algo que no está en nuestro ámbito habitual. Le estoy enviando un correo ahora mismo.

—¿Ah sí? ¿Qué tiene de inusual?

—Ya lo verá.

Luca navegó hasta su cliente de correo y luego hizo clic en el email sin leer en la parte superior de la lista. Comparada con la bandeja de entrada de Ella, la de Luca tenía mucho menos texto en negrita.

Una fila de archivos adjuntos PNG se encontraba justo debajo del título (sin asunto). Luca hizo clic en el primero.

Entonces, una foto a todo color de la escena del crimen llenó la pantalla.

Una como Ella no había visto antes.

No solo un cuerpo, sino una parodia de la vida.

La víctima —una mujer morena— estaba sentada apoyada en una silla de respaldo alto con sus extremidades colocadas con una precisión antinatural. Alguien le había pintado la cara como una muñeca de porcelana, con círculos rosados en cada mejilla y los labios esculpidos en un perfecto lazo carmesí. El vestido con volantes pertenecía a una casa de muñecas victoriana, no a una mujer muerta.

Pero fueron los ojos los que golpearon el estómago de Ella. Quien la mató se los había pegado bien abiertos, cubriendo los párpados con algo que brillaba bajo el flash de la cámara. Miraban fijamente al frente, brillantes como el cristal y vacíos, como las docenas de muñecas antiguas dispuestas en círculos perfectos alrededor de su silla. Era una macabra fiesta del té con su nueva compañera humana como invitada de honor.

—Joder —dijo Luca.

—El nombre de la víctima es Eleanor Calloway. La policía local la encontró esta mañana cuando no se presentó al trabajo. No he visto nada parecido en mis treinta años.

—No me extraña. ¿Sabemos algo más sobre ella?

—42 años. Viuda. Vivía sola. Trabajaba como bibliotecaria.

Luca pasó por algunas fotos más de la escena del crimen. Ella observaba desde lejos.

—¿Es la única víctima? —preguntó Luca.

—Como he dicho, esto es inusual. No es un asesino en serie, pero dada la naturaleza premeditada, pueden calificarlo como un crimen ultraviolento. No estamos obligados a ayudar, pero el alcalde de Virginia y yo nos conocemos desde hace mucho. Le prometí que enviaría a alguien a echar un vistazo.

Aún no es un asesino en serie, pensó Ella. Dale tiempo. La posición del cuerpo envió una nueva oleada de ira por sus venas: las manos cruzadas sobre el regazo como un retrato victoriano demente. El tipo de detalle obsesivo que indicaba una mente trastornada. Alguien que se excitaba con el control, con convertir carne viva en accesorios muertos para su colección privada.

Ella se movió entre las sombras detrás de la silla de Luca. Sabía que no debería estar escuchando a hurtadillas, pero el perfil de este delincuente ya estaba tomando forma en su cabeza. Esto no se trataba de arte o belleza ni de ninguna de esas pamplinas pretenciosas. Se trataba de poder. De convertir algo vivo en un simple objeto. Otro juguete en la caja.

—De acuerdo, señor. Puedo investigar esto. ¿Ya ha informado a Nigel? —dijo Luca.

Desde que Ella y Luca habían terminado su colaboración en el campo, Luca había asumido el puesto de novato junto al agente veterano Nigel Byford. A Ella aún no le habían asignado un nuevo compañero.

—Me temo que Nigel está ocupado en Baltimore al menos hasta Año Nuevo. Tendrás que encargarte tú solo de esto —dijo Edis.

El corazón de Ella se le cayó a los pies. Todos sus instintos le gritaban que esto estaba mal. No se enviaba a un solo agente para manejar algo así. No cuando el asesino había preparado a su víctima con tanto esmero.

La foto de la escena del crimen se le quedó grabada: esa mujer posando como una muñeca de tamaño natural, rodeada de su propia colección. El asesino sabía exactamente lo que estaba haciendo. Probablemente había vigilado la casa, aprendido las rutinas de la víctima, planeado cada detalle hasta el tono de colorete en esas mejillas sin vida. Esto no era un acto de violencia fortuito. Era un asesinato ritual con un propósito.

Y aquí estaba Edis, a punto de enviar a Luca solo porque su nuevo compañero estaba ocupado en otro lugar.

Ella se plantó frente a la cámara antes de tener tiempo de replantearse su decisión.

—Señor, no puede enviar a Hawkins allí solo —dijo Ella.

—¿Agente Dark? —La cara pixelada de Edis mostró sorpresa—. No me di cuenta de que estabas ahí.

—Lo siento. He estado escuchando a hurtadillas. He oído todos los detalles.

—Bueno, eso no está bien. Se supone que no debes estar al tanto de estos detalles.

—Quien hizo esto, señor, llevó a cabo una invasión de hogar, sometió a la víctima sin alertar a nadie, la mató sin derramar una gota de sangre y pasó horas preparando su cuerpo —explicó Ella.

Edis resopló. Siempre que Ella lo pillaba desprevenido, tendía a quedarse mirando y hacer un ruido hasta que ella continuara. Así que lo hizo.

—Mire el trabajo de preparación. Solo el maquillaje habría llevado una hora como mínimo. Conseguir que los ojos quedaran bien, colocar las extremidades, organizar todas esas muñecas... Esto no es obra de algún gamberro colocado que tuvo suerte. Estamos tratando con alguien paciente. Alguien que probablemente planeó esto durante meses.

Sintió los ojos de Luca sobre ella, pero no pudo mirarlo. Aún no. Porque en el momento en que lo hiciera, tendría que reconocer lo que estaba haciendo: tirar por la borda tres semanas de cuidadosos límites porque su instinto le gritaba que este asesino no había terminado. Que en algún lugar de Chesapeake, este monstruo probablemente ya estaba observando a su próximo objetivo.

—Entonces, señorita Dark, ¿se está ofreciendo voluntaria? —dijo Edis.

Ahora sí miró a Luca. Vio la mezcla de preocupación y alivio en sus ojos. Tres semanas habían logrado mantener separadas la vida laboral y personal. Bien podrían haber intentado partir un átomo con un cuchillo de mantequilla.

—Sí, señor. Iré con Hawkins —dijo Ella.

Se oyó el ruido de papeles fuera de cámara.

—Muy bien, pero se supone que estás de baja médica, así que no te excedas físicamente, ¿entendido? No arriesgues a agravar esas quemaduras —advirtió Edis.

Ella captó la mirada de Luca. No podía descifrar del todo su expresión, pero sabía que había tomado la decisión correcta. Algunos casos eran más importantes que la política de oficina. Más importantes que los consejos sobre relaciones del manual del FBI.

—Por supuesto, señor —dijo Ella.

—Os enviaré el informe completo ahora. Imprimid lo que necesitéis y, por el amor de Dios, mantened los detalles lejos de la prensa. No necesitamos un circo mediático.

—Entendido, señor.

—Me pondré en contacto con el alcalde antes de que acabe el día, así que mantenedme informado. ¿Estáis bien para conducir hasta allí? Son solo 320 kilómetros.

Luca asintió. —Sí. Es un viaje pintoresco.

Ella hizo todo lo posible por no darle una patada en los tobillos a Luca. Aún no había aprendido que nunca se bromea con el jefe porque o bien le molestaba o alargaba la conversación. Ninguna de las dos opciones era buena para la carrera. Con Edis, entrabas, salías y hacías el menor lío posible.

—Muy bien. Hablamos pronto —dijo Edis.

La pantalla se oscureció. Ella se quedó mirando su reflejo en el portátil apagado, tratando de procesar lo que acababa de hacer. Tres semanas de cuidadosa planificación, de mantener sus vidas personales y profesionales en cajas separadas, todo se había ido al traste en cuestión de minutos.

—Vaya —dijo Luca—. Eso ha sido algo.

Ella apretó los dientes. —Lo siento. Solo pensé... No te importa, ¿verdad?

—¿Importarme? En cuanto vi esa foto de la escena del crimen, supe que vendrías.

Ella intentó no reír. —¿Tan obvio era?

—No puedes resistirte a una mente perturbada. Además, tienes razón. No debería hacer esto solo.

—No digo que no pudieras manejarlo, pero quizás deberíamos prometer no estar a la gresca esta vez. En las últimas tres semanas, no he querido matarte ni una sola vez. ¿Qué tal si lo mantenemos así?

—Trato hecho. ¿Cómo van tus quemaduras?

Luca inspeccionó su antebrazo. Las vendas se habían caído, pero las ampollas permanecían.

—Bien. ¿Y las tuyas? —dijo.

Hacía un mes, Ella y Luca habían estado en un incendio en un granero de Oregón. El incidente había dejado a Ella con quemaduras de primer grado en las piernas y a Luca con quemaduras de segundo grado en los brazos. Las heridas de Ella sanarían. Las de Luca quizás no.

—No me duelen, pero las piernas se me adormecen después de caminar diez minutos —dijo Ella.

—Entonces supongo que conduciré yo. ¿Has conseguido hablar con tu casera?

—No. Quizás haya cambiado de número.

—O quizás se haya muerto. Tenía unos ochenta años.

—Los caseros no se mueren —dijo Ella—. Solo evolucionan a caseros peores.

—Cuando terminemos en Chesapeake, le haremos una visita. Al estilo de la mafia.

Ella se dirigió al dormitorio y cogió sus cosas. El equipo estándar del FBI: muda de ropa, artículos de aseo, suficientes municiones para iniciar una pequeña guerra. Añadió vendas nuevas para sus

piernas. Las quemaduras podían estar curándose, pero tres horas en coche pondrían a prueba ese umbral.

—Lo dejaré pasar. No voy a llorar por mil euros.

De vuelta en el salón, la impresora de Luca seguía escupiendo fotos de la última actuación de Eleanor Calloway. Cada nuevo ángulo enfurecía más a Ella. Algún degenerado con fetiche de muñecas pensaba que podía jugar a ser titiritero con personas reales. Pues bien, habían elegido el pueblo equivocado para montar su chiringuito. Ella había pasado toda su carrera estudiando a bichos raros como este, memorizando sus patrones, aprendiendo sus señales. En algún lugar de Chesapeake, este había dejado migas de pan. Y Ella iba a seguir las directamente hasta la fuente, baja médica o no.

Su estúpida fianza podía esperar. Los muertos no.

CAPÍTULO TRES

La I-95 se extendía ante ellos en tres carriles de asfalto gris bajo un cielo descolorido de diciembre. Ella desplegó las fotos de la escena del crimen sobre su regazo en el asiento del copiloto mientras Luca mantenía el todoterreno a una velocidad constante de 120 kilómetros por hora. Una antigua canción de Eagles sonaba en la radio.

Eleanor Calloway la miraba fijamente con esos orbes blancos que hacían las veces de ojos. Su sospechoso les había hecho algo: había cubierto los párpados con algún tipo de adhesivo que reflejaba la luz. El efecto transformaba el tejido humano en una perfección de porcelana y convertía la carne en algo manufacturado.

—Cuéntame —dijo Luca—. ¿Qué ves?

Ella barajó la pila de fotos. Cada nuevo ángulo revelaba detalles frescos sobre el cuadro final de Eleanor. La cuidadosa posición de las manos en su regazo. La inclinación precisa de su cabeza. Incluso la disposición de las muñecas antiguas alrededor de su silla seguía una cierta visión.

—La puesta en escena es metódica. Se tomó su tiempo con esto. Mira la aplicación del maquillaje: esos círculos en las mejillas son perfectamente simétricos. El pintalabios no se sale de la línea natural del labio.

—Podría ser una mujer.

—Podría ser. Pero estadísticamente, cuando se ataca a mujeres solteras que viven solas... —Ella dejó la frase en el aire.

—Agresor masculino —completó Luca—. Alguien rechazado. Alguien que guarda rencor.

El todoterreno se incorporó a la US-301. Quedaban otros noventa minutos, según el GPS.

—Sí. Nuestro sospechoso obviamente la escogió como objetivo, así que tenemos que averiguar por qué. Lo primero que debemos hacer cuando lleguemos es examinar la escena del crimen.

—Sí. El investigador principal nos va a recibir allí esta tarde.

El tráfico se redujo a medida que dejaban atrás la expansión metropolitana de DC. Parches de bosque muerto por el invierno rompían la monotonía de las barreras de la autopista y los carteles de ÁREA DE DESCANSO ADELANTE.

—El asesino conocía la pequeña colección de Eleanor, así que debe haber sido alguien que ella conocía. Tal vez formaba parte de un grupo de coleccionistas o algo así.

—Sí. Y yo apuesto por alguien que había estado en esa casa antes. Quizás varias veces. —Ella estudió la disposición de la habitación en las tomas más amplias—. Vitrinas personalizadas. Controles de clima. Esto no era un hobby casual: Eleanor Calloway gastó mucho dinero protegiendo estas muñecas.

—Los registros del seguro podrían decirnos quién instaló las vitrinas. Podría ser que nuestro tipo trabajara en construcción. Seguridad del hogar. Algo que le permitiera entrar en la casa de forma legítima. ¿Sabes cuántas de estas empresas de seguridad contratan a ex convictos?

Era un pensamiento deprimente, pero no nuevo. ¿En cuántas escenas del crimen había entrado a lo largo de los años, solo para descubrir que el monstruo ya había sido invitado? Demasiadas, maldita sea. El coco no necesitaba forzar tu cerradura cuando tenía una llave. Ella se hizo una nota mental para revisar esos registros tan pronto como tuviera la oportunidad.

—Las muñecas en sí también valdría la pena investigarlas. Antigüedades de alta gama como esas, no puede haber muchos distribuidores en la zona.

Luca bajó un poco el volumen de la radio.

—¿Ves sangre en esas fotos?

Ella las repasó de nuevo.

—Ni una gota. Lo que significa...

—Estrangulamiento.

—Sí. Y nunca he conocido a una mujer que estrangulara a otras mujeres. Lo que significa que nuestro sospechoso es probablemente un hombre.

Contrariamente a lo que mostraban los programas de televisión, estrangular a alguien requería una fuerza física notable. El esfuerzo requerido era comparable a sostener un peso de 22 kilos en posición de curl de bíceps durante cinco minutos. No sonaba como mucho, pero en el momento, pasaba factura a los músculos.

—Sabes, Hawkins, puede que estemos tratando con... tu subcategoría favorita de asesino.

Luca mantuvo una mano en el volante y se pellizcó el puente de la nariz con la otra.

—No. No lo digas.

—Lo siento, pero creo que este tipo se ve a sí mismo como... un artista.

—Uf —resopló Luca—. Odio a los artistas.

—Y que lo digas.

—Tienes razón. Toda esa teatralidad. Viene del tipo de persona a la que le gusta el olor de su propia mierda. Dame un simple perverso con problemas maternos cualquier día de la semana.

Ella inspeccionó las fotos de nuevo.

—Bueno, el jurado aún no ha decidido, pero nunca he conocido a un asesino con este tipo de grandiosidad que no pensara que era un regalo de Dios para... algo.

—Bien, porque esos gilipollas pretenciosos nunca son tan listos como creen. Siempre se pasan de la raya y cometen errores, como BTK. ¿Algún otro caso como este? ¿Alguna vez?

Ella miró la autopista y consultó su base de datos mental.

—Nada exactamente como esto, pero hay piezas que encajan. Jerry Brudos en los sesenta. Tenía una cosa con los zapatos de mujer, vestía a sus víctimas. Robert Berdella tomaba fotos posadas de sus víctimas. Y Harvey Glatman... hacía estas elaboradas sesiones de fotos de bondage antes de matar a sus víctimas.

Hizo una pausa, considerando.

—Pero todos esos tíos buscaban satisfacción sexual. Aquí no hay componente sexual. Más bien como... Robert Hansen. ¿Te acuerdas de él?

—¿El Carnicero Panadero?

—Sí. Cazaba mujeres en Anchorage, pero primero las retenía en su casa. Las vestía, montaba estos extraños escenarios domésticos. No se trataba de sexo. Se trataba de control. De convertirlas en su idea de compañeras perfectas.

La lluvia empezó a golpear contra el parabrisas. Ella extendió más fotos del escenario del crimen de Eleanor.

—Nuestro tío tiene esa misma necesidad de control —dijo—. Pero en lugar de jugar a las casitas, está convirtiendo a las mujeres en muñecas. Haciéndolas permanentes.

—¿Hay algún caso concreto que implique muñecas? —preguntó Luca.

—Lo más parecido que tengo es Edmund Kemper desmembrando las muñecas de sus hermanas cuando era crío.

—Así que tenemos algo único entre manos —dijo Luca—. Podría ser algún tipo de fetiche o fantasía, o simplemente una burla a la víctima.

—Esto es un mensaje, no una vía de escape. No se está convirtiendo en las muñecas, está transformando las muñecas en una extensión de su ego.

Luca comprobó el GPS.

—Nos quedan poco menos de 150 kilómetros. ¿Quieres que paremos a tomar un café primero o vamos directamente?

—No hay tiempo para café. Necesito ver esa sala de colección en persona.

—Allá vamos —dijo Luca sonriendo—. Conozco ese tono.

—¿Qué tono?

—El que dice que ya estás enganchada.

Luca tenía razón. La idea debería haberla perturbado más de lo que la emocionaba. Pero estos eran los casos que hacían que su sangre bombeara: los raros, los que requerían que pensara en frecuencias que la mayoría de la gente no podía oír. Los homicidios normales eran solo problemas matemáticos. Esto era algo completamente distinto.

—No puedo evitarlo —admitió—. Mira lo que tenemos. Elementos ritualistas, metodología organizada, selección específica de víctimas, firma única. Este chalado nos está contando una historia con cada detalle.

La lluvia arreció y repiqueteó constantemente en el techo. Ella se acomodó en su asiento, ya construyendo teorías, conectando puntos, viendo patrones. La baja médica había embotado su agudeza, pero ahora estaba de vuelta en el juego.

No podía esperar para recorrer la escena del crimen. Para ver qué otros mensajes había dejado su fabricante de muñecas. Porque tíos como este siempre tenían más que decir.

CAPÍTULO CUATRO

Después de dos horas y media en el coche, Ella estuvo a punto de abrir la puerta de una patada antes de que Luca frenase frente a la casa de Eleanor Calloway.

El barrio de Western Branch en Chesapeake se encontraba a medio camino entre el río Elizabeth y el Gran Pantano Lúgubre. La calle Maple Grove estaba flanqueada por modestas casas centenarias, cada una intentando superar a sus vecinas con molduras ornamentales y miradores. La lluvia azotaba Chesapeake con furia decembrina mientras se detenían junto a la acera, donde la cinta policial ondeaba entre las columnas del porche. La casa de Eleanor Calloway estaba justo en el centro de la hilera, imposible de pasar por alto con el coche patrulla aparcado enfrente.

—Bienvenidos a la casa de muñecas —dijo Luca.

Ella estudió la ubicación de la casa. Encajonada entre vecinos a ambos lados. Sin rutas de escape fáciles. Sin cobertura para vigilancia. Su sujeto desconocido no había elegido la primera casa aislada que encontró, sino que había seleccionado este objetivo específicamente. Un asesino oportunista habría escogido una casa al final de la fila.

—Otra marca en la columna de objetivo premeditado. Está claro que no eligió esta casa por conveniencia.

—Venga. Entremos antes de que más vecinos empiecen a fisgonear.

Ella miró al otro lado de la calle. Algunos vecinos observaban desde sus porches con esa mezcla particular de miedo y fascinación que siempre atraía el asesinato.

—Buitres con hipoteca.

—Nada anima más la vida suburbana que la muerte del vecino. ¿Habías estado antes en Chesapeake?

—No. ¿Y tú?

—Una vez. Jugué al hockey aquí hace años. Pensaba que eras de Virginia.

—Nacida y criada. Pero nunca llegué hasta aquí. Hoy es un día para explorar nuevo territorio.

Ella salió del coche y respiró el aire de Chesapeake. Sabía a nieve vieja, lluvia nueva y un toque de smog industrial. Estaba a años luz de la Virginia que conocía. Mientras ella y Luca se dirigían hacia la casa de la víctima, un agente corpulento se separó del coche patrulla.

—¿FBI? —preguntó.

—Somos nosotros —Ella esperó a que se acercara y le tendió la mano—. Soy la agente Dark, este es el agente Hawkins. Gracias por recibirnos.

—No hay de qué. Soy el detective Malcolm Reeves. El pobre desgraciado a cargo de este caso.

El detective Reeves parecía un hombre que había visto demasiado pero no había vivido lo suficiente para procesarlo. Unas bolsas pesadas colgaban bajo sus ojos inyectados en sangre y las arrugas de estrés surcaban su frente como los contornos de un campo de batalla. Su placa colgaba torcida en su camisa y su corbata estaba salpicada de lo que podría haber sido el desayuno de esa mañana.

—Menuda historia —dijo, pasándose los dedos gruesos por el pelo canoso y escaso—. Tenemos nuestra cuota de asesinatos en Western Branch, especialmente con la base naval y el tráfico de drogas, pero nada como esto.

—¿Puede ponernos al día de todo?

—Recibimos una llamada alrededor de las nueve de esta mañana de la Biblioteca Pública de Chesapeake. Eleanor Calloway es

bibliotecaria de referencia allí, al parecer nunca había faltado un día en doce años. Dijeron que no era propio de Eleanor no dar señales de vida. Intentaron llamarla pero no respondió, así que nos llamaron a nosotros.

La lluvia goteaba del tejado del porche en chorros constantes. Ella notó que aparecían más caras en las ventanas de los vecinos.

—Uno de mis hombres llegó y encontró la puerta principal abierta —continuó Reeves—. Entró para comprobar si estaba bien y... bueno, ya habéis visto las fotos.

—La puerta principal —repitió Ella—. ¿Algo más abierto?

Reeves consultó su bloc de notas.

—No. Todo cerrado.

—Así que el asesino salió por la puerta principal. Habrá que ver si alguno de los vecinos tiene cámaras en el timbre. ¿Qué sabemos de la víctima?

—Solo lo que muestran sus registros. 42 años, trabajaba en la biblioteca desde hace doce años. Sin hijos. El marido murió hace cinco años por complicaciones pulmonares. No he tenido tiempo de investigar más a fondo.

—Entendido. ¿Qué encontró su agente cuando llegó aquí?

—Llamó a Eleanor pero no obtuvo respuesta. Así que revisó todas las habitaciones, y entonces encontró la... sala de trofeos de Eleanor o lo que quiera que sea eso. Su cuerpo estaba allí.

Luca preguntó:

—¿Cuándo fue esto?

—Sobre las nueve y media.

Ella miró su reloj. Casi cinco horas atrás.

—¿Quién ha estado en la escena? ¿Uniformados, CSI?

—Solo yo y dos de mis hombres. Aún no han venido los forenses ni los del depósito. Los de la CSI están ocupados con un

accidente múltiple en la I-64. No llegarán hasta dentro de una hora más.

—¿Así que el cuerpo sigue ahí dentro? —Ella no pudo ocultar su asombro. Cinco horas eran una eternidad en términos de escena del crimen. Evidencias degradándose, rastros desvaneciéndose, tiempo precioso escapándose.

—Sí. Mis hombres aseguraron la escena, documentaron todo. Pero estamos esperando al equipo forense completo.

—Joder. Tenemos que entrar ahí. Ya.

—Seguidme. Pero preparaos. Esto no es bonito.

CAPÍTULO CINCO

La muerte tenía su propio aroma. Ella conocía bien ese olor, pero la sala de colección de Eleanor Calloway era diferente. El familiar hedor a cobre de la sangre estaba ausente. En su lugar, flotaba en el aire algo dulce y artificial; una mezcla de cera para muebles y porcelana antigua.

La sala de colección se extendía ante ella como un salón victoriano. Vitrinas de caoba a medida cubrían las paredes de suelo a techo, cada una iluminada desde dentro por luces LED ocultas. Las lecturas de temperatura y humedad brillaban en las esquinas. Eleanor Calloway había gastado una fortuna en controles ambientales para proteger sus preciadas muñecas.

Y vaya muñecas. Cientos de ojos de cristal miraban fijamente desde detrás del inmaculado vidrio. Rostros de porcelana con rasgos pintados a mano. Diminutas bocas en forma de capullo congeladas en sonrisas permanentes. Trajes de época preservados en una perfección controlada por el clima. Algunas llevaban vestidos con encajes, y otras lucían uniformes militares en miniatura con botones de latón no más grandes que cabezas de alfiler.

Pero la pieza central de la sala hacía que toda esa perfección de porcelana pareciera barata.

Eleanor Calloway estaba sentada rígidamente en una silla de madera de respaldo alto, posando como la gran dama de esta retorcida fiesta del té. El desconocido la había vestido con un traje victoriano azul celeste con volantes y botones de perlas desde el cuello hasta los tobillos. Guantes blancos de encaje cubrían sus manos colocadas con esmero sobre su regazo. Su cabello oscuro había sido peinado en elaborados tirabuzones que enmarcaban su rostro como una peluca de muñeca.

El maquillaje era lo que realmente le revolvía el estómago a Ella. Una base blanca como el polvo borraba cada imperfección humana. Círculos de colorete pintados en cada mejilla le daban ese brillo de muñeca de porcelana. Los labios eran un perfecto lazo carmesí, probablemente trazado con una plantilla para lograr simetría.

Y luego los ojos.

El asesino había pegado los párpados de Eleanor bien abiertos. El blanco brillaba con un brillo antinatural y los iris azules miraban fijamente al frente, congelados en esa mirada perdida que solo los muertos podían lograr. Incluso había pintado pequeños destellos en cada ojo; esos puntitos blancos que hacían que las muñecas de porcelana parecieran vivas. Luca fue el primero en hablar.

—¿A qué demonios nos enfrentamos aquí?

Ella sentía la garganta apretada.

—Pasó horas en esto. Solo el maquillaje habría llevado una eternidad para lograr esta precisión. ¿Y qué narices hizo con su ropa?

Las muñecas habían sido cuidadosamente colocadas alrededor de la silla de Eleanor en círculos concéntricos, como asistentes en la corte. Rostros antiguos miraban hacia arriba a su nueva reina con ojos vacíos.

—Debe haberse llevado su ropa. Mira las manos —dijo Luca.

Ella se acercó, con cuidado de no alterar la escena. Los dedos enguantados de Eleanor estaban fijos en una pose antinatural, curvados como si estuviera a punto de tocar el piano.

—Uf, Jesús. Le rompió los dedos —Ella se volvió hacia el detective Reeves, que estaba cerca de la puerta—. ¿Los vecinos oyeron algo?

—Aún no los he entrevistado a todos, pero los que sí, nada. La señora Jacobs dijo que oyó un coche alrededor de medianoche, pero podría haber sido cualquier cosa.

—Bueno, podemos asegurar que hizo todo esto post mortem. No se le rompen los dedos a alguien en silencio.

—Ella, mira su cuello —dijo Luca.

Ella lo inspeccionó. Había un perfecto anillo rojo que rodeaba todo el cuello.

—La estranguló. No usó sus manos desnudas.

—Quería mantenerla impecable. Las manos desnudas habrían dejado demasiados moratones.

—Sí. Quería una muerte lo más limpia posible.

—Nuestro tipo tiene una visión. Eso es seguro.

Una subestimación. La escena arrastraba a Ella hacia sus entrañas y le suplicaba que hurgara y desentrañara sus vísceras. Tantas preguntas le acuchillaban el cerebro. ¿Cuál era el objetivo final de este monstruo? ¿Por qué Eleanor Calloway, una bibliotecaria de entre todas las personas? ¿Qué mensaje intentaba enviar con esta puesta en escena? ¿Por qué tomarse tantas molestias?

Tenía la sensación de que solo estaban viendo la punta del iceberg de este psicópata. Un asesino que ponía tanto trabajo en sus exhibiciones no se detenía en una. Apenas estaba empezando.

—Bueno, si este tipo se cree un artista, entonces yo seré su mayor crítica.

Luca dijo:

—No quiero sonar como un director de escuela de los años cincuenta, pero ¿qué tipo de hombre es tan hábil aplicando maquillaje? Yo intenté cubrir un grano una vez. Acabé con un enorme círculo naranja en la mejilla.

—No creo que nuestro tipo fuera naturalmente hábil aplicando maquillaje. Creo que aprendió a hacerlo, solo para esto.

Luca la miró.

—¿Estás segura de eso? Parece una suposición exagerada.

El perfil de comportamiento comenzaba a tomar forma. Ella no podía imaginar a un desconocido creando una escena solo para poner en práctica sus habilidades expertas de aplicación de maquillaje.

—Vamos, Hawkins. Esto no me parece un asesinato por venganza porque la muerte no era el objetivo aquí. Esto es una fantasía hecha realidad. Nuestro desconocido necesitaba que todo fuera perfecto, y eso incluía una aplicación experta de maquillaje.

—¿Crees que recibió clases? —preguntó Reeves desde la puerta.

—Quizá. O puede que trabaje en un campo donde hace esto para ganarse la vida. Teatro. Televisión. Sesiones fotográficas. Incluso podría trabajar en una funeraria. Lo importante es que esto no fue impulsivo. Planeó cada detalle —dijo ella mientras rodeaba la silla de Eleanor—. El garrote en lugar de la estrangulación manual. La aplicación perfecta del maquillaje. Romperle los dedos post mortem para lograr la pose correcta. Todo calculado para un máximo impacto visual.

—Como un director preparando su toma —dijo Luca.

—Exacto. No solo está matando, está creando.

Luca señaló hacia las muñecas. —¿Por qué colocarlas así? ¿Por qué hacer que miren?

—Porque son su público. Esto no es solo un asesinato, es arte performativo. Está haciendo alarde de sus habilidades ante los únicos críticos que respeta —dijo ella señalando las vitrinas—. Y no se va a detener en uno, pero la cuestión es: ¿son las muñecas lo que le atrajo aquí, o algo más?

—¿Por dónde deberíamos empezar? —preguntó Reeves—. ¿Vecinos? ¿Amigos? ¿Familia?

—Todo eso. Nuestro asesino sabía de la colección de Eleanor, así que debe haber tenido contacto con ella.

—¿Alguien cercano a ella?

—Imposible saberlo. Podría haber sido su mejor amiga o simplemente algún operario que se topó con esta habitación por casualidad. Tenemos que mirar más allá de los sospechosos habituales. Puede que no sea tan simple como un amante despechado o un compañero de trabajo descontento. Es un depredador. Habría acechado a Eleanor, aprendido sus rutinas. Probablemente se ganó su confianza de alguna manera. También tenemos que investigar la comunidad de coleccionistas.

Reeves se aclaró la garganta. —Correré la voz, a ver si alguien en su círculo tiene un tornillo suelto. Quizás alguien armó un escándalo en una subasta, montó una pataleta por perder una muñeca rara. Si este tipo tiene una obsesión, quizás haya dejado un rastro.

Ella asintió. —Bien. Consigue también una lista de cualquier hombre con el que Eleanor haya tenido contacto recientemente: operarios, repartidores, cualquiera que haya venido a la casa.

—Revisaré su tarjeta de crédito y registros telefónicos —se ofreció Luca—. A ver si alguien la estaba acosando.

Mientras Luca y Reeves discutían sobre registros telefónicos y extractos de tarjetas de crédito, ella estudió de nuevo la disposición de la habitación. Todo estaba colocado con precisión matemática: las vitrinas perfectamente paralelas entre sí, cada estante medido al milímetro, parecía. Las herramientas de restauración de Eleanor estaban en ángulos rectos perfectos sobre su mesa de trabajo. Incluso la silla en la que la habían colocado estaba centrada con precisión entre las vitrinas. Esto era un TOC llevado al extremo.

Ella se movió a lo largo de las vitrinas. Parecían estar categorizadas por época, aunque ella estaría mintiendo si dijera que estaba segura. Muñecas similares habían sido agrupadas, pero eso era todo lo que podía deducir.

La vitrina central dominaba la pared opuesta a la silla de Eleanor. Un lugar privilegiado en una habitación dedicada a la perfección. Su mirada recorrió los estantes, asimilando la disposición. Entonces lo vio.

Un hueco.

Justo en el centro del estante principal, rodeado por las mejores piezas de Eleanor, había un espacio vacío. No al azar: de un tamaño preciso, como si algo hubiera sido retirado. El forro de terciopelo mostraba ligeras marcas de compresión donde una vez estuvo una muñeca.

El parloteo de Luca y Reeves se desvaneció como un ruido de fondo mientras ella se centraba en la anomalía. Sabía en sus entrañas que esto no era un descuido. Eleanor nunca dejaría su preciosa colección incompleta. No voluntariamente.

No, esto era otra cosa. Un mensaje de su psicópata titiritero.

—Eh —dijo ella interrumpiendo la conversación de Luca y Reeves—. Venid a ver esto.

Se unieron a ella frente a la vitrina. Ella señaló el espacio vacío. —¿Notáis algo raro?

Luca entrecerró los ojos. —¿Falta algo?

—Eso parece. Alguien como Eleanor nunca dejaría un hueco tan notorio como este.

Reeves parecía mareado. Probablemente deseando estar de vuelta en el control de tráfico. —¿Y si estaba fuera para limpieza o algo así?

Ella señaló las herramientas de Eleanor en su escritorio. —Ella hacía su propio mantenimiento, por lo que parece. Creo que nuestro criminal se llevó lo que estaba aquí. Para afirmar su dominio.

—¿Dominio? ¿Sobre muñecas? —preguntó Reeves.

—No, es algo más grande. Todo este montaje es un viaje de poder. Está demostrando que puede infiltrarse en el santuario más privado de su víctima, violar sus posesiones más preciadas. Esto es posesión.

Sus ojos volvieron al hueco que se abría en la preciada vitrina de Eleanor. El espacio negativo le gritaba, burlándose. Desafiándola a rellenar los huecos.

—Parece que tenemos que hacer una investigación a fondo —dijo Luca—. Quizás deberíamos ir a la comisaría. Cuanto antes indagemos en la vida de Eleanor, más posibilidades tendremos de atraparlo antes de que otro cuerpo se sume a la pila.

Reeves intervino. —Espera un momento, ¿crees que este podría ser solo el primero? ¿De cuántos?

Las probabilidades de que esto fuera un homicidio aislado eran mayores que cero, pero aún bajas, así que ella mantuvo ese optimismo bajo llave. Podía sentir en sus huesos la certeza de que esto progresaría a un caso en serie. Esto era solo la obertura. Su maestro de la muerte tenía en mente una sinfonía completa.

—Si fuera una mujer de apuestas, apostarí seis cifras a que sí. Asesinos como este no se toman tantas molestias sin un plan a largo plazo, y una vez que prueban ese poder, harán cualquier cosa para volver a sentirlo.

Reeves parecía a punto de vomitar, pero cuadró los hombros y asintió.

—Entonces será mejor que empecemos a dar caza.

Ella echó un último vistazo a la habitación y grabó cada detalle en su memoria. El hueco vacío en la vitrina le molestaba como si le faltara un diente. El sujeto desconocido no solo había escenificado un asesinato, lo había comisariado, llegando incluso a elegir su propio recuerdo. Por mucho que le costara admitirlo, este tío tenía agallas e inteligencia a partes iguales, y esa combinación dificultaba su captura.

—¿Quieres quedarte aquí hasta que llegue el equipo forense? —preguntó a Reeves.

—Sí. Vosotros id a instalaros en la comisaría. La recepcionista os mostrará vuestro despacho.

—Gracias. Asegúrate de que el equipo de la científica saque fotos de todo lo que hay en esta habitación, sobre todo de la posición del cuerpo. Y diles que inspeccionen el interior de la vitrina

donde falta la muñeca. Puede que nuestro hombre se haya descuidado y haya dejado una huella ahí dentro.

—Lo haré —dijo Reeves, aliviado de tener tareas concretas en las que centrarse. Cualquier cosa para evitar mirar fijamente el rostro pintado de Eleanor.

—Vámonos, Hawkins. Tenemos que encontrar a un fabricante de muñecas.

CAPÍTULO SEIS

Apenas las tres de la tarde y ya había anochecido.

El semáforo fuera de la ventana del dormitorio teñía la pared de rojo. Una y otra vez. Igual que lo había hecho durante los ocho años que llevaba viviendo en esta parte de la ciudad. Probablemente podría medir el tiempo con él. Marcar los minutos. Contar la interminable procesión de coches que se dirigían a la base naval. Así había sido la vida: una sucesión de luces cíclicas y pequeñas rutinas.

Hasta Eleanor.

El Coleccionista miraba la muñeca en la vitrina como un recién nacido, viendo el mundo por primera vez. Porque, en cierto modo, lo era. Renacido tras la muerte de Eleanor, bautizado en el poder embriagador de arrebatarse una vida y hacerla suya.

La muñeca –al parecer llamada Margaret según los registros de Eleanor– estaba sentada en la vitrina de cristal que había instalado para este propósito. Vestido azul celeste. Boca perfecta como un capullo de rosa. Esos ojos gris azulado teñidos de arsénico mirándole fijamente. La joya de la colección de Eleanor Calloway, ahora suya. La grieta en su cadera no importaba. El adhesivo alemán llegaría mañana.

La habitación era un desastre de cajas vacías. La instalación de la vitrina había llevado horas, pero tenía que ser perfecta. Controles de clima. Iluminación adecuada. Mucho dinero para alguien que vivía en un lugar donde las sirenas nunca dejaban de aullar, pero merecía la pena. No se podía poner la perfección en una vitrina cualquiera de IKEA.

Captó su reflejo en el cristal. Los ojos que le devolvían la mirada desde el cristal no eran los mismos que había tenido toda su vida. Estos ojos habían visto cosas. Hecho cosas. Creado cosas.

Eleanor Calloway había sido dueña de esta muñeca, pero nunca la había poseído. No realmente. Posesión significaba entendimiento. Significaba transformación. La forma en que la muñeca le transformaba a él con solo existir en su espacio, elevando este cuchitril de apartamento a algo cercano a lo sagrado.

Las tuberías del edificio crujieron. En algún lugar del piso de arriba, la pareja de yonquis comenzó su pelea matutina justo a tiempo. Pero sus voces parecían distantes ahora, como ruido de fondo en una película sobre la vida de otra persona.

Esa vieja vida –el cubículo, las hojas de Excel, las cenas congeladas comidas sobre el fregadero– se sentía como un capullo que finalmente había desechado. La vieja vida se desprendía como piel muerta. Cuarenta años como un personaje secundario en su propia historia.

Los ojos de Margaret captaron la luz del semáforo. El rojo brilló en ese antiguo cristal alemán. La forma en que le miraba, no como una muñeca en absoluto. Más bien como si reconociera algo en él. Algo que siempre había estado ahí, esperando.

Pasó una mano por el cristal una última vez, luego se volvió para recoger sus cosas. Eleanor Calloway y su muñeca eran solo la primera de muchas. Había otros coleccionistas ahí fuera que necesitaban pagar el mismo precio.

El reloj en su pared marcaba poco después de las 15:00. Tres horas hasta su cita. El hombre con la cucaracha no esperaría nada inusual. Solo otro coleccionista buscando añadir algo a su exposición. El pensamiento casi le hizo reír.

Si supieran qué tipo de colección estaba construyendo realmente.

La idea de oficina del Departamento de Policía de Chesapeake era un almacén reconvertido con apenas espacio para dos escritorios y una pizarra. El antiguo radiador traqueteaba como si alguien estuviera atrapado dentro con una llave inglesa. La pantalla del

portátil de Ella quemaba luz azul en sus retinas mientras el café de la comisaría le abrasaba el estómago.

Frente a ella, Luca parecía inmune a la incomodidad general. O quizás solo fingía bien. Estaba encorvado sobre su portátil con una pila de archivos tambaleándose a su lado, y tenía esa mirada en su rostro, la que decía que estaba siguiendo un rastro. El lado glamuroso del trabajo del FBI: hurgar en las finanzas de una víctima con la remota posibilidad de que su asesino hubiera dejado una prueba irrefutable entre los cargos de comida y gasolina.

Por su parte, ella había estado cayendo por el agujero digital de la vida de Eleanor Calloway. O la falta de ella. Para ser una víctima de homicidio cuya muerte pondría celoso a Hannibal Lecter, la presencia en línea de Calloway era tan animada como una tostadora desenchufada. La mujer era un fantasma en la máquina, lo cual era una rareza para cualquiera menor de 60 años. Era casi imposible vivir sin dejar una huella digital, pero Eleanor Calloway parecía haberlo logrado.

Los registros de la biblioteca que Reeves había conseguido esbozaban el contorno de una vida, su forma tan vacía como precisa. Los días de Calloway se desarrollaban con toda la variación de un ferrocarril suizo. Trabajo. Casa. Enjuagar y repetir. Doce años, había trabajado en las estanterías de la Biblioteca Pública de Chesapeake. Ni un día de baja en todo ese tiempo. Ni siquiera un fin de semana largo fuera del mapa.

Todo lo cual sumaba exactamente cero en términos de cazar a su fabricante de muñecas. Ella se frotó los ojos con tanta fuerza que vio estrellas.

—¿Qué tal va? —Luca no había levantado la vista de los papeles que tenía delante.

—Como intentar sacarle agua a una piedra. O esta mujer vivía como una ermitaña o tenía algo que ocultar. No encuentro ningún contacto fuera del trabajo. Ni familia. Ni amigos, a menos que cuentas a los bibliotecarios con los que trabajaba. Quizá deberíamos hacerles una visita.

—¿Ningún amigo con afición por el asesinato?

—No, a menos que sean tan reacios a internet como ella. Todo son callejones sin salida —dijo, mirando la pila de papeles a su lado—. Por favor, dime que tú tienes más suerte.

Luca levantó una hoja, negando con la cabeza.

—Era una máquina. Todo en regla. Sin compras impulsivas, sin viajes en Uber a las tantas de la madrugada. Sus cuentas están más limpias que una patena.

—Maldita sea.

—Bueno, hay una cosa —dijo Luca, cogiendo una página entre el pulgar y el índice—. Un pago de 5.000 euros a alguien llamado V. Blackburn el mes pasado.

—¿Blackburn? —El papel crujió bajo los dedos de Ella mientras lo cogía con la habilidad de un carterista experto—. Ni idea. No hay ningún Blackburn en los registros de Eleanor por lo que he visto. Podríamos preguntar a Reeves si sabe algo.

La silla de Luca chirrió cuando se echó hacia atrás desde el escritorio destartado.

—Sí, pero creo que tienes razón en ir a la biblioteca. Si el trabajo es nuestro único vínculo con Eleanor, tiremos de ese hilo. Además, está solo a una manzana. ¿Puedes caminar?

La preocupación en su voz la molestó.

—Estoy bien. Las quemaduras están sanando.

—¿Ah, sí? Porque te has estado frotando la pierna derecha todo el día.

—¿Ahora me observas cómo ando, Hawkins?

—Solo me preocupo por mi compañera —dijo, levantando las manos—. Compañera temporal.

Ella tenía que admitir que se sentía raro estas primeras horas de vuelta al trabajo con Luca. Como meterse en su vieja piel y encontrar que ya no le quedaba igual. Ella y Luca tenían un acuerdo, pero verlo concentrado en el trabajo le recordaba lo que tenían. Lo

que habían acordado dejar, por el bien de su cordura y, quizá, de sus corazones.

Si era sincera consigo misma, se sentía bien. Mejor que bien. Como estirar músculos agarrotados después de demasiado tiempo encerrada. Como volver a casa.

Pero el hogar era lo que Luca significaba para ella, y si mantenerlo significaba poner límites, estaba aprendiendo a vivir con la contradicción.

—Puedo andar perfectamente —dijo—. Vamos.

CAPÍTULO SIETE

El camino hacia la Biblioteca Pública de Chesapeake transcurrió sin incidentes. Ella mantenía un ojo en la calle y el otro en el perfil de Luca, observándole analizar los extractos de la tarjeta de crédito de Eleanor Calloway mientras caminaba. Con la nariz metida en los papeles, un pliegue formándose entre sus cejas. La viva imagen de la concentración y, Dios la amparase, era condenadamente atractivo.

Si Luca se percató de sus miradas, no lo demostró. Simplemente seguía pasando páginas, buscando los detalles que darían forma al asesino de Eleanor. Eran un equipo, incluso cuando no lo eran, y ahora mismo, el trabajo era lo primero.

La biblioteca se alzaba como una bestia imponente hecha de ladrillo viejo. El tipo de edificio que parecía diseñado para ahogar la fantasía, para moler el espíritu humano hasta convertirlo en pasta. Incluso el alegre cartel de "LEER ES SOÑAR CON LOS OJOS ABIERTOS" clavado en la puerta principal parecía descolorido, una reliquia de alguna época pasada cuando la gente aún creía en bonitas mentiras.

—¿Cuándo fue la última vez que viniste a una biblioteca? —preguntó ella.

—Siempre estoy en la biblioteca. Es lo único que le queda a este país.

—¿Qué? Nunca te he visto en la biblioteca.

—Y yo nunca te he visto afeitarte las piernas, pero sé que lo haces.

—Touché —Ella abrió la puerta y entró en un pequeño vestíbulo. Había una disposición de libros en una mesita junto a un árbol de Navidad.

—Si no hay otra cosa, quizás encontremos aquí un ejemplar de "Perfilado para Torpes".

—Bromeas, pero ese libro existe de verdad —Ella guió el camino hacia la zona principal. La bibliotecaria en el mostrador parecía haber sido vertida en la silla durante la administración anterior y dejada allí para solidificarse. Su pelo era un casco inamovible y la placa de su acreditación decía "DOLORES" en letras gruesas y en negrita que parecían haber sido talladas con un cincel.

—¿Puedo ayudarles? —Su voz arrastró las palabras como si le hubieran ofendido.

Ella mostró su placa, observando cómo los ojos de la mujer se estrechaban tras las gafas de pasta con brillantes.

—Agente Dark, FBI. Este es el agente Hawkins. Necesitamos hablar con alguien sobre Eleanor Calloway.

—¿Ellie? —La boca de Dolores se apretó aún más, lo cual Ella no habría creído posible sin algún tipo de torno industrial—. ¿La han encontrado? Fui yo quien informé...

Ella tragó esa píldora de optimismo agri dulce de que quizás la noticia de la muerte de Eleanor ya hubiera llegado a sus colegas. Dada la mirada de vaga esperanza en el rostro de Dolores, no había sido así.

—Lamento tener que decirle esto, pero Eleanor fue encontrada muerta esta mañana.

Dolores parpadeó una vez, lentamente, como un lagarto contemplando una mosca particularmente jugosa.

—¿Qué... muerta? No. No puede ser. Ella estaba...

—Sabemos que esto es un shock —dijo Luca, suave como una piedra de río—. Por eso necesitamos su ayuda. Para entender qué pudo haber pasado.

Dolores se cubrió la cara con la mano y luego se levantó lentamente de su silla. Rebuscó algo bajo su escritorio y lo plantó en

el mostrador de recepción. Decía RECEPCIÓN SIN PERSONAL – VUELVO PRONTO.

—Nadie conocía a Ellie mejor que yo —suspiró Dolores. Se frotó lágrimas fantasma, pero Ella sabía que no estaban lejos. A veces tardaba unos minutos para que las respuestas corporales alcanzaran al cerebro.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar? —La biblioteca estaba lo suficientemente vacía, pero hablar en público siempre era un riesgo, independientemente de las circunstancias.

—Sí. Seguidme.

Dolores dejó su escritorio y cruzó la alfombra hacia una sala trasera. Ella y Luca la siguieron. Una vez dentro, Dolores se desplomó en una silla y sollozó en sus manos.

—Realmente lamentamos ser quienes dan la mala noticia —dijo Ella. Cualquier cosa para suavizar la inminente ola de dolor que roería a esta mujer en el futuro previsible.

—Es... ¿cómo murió? ¿Pueden decírmelo?

Ella y Luca intercambiaron una mirada. Equilibrar la verdad y los tópicos era un baile difícil. Había que ser lo más honesto posible sin darles nada que los periodistas pudieran exprimir más tarde. Una vez que la noticia de la muerte de Eleanor llegara a las masas, esta biblioteca vería más afluencia de la que había tenido en años.

—Eleanor fue asesinada —dijo Ella—. Eso es todo lo que podemos decir.

Cada entrevistado tenía una respuesta diferente a la palabra asesinato. Algunos lloraban, algunos lo negaban, algunos entraban en shock. La respuesta de Dolores se situó en algún lugar cercano a esto último.

—¿Ellie? ¿Asesinada? ¿Estáis... seguros?

—Sí. Lo siento. Eleanor parece haber sido una persona maravillosa, y necesitamos aprender todo lo que podamos sobre ella. ¿Puede ayudarnos?

Dolores se tomó un momento. Se limpió la cara con el antebrazo, se recostó en su silla y suprimió otra oleada de lágrimas con las yemas de los dedos. Ella la dejó desahogarse.

—¿Habláis en serio? ¿Ellie se ha... ido?

Ella negó con la cabeza. Dejó que el silencio hablara por sí solo.

—No sé qué puedo decirle. Ellie era una buena chica. Se mantenía apartada, casi siempre. No era de cotilleos.

—¿Qué hacía aquí?

—Bibliotecaria de referencia. Ayudante general. Nada del otro mundo.

—¿Tuvo problemas con alguien? ¿Alguna discusión o enfrentamiento?

—¿Ellie? —Dolores soltó un bufido—. Apenas hablaba con nadie. Siempre estaba enfrascada en esas revistas polvorientas. Te juro que esa chica pasaba más tiempo con autores muertos que con gente viva.

—¿Y fuera del trabajo? —insistió Ella—. ¿Mencionó alguna vez amigos o aficiones?

—Si lo hizo, no me lo dijo —Dolores se frotó la cara de nuevo. Su respiración se había acelerado—. Tenía un marido, Thomas, pero murió hace unos años. Una enfermedad, creo.

—¿Eleanor rehízo su vida? ¿Conoció a alguien nuevo?

—No. Que yo sepa, al menos. Pasaba la mayor parte del tiempo con esas muñecas espeluznantes —Un escalofrío recorrió a Dolores como una ola en un colchón de agua.

—Esas muñecas —dijo Ella—. ¿Qué sabe de ellas?

—Siempre estaba hablando de ellas. Que si antigüedades, que si porcelana. Como te dije, más interesada en las cosas que en las personas. Solo sé que se gastaba una fortuna en esos trastos. Siempre iba a ventas de testamentarías, subastas y cosas así.

Ella intercambió una mirada con Luca. Así que hasta los compañeros de Eleanor conocían su colección. ¿A cuántos más

habría dejado entrar en ese santuario? Su asesino podría ser cualquiera.

—¿Alguna vez recibió visitas? —preguntó Luca—. ¿Alguien que viniera a verla, aunque no se quedara mucho tiempo?

Dolores se reclinó, y la silla crujió en señal de advertencia.

—Pues no sé. Aquí viene gente todo el tiempo. La biblioteca es un lugar comunitario.

Ella podía ver los engranajes girando en la cabeza de Dolores. Ahí había algo.

—Por favor, señora. No importa lo pequeño que sea el detalle. Si recuerda algo, cualquier cara sospechosa, necesitamos saberlo.

—Hubo un hombre —soltó Dolores—. Hace quizás un mes. Nunca lo había visto antes. Esperó a que Ellie saliera del trabajo y se fue con ella. No me gustó su pinta, para ser sincera. Demasiado refinado, si sabes a lo que me refiero.

El pulso de Ella se aceleró.

—¿Puede describirlo?

—Altura media, pelo castaño. Traje caro, zapatos baratos. El tipo de tío que se cree más listo que nadie —Dolores entrecerró los ojos como si pudiera ver al hombre misterioso por pura fuerza del desdén—. Le vi meterse en un sedán azul. Uno de esos japoneses. Salió pitando como alma que lleva el diablo.

Luca preguntó:

—¿Por casualidad vio la matrícula?

—¿Tengo pinta de andar fijándome en matrículas? —espetó Dolores.

—Por supuesto que no —la tranquilizó Ella—. Solo intentamos cubrir todos los frentes.

—¿Algo más que pueda decirnos sobre él? —intervino Luca antes de que Dolores pudiera cargar para otra andanada—. ¿Alguna marca distintiva, tatuajes, cicatrices?

—Las manos —La palabra sonó como un latigazo—. Tenía unas manos raras. Suaves en las palmas pero escamosas en las yemas. Como si se hubiera estado pellizcando la piel —Negó con la cabeza, haciendo temblar su casco de pelo—. Recuerdo haber pensado: "¿Qué quiere un tipo así con una mosquita muerta como Ellie?"

La sangre de Ella se heló en sus venas, tan fría como la mirada de porcelana de las muñecas en la habitación muerta de Eleanor. Un hombre con manos escamosas. Apareciendo de la nada, con una fachada de sofisticación tan fina como sus zapatos baratos.

No hacía falta ser perfiladora para adivinar a dónde iba esto. O más bien, dónde ya había estado.

—¿Algo más que pueda decirnos sobre ella? No importa lo insignificante que sea.

—Yo... no se me ocurre nada más. Ya sabes, crees que conoces a alguien. Supongo que no conocía a Ellie ni la mitad de lo que pensaba.

La mujer tenía razón. Podías ver a alguien todos los días y aun así no recordar de qué color tenía los ojos.

—Gracias, Dolores. Ha sido de gran ayuda. Tendremos que enviar a alguien para revisar las cámaras de seguridad, a ver si podemos ver a ese hombre misterioso con el que Eleanor se encontró.

—Hagan eso.

—¿Hay alguien más aquí con quien podamos hablar?

—No realmente. Las otras dos bibliotecarias son novatas. Solo Ellie y yo llevamos años aquí.

—Entendido. Si se le ocurre algo más, por favor llámenos —La tarjeta tembló entre sus dedos al entregársela, la adrenalina empezando a subir. Esto era. Su primera pista sólida. Quizás su única pista, si el estado de los registros de Eleanor era un indicio.

Luca se puso a su lado mientras salían de la biblioteca, adentrándose en el gris de la tarde. La lluvia había pasado, pero el

aire olía a tormenta inminente.

—Traje caro, zapatos baratos —caviló Luca—. Parece que alguien se esfuerza demasiado por aparentar lo que no es.

—Se esfuerza y fracasa. ¿Qué tipo de coleccionista lleva un traje de diseñador con zapatos de saldo?

—Quizás alguien que no es un coleccionista en absoluto. Alguien que se hace pasar por novio, tal vez. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Estoy pensando muchas cosas. ¿Será un amante despechado? ¿Un coleccionista celoso? ¿Alguien que se acercó a Eleanor a propósito para robarle una de sus muñecas? ¿Quizás para venderla?

—Vamos, Ella. Aquí no hay motivación económica. Si la hubiera, habría saqueado toda la colección.

La imagen de Eleanor Calloway, rodeada de sus preciadas muñecas, se negaba a desaparecer. Se aferraba a ella como una mancha de sangre imposible de borrar. Su asesino andaba suelto, ocultando su verdadera naturaleza tras una máscara de normalidad, mezclándose en el telón de fondo de la vida cotidiana.

Pero ahora al menos tenía una pista que seguir.

—Tienes razón. Se me ha ocurrido algo. Venga, volvamos a la comisaría —dijo.

CAPÍTULO OCHO

Alfred Finch amaba más a sus insectos de lo que jamás había amado a una mujer. Este pensamiento le asaltó mientras ajustaba la posición del escarabajo Hércules en su vitrina por cuarta vez esa noche. Cuarenta años de matrimonio con el reino de los insectos le habían echado a perder para la compañía humana.

Las personas eran desordenadas e impredecibles. Los insectos seguían reglas. Reglas hermosas y precisas que funcionaban como un pequeño mecanismo de relojería.

Su salón era un templo dedicado al orden Insecta. Vitrinas de cristal cubrían cada pared en patrones geométricos perfectos. Las mariposas extendían sus alas como vidrieras en una catedral. Los escarabajos rinoceronte posaban con los cuernos en alto, atrapados para siempre en muestras de agresión. Las tarántulas chilenas rosa encogían sus patas en un sueño eterno. Cada espécimen estaba perfectamente colocado y conservado. Su orgullo y alegría —una araña Goliath comedora de pájaros— acaparaba la atención desde su vitrina hexagonal hecha a medida.

Así es como se medía una vida, pensó Alfred. En milímetros entre alfileres. En el ángulo preciso de las antenas. En la forma en que la luz captaba ojos compuestos que nunca volverían a ver.

El reflejo de Alfred se deslizaba por el cristal mientras hacía su ronda. A los cincuenta y un años, su pelo había adquirido el color del papel viejo, y su rostro tenía más líneas que un mapa topográfico. Pero sus manos seguían siendo firmes como las de un cirujano. Necesitabas manos firmes en este negocio. Un desliz al montar un espécimen podía destruir miles de euros de trabajo.

Décadas de este trabajo le habían proporcionado un extraño olor a naftalina que no podía quitarse de encima por más ropa nueva que se comprara. Llevaba la muerte como un abrigo viejo y cómodo.

Era su vida. Su legado. Coleccionar. Catalogar. Clavar lo que una vez estuvo vivo detrás del cristal y etiquetar sus cadáveres con un nombre en latín y una fecha. Como si eso lo convirtiera en ciencia en lugar de una obsesión.

Pero esta noche, esta obsesión estaba dando sus frutos. Un tipo que había conocido en un foro de coleccionistas venía a comprar su espécimen máspreciado. Su ballena blanca con armadura de quitina: la *Saltoblattella montistabularis*. Una cucaracha africana tan rara que ni siquiera tenía nombre en español. Habían hablado brevemente por teléfono y concertado una cita para hoy. El coleccionista había dicho que traería el pago en efectivo.

A decir verdad, Alfred no quería separarse de su querida cucaracha, pero conseguir este ejemplar le había costado dos matrimonios y la mayor parte de su fondo de jubilación. ¿Valía cada céntimo? Quizás, pero los problemas económicos se habían ido acumulando con los años, y mantener una colección como esta era un hábito caro. Pensó que podría conseguir setenta mil euros solo por la cucaracha, y entonces un coleccionista había aparecido de la nada y le había ofrecido cien mil euros.

Alfred amaba su *Saltoblattella montistabularis*, pero cien mil euros podían conseguirle muchos más insectos —y quizás financiar algunas expediciones a las cuevas de Sudamérica. Allí había especies que no habían visto la luz desde que murieron los dinosaurios. Territorio virgen para un hombre con el equipo y la experiencia adecuados.

Sonó el timbre.

El corazón de Alfred golpeó contra sus costillas. Había llegado el momento. Se alisó el cárdigan y se revisó los dientes en el reflejo de una vitrina. Las primeras impresiones eran importantes en el mundo del coleccionismo. Los afines se reconocían entre sí.

Alfred entreabrió la puerta, con la cadena aún puesta. No se podía ser demasiado cuidadoso en este mundo de comer o ser comido.

—¿Señor Finch? —La voz del hombre rezumaba como aceite de motor—. Vengo por lo de la cucaracha.

Alfred asintió y quitó la cadena.

—Por supuesto. Pase. Era el señor Jones, ¿verdad?

—Sí. Llámeme Peter —dijo.

El hombre en su puerta llevaba un Armani como si fuera un disfraz. Pelo castaño, bien afeitado, todo gritaba dinero viejo excepto esos zapatos baratos que parecían recién sacados del estante de Primark. Sus manos llamaron la atención de Alfred de inmediato: suaves y sin callosidades, como si nunca hubiera manejado una red o un alfiler de espécimen en su vida.

Las alarmas sonaron en la cabeza de Alfred, silenciosas pero insistentes. Los coleccionistas de campo tenían las manos ásperas. Los trabajadores de laboratorio tenían manchas de productos químicos. Los dedos de este hombre parecían no haber tocado nada más exigente que un teclado de ordenador.

Alfred le hizo pasar el umbral, notando el maletín de cuero que aferraba con fuerza en una mano pálida.

—Debo decir que es un placer conocer a otro aficionado. Tan poca gente aprecia la majestuosidad del mundo de los insectos —dijo Alfred.

—Lo mismo digo —respondió Peter.

—¿Puedo cogerle el abrigo? ¿Y su bolsa?

Peter apretó su bolsa con más fuerza.

—La guardaré yo, si no le importa —dijo.

Algo en su voz hizo que a Alfred se le erizara la piel. Pero a los coleccionistas se les permitían sus excentricidades. Dios sabía que Alfred tenía las suyas: las pajaritas, la medición obsesiva, la forma en que no podía dormir si las vitrinas no estaban perfectamente alineadas.

—Por aquí —dijo Alfred mientras le guiaba hasta el salón—. ¿Le gustaría ver algunos de mis otros especímenes mientras voy a

buscar a nuestro amigo?

—Por supuesto —respondió Peter.

El hombre se movía como si alguien manejara su cuerpo por control remoto. Su mirada se deslizaba por las vitrinas sin realmente registrarlas. La mayoría de los coleccionistas se emocionaban en este punto: hacían preguntas, compartían historias, comparaban notas. Pero Peter simplemente permanecía allí, tan inmóvil como los especímenes en las paredes. Ni un ensanchamiento de ojos ante los ejemplares raros. Ni una brusca inhalación frente a la araña Goliat. Ninguna de las señales reveladoras de un verdadero coleccionista. Solo esa mirada plana, como si estuviera examinando muestras de papel pintado en lugar de algunos de los insectos más raros del planeta.

—Menuda colección —dijo con un tono apagado.

—Esa vitrina me llevó quince años —Alfred señaló el cuadro de evolución de las cucarachas—. Cada espécimen tuvo que ser capturado exactamente en la etapa correcta de desarrollo. El momento es crucial: cuestión de horas puede suponer la diferencia entre una preservación perfecta y un espécimen echado a perder.

Peter asintió sin mirar. —Fascinante.

—Y aquí... —Alfred se movió hacia una vitrina de escarabajos iridiscentes—. Estos son de mi expedición a Borneo en el 92. Los lugareños pensaban que estaba loco, acampando en la selva durante semanas solo para encontrar los especímenes adecuados. Pero mira ese brillo metálico. No se consigue un color así en ejemplares criados en cautividad.

—Debes estar muy orgulloso.

Otra vez fuera de tono. Las palabras eran correctas, pero el tono estaba muerto. Los coleccionistas tenían cierta fiebre en sus voces cuando hablaban de sus pasiones. Una locura específica que Alfred reconocía porque la veía en el espejo cada mañana. Entendían que cada espécimen era un capítulo en una narrativa más amplia.

Este hombre lo trataba como una transacción comercial. Quizás eso era todo lo que significaba para él, pensó.

—¿Te apetece una copa? Tengo un Merlot estupendo aireándose en la cocina.

Peter hizo un gesto desdeñoso con la mano. —No, gracias. Estoy ansioso por ver la cucaracha, si no te importa.

—Por supuesto —Alfred forzó calidez en su voz—. La traeré de mi despacho. Por favor, ponte cómodo.

El despacho estaba justo al lado del salón, a través de un arco forrado de especímenes de polillas dispuestos en secuencia evolutiva. Las manos de Alfred temblaban ligeramente mientras levantaba la caja reforzada. La cucaracha colgaba suspendida en su prisión de cristal. La acunó con el cuidado de un sacerdote portando reliquias sagradas. Un movimiento en falso y cien mil euros se harían añicos en su suelo.

Una tabla del suelo crujió en el salón. Luego otra. Alfred sonrió para sí mismo al escuchar los pasos de Peter moviéndose de vitrina en vitrina. Quizás había juzgado mal al hombre. Algunos coleccionistas tardaban en animarse, como criaturas de sangre fría que necesitan luz solar antes de poder moverse. Alfred había conocido a algunos así: torpes al principio, pero dale un par de copas y hablarían de entomología hasta el amanecer.

O quizás Peter era solo un hombre de negocios que veía signos de euro en insectos muertos. También había muchos de esos. Hombres que no distinguirían un escarabajo de un ciervo volante pero sabían exactamente cuánto conseguirían cada uno en una subasta. Alfred había vendido a ese tipo antes. Trataban sus especímenes como acciones o bonos: activos para comerciar, no maravillas para estudiar.

Los pasos continuaron su ritmo medido. Las vitrinas de cristal tintineaban suavemente: el sonido de alguien inclinándose para mirar más de cerca. Alfred reconocía ese ritmo. Lo había hecho él mismo incontables veces en casas de otros coleccionistas, ese

cuidadoso baile de curiosidad y respeto. Nunca tocando, solo absorbiendo.

Una tabla crujió cerca de su preciada colección de mariposas. Buena elección, pensó Alfred. Solo el *Morpho didius* valía una pequeña fortuna. Cualquier verdadero coleccionista gravitaría hacia esas alas iridiscentes. Quizás Peter no era tan frío después de todo. Solo necesitaba tiempo para soltarse.

Alfred repasó rápidamente el discurso que solía dar a los posibles compradores. La historia de su descubrimiento, el complejo proceso de preservación, el valor de mercado actual de especímenes similares. A los tipos de negocios les gustaba ese tipo de detalles. Les hacía sentir mejor por gastar cinco cifras en un insecto muerto.

Pero las palabras murieron en los labios de Alfred al cruzar el umbral de vuelta al salón.

Porque la escena frente a él desafiaba toda lógica, toda razón.

Peter estaba de pie en el centro de la habitación, de espaldas a la puerta, pero ya no era el hombre que había entrado en casa de Alfred minutos antes.

Algo había cambiado. Algo tan grotesco, tan anómalo, que el cerebro de Alfred luchaba por procesarlo.

El hombre llevaba una máscara. Pero no una máscara cualquiera. Era una máscara de insecto, una monstruosa caricatura de la cabeza de una cucaracha aumentada a tamaño humano. Placas quitinosas, antenas ondulantes, ojos bulbosos que brillaban con un brillo loco y multifacético.

El primer pensamiento de Alfred fue absurdo: Los detalles anatómicos están mal. Una cabeza de cucaracha real a escala se colapsaría bajo su propio peso.

Su segundo pensamiento fue: Corre.

Pero sus piernas no se movían. Su cerebro seguía intentando racionalizar lo que estaba viendo. ¿Un juego de rol de coleccionista? ¿Método de actuación llevado al extremo?

—¿Qué demonios...?

La criatura se abalanzó con tal rapidez que resultó imposible seguirla con la mirada. En un instante, Alfred estaba de pie y al siguiente se encontraba de espaldas en el suelo, sin aliento. El maletín salió volando de sus manos, golpeó el suelo y se hizo añicos en mil pedazos relucientes.

Alfred intentó gritar, pero el sonido se ahogó por un dolor abrasador en su garganta. Sus manos se alzaron, arañando el fino alambre que se clavaba en su carne. Pataleó y se retorció, pero el peso del hombre lo inmovilizaba como a un insecto en una vitrina.

Manchas negras invadieron la visión de Alfred mientras su pulso retumbaba. Aquello no podía estar sucediendo. Tenía que ser un sueño, un delirio. En cualquier momento despertaría en su cama, temblando y empapado en sudor, pero vivo.

Pero el dolor era real. La sangre que goteaba por su cuello era real. Y la cosa muerta que lo miraba fijamente con ojos compuestos era lo más real de todo.

CAPÍTULO NUEVE

Ella apartó una piedrecita de una patada mientras ella y Luca volvían a entrar en la comisaría.

La policía de Chesapeake bien podría haber estado en otro planeta comparada con la reluciente torre de cristal de la sede del FBI. Se había acostumbrado a cierto nivel de caos: el estruendo de los teléfonos sonando, el constante ir y venir de gente, la sensación de que todos corrían hacia una meta invisible. Pero esto era como entrar en una distorsión temporal donde los relojes iban hacia atrás.

Luca, por supuesto, parecía estar como en casa. Paseaba por la comisaría con la gracia despreocupada de un hombre que sabía que podía encandilar hasta a una serpiente de cascabel. Ella tenía que admitir que le sentaba bien. Todo ese rollo de "chico local triunfador" funcionaba bien con los policías del pueblo. Veían a uno de los suyos.

Aunque no había funcionado con Dolores en la biblioteca. Ella ocultó una sonrisa, recordando la mirada gélida que la bibliotecaria había lanzado a la sonrisa más encantadora de Luca. Al parecer, el encanto de los Hawkins tenía sus límites.

—¿De qué te ríes? —preguntó Luca mientras se abrían paso entre el laberinto de escritorios.

—De nada. Solo pensaba en tu nueva novia de la biblioteca.

—¿Dolores, mi futura esposa? Creía que habíamos hecho buenas migas.

—Claro, si llamas hacer buenas migas a la congelación. Creo que era inmune a tus encantos.

—Siempre hay una primera vez para todo —dijo Luca—. Quizás esté perdiendo facultades. O quizás estaba conmocionada por lo de Eleanor.

Era extraño este entendimiento fácil al que habían vuelto. Como si no hubiera pasado nada de tiempo desde su último caso juntos. Ella sabía que debería ser más precavida, mantener esos límites profesionales firmemente en su lugar. Pero con Luca, era tan condenadamente fácil. Fácil hablar y reír y dejarse creer que podían tener esto de nuevo. Esta colaboración o lo que fuera.

Apartó ese pensamiento mientras se acercaban al armario de las escobas que la policía local había etiquetado generosamente como "sala de conferencias". Tenían trabajo que hacer. Un asesino que atrapar. Cualquier otra cosa era solo una distracción.

—¿Qué te pareció, de todos modos? —preguntó Ella.

—Testigo fiable. Sin motivos para mentir. Además, se fijó realmente en los detalles: las manos, los zapatos. La mayoría de la gente solo te dice "altura media, complexión media" y ya está.

—Cierto. ¿Y qué hay de nuestro hombre misterioso?

—No lo sé. Podría no ser nadie, pero sabemos que Eleanor no tenía familia por aquí, así que descartamos hermanos o primos o lo que sea. Podría ser un amigo, pero ¿las mujeres de cuarenta y tantos tienen amigos platónicos masculinos?

—Algunas sí, pero Eleanor no me parece ese tipo de mujer. Creo que se mantenía apartada, y hay más posibilidades de que este hombre misterioso fuera un posible amante que un amigo. Y los posibles amantes tienen más probabilidades de matar que los amigos.

—Vale, así que nuestro siguiente paso es encontrar a este tipo. Dolores dijo que era de estatura media, pelo castaño, zapatos cutres y conducía un sedán azul —Luca miró a los agentes al otro lado del cristal—. Eso es como uno de cada diez tíos.

—Sí. Nuestro asesino puede esconderse a plena vista. No será un bicho raro nervioso con "asesino" grabado en la frente. Será, Dios no lo quiera, guapo.

—Qué asco.

—Sí. Pero en fin, hasta que consigamos las grabaciones de las cámaras de seguridad, tengo...

Antes de que Ella pudiera terminar, el detective Reeves prácticamente se cayó por la puerta. Su cara tenía el brillo pastoso de un hombre que acababa de ver su propio fantasma.

—iDark! iHawkins! —jadeó—. ¿Dónde habéis estado?

—Entrevistando a los compañeros de Eleanor. Necesitamos que alguien vaya allí a comprobar...

—No, no hace falta —interrumpió Reeves—, porque puede que tengamos otro cadáver.

Ella se agarró al salpicadero mientras Luca tomaba otra curva lo bastante rápido como para que su coche patrulla de alquiler se apoyara sobre dos ruedas. Hacía unos minutos, el detective Reeves había mencionado un cadáver, y ahora su mente iba a toda velocidad anticipando lo que podrían encontrar al final de este trayecto.

—Cuéntame otra vez, ¿qué dijo Reeves? Tú y él fuisteis demasiado rápido.

—Aviso anónimo. Voz masculina. Un cadáver en el 1147 de Waterside Drive. Nada más.

No podía dejar de imaginar escenarios desastrosos en su cabeza. Dos cadáveres en dos días. La tinta ni siquiera se había secado en el certificado de defunción de Eleanor Calloway, y aquí estaban, corriendo hacia lo que podría ser el segundo acto de su fabricante de muñecas. El tiempo no cuadraba. Se suponía que los asesinos en serie no trabajaban tan rápido: necesitaban tiempo entre asesinatos para procesar, saborear, recargar las retorcidas baterías que alimentaban sus compulsiones.

A menos que esto no fuera impulsivo en absoluto. A menos que todo formara parte de algún plan más grande que aún no podía ver.

—¿Cómo sabemos que está relacionado? —dijo Luca mientras esquivaba una furgoneta de reparto que había elegido el peor momento posible para aparcar en doble fila.

—No lo sabemos, pero estamos en Chesapeake, no en un nido de delincuentes.

—¿Cuánto tardará Reeves en llegar?

—Unos minutos. Iba a ver si podían rastrear la llamada anónima, porque lo más probable es que...

—El asesino fuera quien hizo la llamada anónima.

—Exacto —Ella observaba cómo las gotas de lluvia resbalaban por su ventanilla, imaginando a su asesino en algún lugar ahí fuera, viendo cómo se desarrollaba su plan—. Quiere que veamos su obra. Quiere que entendamos.

Los limpiaparabrisas del todoterreno libraban una batalla perdida contra el aguacero. A través del cristal rayado, Chesapeake parecía una ciudad sumergida, con sus pulcros bordes suburbanos difuminándose en gris. Un tiempo perfecto para el horror.

Las señales de las calles pasaban veloces: Oak Grove, Maple, finalmente Waterside Drive. La carretera serpenteaba junto al río Elizabeth, pasando por casas que probablemente tenían unas vistas estupendas cuando brillaba el sol. Hoy, parecían recortes de cartón a punto de deshacerse en la lluvia.

—Allí, el 1147 —Ella señaló una modesta casa de dos plantas que se encogía tras un seto descuidado como si intentara esconderse. No había coches en el camino de grava. Ni luces encendidas en el interior. Solo ventanas vacías mirando fijamente a la lluvia.

Luca apagó el motor y, de repente, el silencio se hizo demasiado denso. El tipo de quietud que precede a algo terrible. La lluvia repiqueteaba en el techo del todoterreno mientras Ella estudiaba la casa. Nada obviamente fuera de lugar, solo otra caja colonial salida del mismo molde suburbano que sus vecinas.

Ella salió del coche con el arma desenfundada. Luca se puso a su lado y cruzaron el césped agachados. El protocolo decía que esperaran refuerzos, pero el instinto les decía que alguien podría seguir con vida allí dentro, por optimista que fuera.

Los bordes de la puerta estaban limpios, sin señales de entrada forzada. Ella tocó el pomo con su mano enguantada. Se movió sin resistencia.

—Adelante —dijo Luca.

Ella empujó. Su corazón golpeaba contra sus costillas con tanta fuerza que dolía. Ese sexto sentido —el que la había mantenido viva durante una década entrando en las pesadillas de otros— gritaba peligro. No del tipo que podía matarla, sino del tipo que podía grabar cicatrices en su mente que ninguna terapia podría borrar.

Un pasillo los engulló por completo. Algo dulce pero podrido invadió sus fosas nasales, como fruta dejada al sol. Ella vio cuatro puertas y una escalera, y sus instintos geográficos le dijeron que tomara la primera puerta a la izquierda.

Ella giró con el arma en alto y su haz de luz encontró el salón.

Durante un misericordioso segundo, su cerebro se negó a procesar lo que estaba viendo. Como una cámara luchando por enfocar, la realidad se difuminaba en los bordes, tratando de protegerla de lo que esperaba dentro.

Luego todo se hizo brutalmente nítido.

Vitrinas por todas partes. Cientos de cosas muertas clavadas bajo el cristal. Mariposas con las alas extendidas en un vuelo eterno. Escarabajos congelados a medio paso. Polillas atrapadas en su última pose. Un museo de cosas muertas.

Entonces sus ojos encontraron la pieza central de este retorcido museo.

—No —La palabra se le escapó antes de que pudiera evitarlo—. No, no, no.

A Ella se le revolvió el estómago. Luchó por respirar a través de la repentina opresión en su garganta.

Porque frente a ella había un hombre, desnudo, con los brazos y las piernas extendidos en una forma de estrella pervertida. Clavos industriales sobresalían de sus hombros, sus caderas, la carne de sus palmas.

Lo habían colocado como una figura de Cristo, pero esto no era una crucifixión. Estos clavos lo habían fijado a la pared, justo como uno de los especímenes en los marcos de las paredes.

Su asesino había convertido a este hombre en un insecto humano.

—Creo que voy a vomitar —murmuró Luca.

CAPÍTULO DIEZ

Ella no podía apartar la mirada de la escena que tenía delante.

La sangre goteaba de las manos y los pies de Alfred Finch. No era el esparcimiento arterial desordenado de una muerte reciente, sino el lento rezumar pegajoso de un cuerpo enfriándose. Los clavos industriales que lo sujetaban a la pared de su salón habían hecho su trabajo con precisión quirúrgica. Cuatro puntas atravesaban sus palmas y pies, otras dos sus hombros. La mariposa humana, extendida en su propia pared como un espécimen más de su colección.

Las escenas del crimen tenían su propia personalidad. Esta gritaba "mírame" en cada detalle.

En algún lugar detrás de ella, la detective Reeves ladraba órdenes a un grupo de agentes uniformados que colocaban cinta alrededor del perímetro. Luca caminaba de un lado a otro, claramente intentando no decorar la alfombra con su desayuno.

—Hawkins —dijo ella.

—¿Qué?

—Nada. Solo quiero comprobar que no vas a vomitar —Era una mentira, se dijo. Simplemente quería a Luca a su lado mientras procesaba el hecho de que alguien pudiera hacer esto a otro ser humano. Después de tantos años estudiando asesinos en serie, a veces aún se sentía a años luz de entenderlos.

—Estoy al límite —dijo él—. Mira los agujeros en sus manos y pies. Nuestro tipo lo perforó, quizás lo taladró. Podemos añadir sadismo a la lista.

Luca, por muy agudo que fuera, siempre tenía problemas con lo visual. Uno de los programas nocturnos favoritos de Ella trataba sobre un médico famoso que drenaba quistes, y Luca siempre se

estremecía al verlo. Solo podía imaginar los estragos que esta escena estaba causando en su estómago.

—¿Quieres tomar aire? —preguntó ella.

—Ni hablar. Quiero descifrar a este maníaco —Luca señaló las criaturas tras el cristal—. No hace falta ser un genio para adivinar a qué se dedicaba nuestra víctima en su tiempo libre.

—Era un coleccionista —dijo Ella. Era obvio, pero alguien tenía que decirlo.

—Igual que Eleanor, solo que son insectos en lugar de muñecas. Nuestro DESCONOCIDO tiene un tipo.

Las preguntas llegaban en oleadas violentas. ¿Cómo encontró el asesino a esta víctima? ¿Cómo accedió a la casa? ¿Cómo logró hacer esto sin que nadie lo oyera?

¿Y por qué parecía tener algo contra los coleccionistas?

—Podemos afirmar con seguridad que esto no va de muñecas —dijo Ella.

—No. Se trata de un tipo de persona, no de un tipo de coleccionista.

La detective Reeves se acercó sudando a pesar del frío. —No he visto nada parecido en treinta años. ¿Quién hace algo así?

La psicopatología de este DESCONOCIDO seguía siendo un misterio. Ella tenía mucho en qué pensar si quería intentar rascar la superficie de la visión del mundo de este asesino. —Aún estamos en ello. ¿Qué sabemos de la víctima?

—La casa pertenece a un hombre llamado Alfred Finch, que supongo que es... —Reeves señaló al hombre crucificado en la pared.

—¿Algún detalle sobre él?

—51 años, divorciado dos veces. Trabaja como entomólogo en el Museo de Historia Natural de Virginia.

Entomólogo. Las cosas muertas tras el cristal cobraron de repente un sentido macabro. —Bueno, definitivamente es el mismo

DESCONOCIDO. Esa es nuestra única certeza por ahora.

—¿Estamos seguros? —preguntó Reeves.

—Al cien por cien. Las escenas y la victimología pueden ser diferentes, pero las pinceladas son las mismas. El ojo para el detalle, el método personalizado de asesinato. Los asesinos en serie suelen seleccionar a sus víctimas por su apariencia, pero nuestro asesino se centra en un tipo de personalidad.

—¿Cuál es? ¿Coleccionistas?

—Coleccionistas —repitió Ella—. Representan algo que o codicia o desprecia. Si podemos averiguar qué es, quizás tengamos la oportunidad de proteger a la próxima víctima potencial.

—Bueno, las puertas no muestran signos de entrada forzada, y llámame loco, pero Alfred Finch no me parece el tipo de persona que dejaría la puerta sin cerrar.

—Definitivamente no. No con todos estos especímenes aquí. Estas cosas deben valer una fortuna.

—Tal vez sea eso —dijo Reeves—. ¿Podría estar robando estas cosas para conseguir dinero?

—Lo dudo, de lo contrario no se habría tomado tantas molestias. Odio decirlo, pero hay algo personal en estos asesinatos. Los asesinos en serie, al menos los hombres, rara vez matan por beneficio económico. Esto es puro viaje de poder.

Algo crujió bajo la bota de Ella. Cristal. Se agachó y encontró fragmentos de lo que podría haber sido una vitrina. Entre los trozos yacía una única cucaracha, su etiqueta aún aferrada como una declaración moribunda: *Saltoblattella montistabularis*.

—¿Alguien sabe qué es esto?

Luca se inclinó. —Ni siquiera puedo pronunciarlo, pero cualquier criatura con nombre en latín debe valer algo.

—¿Incluso una muerta? —preguntó Reeves—. ¿Por qué guarda la gente estas cosas tan raras?

Ella no lo sabía. Nunca había sido aficionada a los objetos de colección. Acumular cosas por el mero hecho de hacerlo le parecía absurdo.

—Más importante aún, ¿por qué es lo único aquí que ha sido destrozado? Todo lo demás está impecable.

Luca dijo: —¿Daño colateral? Quizás se cayó durante el forcejeo.

Ella echó un vistazo alrededor. No había mesas ni estantes en este lado de la habitación.

—¿De dónde narices ha salido? Está en una vitrina, mientras que todo lo demás está enmarcado.

—Podría haber habido una pelea. No lo sabemos —dijo Luca señalando a la víctima—. No hay sangre, así que nuestro asesino debe de haberlo estrangulado. Igual que hizo con Eleanor.

—Es posible —dijo ella volviendo a colocar la cucaracha donde la había encontrado y luego tomando una foto con su móvil. Cuando volviera a la comisaría, tendría que hacer una búsqueda exhaustiva.

—Voy a echar un vistazo por ahí. A ver si veo algo fuera de lo común —dijo Luca.

—Te acompaño —dijo Reeves.

Ella asintió y comenzó su propia búsqueda, empezando por el salón. Por ahora, solo estaban ella y Alfred Finch, la mariposa humana. Se detuvo y miró fijamente al pobre hombre, intentando imaginar cómo habrían sido sus últimos momentos de vida. ¿Le tendieron una emboscada? ¿Tuvo tiempo de contemplar su muerte, o todo acabó en un instante? El estrangulamiento adopta muchas formas, algunas más rápidas que otras.

La colección de Alfred parecía cubrir tres de las paredes de su salón. La pared que daba a la ventana estaba desprovista de criaturas, aunque ahora tenía un ser humano pegado a ella. Si Ella tuviera que adivinar, quizás Alfred mantenía esa pared libre de especímenes para que la gente no pudiera vislumbrar su museo de insectos desde la calle. Una sabia elección. Anunciar cosas raras

como estas era pedir a gritos que te robasen, lo que sugería que Alfred era consciente de la seguridad, y ser consciente de la seguridad significaba puertas cerradas.

Entonces, ¿cómo entró el asesino?

Algo sobre la disposición de los especímenes en las paredes molestaba al subconsciente de Ella, y entonces pensó en la sala de colección de Eleanor Calloway. La forma en que todo estaba dispuesto al milímetro, excepto por ese espacio en blanco en su vitrina de trofeos que parecía desentonar con todo lo demás en la habitación.

Igual que el espacio en blanco sobre la chimenea de Alfred Finch.

Era como un diente que faltaba en una sonrisa por lo demás perfecta. Desviaba notablemente la simetría, aún más cuando Ella vio que el soporte de montaje seguía en la pared.

El asesino había quitado algo.

Pero ¿por qué?

Llevarse trofeos era habitual en los asesinos en serie, pero quitar algo de la preciada colección de la víctima no encajaba con el típico modus operandi de llevarse trofeos. Un mechón de pelo, un carné de conducir, una joya. Algo personal e íntimo que les ayudara a revivir el asesinato mucho después de que el cuerpo se enfriara.

Pero esto parecía un enfoque completamente diferente. El sujeto desconocido no solo estaba cogiendo un recuerdo, estaba organizando estas escenas con la misma atención obsesiva al detalle que los propios coleccionistas. Arrancando la pieza central de una exposición cuidadosamente dispuesta y dejando un vacío que gritaba su propio significado en el silencio.

A menos que este asesino no cayera presa de la mentalidad típica del asesino en serie.

Tal vez para este asesino, las colecciones eran lo más personal de sus víctimas. Estas exposiciones cuidadosamente organizadas eran extensiones de las almas de sus dueños: sus pasiones, sus

obsesiones, el trabajo de toda su vida destilado en vitrinas y etiquetas cuidadosas.

Al llevarse piezas de las colecciones, ¿estaba coleccionando trozos de ellos?

—¡Ella! —La voz de Luca destrozó su hilo de pensamiento—. ¡Tienes que ver esto!

La urgencia en la voz de Luca hizo que su ritmo cardíaco se disparara. Los encontró a él y a Reeves de pie al final del pasillo, mirando lo que parecía el sueño húmedo de un científico loco. La habitación tenía un tono verdoso y un zumbido constante, como la sala de servidores en la central. Los estantes estaban alineados con tanques y frascos de cristal, enredos de tubos y cables que los conectaban como una especie de sistema de soporte vital para bichos.

—¿Qué demonios estoy viendo?

—No lo sé, pero hay movimiento aquí dentro.

El espacio zumbaba de vida, vida real, no los facsímiles conservados que llenaban el resto de la casa. Terrarios de cristal albergaban ecosistemas en miniatura completos con lechos de tierra, lámparas de calor y cubiertas de malla. Pequeños cuerpos se agitaban entre ellos.

—Bueno, Finch era entomólogo. Tiene sentido que pudiera tener...

—Olvida eso —interrumpió Luca. Señaló la esquina superior de la habitación—. Mira.

Su mirada siguió el dedo que señalaba y aterrizó en una pequeña lente negra anidada en la junta del techo como un ojo brillante.

Una cámara.

Ella contuvo la respiración. Se acercó, con los ojos fijos en el ojo parpadeante rojo del dispositivo. Su posición le daba una vista perfecta de la puerta, de cualquiera que entrara o saliera.

Entrando o saliendo. Como su asesino.

—Joder —dijo ella.

—Si nuestro asesino pasó tanto tiempo en esta casa como creemos... —Luca se interrumpió.

—Podría haber entrado aquí, antes o después del asesinato.

—Exacto.

Las posibilidades se desplegaron en la mente de Ella como una ruleta. Motivo, método, identidad: todo podría estar ahí, atrapado en unos y ceros, esperando a que ellos desvelaran los secretos.

Encontró la mirada de Luca.

—Necesitamos esas imágenes. Ahora.

Su psicópata coleccionista podría haber cometido su primer error. Y Ella iba a asegurarse de que fuera el último.

CAPÍTULO ONCE

Ella estaba sola en su despacho. Mientras esperaba a que el equipo técnico hiciera su magia con las imágenes de las cámaras de seguridad, se sumergió en la investigación.

El problema era que no existía un manual para lo que necesitaba investigar: la psicopatología de un asesino en serie que aparentemente coleccionaba coleccionistas. Así que, a falta de libros de texto, optó por lo siguiente mejor: las profundidades de su cerebro. Cogió un rotulador y atacó la pizarra blanca en un frenesí de ideas.

Lo primero que Ella tuvo que recordarse a sí misma era que siempre había un porqué. La gente no se levantaba un día y decidía empezar a estrangular mujeres y vestir sus cadáveres como muñecas. La compulsión de crear tales escenas hablaba de un trauma o un anhelo que había estado fermentando en el subconsciente durante años. Vale, a veces la gente perdía los estribos, cogía la pistola más cercana y disparaba a diestro y siniestro en la oficina de tráfico, pero ningún asesino en serie clavaba a un hombre en una pared por impulso. Su sospechoso había llegado preparado en ambas ocasiones. Había traído maquillaje, pegamento, un vestido con volantes, pinchos industriales y posiblemente herramientas eléctricas. Esta organización sugería un delincuente muy capaz y alguien con un pie en la realidad a pesar del caos en su cabeza.

Luego estaba la naturaleza discordante de los métodos de asesinato y la captura de trofeos. Las escenas del crimen de Eleanor Calloway y Alfred Finch habían sido escenificadas para causar el máximo impacto al ser descubiertas, y la teatralidad significaba un deseo de poder y posesión. Sin embargo, la reflexión histórica le decía a Ella que eran sobre todo los asesinos por lujuria los que

tomaban trofeos de sus víctimas, porque querían revivir el subidón sexual una vez que los recuerdos se habían desvanecido. Los asesinatos por lujuria siempre tenían un elemento de gratificación sexual, pero ni el de Eleanor ni el de Alfred lo tenían. Los asesinos hambrientos de poder no se llevaban nada y lo dejaban todo, como si los trofeos estuvieran por debajo de ellos.

Por lo tanto, este asesino estaba utilizando elementos de extremos opuestos del espectro de los asesinatos en serie. Era casi como si hubiera dos mentes trabajando.

Pero dos mentes no siempre significaban dos autores, aunque era una posibilidad. Sin embargo, escenas tan específicas no podían ser parte de una psicosis compartida. Esta era la fantasía de un solo hombre hecha realidad, y Ella dudaba que alguien tan decidido compartiera esa fantasía con otra alma viviente.

Por un momento, Ella deseó que Mia Ripley estuviera a su lado. Su antigua compañera se había jubilado hacía tres meses y no se había sabido nada de ella desde entonces. Ripley tenía una manera de atravesar la niebla y ver patrones que Ella a veces se perdía cuando se metía demasiado en la maleza de la investigación. Luca, con todas sus habilidades de elaboración de perfiles, no alcanzaba las mismas cotas. Ripley probablemente podría haber averiguado qué pasta de dientes usaba este asesino solo mirando las fotos de la escena del crimen.

Pero no. Ripley se había ido. Probablemente en algún lugar de Hawái, lejos de expedientes y asesinos en serie fabricantes de muñecas.

Ella miró el desastre que había hecho en la pizarra. Probablemente era ilegible para los extraños, pero para ella tenía sentido.

Se desplomó en su silla, se volvió hacia su portátil y clicó en las pestañas que tenía abiertas. Se habían multiplicado como bacterias cuando se había sumergido en el mundo de los coleccionistas después de volver de la casa de Alfred Finch, y había descubierto

que Chesapeake era, de hecho, algo así como un paraíso para coleccionistas, para su sorpresa.

Varias casas de subastas importantes tenían sucursales aquí. La base naval había atraído a oficiales que coleccionaban recuerdos marítimos. Incluso un famoso museo médico había operado una vez en la ciudad, albergando una de las mayores colecciones de especímenes anatómicos de la Costa Este. Ella había mantenido abierta la pestaña en su navegador:

PROPIETARIO DEL HISTÓRICO MUSEO MÉDICO DE CHESAPEAKE CONDENADO POR FRAUDE AL SEGURO.

The Chesapeake Herald - 15 de diciembre de 2023.

El ex propietario del Museo de Historia Médica St. Andrews, Dr. Karl Barker, fue condenado ayer a seis años de prisión por fraude al seguro relacionado con el sospechoso incendio que destruyó la histórica institución en diciembre pasado.

El museo, que albergaba una de las mayores colecciones de especímenes anatómicos y artefactos médicos de la Costa Este, había cerrado sus puertas a finales de 2020 debido a dificultades financieras. La colección, valorada en más de 3 millones de dólares, permaneció almacenada en el lugar mientras Barker buscaba nueva financiación.

Sin embargo, el 12 de diciembre de 2022, un incendio arrasó el edificio, destruyendo aproximadamente el 60% de la colección. Las investigaciones iniciales sugirieron un incendio provocado, lo que llevó a los fiscales a descubrir pruebas de que Barker había orquestado el incendio para reclamar un pago del seguro de 5 millones de dólares.

—Es un final trágico para una pieza vital de la historia médica —dijo la señorita Blackburn, propietaria del Grupo Curated Value—. Muchos de estos especímenes eran únicos. Su pérdida representa un golpe incalculable para la educación e investigación médica.

Algo en la información le revolvió el estómago a Ella, pero antes de que pudiera darle vueltas, Luca irrumpió por la puerta.

—¡Ella! ¿Quieres las buenas noticias o las malas?

Ella levantó la vista, sobresaltada.

—Las malas —dijo.

—Bueno, los de la Científica siguen analizando la casa de Alfred Finch. Nuestro hombre es un auténtico maniático de la limpieza. Ni un pelo ni una fibra fuera de lugar.

—¿Por qué no me sorprende? ¿Y las buenas noticias?

—Espera, que aún no he terminado con las malas. También tenemos las imágenes de las cámaras de seguridad de la Biblioteca de Chesapeake y no hay rastro de Eleanor saliendo con un hombre misterioso. El técnico revisó hasta dos o tres meses atrás. Las cámaras ni siquiera enfocan el aparcamiento. Así que, nada de suerte por ahí.

—Uf —resopló Ella—. Por favor, dime que las buenas noticias compensan todo eso.

Luca levantó un pendrive.

—Vamos a averiguarlo, porque tenemos 48 horas de grabación de la sala de bichos raros de Alfred Finch.

CAPÍTULO DOCE

Ella se mantuvo al margen mientras Luca tomaba el control en su despacho. El detective Reeves se unió y cerró la puerta tras ellos. Sus nervios vibraban como cuerdas de piano mientras Luca introducía el pendrive en el puerto USB de su portátil.

Después de dos coleccionistas muertos y cero pistas sólidas, Ella necesitaba un respiro. Rezaba para que en algún lugar de esas 48 horas de grabación, su psicópata fabricante de muñecas y amante de los insectos hubiera cometido un error y se hubiera mostrado ante la cámara.

Pero la experiencia le decía que los asesinos en serie eran como cucarachas humanas. Eran unos cabrones resistentes que se escabullían en cuanto encendías las luces. Dado lo familiarizado que estaba su asesino con sus víctimas, seguramente conocía la cámara de Alfred Finch si había estado antes en su casa. Pero, ¿habría su ego anulado su instinto de supervivencia?

Dios, esperaba que sí. Algunos criminales eran lo suficientemente listos como para escenificar su propia muerte shakespeariana, pero demasiado tontos como para comprobar si había cámaras de seguridad. Esos eran sus favoritos.

Un mensaje de Nuevo dispositivo detectado apareció en la pantalla de Luca. Un clic después estaban mirando una nueva carpeta con un solo archivo dentro. Un MP4 con el nombre `Breeding_Room_CamSD`.

—Sala de cría —dijo Luca—. Explica lo que Finch hacía allí.

—Reprodúcelo, Hawkins.

Luca obedeció. Hizo doble clic y su reproductor multimedia cobró vida.

La sala de cría se materializó en blanco y negro con definición estándar. Tanques de cristal se alineaban en las paredes como ataúdes transparentes. Las lámparas de calor proyectaban sombras alienígenas sobre un laberinto de tubos y cables que no desentonarían en el laboratorio de un científico loco. Ella supuso que Finch necesitaba vigilar este lugar las 24 horas del día, los 7 días de la semana.

La marca de tiempo parpadeaba en la esquina: 09:03 AM, hace dos días.

—Avanza rápido —dijo ella.

Luca pulsó la tecla de flecha, y los últimos dos días de Alfred Finch se convirtieron en una película muda. La sala de cría pasaba a toda velocidad en un movimiento entrecortado. El viejo entomólogo aparecía periódicamente, moviéndose entre los tanques como un bibliotecario quisquilloso. Comprobar los indicadores. Ajustar los diales. Controlar la humedad. El audio no captaba nada más que el ruido blanco del control climático y el ocasional arañazo de algo moviéndose tras el cristal.

—Llévalo a esta tarde —dijo Ella.

Luca arrastró la barra de progreso hacia adelante y de repente estaban viendo los últimos momentos normales de la vida de Alfred Finch desarrollarse en tiempo real. La sala de cría vacía permanecía tan paciente como una araña en su tela.

Entonces, con la marca de tiempo de las 18:00 de ese mismo día, unas voces se filtraron por los altavoces, amortiguadas pero lo suficientemente claras como para erizar todos los pelos de los brazos de Ella.

—La cucaracha.

Ella puso una mano en el hombro de Luca.

—Rebobina eso. Sube el volumen.

Luca subió el volumen al máximo y retrocedió la grabación unos segundos.

—¿Señor Finch? Vengo por la cucaracha.

Algo frío y afilado se alojó en el pecho de Ella. La voz rezumaba encanto y amenaza a partes iguales, como cuchillas recubiertas de miel.

—Por supuesto. Pase. ¿Señor Jones, verdad?

—Sí. Llámeme Peter.

—Maldita sea —suspiró Ella—. Así es como se acerca a sus víctimas. Se hace pasar por un comprador.

—Peter Jones. ¿Nombre falso? —preguntó Reeves.

—Seguro, pero pásalo por el sistema de todos modos.

—¿Puedo coger su abrigo? ¿Y su bolsa?

—La guardaré, si no le importa.

Luca dijo:

—Su bolsa. Probablemente donde traía las herramientas.

Ella aguzó el oído y mantuvo los ojos pegados a la grabación. Rezaba por algún movimiento que no fuera de seis patas.

—No se consigue ese color en especímenes criados en cautividad.

—Debe estar muy orgulloso.

La garganta de Ella se cerró. El orgullo. Eso también mató a Eleanor Calloway. El orgullo por sus muñecas, por su pequeño santuario perfecto. Y ahora el orgullo tenía a Alfred Finch cogido por el cuello, llevándolo al matadero como un cordero que pensaba que el carnicero solo quería admirar su lana.

—Estoy ansioso por ver la cucaracha, si no le importa.

La respuesta de Alfred burbujeaba con el entusiasmo de un hombre que no sabía que estaba hablando con su verdugo.

—Por supuesto. La traeré de mi estudio. Por favor, póngase cómodo.

Las voces continuaron su dueto, pero Ella ya iba tres pasos por delante, trazando el mapa de la violencia que estaba por venir.

Conversaciones como esta probablemente ocurrían en las casas de subastas todos los días, excepto que esta estaba a punto de terminar en sangre y clavos de grado industrial atravesando carne humana. A su lado, el detective Reeves se había quedado inmóvil.

Entonces Alfred gritó.

El sonido golpeó como un martillo en la columna vertebral. Las manos de Ella se cerraron en puños. La sala de cría permaneció vacía en la pantalla, pero ese aullido de puro terror animal se grabó en su memoria, archivado junto con todos los otros sonidos que la visitaban a las 3 de la madrugada cuando el sueño no llegaba. Ella, Luca y Reeves miraron fijamente fila tras fila de cajas de cristal mientras su cuidador moría justo fuera de plano.

Siguieron golpes sordos. Luego otro grito amortiguado.

—Cristo bendito —dijo Reeves.

Luca apartó la mano del teclado, como si le diera miedo tocarlo.

—Ese fue el momento. El instante en que atacó.

Ella intentó imaginarlo. El golpe seco del garrote y el lento descenso de Alfred Finch hacia la oscuridad. La marca de tiempo indicaba las 18:07. Siete minutos desde la llegada hasta el homicidio.

Se oyeron más golpes sordos. Algo pesado siendo arrastrado. Los sonidos de un asesino perfeccionista trabajando.

Reeves se aferró al borde de la mesa y dijo:

—No hay rastro de él en esa habitación, pero...

—Sigue avanzando —le interrumpió Ella. Su voz sonaba extraña, como si viniera del fondo de un pozo muy profundo—. Inspeccionaría la casa una vez muerto el dueño, no antes. Los asesinos en serie disfrutan violando la intimidad.

Luca avanzó en intervalos de cinco segundos. Los minutos pasaban borrosos, cada uno tan vacío como el anterior. Nada más que tanques llenos de insectos dormidos y el suave zumbido de los controles climáticos manteniéndolos con vida.

18:20.

18:35.

19:00.

Ella estaba a punto de sugerir que lo habían interpretado mal, que su asesino era lo suficientemente listo como para evitar la única habitación con cámara.

Pero entonces la puerta se abrió de golpe, y sintió que el alma se le caía a los pies.

Nadie en la sala habló. Los tres se quedaron mirando la figura granulada que había entrado en la sala de cría de Alfred Finch, y que se había detenido bruscamente a dos pasos de la entrada.

Entró como si fuera el dueño del lugar. Como si hubiera comprado y pagado cada centímetro con la sangre que aún se estaba enfriando en la habitación de al lado. Era alto, corpulento bajo un traje caro que le quedaba mal, como un lobo intentando meterse en la piel de una oveja. En una mano llevaba lo que parecía una araña gigante conservada en una caja de madera.

Pero la cara.

O la falta de ella.

—Qué dem... —empezó Luca.

Una máscara cubría toda la cabeza del asesino como una pesadilla biomecánica. Unos ojos compuestos sobresalían de un caparazón segmentado y reflejaban las luces verdes de la habitación en patrones fracturados. Unas mandíbulas articuladas sobresalían por debajo.

El asesino llevaba puesta la cabeza de una cucaracha a escala humana.

—¿Es eso una... máscara de insecto? —balbuceó Reeves.

Ella no respondió. No podía responder. Porque estaba perdida en sus pensamientos, preguntándose qué clase de criminal se vestiría con una máscara de insecto para clavar a un coleccionista de insectos en la pared de su propia casa. ¿Cuál era el objetivo? Ya le había mostrado su cara a la víctima. No había riesgo de que nadie

más le viera, y una máscara así llamaría más la atención que no llevar máscara.

Después de cinco segundos de pie en la puerta, el extraño hombre-insecto se dio la vuelta y salió de la habitación.

Cinco segundos, pero esos cinco segundos habían puesto del revés la comprensión que Ella tenía del caso.

Se quedó mirando la habitación vacía en la pantalla mientras catalogaba los detalles. Dos coleccionistas, asesinados e incorporados a sus propias colecciones. Esa voz cultivada que destilaba una falsa calidez. Una máscara que no tenía ningún propósito práctico. Las cuidadosas puestas en escena. Una muñeca como trofeo tomada de una escena, una araña como trofeo de la otra.

Luca giró lentamente en su silla.

—Ella, ¿qué clase de asesino es este?

Ella repasó la secuencia de acontecimientos una y otra vez en su cabeza. Diferentes escenarios pero la misma firma subyacente: convertir a los coleccionistas en piezas de sus propias colecciones.

Entonces algo hizo clic en su cerebro. Encontró una conexión que no sabía que estaba ahí.

—No lo sé, pero sí sé una cosa.

Luca la miró fijamente.

—¿Y es?

Su asesino no solo estaba coleccionando víctimas. Estaba intentando unirse a su mundo. Convertirse en parte de algo que le fascinaba pero que permanecía siempre fuera de su alcance.

Esto era una transformación.

—Creo que nuestro asesino está muy, muy solo —dijo.

CAPÍTULO TRECE

La araña no quedaba bien.

Llevaba veinte minutos ajustando su posición en la vitrina de cristal. Un milímetro a la izquierda la hacía parecer descentrada. Un milímetro a la derecha la hacía dominar demasiado sobre Margaret. La muñeca observaba sus esfuerzos con esos ojos teñidos de arsénico, probablemente juzgando su incapacidad para hacer bien esta simple tarea. La historia de su vida.

Sus manos temblaban mientras abría la vitrina de nuevo. Los temblores no habían cesado desde la casa de Alfred Finch. Quizás fuera la bajada de adrenalina. O posiblemente las cuatro tazas de café que había tomado desde que llegó a casa. Se había sentido tentado por el whisky, pero en preparación para esta operación, había aprendido que era mejor evitar el alcohol hasta que todo estuviera completo. Los delincuentes desorganizados utilizaban el alcohol para ganar confianza antes del asesinato y celebrar después. Él no necesitaba nada de eso, porque si había algo que hacía bien, era organizarse.

Volvió a su colección, que crecía rápidamente. Le ardía el estómago, pero aún no podía dormir. La exposición tenía que ser perfecta.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Margaret. Las palabras sonaron extrañas en su apartamento. ¿Cuándo fue la última vez que había hablado en voz alta allí?

La muñeca simplemente le miró fijamente. Era comprensible. Él tampoco hablaría consigo mismo.

Una puerta se cerró de golpe en el piso de arriba, seguida de gritos amortiguados. La rutina nocturna de la pareja de yonquis estaba en su horario habitual. Antes solía quedarse despierto escuchando sus peleas, imaginando todas las formas en que sus

vidas podían terminar. Ahora, su drama parecía un ruido de fondo de la película de otra persona.

Se alejó de la vitrina. La araña todavía parecía fuera de lugar, pero quizás ese era el punto. La bella y la bestia. Perfección de porcelana junto a un depredador gigante y peludo. A Eleanor le disgustaría ver a su preciosa Margaret compartiendo espacio con el arácnido conservado de Alfred, y eso le hizo sonreír.

La máscara de insecto estaba en la encimera de la cocina junto a una cena de microondas a medio comer. Debería limpiar, pero la energía que le había llevado por la casa de Alfred se había agotado y le había dejado vacío. Además, ¿qué era una bandeja más de comida precocinada en una cocina llena de ellas?

Pero al mirar esa máscara, sintió el cambio. En el momento en que deslizó ese alambre alrededor del cuello de Eleanor Calloway y apretó, algo dentro de él se había transformado. Y con Alfred... Dios. El anciano apenas había opuesto resistencia. Demasiado sorprendido por la repentina aparición de un insecto de dos metros en su sala de estar. Probablemente pensó que estaba alucinando.

La mirada en los ojos de Alfred mientras la luz se desvanecía... era casi de gratitud. Como si finalmente entendiera lo que significaba ser parte de la colección.

Mañana era martes, se dio cuenta. Normalmente, tendría informes que entregar, hojas de cálculo que actualizar y conferencias telefónicas en las que fingir prestar atención mientras garabateaba en su bloc de notas. El horror mundano de la vida de oficina de alguna manera parecía más surrealista ahora que llevar una cabeza de cucaracha gigante mientras recogía recuerdos de la casa de un hombre muerto.

Su teléfono vibró. Había configurado alertas para cualquier mención del nombre de Eleanor Calloway en las noticias. Parece que la prensa finalmente había puesto sus sucias manos en el nombre de la víctima.

Descartó la notificación. Ya tenía todos los detalles. Muchos más que la prensa o la policía.

Otro correo electrónico llamó su atención. Su declaración de la renta de autoevaluación vencía en cuatro meses, y como siempre, les gustaba recordárselo innecesariamente pronto.

Una risa brotó desde algún lugar de sus entrañas. Autoevaluación. ¿Cómo te evalúas exactamente cuando te estás convirtiendo en alguien nuevo? ¿Cuando el viejo yo se está desprendiendo como piel muerta?

Cogió la máscara y sintió su peso. Esta no era como la máscara de muñeca que había llevado para Eleanor. Esa había sido suave, serena, sin emociones. Esta había sido diseñada para aterrorizar.

En el cristal de la vitrina, su reflejo parecía pequeño. Hombros encorvados, círculos oscuros bajo los ojos, el traje colgando suelto donde había perdido peso por olvidarse de comer. Pero cuando levantó la máscara, alineándola con su cara en el reflejo, todo cambió.

La transformación no era solo física. Llevarla le hacía erguirse. Hacía su voz más profunda, más controlada. Le convertía en alguien que podía entrar en la casa de un desconocido y hacer las cosas que hizo.

No. No un desconocido. Había conocido a Alfred Finch, al menos a distancia. También había conocido a Eleanor Calloway. Pasó semanas aprendiendo sus hábitos, sus pasiones, su orgullo. Tenías que entender a la gente para realmente formar parte de su mundo. Tenías que apreciar lo que habían construido antes de poder añadirlos a tu propia colección.

Su estómago rugió. ¿Cuándo fue la última vez que había comido una comida completa? La cena del microondas estaba a medio terminar, congelándose en algo que parecía residuo industrial. Debería comer. Debería dormir. Debería hacer muchas cosas que la gente normal hacía.

Pero lo normal era un disfraz que ya no podía llevar.

Los yonquis de arriba habían empezado a romper cosas. El sonido de cristales rotos se filtraba a través de su techo como

campanas de viento lejanas. Hubo un tiempo en que habría golpeado el techo con el mango de una escoba, quizás habría llamado al conserje. Ahora su caos parecía apropiado.

Su teléfono volvió a vibrar. Algo relacionado con el trabajo, pero ese mundo se sentía como una obra que había estado viendo desde la última fila, y ahora por fin había salido del teatro.

Se estaba convirtiendo en algo nuevo. Algo que importaba. Y si pasaba por suficientes encarnaciones, quizás finalmente se desprendería por completo de su vieja piel. Emergería como alguien a quien la gente no pudiera ignorar.

La muñeca de Eleanor y la araña gigante de Alfred. Dos especímenes perfectos en su creciente colección. Pero no era suficiente. Nunca lo era. Había otros coleccionistas en Chesapeake. Otros mundos que infiltrar. Otras caras que adoptar.

La discusión de sus vecinos alcanzó su crescendo nocturno habitual. El marido saliendo hecho una furia, el motor del coche rugiendo, los neumáticos chirriando al alejarse en la oscuridad.

Qué ritmos tan tediosos. Qué vidas tan insignificantes.

Pero no la suya. Ya no.

Sonrió a su reflejo en el cristal, viéndose doble: sus rasgos anodinos superpuestos con el recuerdo de aquella máscara de insecto. Pronto, no reconocería en absoluto al antiguo él.

¿Y no era ese el objetivo principal?

CAPÍTULO CATORCE

—¿Qué quieres decir con que está solo? —preguntó Luca.

Ella se sentó en su escritorio y miró fijamente la pizarra blanca. Su rotulador se cernía sobre la superficie, listo para plasmar sus pensamientos en el lienzo impoluto. Puede que el FBI hubiese actualizado a pizarras inteligentes y pantallas digitales, pero había algo en el acto físico de escribir que le ayudaba a pensar. Las viejas costumbres eran difíciles de abandonar.

—Todo está en la máscara —dijo—. Finch ya había visto su cara, así que ¿por qué ponerse la máscara después? No había ninguna razón práctica para ello. Nadie iba a verle.

—Quizás simplemente le pone hacer el rarito —sugirió Luca.

—No. Piénsalo. ¿Cuándo se pone la gente máscaras?

La frente de Luca se arrugó de esa forma tan característica que indicaba que se estaba preparando para hacer de abogado del diablo.

—¿En atracos a bancos? ¿En Halloween?

Ella trazó una línea en el centro de la pizarra.

—Se ponen máscaras cuando quieren ser otra persona. Las personalidades que mostramos al mundo son máscaras. Las caras que ponemos en el trabajo, con la familia, con los amigos... todas son máscaras. Pero este tío necesita algo más literal.

Escribió "TRANSFORMACIÓN" en un lado de la línea.

—No puede cometer estos asesinatos siendo él mismo —continuó—. Tiene que convertirse en alguien —o algo— distinto para llevarlos a cabo. Si usó una máscara de insecto para Finch, probablemente usó una diferente para Eleanor. Diferentes colecciones, diferentes máscaras. Quiere transformarse en alguien que importe. Sus víctimas dedicaron sus vidas a algo más grande

que ellos mismos. Nuestro asesino quiere eso. Quiere importar como ellos importan.

—¿Y cómo significa eso que está solo?

Ella se giró desde la pizarra mientras su mente repasaba casos históricos.

—Porque está cogiendo lo que estas personas más valoran. No como trofeos en el sentido tradicional, sino como... conexiones. De la misma manera que ciertos asesinos caníbales consumen a sus víctimas para absorber su esencia.

—¿Como quién?

—Issei Sagawa, 1981. Mató y se comió parcialmente a una estudiante holandesa en París porque creía que consumirla le permitiría absorber su belleza y vitalidad —Escribió el nombre en la pizarra—. Tsutomu Miyazaki, finales de los ochenta. Mataba a chicas jóvenes y consumía partes de ellas porque quería interiorizar su inocencia.

Luca dijo:

—Vale, así que nuestro tío es un caníbal que no come gente.

—Sí. Está haciendo lo mismo, solo que con una metodología diferente. No se los está comiendo, pero está consumiendo sus identidades. Cogiendo piezas de sus colecciones —la muñeca de Eleanor, la araña de Alfred. Cosas que representan quiénes eran.

Trazó una línea conectando los nombres de las víctimas.

—Estas personas representan algo que él nunca fue: apasionado, respetado. Así que los está transformando en piezas de su propia colección mientras simultáneamente se transforma a sí mismo a través de estas máscaras.

—Un coleccionista de coleccionistas —dijo Luca suavemente.

—Exacto. Y mira cómo opera: no solo irrumpe y los mata. Primero interactúa con ellos. Habla sobre sus colecciones. Aprende sus pasiones. Quiere entenderlos antes de... —Se interrumpió,

recordando el entusiasmo de Alfred Finch en esos últimos momentos grabados.

—Antes de hacerlos parte de su colección —terminó Luca.

—Las máscaras son su forma de convertirse en alguien nuevo cada vez. Alguien capaz de hacer estas cosas —Escribió "TRANSFORMACIÓN A TRAVÉS DEL ASESINATO" en letras mayúsculas—. No solo los está matando, está intentando absorber lo que representan.

La puerta chirrió al abrirse, y Reeves asomó la cabeza. Parecía haber envejecido diez años desde que vio la grabación.

—Vosotros dos deberíais dejarlo por hoy. No tendremos los informes forenses hasta mañana por la mañana.

Ella negó con la cabeza y se movió hacia su portátil.

—No puedo parar ahora. Necesito averiguar quién era realmente Alfred Finch. Qué le hacía lo suficientemente especial para ser un objetivo.

—Vale, pero yo me largo. Mi mujer ya piensa que tengo una aventura.

—Vete a casa —Ella logró esbozar una débil sonrisa—. Yo probablemente seguiré aquí cuando amanezca.

Reeves miró alternativamente a Ella y a Luca.

—Vosotros me hacéis alegrarme de no haberme hecho federal. Con suerte os veré a una hora razonable mañana.

La puerta se cerró. Entonces solo quedaron ella y Luca y el sonido de Ella tecleando en su portátil.

—¿No te vas a quedar toda la noche de verdad? —preguntó Luca.

—El sueño es para los débiles. Y los muertos —Lo había dicho como humor negro, pero sonó soso. Todo sonaba soso cuando los cuerpos se acumulaban y las pistas se agotaban.

—Estás loca, pero supongo que pondré el café —Se acercó al lado del escritorio de Ella—. Pero solo una pregunta. Incluso si

conocemos la mente de este tío de pe a pa, ¿cómo nos va a ayudar eso a atraparlo?

—Sabemos más sobre él de lo que creemos. Altura, complexión, voz, sentido de la moda. Y si está tan solo y retraído como creo que está, puede que podamos acotar su trabajo, su situación de vivienda, todo. También sabemos que se hizo pasar por un comprador para entrar en la casa de Alfred, así que tenemos que investigar ese ángulo también.

Ella se sumergió en la soledad como una ventana hacia su psicología. Y la psicología era el mapa para capturarlo.

—Bueno, será mejor que nos pongamos manos a la obra. Vuelvo en un momento —dijo Luca.

Luca salió. Ella apenas se percató. Había vuelto al laberinto, siguiendo el hilo. Viendo patrones en el asesinato, las muñecas, los insectos. Echó un vistazo a la pizarra y dejó que hablara por sí misma. La historia estaba ahí, aunque enterrada en locura. Un asesino que tomaba un trozo del mundo de sus víctimas, lo hacía suyo y cosía sus obsesiones en su piel como una colcha demencial.

Tenía sentido. No tenía sentido. A Ella le dolía la cabeza con la contradicción.

Se preparó para una larga noche de arqueología digital, pues detrás de esa extraña máscara de insecto estaba el rostro de un asesino en serie que vivía en algún lugar de esta ciudad. No iba a cejar en su empeño hasta encontrarle.

CAPÍTULO QUINCE

Después de dos horas de búsqueda exhaustiva, Ella no tenía nada que mostrar. Eleanor Calloway y Alfred Finch podrían haber vivido en planetas diferentes por lo poco que sus vidas se cruzaban.

Dos coleccionistas. Dos obsesiones. Y un gran vacío entre ellos.

La huella digital de Eleanor parecía el diario de un monje. Compras semanales en Food Lion. Facturas de servicios pagadas por adelantado. Algún que otro capricho en tiendas de antigüedades y de segunda mano. Ni gimnasios, ni servicios de streaming, ni facturas abultadas de bares. La mujer había vivido en una burbuja pre-internet.

Alfred Finch había seguido un camino completamente distinto. Conferencias académicas en ciudades que Ella tenía que buscar en Google. Becas de investigación. Derechos de autor por artículos con títulos como "Patrones de reproducción en especies raras de Scarabaeidae". Donaciones mensuales a sociedades entomológicas de las que nunca había oído hablar. El hombre había construido toda su identidad alrededor de los insectos, desde el equipo especializado que importaba hasta la sala de cría diseñada a medida donde la voz de su asesino se había filtrado por primera vez a través de esos altavoces. Su vida parecía girar en torno a cosas muertas que se arrastraban.

Sus caminos deberían haberse cruzado en algún lugar de este paraíso de coleccionistas, pero el rastro digital decía lo contrario. Sus órbitas nunca se habían intersectado. Ni una sola vez. Ni en cafeterías, ni en gasolineras, ni en ningún otro lugar de la enmarañada red comercial de Chesapeake.

Dos obsesivos viviendo en sus propios mundos. Lo único que tenían en común era la forma en que murieron.

Ella también había buscado cucarachas disecadas a la venta y no había encontrado nada. Había indagado a fondo y prácticamente había revisado todos los resultados con *Saltoblattella montistabularis* en los metadatos, sin éxito. Fuera cual fuera la plataforma en la que Alfred Finch había estado vendiendo su preciada cucaracha —y la misma plataforma a través de la cual su asesino se había puesto en contacto con él— no era fácil de descubrir en la superficie de la web.

La noche presionaba contra la ventana. El café de Ella se había enfriado hacía horas y se había convertido en algo que ahora parecía aceite de motor. La comisaría se había vaciado y había dejado atrás ese silencio peculiar que se apodera de los edificios gubernamentales después del horario de oficina.

Ella sentía como si alguien le hubiera pasado papel de lija por los ojos. Echó un vistazo a su pizarra, donde sus garabatos anteriores parecían salidos de un psiquiátrico. Líneas rojas conectaban víctimas con teorías, teorías con signos de interrogación, preguntas con más malditas preguntas. Luca había colgado una captura de pantalla de las cámaras de seguridad de Finch: su asesino enmascarado de insecto congelado en medio de su actuación.

Un suave ronquido llamó su atención al otro lado del escritorio. Luca finalmente se había rendido al sueño, con la cabeza apoyada en una pila de archivos lo suficientemente gruesa como para ahogar a un caballo. Un brazo colgaba hacia el suelo como un ala rota. Había hecho un esfuerzo valiente, hay que reconocerlo. La había igualado taza por taza, onda cerebral por onda cerebral. Pero incluso Luca tenía sus límites.

—Hawkins —como no se movió, ella se inclinó y le dio un toquecito en la oreja como solía hacer cuando eran solo compañeros, sin todas estas complicadas fronteras entre ellos—. Es hora de volver al mundo de los vivos.

Luca se despertó de golpe con la confusión particular de alguien que no recuerda haberse quedado dormido.

—¿Qué? Estoy despierto. Solo estaba descansando la vista.

—Claro que sí. Y yo soy la Reina de Inglaterra.

—Majestad —se frotó la cara con ambas manos—. Ahora tienen un Rey, no una Reina.

—Dile a Inglaterra que lo siento.

Luca entrecerró los ojos mirando su reloj.

—Venga, Ell. Vamos al hotel. No serviremos de nada si estamos agotados.

La sugerencia tocó una fibra que no quería examinar. Dormir significaba dejarse llevar, y dejarse llevar significaba darle a su asesino más tiempo para planear su próxima actuación.

—Solo necesito una hora más. Casi lo tengo...

—No, no lo tienes —su voz tenía ese tono que conocía demasiado bien, el que significaba que estaba a punto de ponerse en modo madre protectora con ella—. Llevas horas diciendo eso. ¿Has oído hablar de la deuda de sueño?

—¿La qué?

Luca miró su taza de café y luego decidió no beberlo.

—La diferencia entre la cantidad de sueño que necesitas y la cantidad que realmente obtienes. Si necesitas ocho horas pero solo duermes cinco, tienes una deuda de sueño de tres horas.

—¿Y?

—Cada hora es una semana menos de vida.

Ella arqueó una ceja.

—Te has inventado esa última parte.

—Sí, lo he hecho, pero el punto sigue siendo válido. No quieres morir a los 35, ¿verdad? Podemos ir al hotel y ver programas malos sobre fantasmas o alienígenas.

Y ahí estaba: la diferencia fundamental entre ellos, expuesta en una sola sugerencia casual. Luca podía compartimentar. Podía alejarse del espectáculo de horror y recargar sus baterías. Podía

fingir, aunque solo fuera por unas horas, que no estaban cazando a un hombre que convertía a las personas en piezas de su colección.

Ella no podía. Los casos de asesinato vivían en su cabeza y ocupaban un espacio que debería estar reservado para funciones humanas normales como dormir, comer y mantener algo parecido a una vida fuera del Bureau. Una parte de ella envidiaba su capacidad para desconectar y compartimentar la oscuridad en pequeñas cajas ordenadas. Su cerebro no venía con un interruptor de apagado. Nunca lo había tenido.

—Uf. ¿Esa porquería?

—¿Sabes por qué ponen esas cosas tan tarde?

—¿Porque nadie las ve? —dijo ella.

—No. Porque la gente se queda dormida antes de tener la oportunidad de cambiar de canal, así que sus índices de audiencia son más altos de lo que serían si los pusieran en horario de máxima audiencia.

Cuando Luca se ponía en modo conspiración, probablemente era hora de dar el día por terminado, por mucho que le costara admitirlo. El agotamiento había hundido sus garras profundamente. Sentía el cuello soldado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, y sus hombros se habían convertido en hormigón. Las palabras en su pantalla habían empezado a bailar el vals hacía una hora.

—Vale —cerró el portátil de golpe como si estuviera atrapando una araña—. Pero esto se viene conmigo.

—No esperaba menos —dijo él cogiendo su propio ordenador—. Y yo me llevo el mío porque sé que te despertarás a las cinco de la mañana con alguna teoría disparatada sobre máscaras o muñecos o lo que sea.

—Lo dices como si fuera algo malo.

Recogieron sus cosas en el tipo de silencio que venía de demasiadas noches como esta, demasiados monstruos cazados a través de demasiadas ciudades. Fuera de su ventana, Chesapeake se

había quedado en silencio excepto por las sirenas lejanas y algún que otro borracho siendo arrastrado a comisaría.

Pero mientras recogía sus cosas, sus ojos seguían volviendo a esa foto en la pizarra. A esos ojos compuestos y mandíbulas articuladas y toda la fea transformación que su asesino estaba intentando. Estaba ahí fuera en alguna parte, probablemente ordenando sus trofeos con la misma atención obsesiva al detalle que había otorgado a sus dos víctimas.

Una parte de ella sabía que el sueño llegaría eventualmente, una vez que su cerebro finalmente se sobrecargara alrededor de las 4 de la madrugada. Hasta entonces, tal vez vería algo en los archivos que ojos frescos habían pasado por alto. Tal vez la respuesta se escondía a plena vista, esperando esa claridad de medianoche cuando el mundo se vuelve borroso en los bordes y los patrones emergen del caos.

Algunos monstruos no descansan, ¿por qué debería hacerlo ella?

CAPÍTULO DIECISÉIS

La lluvia golpeaba las ventanas del motel como si alguien estuviese lanzando gravilla desde el cielo. Eran las tres de la madrugada y el sueño se le resistía a Ella, escurriéndose entre sus dedos cada vez que se acercaba. En la tele había un programa de telerrealidad sobre una casa de empeños, pero Ella no lo estaba viendo. Miraba fijamente el techo manchado de humedad y pensaba en muñecas, insectos, máscaras, coleccionistas y qué tipo de persona utilizaba todo eso para sus fantasías homicidas.

Luca ya se había dormido hacía horas. Ahora yacía con su espalda sudorosa apuntando hacia ella. Una cosa que agradecía era el calor, porque Luca no era más que un radiador humano entre las sábanas. Incluso en estos meses de invierno, nunca había necesitado usar esa manta eléctrica que guardaba para emergencias.

Aun así, el sueño la trataba como a una amante despechada esta noche. Mientras tanto, acudía a Luca como un viejo amigo. Qué suerte tiene el cabrón, pensó.

Alargó el brazo y cogió su móvil por enésima vez desde que se metió en la cama. Ni llamadas perdidas. Ni mensajes. Julianne Cooper, su antigua casera, seguía ignorándola por esa fianza de mil euros. Y Jenna, su ex compañera de piso, bien podría haberse desvanecido en el éter digital.

Ella frunció el ceño. No era propio de Julianne ignorarla así. Vale, la mujer tenía setenta y tantos años y las habilidades organizativas de una ardilla, pero siempre había respondido. Y Jenna estaba pegada a su teléfono como si fuera una extensión de su cuerpo. La había visto dormir con él en las manos, por el amor de Dios.

Entonces, ¿por qué este silencio de radio? Ella había dejado mensajes, textos. Nada demasiado urgente, solo para saber cómo estaban. Pero era como gritar en el vacío. Ni una respuesta, ni siquiera un "vale" o un emoji de pulgar hacia arriba.

La falta de contacto le molestaba como un diente flojo. Ella había perdido su teléfono personal el mes pasado durante el juicio de Austin Creed en Nueva Orleans, así que había estado usando su teléfono del trabajo desde entonces. Ya había importado todos sus contactos de su móvil personal al del trabajo, pero quizás Julianne y Jenna no tenían guardado este número. Podría ser que estuvieran viendo sus llamadas como spam o número desconocido y simplemente las ignoraran.

Tenía sentido, supuso. Nadie contestaba a números desconocidos estos días a menos que estuvieran intentando activamente ampliar la garantía de su coche.

La lluvia continuaba su asalto a las ventanas mientras la basura de la casa de empeños en la tele daba paso a algún programa de antigüedades. Coleccionables. Genial. Justo lo que necesitaba ahora mismo.

Quizás podría aprender algo, pensó. No era una experta en el campo de los coleccionables, pero seguramente la gente de este programa lo era. Siempre aprendiendo, ese era su lema. Así que cogió el mando a distancia de al lado de Luca y subió un poco el volumen. No es que tuviera que preocuparse por despertar a Luca porque podía dormir durante un huracán, pero no quería arriesgarse de todos modos. Ya había visto a Luca en su estado de no-suficiente-sueño suficientes veces, y no quería a ese capullo gruñón a su lado durante las próximas 18 horas.

El presentador del programa —británico, naturalmente, porque al parecer necesitabas un acento para vender cosas viejas— se deshacía en elogios sobre un escritorio victoriano. La cámara se detuvo en sus elaboradas tallas, sus compartimentos secretos, su acabado perfectamente conservado.

Otro objeto apareció en pantalla: una colección de relojes vintage dispuestos en un estuche forrado de terciopelo. El presentador hablaba sobre la procedencia y el valor de mercado mientras los ojos de Ella se volvían pesados.

Más antigüedades desfilaron: figuritas de porcelana que le recordaban incómodamente a las muñecas de Eleanor, viejos instrumentos científicos de latón que probablemente a Alfred Finch le habrían encantado, un enorme gabinete lleno de mariposas disecadas que le hizo pensar en la máscara de su asesino.

Coleccionistas. Siempre con sus preciosos objetos tras el cristal. Sus mundos cuidadosamente seleccionados donde todo tenía su lugar adecuado y el valor podía medirse en euros y estimaciones de subastas.

Luca murmuró algo sobre baloncesto en sueños y se giró sobre su espalda. El movimiento agitó el aire que llevaba rastros de su loción para después del afeitado, la misma marca que había usado desde que se asociaron por primera vez. Algunas cosas nunca cambiaban, incluso cuando todo lo demás lo hacía.

El presentador del programa de antigüedades seguía hablando, su acento envolviendo palabras como "procedencia" y "autenticación" como si fueran exquisiteces exóticas. Más objetos aparecieron en la pantalla: medallas militares en cajas de sombras, mapas antiguos en marcos dorados, piezas de jade tallado dispuestas de cierta manera.

Todo categorizado. Todo expuesto. Todo con un valor asignado basado en la edad, la condición y la rareza.

Sus ojos finalmente comenzaron a cerrarse mientras la lluvia pintaba patrones abstractos en el cristal de la ventana. El brillo de la televisión se suavizó, se volvió distante, se convirtió en parte de ese espacio liminal entre la vigilia y el sueño donde las conexiones se formaban en la parte posterior del cerebro sin aporte consciente.

En algún lugar de esa zona crepuscular, las piezas se movían. Las ideas se organizaban como aquellas antigüedades en sus vitrinas

impecables. Pero cualquier patrón que estuviesen formando tendría que esperar hasta la mañana.

El sueño la atrapó por fin, arrastrándola hacia ensoñaciones de vitrinas, ojos compuestos y la lluvia incesante más allá de las ventanas.

Fotos, pensó Ella.

Lo único que necesitabas para vender algo... eran fotos.

CAPÍTULO DIECISIETE

Ella se despertó bruscamente como si emergiera de una tumba.

El rostro de Austin Creed flotaba en la oscuridad tras sus párpados; su sonrisa torcida, esa mirada vacía que había diseccionado en el juicio. Cuatro cuerpos en el bayou. Cuatro familias que nunca volverían a dormir tranquilas. Cuatro razones por las que había contribuido a enviarlo a la inyección letal.

Se incorporó de golpe con el agua del pantano de Luisiana en los pulmones y la luz del sol de diciembre colándose por las cortinas baratas del motel. Su corazón latía contra sus costillas como si quisiera escapar.

La pesadilla se adhería a su piel, recuerdos pegajosos de un tribunal en Nueva Orleans el mes anterior. Había pasado veinte minutos en el estrado desgranando la psicología de Austin Creed para el jurado y ayudando a asegurar su condena a muerte. Ahora Austin Creed esperaba en el corredor de la muerte mientras las apelaciones se arrastraban por el sistema. Justicia servida en frío, con una guarnición de homicidio autorizado por el Estado.

Castigar la muerte con muerte. Las cuentas cuadraban sobre el papel, pero dejaban un poso de culpa en su conciencia que no terminaba de desaparecer. ¿Era ella realmente mejor que él? Solo otra actriz en la misma obra sangrienta, solo que su violencia venía envuelta en placas y órdenes judiciales.

Entonces la realidad volvió como una resaca. Máscaras. Colecciones. Dos cadáveres. Eran las nueve de la mañana según el reloj de la mesilla, y la lluvia por fin había cesado dejando ese olor particular a asfalto mojado que significaba mañana en cualquier ciudad.

Se giró buscando el calor sólido de Luca, pero sus dedos encontraron sábanas vacías y frías donde había estado su cuerpo.

Se incorporó y lo vio encorvado sobre su portátil en la mesa destartalada junto a la ventana. La música se escapaba de sus auriculares - probablemente ese thrash metal que juraba que le ayudaba a pensar. Sus dedos atacaban el teclado con la violencia propia de alguien que llevaba despierto demasiado tiempo.

—Buenos días, sol —dijo quitándose los auriculares y girándose en la silla.

—El sol es motivo de homicidio justificado en Virginia. ¿Qué estás escuchando?

Luca comprobó su reproductor MP3.

—Slayer. ¿Y tú?

—Yo te escucho a ti escuchando Slayer. ¿Cuánto llevas levantado?

—Desde las siete más o menos. Mi cerebro no paraba de darle vueltas a los foros de coleccionistas. He estado buceando por sitios de subastas, páginas de compraventa, cualquier lugar donde Alfred pudiera haber anunciado esa cucaracha suya.

La luz de la mañana iluminó la barba incipiente de su mandíbula, recordándole otras mañanas, otros moteles, antes de que intentaran encasillar su relación en compartimentos estancos etiquetados como trabajo y no trabajo.

—¿Has encontrado algo?

—Nada. Estos sitios están más blindados que Fort Knox. Muchos foros de coleccionistas requieren credenciales, y la mayoría de los anuncios ni siquiera están en la caché de los buscadores porque técnicamente son páginas temporales. En cuanto se vende un artículo, puf —hizo un gesto de explosión con las manos—. Desaparece.

Ella lo meditó.

—Pero la cucaracha de Alfred no se vendió, ¿verdad? Seguramente seguía activa cuando el asesino llegó a su puerta.

—No tengo ni idea. Lo único que sé es que no puedo encontrar ningún anuncio de un Saltobla-lo que sea.

Las sienes de Ella empezaron a palpar. Era demasiado temprano para esto, joder.

—Así que el terreno de caza de nuestro asesino es básicamente invisible.

—Sí, y no solo eso, sino que la policía de Chesapeake nos envió malas noticias hace una hora.

—Es demasiado pronto para malas noticias, pero cuéntame de todos modos.

—Parece que nuestro colega Finch vivía en la Edad de Piedra. Sin móvil, sin ordenador personal.

—¿En serio? Pero sus extractos de tarjeta de crédito mostraban que compraba cosas por internet.

—Sí, pero los registros indican que hacía esas cosas desde el ordenador del trabajo. Y trabajaba en el Museo de Historia Natural de Virginia.

Ella se presionó las palmas contra los ojos. Sabía exactamente adónde iba esto.

—Y no podemos registrar su ordenador porque es propiedad del gobierno.

—Dale un premio a la señorita.

—Vaya.

—Hay que conseguir la autorización adecuada, rellenar unos 17 formularios, sacrificar una virgen a los dioses de la informática. Podría llevar semanas.

—No tenemos semanas —Ella se levantó, y sus piernas protestaron por la repentina verticalidad—. Nuestro tipo no ha terminado de coleccionar. Le ha cogido el gusto ahora.

—¿Tienes alguna idea brillante?

—Tal vez —los engranajes de su cabeza empezaron a girar, triturando la abstinencia de cafeína y la rigidez de la cama del motel—. Anoche estaba viendo un programa sobre antigüedades.

—¿En serio? ¿Antigüedades? ¿Tú?

—Bueno, lo pusieron y no apagué la tele.

—¿Ves? —dijo Luca—. Te lo dije. Así es como mantienen la audiencia.

—Ese no es el quid de la cuestión. Lo importante es que antes de que alguien pujara por estos objetos, todos los habían visto.

Las cejas de Luca intentaron fusionarse con su línea del pelo.

—¿Qué?

—Los habían visto. Nadie va a comprar un artículo que nunca ha visto. Para vender, hay que mostrar.

Luca se reclinó en su silla.

—¿Estás bien? ¿Has tenido un ictus?

Ella pasó junto a él y se dirigió directamente hacia los expedientes dispersos que había dejado esparcidos junto a la mesita de noche. Las fotos de la escena del crimen se desparramaron mientras rebuscaba: Eleanor con su máscara de porcelana, Finch clavado como un espécimen de insecto. Y ahí, cerca del fondo del montón, la cucaracha. Cristales rotos y una etiqueta en latín arrugada. Lo único fuera de lugar en la sala de colección perfectamente organizada de Finch.

Ella agarró la foto y la agitó frente a Luca como una bandera de batalla.

—Aquí. Así es como encontraremos el coto de caza de nuestro asesino —dijo Ella.

Luca entrecerró los ojos mirando la imagen, sin comprender.

—Es un bicho muerto. ¿Tienes un entomólogo forense escondido en el bolsillo? —dijo Luca.

—No. Solo necesitamos encontrar ese anuncio, luego podremos ver quién le envió mensajes a Finch sobre el insecto.

—Genial. Si no hubiera pasado las últimas dos horas haciendo justo eso.

Ella señaló con el dedo la foto, el caparazón brillante de la cucaracha.

—Estás buscando por texto. Las búsquedas de imágenes abarcarán mucho más si usamos nuestro software de búsqueda inversa de imágenes. Buscará en todo. O en todo lo que no esté encriptado, al menos. Correos personales, mensajes de texto. Si existe una foto de esa cucaracha, la encontrará —dijo Ella.

—¿No podías habérmelo dicho anoche?

—Pensé que podríamos registrar el ordenador de Finch. Como no podemos, necesitamos tomar un atajo.

Luca cerró su portátil y se puso en pie de un salto.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Vamos a comisaría. Mejor no usar bases de datos federales con el Wi-Fi del hotel —dijo Luca.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Primero, necesitaba un café lo suficientemente fuerte como para despintar una pared. Luego le mostraría a Luca exactamente cómo su amigo enmascarado de insecto podría haberse colado en el mundo de Alfred Finch. Porque todo coleccionista necesitaba una cosa antes de poder hacer una venta: fotos. Y las fotos dejaban rastros, si sabías dónde buscar.

El juego estaba a punto de cambiar. Su asesino simplemente aún no lo sabía.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El mundo de Ella se había reducido a la pantalla brillante frente a ella, donde un algoritmo especializado de búsqueda inversa de imágenes estaba a punto de justificar su financiación con dinero público.

Había cargado todos los ángulos de la preciada cucaracha de Alfred Finch en el programa. Cada foto mostraba el mismo desafortunado espécimen —*Saltoblattella montistabularis*—, ahora reducido a fragmentos en una bolsa de pruebas. Los fotógrafos de la escena del crimen lo habían capturado desde múltiples ángulos antes de recogerlo, así que tenía abundante material de origen con el que trabajar.

En algún lugar del vasto océano digital, tenía que haber un rastro. Ningún coleccionista que se preciara intentaría vender algo tan raro sin la documentación adecuada. Las fotos eran la moneda del mundo del coleccionismo: prueba de autenticidad, estado, procedencia. Su asesino había encontrado a Alfred Finch de alguna manera, había visto este mismo espécimen anunciado en algún sitio.

Al otro lado de la habitación, Luca estaba frente a la pizarra como un hombre intentando descifrar jeroglíficos antiguos. Sus notas garabateadas de la sesión teórica de anoche, impulsada por la cafeína, cubrían cada centímetro de espacio disponible. Líneas rojas conectaban víctimas con teorías, máscaras con motivos, coleccionistas con sus colecciones. Para cualquier otra persona, probablemente parecería el trabajo de una mente brillante que se hubiera torcido.

—Sabes —dijo Luca, señalando la foto de su asesino con su máscara de insecto—, podríamos intentar pasar esto también por el sistema.

Ella ajustó los parámetros de búsqueda en su pantalla.

—La calidad de la imagen es demasiado mala. Además, esa cosa probablemente vino de alguna tienda de Halloween o página web de disfraces. Obtendríamos miles de resultados similares.

—Sí, tienes razón —Dio un paso atrás de la pizarra—. ¿Deberíamos ir al museo? ¿Hablar nosotros mismos con los compañeros de Finch?

—Reeves está allí ahora, dando la noticia a los compañeros de Finch —Se imaginó al detective dando ese particular golpe al estómago. No había una manera fácil de decirle a la gente que su compañero amante de los bichos había sido transformado en un espécimen humano—. Deja que él se encargue de la notificación. Tenemos cucarachas más grandes que freír.

Luca alzó una ceja.

—¿Te estás volviendo poética en tu vejez?

—Falta de sueño. Me hace alucinar en metáforas.

El programa decía: 1.000.000 de imágenes buscadas.

Ella tamborileó con los dedos sobre el escritorio. El antiguo sistema de calefacción de la comisaría se puso en marcha con un sonido como si alguien intentara estrangular una trompeta. Fuera de su ventana, Chesapeake seguía con sus asuntos, ajena al hecho de que un coleccionista de coleccionistas caminaba por sus calles.

5.000.000 de imágenes buscadas.

—¿Cuánto va a tardar esto? —Luca había abandonado la pizarra para cernirse sobre su hombro.

—El tiempo que haga falta para encontrar nuestra aguja en el pajar digital —Entrecerró los ojos mirando la pantalla—. El programa rastrea todo: redes sociales, archivos adjuntos de correo electrónico, sitios web archivados. Si esa cucaracha alguna vez mostró su fea cara en línea, la encontraremos.

12.000.000 de imágenes buscadas.

El programa seguía procesando el universo digital, comparando píxeles y patrones, buscando coincidencias en cualquier lugar donde

su rara cucaracha pudiera haber hecho una aparición. Ella observaba cómo subían los números mientras su mente vagaba por caminos más oscuros.

26.000.000 de imágenes buscadas.

¿Qué tipo de persona pasaba su tiempo elaborando máscaras de insectos y estudiando hábitos de coleccionistas? Alguien paciente. Minucioso. El tipo de mente que podría planear asesinatos elaborados mientras mantenía una fachada de normalidad. Su asesino probablemente tenía un trabajo diurno, pagaba impuestos, tal vez incluso tenía una familia. Los monstruos no siempre parecían monstruos a la luz del día.

—Esto podría llevar todo el día —dijo Luca, dejándose caer en la silla a su lado—. ¿Quieres que haga otra ronda de café? O tal vez deberíamos...

—No lo gafes —Levantó una mano—. Nunca sugieras planes alternativos mientras la tecnología está funcionando. Así es como enfadas a los dioses de la informática.

47.000.000 de imágenes buscadas.

El ruido de fondo de la comisaría se desvaneció hasta convertirse en un zumbido blanco mientras Ella observaba cómo subían los números. Cada millón representaba otra capa de internet analizada y procesada. Había visto este programa resolver casos antes: encontrando obras de arte robadas en sitios de subastas oscuros, localizando personas desaparecidas a través de fotos de vacaciones en publicaciones de redes sociales de desconocidos.

Pero esto no se trataba solo de encontrar una imagen. Se trataba de encontrar el momento exacto en que su asesino se había puesto en contacto por primera vez con Alfred Finch.

89.000.000 de imágenes buscadas.

94.000.000 de imágenes buscadas.

113.000.000 de imágenes buscadas.

Los ojos de Ella ardían de tanto mirar la pantalla. ¿Cuántas imágenes de insectos podía haber posiblemente en internet?

—Vamos —murmuró—. Muéstrame algo.

Los parámetros de búsqueda se expandían hacia fuera como ondas en un estanque, tocando con suerte cada rincón de internet accesible. En algún lugar de ese vasto océano de datos, su asesino debía haber dejado una estela.

164.000.000 de imágenes buscadas.

Entonces todo se detuvo.

El corazón de Ella se encogió en su pecho cuando un texto rojo parpadeó en la pantalla:

1 COINCIDENCIA ENCONTRADA.

—Vaya —respiró Luca—. ¿De verdad hemos...?

Su dedo se cernía sobre el ratón, de repente temerosa de lo que pudieran encontrar. Un resultado entre millones.

—Sí, lo hemos hecho. Tenemos uno en directo.

—Venga. Haz clic en el resultado.

Un clic abriría este caso de par en par o los devolvería al punto de partida. Ella contuvo la respiración y pulsó.

La pantalla parpadeó y luego mostró una página web básica; texto plano, imágenes mínimas, sin elementos de diseño. Era el código crudo del sitio web ensamblado dentro del programa, uno de los resquicios que aprovechaba para entrar en páginas que normalmente estaban fuera de su alcance.

Texto, imágenes, código HTML.

Y unas diez fotos de una cucaracha rara conservada.

El encabezado del sitio decía "INTERCAMBIO DE ESPECÍMENES RAROS - SOLO MIEMBROS VERIFICADOS".

Era un anuncio de subasta. Con fecha de hace tres semanas. Las imágenes desfilaban por la pantalla como una fila de bailarinas

de horror artrópodo: vista dorsal, vista ventral, primer plano de las mandíbulas. Cada una cristalina, cada una familiar.

ESPÉCIMEN EXTREMADAMENTE RARO – Salto-blat-tella monti-stabularis (Cucaracha saltarina).

Publicado por: A_Finch_Entomology.

Ubicación: Chesapeake, VA.

Precio: 70.000 € (Solo consultas serias).

Ella apretó el puño con tanta fuerza que le dolió.

—Te pillamos, cabrón.

—Malditos guiones —dijo Luca, señalando el Salto-blat-tella monti-stabularis en la pantalla—. Por eso no pudimos encontrarlo antes.

Ella estaba demasiado ocupada leyendo para responder.

DETALLES DEL ESPÉCIMEN: Macho adulto, recolectado en 2019. En perfecto estado, sin daños. Montado profesionalmente en vitrina de calidad museística. Documentación completa del origen y circunstancias de recolección. Uno de los únicos tres especímenes conservados conocidos en Norteamérica.

Este espécimen excepcional representa uno de los insectos más raros en cualquier colección privada. El Salto-blat-tella monti-stabularis, descubierto en 2011 en la Montaña de la Mesa de Sudáfrica, es notable por sus capacidades únicas de salto y se considera el "eslabón perdido" en la evolución de las cucarachas.

El montaje actual incluye una vitrina personalizada con protección UV y técnicas especializadas de conservación. El espécimen muestra un excelente detalle de las características taxonómicas clave, incluyendo: Patas especializadas para saltar; Estructura distintiva de las alas; Coloración original conservada; Antenas completas.

El espécimen ha sido tasado profesionalmente por el Grupo de Valoración Curada (Documentación disponible bajo petición).

—Joder, Ell. Lo tenemos. Tenemos que llevar esto a tecnología y hurgar en los mensajes privados de este tío. Si averiguamos con quién hablaba Finch, encontraremos a nuestro asesino.

Ella apenas le oyó por encima del rugido de la sangre en sus oídos. Su mano temblaba mientras se desplazaba hacia abajo, asimilando cada detalle incriminatorio.

Alfred Finch. Vendiendo su preciado espécimen al mejor postor. Y alguien había picado el anzuelo.

Pero los ojos de Ella se habían enganchado en otra cosa. Una sola línea de texto, enterrada en la descripción del artículo de Finch.

—Espera. —Agarró la muñeca de Luca y luego señaló uno de los párrafos en la pantalla—. Mira esto.

El espécimen ha sido tasado profesionalmente por el Grupo de Valoración Curada (Documentación disponible bajo petición).

Luca frunció el ceño.

—¿Grupo de Valoración Curada? ¿Qué es eso?

Su pulso era constante bajo sus dedos. A veces envidiaba su capacidad para mantener la calma en momentos como este, cuando su propia mente ardía a través de las vías neuronales.

—He visto ese nombre antes —dijo ella. Atacó el desorden de archivos e impresiones esparcidos por su escritorio. Notas del caso, declaraciones de testigos, registros financieros.

—¿Ah, sí? No recuerdo haberlo visto.

—Está aquí, sé que está aquí —dijo ella—. Acabo de leerlo, lo juro.

Pero la conexión que buscaba no estaba enterrada en ese cementerio de papel. Sus manos se movieron hacia su portátil, haciendo clic en las pestañas con la precisión de la memoria muscular. Incendio del museo médico. Fraude de seguros. Algo sobre ese artículo se había quedado en su cerebro como una espina, esperando el momento adecuado para engancharse a algo importante.

La pestaña seguía ahí, enterrada entre una docena más. Hizo clic en ella, y ahí estaba, expuesto en blanco y negro.

—Aquí, lee esto —dijo ella.

Luca se inclinó.

—Propietario del museo médico histórico de Chesapeake condenado por fraude de seguros. ¿Qué tiene eso que ver con nada?

—Sigue leyendo —insistió ella.

—Museo de Historia Médica de St. Andrews, claro caso de incendio provocado, problemas financieros, bla bla. ¿Qué estoy buscando aquí?

—Último párrafo —dijo ella. Le ahorró tiempo y lo leyó en voz alta—. "Es un final trágico para una pieza vital de la historia médica", dijo la señorita Blackburn, propietaria del Grupo de Valoración Curada.

—Vaya. Grupo de Valoración Curada. ¿Blackburn? —La expresión de Luca pasó de la confusión a la revelación en un abrir y cerrar de ojos. Se sumergió en su propio montón de papeles en su escritorio.

—Sí. Supongo que son un grupo de tasación. ¿Tasar la colección de un hombre muerto y estar sospechosamente cerca de un incendio en un museo? ¿No te parece que...

—Espera —interrumpió Luca—, hay algo más.

—¿Ah, sí?

Luca emergió, sosteniendo una hoja de papel como si fuera un billete de lotería premiado.

—El extracto de la tarjeta de crédito de Eleanor Calloway. Hizo un pago el mes pasado a una tal V. Blackburn. Cinco mil pavos.

La evidencia yacía ante ellos en un frío blanco y negro: un pago de cinco mil euros a Vanessa Blackburn, fechado apenas unas semanas antes de la muerte de Eleanor. El tipo de detalle que podría parecer inocente hasta que lo miras bajo la luz adecuada.

Ella pensaba a toda velocidad, conectando ideas más rápido de lo que podía procesarlas. Dos víctimas sin una conexión evidente, salvo que quizá sí la hubiera. Ambas habían utilizado el mismo servicio de tasación. Ambas habían confiado en esta empresa para valorar sus preciadas colecciones. Ambas, presuntamente, habían dejado entrar a desconocidos —o al mismo desconocido— en sus santuarios privados y les habían mostrado sus obsesiones.

—El Grupo de Valoración Curada —dijo despacio—. Tendrían acceso a todo. Listas de clientes. Detalles de las colecciones. Valores. Lugares de almacenamiento.

—Un coto de caza perfecto para alguien que busca atacar a coleccionistas —dijo Luca en voz baja, como si temiera que hablar demasiado alto pudiera espantar su gran descubrimiento.

—Y la tapadera perfecta para acercarse a ellos. ¿Qué mejor manera de aprender sobre colecciones raras que a través de un negocio legítimo? Ganas su confianza, aprendes sus rutinas, catalogas sus objetos de valor.

Las implicaciones se extendían como ondas en un estanque ensangrentado. Si el Grupo de Valoración Curada era el nexo entre sus víctimas, ¿qué más podrían saber? ¿Cuántos otros coleccionistas en su base de datos podrían ser objetivos potenciales? Y lo más importante: ¿había encontrado su asesino a sus víctimas a través de su relación con la empresa?

—Vamos, Hawkins. Tenemos que averiguar todo sobre este grupo... y luego hacerles una visita.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Abrir la cerradura le llevó más tiempo del que debería. No porque fuera complicada —era un simple cerrojo que cualquier ladrón medianamente decente podría forzar en treinta segundos—, sino porque las manos le temblaban, la ganzúa se le resbalaba y el sudor hacía que las herramientas se sintieran grasientas en sus dedos enguantados.

Ansiedad por el rendimiento. Incluso después de Eleanor y Alfred, la anticipación aún le afectaba.

Era asombroso lo que se podía aprender sobre cerraduras cuando se trabajaba en su oficio. Cada colección que pasaba por su escritorio venía con una evaluación de seguridad, con notas sobre sistemas de alarma, herrajes de puertas y los hábitos particulares de propietarios que creían que sus preciadas posesiones estaban a salvo detrás de cerrojos Schlage y códigos de alarma de cuatro dígitos.

Finalmente, el cilindro giró con un suave clic. Abrió la puerta con cuidado, atento a cualquier sonido que indicara que su investigación había sido errónea. Pero la casa permanecía vacía y silenciosa, tal y como sabía que estaría. Tal y como indicaba el horario del propietario.

Todo en esta casa estaría mantenido con estándares de museo, cada superficie pulida a la perfección. Así es como vivían todos ellos, esas personas que construían sus identidades en torno a la posesión. Como Eleanor con su sala de muñecas climatizada. Como Alfred con sus cajas de insectos cuidadosamente calibradas.

Esos registros que pasaban por su escritorio eran una mina de oro si sabías cómo leerlos. No solo los datos fríos sobre valores de colección y requisitos de seguro, sino las historias entre líneas. La

forma en que algunos coleccionistas hablaban de sus piezas revelaba todo sobre quiénes eran. O quiénes no eran.

La casa olía a abrillantador de muebles y papel viejo, y a esa desesperación particular que surge de intentar aferrarse a pedazos del pasado. Conocía la distribución de memoria —la había memorizado de las fotos de evaluación que pasaron por su escritorio—. Salón a la derecha, estudio a la izquierda, y justo enfrente —la sala de la colección—. Su sanctasanctórum.

Había elegido este con cuidado. No solo por el valor de su colección —aunque era lo suficientemente impresionante como para justificar una cláusula adicional de seguro de seis cifras— sino por lo que esas piezas cuidadosamente seleccionadas decían sobre su propietario. Se podía saber mucho sobre alguien por lo que consideraba digno de preservar.

Las muñecas de Eleanor habían sido su familia sustituta. Cada rostro de porcelana era un sustituto del vacío que había dejado su difunto marido. Los insectos de Alfred eran su intento de imponer orden en un universo caótico, de fijar el significado como fijaba escarabajos. Quitaba la colección y ¿qué queda? Solo otro recipiente vacío, como Eleanor sin sus muñecas o Alfred sin sus insectos. Todos se habían construido alrededor de estas cosas preciosas, definiendo su valor por lo que poseían en lugar de por lo que eran.

Entendía esa necesidad. Ese hambre de poseer algo significativo. Pero los objetos físicos eran solo símbolos. La verdadera colección eran los propios coleccionistas.

Y la colección en esta casa hablaba de necesidades más profundas. De un hombre tratando de poseer pedazos de la divinidad misma.

La sala de la colección esperaba en el sótano detrás de una puerta que requería entrada tanto por llave como por teclado. Pero él también tenía esos códigos. Sorprendente lo que la gente escribiría en formularios oficiales si alguien preguntaba de la manera correcta.

Su ritmo cardíaco se aceleró mientras tecleaba la combinación. Como el momento antes de abrir un regalo perfectamente envuelto.

La cerradura se desactivó. Entró.

La luz de la luna captó pan de oro y madera antigua, iluminando tesoros que harían llorar a los conservadores de museos. Este lugar era un verdadero tesoro de urraca, con un valor acumulado de diez millones de euros. Si este coleccionista tuviera algo de sentido común, habría vendido todo y se habría jubilado en el momento en que su colección superó la marca de siete cifras.

Pero esa era la cosa con esta gente. El valor de sus colecciones era todo su ser. Para ellos, era una especie de juego. Acumular estos artículos caros, y el valor al morir era lo que valía tu vida. Y eso era lo que él estaba tan desesperado por entender.

Se acomodó en las sombras para esperar, rodeado de tesoros que pronto perderían a su dueño. En una hora, alguien que había pasado su vida coleccionando piezas de lo divino estaba a punto de tener un encuentro muy personal con su creador.

Algunas personas llenaban sus vidas de cosas hermosas. Él prefería coleccionar a las personas que coleccionaban cosas hermosas. Al final, todo se reducía al valor —no del tipo que se podía calcular en una hoja de cálculo, sino del tipo que transformaba lo mundano en algo extraordinario—.

Así que se puso la siguiente máscara y esperó.

CAPÍTULO VEINTE

Los números no mentían, pero Internet sí que podía hacerlo. Ella miraba fijamente la pantalla de su portátil y luchaba contra el impulso de atravesarla con el puño. El Curated Value Group existía en ese espacio sombrío entre negocio legítimo y fantasma digital: sin página web, sin presencia en redes sociales, ni un solo nombre o foto que demostrara que había personas reales dirigiendo esto. Solo un apartado de correos y un número de teléfono que no dejaba de saltar al buzón de voz.

Ella siguió indagando; rastreó publicaciones comerciales, foros de coleccionistas, callejones digitales donde se cerraban tratos. El CVG dejaba rastros allí, por tenues que fueran: un stand en una feria de antigüedades en Baltimore hacía tres años, un anuncio por palabras en alguna revista especializada para acaparadores adinerados. Un artículo mencionaba la participación de la empresa en el ahora desaparecido Museo de Historia Médica de St. Andrews. Al parecer, la empresa de Blackburn iba a catalogar y subastar toda la macabra colección del museo, pero el acuerdo se vino abajo hace años debido a complicadas batallas legales sobre la procedencia y los derechos de propiedad.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Luca desde el otro lado del escritorio.

Ella se frotó las sienes.

—No mucho. El registro estatal muestra que son legales, constituidos hace cinco años a nombre de Vanessa Blackburn. Antigua comerciante de antigüedades reconvertida en tasadora profesional. Hay una breve mención de su participación en el fiasco de St. Andrews, pero sin detalles sobre lo que salió mal. Más allá de eso, silencio absoluto. Incluso la dirección de la empresa está registrada en Maryland.

—¿Cómo puede una empresa que maneja millones en coleccionables raros mantenerse tan por debajo del radar?

—De la misma forma que lo hacen los marchantes de arte de alto nivel. Cuando tus clientes se gastan una fortuna en obsesiones que prefieren mantener en secreto, la discreción se convierte en tu marca.

La mente de Ella volvió a engancharse con el artículo del museo. ¿Qué tipo de "problemas legales" podían hacer descarrilar la subasta de una colección de historia médica? ¿Y por qué se involucraría una empresa como CVG en primer lugar?

Cogió su teléfono y volvió a intentar llamar al número. Lo puso en altavoz.

Un tono. Dos tonos.

—Venga. Que alguien conteste.

—Quizás hayan cerrado por las vacaciones —dijo Luca.

—Solo estamos en la primera semana de diciembre.

—No todo el mundo tiene nuestra ética de trabajo.

Entonces, el tono de marcación se detuvo durante un segundo antes de reanudarse con una cadencia diferente.

Más tonos. Luca arqueó una ceja. Ella le hizo un gesto con la mano de que esperara.

Clic. Un ser humano en directo. Mujer.

—Curated Value Group, ¿con quién desea hablar?

Por fin. Ella agitó su placa hacia el teléfono como si la mujer pudiera verla.

—Agente especial Dark, FBI. Necesito hablar con Vanessa Blackburn.

Crujido de papeles.

—¿Tiene cita?

—Aún no —mantuvo un tono justo por debajo de amistoso—. La señorita Blackburn y yo necesitamos hablar inmediatamente.

—Lo siento, pero la señorita Blackburn está ocupada —la recepcionista tenía un tono como de helado agrio. Ella apostaría su pensión a que esta mujer se limaba las uñas hasta convertirlas en puntas—. Si quiere concertar una cita...

—Pues desocúpela. Dígale que cancele el resto de su día mientras está en ello.

Un silencio punzante crepitó en la línea. Ella lo dejó alargarse; le dio tiempo a la recepcionista para que imaginara a la caballería a punto de pisotear su agenda. A veces la imaginación hacía el trabajo pesado.

Finalmente, un suspiro tenso, el equivalente verbal de agarrarse las perlas.

—Un momento, por favor.

Una musiquilla goteó por el altavoz. En algún lugar de esa oficina había archivos sobre Eleanor Calloway y Alfred Finch. En algún lugar de esos registros, su asesino había encontrado a sus víctimas.

Luca se sentó en el borde del escritorio, observándola con esa media sonrisa que decía que sabía exactamente qué botones estaba pulsando. Ella tapó el micrófono.

Luca dijo:

—Al menos sabemos que Vanessa está en la oficina.

—Se cazan más moscas con vinagre que con miel.

—Amén —levantó el puño para chocarlo justo cuando la línea hizo clic.

La línea hizo clic.

—La señorita Blackburn puede recibirla a las once.

—Estupendo —Ella miró su reloj: las 10:15—. ¿Cuál es vuestra dirección?

—1542 Avenida Newbridge. Estamos en el segundo piso.

—Estaremos allí en quince minutos —colgó antes de que la recepcionista pudiera articular un adiós cortante. Luca ya estaba cogiendo su abrigo, leyendo su ímpetu como siempre.

—Bien hecho —dijo.

—Vamos, Hawkins. Es hora de ver cómo vive la otra mitad.

—¿La mitad coleccionista o la mitad tasadora?

—Cualquiera de las dos me vale —recogió las llaves y las placas con una mano y su móvil con la otra. Unos pocos deslizamientos sacaron un mapa: el escondite del CVG estaba enclavado en una esquina del distrito histórico, donde el dinero se hacía viejo y construía mansiones a juego—. Veamos qué tiene que decir de sí misma una tasadora de antigüedades con una presencia web tan escurridiza.

Se dirigieron al coche bajo un cielo que amenazaba con más lluvia. A Ella se le revolvía el estómago con esa tensión familiar: el momento previo a que las piezas empezaran a encajar o todo se fuera al traste. A veces ocurrían ambas cosas.

De un modo u otro, alguien iba a empezar a hablar. Y Ella tenía la corazonada de que Vanessa Blackburn sabía algo sobre por qué los coleccionistas de Chesapeake se estaban uniendo de repente a sus propias colecciones.

CAPÍTULO VEINTIUNO

La sede del Grupo Curated Value le recordaba a Ella esas tiendas de sexo discretas que solía ver en Abingdon. Su entrada era una puerta negra encajada entre una cafetería y un bufete de abogados, con un número de latón que se había oxidado hasta adquirir el color de un moratón viejo. Sin letrero. Sin escaparate de objetos preciosos.

—¿Es aquí? —preguntó Luca. Cojeó hasta una papelera y tiró su vaso de café.

—¿Estás bien, Hawkins? Pensaba que era yo la que tenía dolor de piernas.

—Peor. Necesito mear urgentemente.

—Joder. ¿Ahora?

—La vejiga no espera a nadie.

Ella le lanzó una mirada fulminante. A veces olvidaba que Luca era humano, con todos los imperativos biológicos inconvenientes que eso conllevaba.

—Intenta mantener algo de dignidad hasta que estemos dentro. Seguro que te dejarán usar el baño si lo pides amablemente.

Él se movía de un pie a otro, haciendo el baile universal de los sobrehidratados.

—Vale. Hagamos esto rápido.

—Mantén los ojos abiertos. Puede que Vanessa no sea nuestra asesina, pero alguien más aquí podría serlo.

La puerta se abrió a un pasillo estrecho que olía a abrillantador de muebles. En el rellano del segundo piso, otra puerta discreta les daba la bienvenida. Ella golpeó con los nudillos el cristal esmerilado, donde las letras CVG estaban grabadas en una tipografía sans-serif

cuadrada. Una voz femenina les invitó a pasar y entraron en una zona de recepción que encajaba con el exterior discreto del edificio. Nada de suelos de mármol ni lámparas de cristal, solo muebles sencillos y paredes forradas de certificados de conservación. La mujer tras el mostrador tenía el porte particular de alguien que se ganaba la vida custodiando puertas.

—Agentes Dark y Hawkins —dijo Ella mostrando sus credenciales—. Tenemos cita a las once con Vanessa Blackburn.

La mirada de la recepcionista se desvió hacia el arma en la cadera de Ella.

—Habéis llegado pronto.

—Mejor que tarde.

Se produjo un duelo de miradas. La recepcionista perdió, probablemente porque el movimiento cada vez más desesperado de las piernas de Luca era demasiado distractor como para mantener un contacto visual adecuado.

—Un momento —Pulsó el botón del intercomunicador—. ¿Señorita Blackburn? Los agentes del FBI están aquí.

—Hazles pasar.

La recepcionista retrocedió y les guio por un pasillo decorado con certificados y bodegones. Ella tomó nota del personal mínimo: algunas puertas estaban entreabiertas, mostrando oficinas vacías y pantallas de ordenador apagadas. Dondequiera que estuvieran los empleados de Vanessa Blackburn, no era aquí.

La última puerta de la oficina se abrió antes de que Ella y Luca llegaran. Vanessa Blackburn estaba en el umbral como una reina en su corte. La mujer tenía el pelo negro con un mechón gris a un lado, y debía medir un metro ochenta y cinco con aquellas botas marrones de tacón. Llevaba un vestido negro ajustado y suficientes joyas como para hundir un barco.

—Agentes —Vanessa les tendió la mano a ambos—. Por favor, pasad. He traído unas sillas para vosotros.

Les condujo a su despacho y tomó asiento tras un pequeño escritorio de caoba. Luca se acomodó en una de las sillas de madera frente a ella, pero Ella se tomó un momento para catalogar la habitación. El lugar recordaba extrañamente a la sala de colección de Eleanor Calloway, pero en lugar de muñecas, aquí había lo que Ella solo podía calificar como curiosidades macabras.

Una cabeza reducida sonreía desde una vitrina forrada de terciopelo. Instrumentos médicos victorianos brillaban bajo el cristal. Un cráneo humano, amarillento por el paso del tiempo, lucía una etiqueta de precio como si fuera un gorro de fiesta.

—No dejéis que mis artículos os distraigan —rio Vanessa.

Ella se sintió atraída por una imagen familiar en la pared. Un cuadro. Colores de circo crudos y técnica infantil, firmado con unas iniciales que le hicieron contraer el estómago: J.W.G. Arte de prisión de John Wayne Gacy, expuesto como un trofeo entre títulos y certificados.

—¿Tienes un cuadro de Pogo el Payaso?

—Sí, lo tengo. Cuando te pasas la vida validando los tesoros de otras personas, desarrollas tus propios gustos particulares.

—Ya lo creo —Ella recorrió el resto de la habitación con la mirada y, afortunadamente, el arte de prisión terminaba con los terribles dibujos de Gacy. Pero sí que se fijó en algo más que hizo que su ritmo cardíaco se duplicara.

Sobre una vitrina había una ardilla disecada, pero incorrecta en muchos aspectos. De su espalda brotaban alas de murciélago, y clavos oxidados rodeaban su cabeza como una corona de espinas.

Ella lo había visto antes. En un sótano de Louisiana.

—¿Es esa una de las piezas de Austin Creed?

Las cejas de Vanessa se alzaron.

—Ciertamente lo es. ¿Estás familiarizada con él?

Su memoria volvió a aquel día de hace casi dos años. Animales vivos en jaulas. El olor a formaldehído. Criaturas que habían sido

frankensteinizadas sin más razón que la diversión de Creed. Luca le lanzó una mirada de reojo, pero tuvo el buen juicio de permanecer callado.

—Desgraciadamente, sí lo estoy.

—Fascinante pieza, esa ardilla. El matrimonio entre la inocencia y la corrupción.

Luca soltó una risita.

—¿Inocencia y corrupción? Es una ardilla con clavos en la cabeza.

Vanessa le fulminó con la mirada. Ella pudo sentir cómo cambiaba el ambiente, así que se apresuró a volver al tema, aunque los ojos muertos de la ardilla parecían seguirla mientras se sentaba.

—Señorita Blackburn. ¿Sabe por qué estamos aquí?

—No. Por favor, díganmelo.

—Porque dos personas están muertas. Dos personas que tenían relación con su empresa de tasación.

La reacción de Vanessa cumplió con todos los requisitos de la lista mental de Ella sobre una sorpresa genuina. Sus pupilas se dilataron. No cruzó los brazos ni las piernas, no adoptó una postura defensiva. Se inclinó ligeramente hacia delante con las manos abiertas sobre el escritorio. Mantuvo el contacto visual sin ese leve retraso que suele indicar que alguien está inventando mentiras sobre la marcha.

—Sí, me he enterado de lo de la señorita Calloway. Salió en las noticias. Lo lamento muchísimo.

—¿La conocía?

—Sí, la conocía. ¿Puedo preguntar quién más ha fallecido?

—El señor Alfred Finch. Creo que usted tasó su colección.

—Dios mío —Vanessa se llevó la mano a la garganta—. ¿Habla en serio? ¿Cómo ha ocurrido?

—Homicidio —dijo Luca. Seguía moviéndose inquieto, como si necesitara ir al servicio, pero desde una posición sentada—. Ambos en los últimos días.

—Esto es... un shock tremendo, estoy segura de que lo entienden.

La conmoción de Vanessa se manifestaba de formas que incluso los mentirosos más hábiles tendrían dificultades para fingir. Por lo que a Ella respectaba, esta era la primera vez que Vanessa oía hablar de la muerte de Alfred.

—¿Cuándo los vio por última vez?

—¿A Eleanor? El mes pasado. Yo misma tasé su colección de muñecas.

—Ella ingresó 5.000 euros directamente en su cuenta bancaria. ¿Por qué le pagó a usted y no a la cuenta de la empresa?

—Por razones puramente técnicas. Cambiamos de sistema bancario recientemente y estuvieron inactivos durante tres días. Durante ese tiempo, todos los pagos se hicieron a mi cuenta personal, que luego transferí.

Ella la creyó. Sería fácil verificar sus afirmaciones.

—A Alfred, en cambio, nunca lo conocí —continuó Vanessa—. Creo que hablé con él por teléfono, pero uno de mis compañeros se encargó de su papeleo.

Luca se removió en su asiento.

—¿Alguno de ellos mencionó alguna preocupación? ¿Contactos inusuales, llamadas extrañas?

—No, que yo recuerde. Ambos eran... —Vanessa se interrumpió y miró fijamente a la ardilla demencial en la estantería—. Eran coleccionistas apasionados. De esos que viven por sus colecciones.

—Creemos que el asesino pudo haber tenido acceso a información sobre sus colecciones. Posiblemente a través de los registros de su empresa.

El color desapareció del rostro de Vanessa por etapas, como acuarela diluyéndose en el papel.

—Eso es imposible. La información de los clientes está estrictamente controlada. Mis trabajadores y clientes son todos...

—Necesitaremos sus nombres —interrumpió Ella, pero Vanessa ya estaba negando con la cabeza.

—No puedo simplemente entregar los expedientes del personal. Hay cuestiones de privacidad, obligaciones contractuales. Algunos de mis trabajadores han tenido acosadores en el pasado, es un riesgo laboral en este negocio. Otros tienen acuerdos de confidencialidad específicos que...

—Señorita Blackburn —Ella se inclinó hacia delante e intentó ignorar cómo la ardilla-Jesús de Austin Creed parecía observar desde su percha—. Dos personas están muertas. Asesinadas de formas que requerían un conocimiento íntimo de sus colecciones. Alguien en su entorno tiene ese conocimiento.

—Lo entiendo, pero si se corriera la voz de que el FBI está investigando a mi personal, ¿sabe lo que eso...?

—Sus empleados podrían ser objetivos ellos mismos. O sospechosos. Y hay muchas posibilidades de que otro coleccionista de su base de datos sea el siguiente.

Los dedos de Vanessa se entrelazaron con fuerza.

—Consigan una orden judicial. Proporcionaré todo lo que necesiten, pero tengo que proteger la privacidad de mi gente.

—Eso lleva un tiempo que no tenemos —Ella luchó por mantener la frustración fuera de su voz—. El asesino está yendo a más. No va a esperar al papeleo. Podría haber otro asesinato esta noche. Necesitamos actuar ahora mismo.

Luca finalmente se rindió.

—Vanessa, ¿puedo usar su baño? Me estoy muriendo aquí.

—Por supuesto —Vanessa señaló hacia la puerta—. Dos puertas más allá.

Salió disparado como si sus zapatos estuvieran en llamas. Ella luchó contra el impulso de poner los ojos en blanco. Típico de Luca, quitarle todo el profesionalismo a la sala.

—Su personal —insistió Ella—. Necesitaremos entrevistarlos.

—Eso también es complicado —el tono de Vanessa se enfrió varios grados—. No todos los que trabajan para mí son empleados. Tengo contratistas. Evaluar colecciones no es un trabajo a tiempo completo, así que cuando llega una solicitud, la subcontrato a la persona más relevante de mi lista.

—¿Como quién?

—Historiadores de arte, arqueólogos, profesores. Un puñado de personas no va a conocer el valor de todo, así que tengo que encontrar gente con el conocimiento adecuado.

—Y si usted tasó la colección de Eleanor Calloway, ¿quién tasó la de Alfred Finch?

—No... puedo decirlo. ¿Cómo voy a explicarles que los delaté al FBI porque pensaban que podrían ser un asesino en serie? Esta industria ya está plagada de paranoia, y mis trabajadores no son diferentes.

Ella sabía reconocer un muro de ladrillos cuando lo veía. Vanessa estaba librando una batalla entre la obligación moral y el riesgo profesional, y parecía que la balanza se inclinaba a favor del dinero. Ella deseó estar sorprendida.

—Entonces dígame esto: ¿quién en esta empresa tiene acceso a los detalles de todos los coleccionistas? Porque esa es la persona que estamos buscando.

Vanessa se levantó de golpe y se acercó a la ventana. Fuera, el casco antiguo de Chesapeake se extendía en todo su esplendor de ladrillo anaranjado. Su mirada se desvió hacia el bicho-ardilla y luego volvió a Ella.

—Reconociste al instante la taxidermia de Creed. ¿Por qué?

La pregunta la pilló por sorpresa.

—Una corazonada —dijo Ella.

—No me lo trago.

—Y yo no me trago tus motivos para ocultar los nombres de tus empleados. ¿Qué está pasando aquí realmente?

Vanessa se giró despacio hacia Ella.

—No pasa nada. Simplemente somos un negocio muy especializado y no puedo permitirme perder a nadie.

—¿En serio? Porque para ser una empresa que apenas existe en Internet, parece que os va bastante bien. Joder, lo único que pude encontrar sobre vosotros fue algo sobre un museo incendiado.

—Ah, sí —el labio de Vanessa se curvó ligeramente—. Mi ballena blanca. Tres años de negociación, para que todo se fuera al garete por disputas de propiedad. Típico.

Ella notó un ligero cambio, como si esto fuera algo de lo que Vanessa quisiera hablar. Si conseguía que se soltara, quizás se abriría.

—¿Qué tipo de disputas de propiedad?

—El lío de siempre con los especímenes antiguos. Cuestiones de consentimiento, documentación adecuada, preocupaciones éticas sobre la exhibición y venta —hizo un gesto despectivo con la mano—. La política académica en su máxima expresión, sobre todo porque queríamos el museo en sí además de los especímenes que contenía.

—¿Te refieres al edificio? ¿Por qué?

—Tener un espacio para exponer cosas al público tiene sus... ventajas. Seguro que lo entiendes.

Ella supuso que tenía que leer entre líneas, pero seguía sin pillarlo.

—¿Pero nunca llegasteis a acceder a la colección?

—No pasamos de la fase de inventario preliminar. ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad profesional —no era del todo mentira. La idea de un museo lleno de los especímenes más raros del mundo en algún lugar ahí fuera le picaba el gusanillo—. Entonces, Vanessa, ¿qué tengo que hacer para conseguir los nombres de tus empleados? ¿O contratistas?

Vanessa se sentó de nuevo y suspiró.

—Mira, solo tengo dos empleados. Yo misma y esos dos somos las únicas personas que ven todo lo relacionado con cada transacción.

—¿Y sus nombres son?

—Consigue una orden judicial y te lo diré. No puedo vender a mis trabajadores.

—¿Incluso si uno de ellos es un asesino?

—¿Qué pruebas tienes? Nadie aquí es capaz de cometer un asesinato. ¿Quién dice que tu asesino no es otro coleccionista? ¿O alguien que simplemente conocía a Eleanor y Alfred?

—Muy bien —dijo Ella.

Se levantó de golpe. No había nada más que aprender aquí. Necesitaba conseguir una orden judicial y obtener los nombres de todos los que trabajaban en el Curated Value Group antes del anochecer, o podría haber otro cadáver en la lista.

Pero antes de irse, señaló de nuevo hacia la ardilla disecada de Austin Creed.

—Por curiosidad, ¿cuánto vale ese trasto?

—Los objetos de colección son algo curioso. La mayoría de la gente no lo aceptaría ni regalado, pero para el coleccionista adecuado... Cualquier cosa hasta 5.000 euros.

En otras circunstancias, Ella podría haberse reído. Le costaría pagar eso por un coche, y no digamos por un híbrido de ardilla y murciélago hecho por un asesino.

—Bueno, tal vez algún día encuentres a alguien lo bastante chalado como para comprarlo. Gracias por tu tiempo, será mejor que

vaya a buscar a mi compañero.

—Por supuesto. Te acompaño a la salida —dijo Vanessa.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Luca jamás había agradecido tanto ver un cuarto de baño en su vida. Ni siquiera los asuntos del FBI podían anular las necesidades biológicas, y ahora, mientras se lavaba las manos para el viaje de vuelta, su cerebro de detective parecía enfocarse. Era curioso cómo el alivio podía agudizar los sentidos, como salir a la superficie después de permanecer demasiado tiempo bajo el agua.

Salió del baño al pasillo y, aunque su excusa oficial para estar allí no había sido una mentira, también había servido como tapadera perfecta. En algún lugar del pasillo, Vanessa probablemente seguía levantando un muro que solo una orden oficial podría sortear. Al fin y al cabo, ni siquiera el FBI podía entrar en un edificio y llevarse lo que quisiera, a menos que tuvieran pruebas sólidas contra una persona de interés. Luca podía ver a la legua que Vanessa no iba a colaborar.

Así que ahora era el momento de dar un paseo creativo. El tipo de "giro equivocado" que a veces resolvía casos por completo.

El pasillo se extendía vacío en ambas direcciones cuando salió. No había cámaras en las esquinas, algo inusual para un negocio que manejaba artículos de alto valor. Solo esos certificados en las paredes, observándole con su autoridad de bordes dorados. Había cinco puertas en esta fila. La primera era el despacho de Vanessa Blackburn, la segunda un armario de mantenimiento a juzgar por las puertas estrechas, y la tercera era el baño.

Así que Luca se dirigió en la dirección opuesta para inspeccionar las otras dos.

El primer despacho que pasó era estándar. Un espacio reducido lleno de estanterías y poco más. Pilas de papeles se inclinaban como borrachos apoyándose unos en otros. Algunos objetos enmarcados

en las paredes, pero nada que le llamara la atención y gritara "mira más de cerca".

Luca pasó al siguiente despacho. Otra puerta, otra rendija lo suficientemente ancha para mirar a través. Se inclinó, listo para dar a esta habitación el mismo vistazo rápido, y se quedó paralizado como una rata que acaba de oír el chasquido de una trampa.

Su mano se congeló en el pomo de la puerta. Su corazón tropezó con su propio ritmo mientras contaba lo que colgaba en la pared más allá del cristal.

Porque mirándole fijamente desde la pared había una fila de rostros que no pertenecían a nada vivo.

Máscaras.

Cinco, seis, siete de ellas según su rápido recuento. Dos máscaras blancas lisas, un rostro de bufón, una máscara de tragedia con fosos negros por ojos, un demonio de aspecto japonés, algo tribal con plumas brotando de la cabeza, un rostro animalesco completo con astas.

El cuello de Luca desarrolló ese picor particular que significaba que estaba siendo observado. Un rápido escaneo no reveló ojos indiscretos, ni reales ni digitales. Aunque quizás la verdadera seguridad era simplemente lo aburrido que parecía todo desde fuera.

El pomo de la puerta giró sin resistencia. No lo hagas, susurró la voz de la razón, la que rellenaba el papeleo adecuado y pedía refuerzos. Pero esa voz siempre perdía ante la otra, la que le había convertido en un detective que valía la pena, la que sabía que a veces había que salirse de las líneas para ver el cuadro completo.

El despacho le golpeó con un cóctel de olores: cuero que nunca había visto una vaca, papel que predata sus 30 años, y algo químico que le recordaba a aquel trabajo de verano en el depósito de cadáveres. El tipo de olor que significaba que algo natural había sido forzado a volverse antinatural.

Su teléfono salió en piloto automático, porque la evidencia era evidencia incluso cuando la obtenías de forma indirecta. Luca miró

por encima del hombro de nuevo y encontró que el camino seguía despejado, así que comenzó a tomar fotos de las máscaras desde todos los ángulos. Le observaban trabajar, ninguna igual a la otra, pero cada una irradiaba la misma energía inquietante. Luca las documentó en alta resolución e intentó mantenerse centrado, pero su mente saltaba a posibilidades más oscuras.

Porque, ¿quién necesitaba tantas caras a menos que la suya propia no fuera suficiente?

El despacho en sí mismo parecía normal: escritorio, silla, archivador. Pero el diablo estaba en los detalles. Archivos perfectamente apilados. Libros de referencia ordenados por altura. Todo posicionado con precisión, como objetos en una vitrina de museo. El tipo de espacio que pertenecía a alguien que necesitaba controlar su entorno hasta el milímetro.

Luca se acercó al escritorio, intentó abrir el cajón superior. Cerrado. Lo mismo con el del medio. El cajón inferior también opuso resistencia: un buen mecanismo por lo que se notaba. No el tipo de cerradura que encontrarías en una papelería cualquiera.

Menos mal que Ella le había enseñado aquel truco con la cuerda de guitarra.

La cuerda Mi aguda que colgaba de su llavero había abierto más puertas de las que le gustaba contar. Un recuerdo de sus días en la banda universitaria reconvertido en llave maestra. Ella lo llamaba "cerrajería agresiva", su forma de justificar las cosas técnicamente no legales que a veces tenían que hacer para atrapar asesinos.

La ganzúa se deslizó en la cerradura con un susurro de acero sobre latón. Luca la manipuló con el toque delicado de un ladrón de cajas fuertes, buscando ese punto dulce donde la mecánica se rendía a la paciencia. Tres segundos después, la cerradura cedió con un clic. Luca casi podía oír la voz de Ella: —No es allanamiento si estás evitando un asesinato—. Su particular forma de flexibilidad moral se le había pegado en los últimos meses. Con suerte, el fin justificaría los medios, y si no, estarían metidos en un buen lío con los peces gordos de la central.

A Luca se le cortó la respiración mientras abría el cajón con cuidado. Reveló tesoros que no tenían nada que hacer allí.

Un anillo de boda, tan nuevo que el oro no había perdido su brillo. Una fila de relojes de plata, un montón de collares, pulseras, broches, rosarios, una caja de música, medallas militares, algunas pequeñas figuritas.

¿Qué demonios era esto?

¿Coleccionables donados al dueño de esta oficina? ¿Las posesiones de personas fallecidas?

No, porque nada de esto parecía mercancía legítima. No eran el tipo de objetos que encontrarías en catálogos de subastas o ventas de patrimonio. Eran efectos personales, piezas íntimas de vidas interrumpidas. El tipo de cosas con las que la gente es enterrada, o que se pasan de generación en generación hasta que alguna tragedia rompe la cadena.

Luca sacó fotos de todo lo que había en el cajón antes de que el sonido de pasos fuera le sobresaltara con una ráfaga de pánico. Las opciones pasaron por su mente a toda velocidad. ¿Salir del paso con una historia sobre haberse perdido buscando el baño? ¿Decir que había entrado en el despacho equivocado?

Al final, el instinto se impuso al pensamiento racional. Se lanzó hacia el hueco para las piernas del enorme escritorio y dobló su cuerpo larguirucho en un espacio pensado para piernas, no para un agente del FBI de más de metro ochenta.

Una sombra se extendió por el umbral, luego se detuvo, y Luca de repente agradeció no haber heredado la complexión de defensa de su padre. Contuvo la respiración hasta que le ardieron los pulmones, agudamente consciente de lo difícil que sería explicar por qué un agente del FBI estaba jugando a ser ladrón en un despacho privado.

Quienquiera que estuviera ahí fuera se estaba tomando su tiempo. Probablemente la recepcionista, haciendo su ronda como un

perro guardián marcando territorio. El tipo de empleada que adoraría pillar a un agente federal donde no debería estar.

Diez segundos. Veinte segundos. Entonces los pasos se desvanecieron.

Luca esperó hasta que el sonido murió por completo antes de desenroscarse de su escondite. Salió de su cobertura con las manos firmes a pesar de la adrenalina, porque eso es lo que requería el trabajo: aplomo bajo presión, incluso cuando técnicamente estabas cometiendo un delito para resolver otro. Escaneó la superficie del escritorio con nueva urgencia, porque necesitaba salir de allí antes de que Vanessa se diera cuenta de que había estado ausente durante cinco minutos.

Pero la pregunta permanecía: ¿a quién pertenecía este despacho?

La superficie del escritorio llamó su atención, algo que había pasado por alto en su prisa por revisar los cajones. Era un estudio de precisión: todo alineado en ángulos rectos, cada objeto colocado con cuidado obsesivo. Una carpeta de cuero, caras plumas estilográficas ordenadas por tamaño, un portatarjetas de visita colocado exactamente paralelo al borde del escritorio.

Bingo.

Las tarjetas eran de papel grueso, con tinta negra en relieve sobre papel crema como cicatrices frescas.

GABRIEL THORNE.

Especialista Senior en Adquisiciones.

Grupo Curated Value.

—Gabriel Thorne —dijo Luca.

No había oído ese nombre antes, y antes de que pudiera pensar demasiado en ello, escuchó el sonido de una puerta abriéndose en algún lugar del pasillo.

Mierda. La entrevista estaba terminando. Luca se guardó la tarjeta de visita en el bolsillo, echó un último vistazo alrededor,

memorizó los detalles, y luego se apresuró hacia la salida. La abrió con cuidado, miró afuera y encontró el pasillo vacío en ambas direcciones. Luca salió y cerró la puerta con el tipo de cuidado que normalmente se reserva para desactivar bombas, y tres largos pasos después estaba de vuelta en la puerta del baño.

Salió justo cuando Ella y Vanessa doblaban la esquina, intentando parecer un hombre que había pasado demasiado tiempo lidiando con una llamada de la naturaleza en lugar de uno que acababa de realizar un allanamiento improvisado.

—¿Todo bien? —La sonrisa de Vanessa era pura tensión superficial, como si pudiera oler la culpa en él—. Has tardado bastante.

Si Luca había aprendido algo sobre el sexo opuesto durante sus años, era que nunca querían saber lo que hacías en el baño. Luca se secó la frente y dijo:

—Café y alubias a fuego lento. No es una buena combinación.

Ella arrugó la cara, como si su mentira no hubiera cuajado del todo. Vanessa miró su reloj.

—¿Alubias a fuego lento? Apenas es mediodía.

—Oye, soy de Massachusetts. Comería alubias de Boston tres veces al día si pudiera, pero... la palmaría —Su mano encontró el brazo de Ella en un gesto que pretendía parecer casual, pero que llevaba una carga de urgencia que ella reconocería. Habían desarrollado un lenguaje de señas en los últimos meses. Un apretón significaba sígueme la corriente. Un tirón significaba tenemos que hablar, y esta era definitivamente una situación de tirón.

—Bueno, espero que hayas encontrado todo a tu gusto.

—Por supuesto. Aunque podrías considerar poner algo de lectura ahí dentro. Quizás un sudoku.

Ella le lanzó una mirada que prometía un interrogatorio completo más tarde, pero siguió el juego con un leve asentimiento.

—Gracias, Vanessa, nos pondremos en contacto contigo pronto —dijo.

Luca la arrastró por el pasillo, pasando junto a la recepcionista y saliendo al exterior en un santiamén. El móvil de Luca le quemaba en el bolsillo mientras el viento de diciembre les azotaba el rostro, sonrojándolo. Prácticamente empujó a Ella al asiento del copiloto, su necesidad de compartir lo que había encontrado anulando sus acuerdos habituales de conducción.

—Una completa pérdida de tiempo —comenzó Ella mientras él se sentaba tras el volante—. Vanessa no va a soltar esos registros de empleados sin...

—Ella —la interrumpió a mitad de frase, ya sacando su ardiente hallazgo—. Olvídate de Vanessa. Mira esto.

Le entregó el móvil y la tarjeta de visita como piezas de un puzle que no sabían que estaban resolviendo. Observó cómo se abrían los ojos de ella al ver las máscaras, el despacho meticulosamente ordenado, el cajón lleno de objetos personales que no tenían por qué estar allí.

El nombre Gabriel Thorne les miraba fijamente desde una cartulina color crema mientras que, en algún lugar de Chesapeake, un coleccionista de coleccionistas probablemente estaba eligiendo su próxima cara para ponerse.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Joseph Carpenter ostentaba varios títulos. Reverendo. Su Excelencia. Magnate inmobiliario. Pero el que siempre le hacía sonreír —aunque el orgullo fuera técnicamente un pecado— era el de Hombre Más Rico de Chesapeake.

No es que lo pregonara. Para sus feligreses, era simplemente el Padre Joe, el amable sacerdote que daba sermones breves y recordaba el nombre de todos. La congregación nunca cuestionaba por qué su humilde siervo de Dios conducía un Mercedes Clase S, o cómo podía permitirse la casa victoriana de tres plantas con un césped impecable y canalones de cobre. La fe tenía una curiosa manera de hacer que la gente pasara por alto lo evidente.

La misa de la mañana había ido bien. Veintitrés asistentes, no estaba mal para un martes. Pero ahora tenía seis horas libres antes de volver y repetirlo todo. Veinte años en el sacerdocio, y nunca se había vuelto más fácil. Si sabías manejar a la gente, lo tenías hecho.

Joseph cruzó la calle desde San Miguel hasta su mansión victoriana y admiró el seto ornamental. El jardinero lo había recortado en forma de cruces perfectas, porque la sutileza murió más o menos cuando Jesús consiguió sus propios parques temáticos. El viento de diciembre hacía crujir las hojas muertas en el porche que rodeaba la casa, donde supuestamente la esposa del constructor original se había ahorcado en 1892. Joseph había considerado exorcizar la propiedad cuando la compró, pero al final decidió que una buena historia de fantasmas le daba carácter.

El camino a casa era corto pero agradable, justo la distancia suficiente para despojarse de su personaje pastoral y recordar quién era realmente.

Era asombroso lo lejos que había llegado desde aquella oficina estrecha en el 82, cuando lo apostó todo al nuevo amor de América

por los vehículos recreativos. Mientras otros inversores perseguían sueños de semiconductores, Joseph había visto el futuro en las autocaravanas. Había comprado el control de una empresa de autocaravanas en quiebra por dieciséis céntimos por dólar. Todos decían que estaba loco. Las autocaravanas eran dinosaurios, decían. Los precios de la gasolina matarían la industria. Nadie quería ir de vacaciones en una lata rodante.

Pero las autocaravanas significaban libertad, y la libertad se vendía mejor que el sexo. Su inversión inicial de 10.000 dólares se había multiplicado hasta llegar a millones cuando los Baby Boomers descubrieron la alegría de jubilarse sobre ruedas. En el 86, Joseph tenía un imperio construido sobre ruedas. En el 88, era dueño del mayor concesionario de autocaravanas de la costa este.

Joseph abrió la puerta de su casa mientras recordaba aquellos días vertiginosos. Las fábricas en Michigan y Texas. Los concesionarios que se extendieron por el Cinturón del Sol.

El verdadero golpe de genio había sido invertir todo ese dinero en inmuebles comerciales cuando el mercado tocó fondo a principios de los noventa. Ahora, la mitad de los centros comerciales de Chesapeake pagaban alquiler a empresas que, al final, pertenecían a Joseph Carpenter. Tres hoteles Marriott, seis complejos de apartamentos en el distrito histórico, ese nuevo centro médico en Watson Boulevard que cobraba 30 dólares solo por aparcar... todo era suyo. El Centro Comercial Harbor View le proporcionaba seis cifras al mes. Los dólares se acumulaban más rápido de lo que podía contarlos.

Pero en algún momento entre la séptima y la octava cifra de su patrimonio neto, Joseph había descubierto que el dinero no podía llenar el vacío con forma de Dios en su alma.

Entró en el vestíbulo y recordó el día en que todo cambió. Estaba vaciando un trastero embargado —lote 23B, inquilino fallecido, familiares desconocidos—. Era solo otra desgravación fiscal hasta que Joseph desenvolvió aquellos periódicos y encontró la salvación sellada en bronce y plata.

Artesanía anterior a la Reforma, había dicho el tasador. Un relicario francés del siglo XIV, cuya documentación de procedencia afirmaba que contenía una astilla de la Vera Cruz.

Al principio, estuvo a punto de tirarlo al contenedor con el resto de la basura, pero la pieza le habló. No con palabras —no estaba tan loco, al menos no todavía—, sino en la forma en que llenaba un vacío que no sabía que existía. Como encontrar una pieza de puzle que no te dabas cuenta de que faltaba. La paz que sobrepasa todo entendimiento, como decía el Buen Libro.

Joseph se sorprendía a sí mismo mirando fijamente la cruz, sintiendo una paz que no podía explicar. Empezó a leer sobre su historia, su procedencia. Se encontró hambriento de más piezas como esa. La colección empezó lentamente. Un relicario aquí, un manuscrito medieval allá. Cada nueva adquisición rascaba un picor que no sabía que tenía.

Su primera compra importante había sido un libro de oraciones del siglo XIII. Luego vino el icono de San Nicolás, rescatado de un monasterio en Grecia justo antes de que los comunistas lo quemaran. Una campana de capilla de Santiago de Compostela. Cuanto más aprendía, más necesitaba poseer. La afición se transformó en obsesión, y luego trascendió en algo que se acercaba a la fe verdadera. Ahora su colección rivalizaba con las posesiones privadas del Vaticano: artefactos religiosos que abarcaban dos milenios de creencia, duda y la delgada línea entre los milagros y la locura.

Y la joya de la corona de la colección de Joseph le había costado casi dos millones de dólares. Un crucifijo del siglo XV que contenía lo que tres laboratorios independientes de datación por carbono habían confirmado como hueso humano de la Jerusalén del siglo I. El Museo Británico había ofrecido ocho cifras. El Vaticano había enviado emisarios. Joseph les había dicho a todos lo mismo: algunas cosas no estaban en venta a ningún precio.

A veces por la noche, bajaba allí solo para contemplarlos. Para sentir esa energía sobrenatural que irradiaba desde detrás del cristal

blindado. Esos objetos preciosos habían salvado su alma, le habían dado un propósito más allá de la mera acumulación de riqueza. Le habían llevado a tomar sus votos, a servir a Dios de formas que su yo más joven jamás habría imaginado.

En el vestíbulo, un calor repentino le envolvió. El lugar estaba al menos tres grados más caliente de lo que debería estar. Como si quedara el calor corporal de alguien. Su sistema de seguridad mostraba que todo estaba en orden, y era de última generación, porque la fe en Dios no excluía la fe en sensores de movimiento y sistemas de alarma redundantes. Había aprendido esa lección después del intento de robo en el 19, cuando un drogadicto intentó acceder a su cámara acorazada. El pobre diablo había activado el sistema de gas nervioso. El informe policial lo clasificó como causas naturales porque a veces Dios actuaba de formas misteriosas a través de contratistas de seguridad privada.

Entonces, un golpe desde abajo. El sótano.

La sala de la colección.

Joseph lo ignoró. Probablemente era su imaginación. Nunca había tenido hijos, a pesar de las numerosas ofertas de algunas cazafortunas poco deseables por aquí, así que siempre había considerado su colección como su único bebé. Y como con los niños, esa nota de ansiedad parental a menudo conjuraba los peores escenarios en su cabeza, incluidos golpes fantasma.

Pero la realidad y la paranoia eran dos bestias diferentes, y Joseph no tenía tiempo para detenerse en nada que no fuera real. Tenía cinco horas libres antes de tener que volver a la iglesia, y con suerte, podría encajar una cena y una siesta en ese tiempo.

Así que Joseph se dirigió a la cocina con un sándwich de gambas en mente.

Acababa de cruzar el umbral cuando volvió a escuchar el ruido.

Más fuerte esta vez. Un roce de algo contra el hormigón.

—Solo son las tuberías —dijo a su reflejo en la ventana de la cocina. Pero las palabras sonaban huecas, como oraciones

murmuradas por un hombre que había dejado de creer pero no podía dejar de ir a través de los movimientos.

Golpe. Roce. Golpe.

—¿Qué demonios?

Probablemente sean ratas otra vez, se tranquilizó Joseph. Incluso las mejores casas victorianas sufrían ocasionalmente plagas, especialmente en los meses más fríos. El exterminador había puesto suficiente veneno el mes pasado como para calificar como crimen de guerra, pero algunas de las criaturas de Dios resultaban ser más resistentes que otras.

Tenía que tranquilizarse.

Joseph volvió a atravesar el salón y agarró la escoba que guardaba junto a la puerta del sótano. No había necesidad de llamar al control de plagas cuando un buen barrido solía hacer el truco.

La escoba se sentía ridícula en sus manos. Era un arma de campesino en una casa llena de huesos de santos y madera sagrada. Pero algo en su instinto le dijo a Joseph que no bajara al sótano desarmado.

El teclado del sótano brillaba en azul. Joseph marcó el código: el año de nacimiento de su madre seguido del código postal de su primer concesionario de autocaravanas. Una combinación de lo sagrado y lo profano, como todo lo demás en su vida. La cerradura emitió un pitido de aceptación, y Joseph dio el primer paso hacia abajo.

Era un poco sofocante aquí abajo. No se podía ventilar un sótano, no sin puertas o ventanas adicionales. Pero con este tipo de reliquias, Joseph mantenía este lugar hermético. La única entrada era a través de la puerta de seguridad.

Trece escalones hacia abajo. Uno por cada apóstol, contando a Matías después de que Judas se jubilara anticipadamente. Joseph siempre había apreciado esa simetría, incluso había restaurado las escaleras para mantener ese número exacto. Su corazón parecía estar atascado en su garganta. Había dejado las pastillas hace años,

pero lo que no daría por un Valium para calmar los nervios ahora mismo. Deseaba tener aún el sistema de gas nervioso en funcionamiento, pero se había visto obligado a quitarlo después del accidente de hace unos años. Era su pequeño quid pro quo con la policía para mantenerse fuera de la cárcel.

Contrólate, hombre. Solo son un par de ratas.

En realidad, Joseph las odiaba. No se atrevía a atraparlas y liberarlas fuera, y la idea de matarlas a escobazos le revolvía el estómago. Pero aun así, la muerte era más fácil, y Joseph siempre tomaba el camino de menor resistencia.

Al pie de las escaleras, la mano de Joseph encontró el interruptor manual. Una parte de él quería retroceder, llamar a la policía o a su empresa de seguridad, pero el orgullo —ese más mortal de los pecados— mantenía sus pies en movimiento. Este era su santuario, y que lo condenaran si alguna criatura iba a disparar su ansiedad.

Joseph respiró aliviado al ver que todo seguía en su sitio. Primero el pasillo principal, luego los pasillos laterales entre las vitrinas. Los tesoros de Joseph emergieron de las sombras: el libro de oraciones en su caja herméticamente sellada, la campana de la capilla suspendida en su soporte a medida, el icono de San Nicolás observando con esos ojos errantes.

Pero algo no cuadraba con la luz. Una forma interrumpía su flujo y proyectaba una sombra donde no debería haberla.

El sillón de lectura de Joseph. El orejero de cuero que había importado de Londres.

La figura estaba tan quieta que casi la pasó por alto, una forma más en una sala llena de geometría sagrada. Pero esto no era un simple artefacto.

Su primer pensamiento, absurdo en su cotidianidad, fue que alguien había movido su sillón de lectura. El orejero de cuero estaba en un ángulo extraño, pero esa observación se desvaneció cuando sus ojos se adaptaron a lo que estaba sentado en él.

Un hombre.

No, algo más que un hombre.

Porque el rostro no era un rostro en absoluto. Era la perfección plasmada en cualquier material que pudiera capturar la divinidad, quizás porcelana o algún tipo de resina. Los ojos reflejaban una compasión infinita. Los labios se curvaban en esa sonrisa serena conocida de mil pinturas. Una corona de espinas rodeaba la frente.

Joseph estaba mirando el rostro perfecto de Jesucristo.

—Dios mío —susurró. La escoba se le escapó de los dedos entumecidos—. ¿Es esto... Quién eres?

Su mente se fragmentó. ¿Una visita divina? ¿Un milagro? ¿Acaso su colección de reliquias sagradas había manifestado por fin algo verdaderamente sobrenatural?

Un sudor frío le brotó en la frente y le corrió por las sienes. El cuello de la camisa le parecía dos tallas más pequeño. El sudor le escocía los ojos, pero no podía moverse para limpiárselo. Sus músculos se habían bloqueado, paralizados por alguna parte primitiva de su cerebro que reconocía al depredador incluso cuando llevaba un rostro sagrado.

Y entonces la figura se levantó, y no había nada divino en ese movimiento. Nada santo en cómo fluyó por el espacio entre ellos. Esos dedos de látex se dirigieron a su garganta con una intención que pertenecía a testamentos más oscuros que aquellos de los que Joseph predicaba.

El mundo comenzó a oscurecerse por los bordes mientras sus pulmones luchaban por aire. Su colección —sus preciadas piezas de lo divino— se difuminaron y duplicaron mientras la oscuridad se acercaba. La máscara captó la luz mientras su portador se erguía sobre él, y de repente Joseph la vio por lo que realmente era.

No era divina en absoluto, sino una burla. Una perversión de todo lo que había pasado su vida coleccionando.

Mientras la consciencia se desvanecía, Joseph tuvo tiempo para un último pensamiento: quizás esto era el juicio de Dios después de

todo. Para un hombre que había pasado su vida coleccionando piezas de lo divino, tal vez esto era simplemente la colección cerrando el círculo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

La tarjeta de visita descansaba entre ellos sobre el escritorio. Gabriel Thorne - Especialista Senior en Adquisiciones - Grupo Curated Value.

Ella había escuchado la historia de Luca durante el viaje de vuelta, pero ahora necesitaba oírla de nuevo en la intimidad del despacho. Quizás aquí, en un centro oficial de las fuerzas del orden, podría encontrar un enfoque que no acabara con ella y Luca sentados frente al director.

—Cuéntamelo otra vez. Con todos los detalles.

Luca estaba sentado en el borde de su escritorio con esa actitud despreocupada que decía que sabía que había hecho algo técnicamente ilegal pero que se resistía a disculparse por ello.

—Ya te lo he contado dos veces.

—Pues cuéntamelo tres.

—Vale. La pausa para ir al servicio no era exactamente una excusa. Cuatro tazas de café te hacen eso. Pero sabía que Vanessa no iba a colaborar, así que tomé cartas en el asunto.

—Te arriesgaste.

—Fui a mear. De vuelta, revisé las otras dos oficinas de la fila. Una no tenía nada. La otra... —Sacó su móvil y pasó algunas fotos—. Fue cuando vi esto.

Máscaras. Siete de ellas en una fila ordenada.

Pero no era suficiente para establecer una conexión.

—Hawkins, estas máscaras no se parecen en nada a la que llevaba nuestro asesino.

—¿Y qué? ¿Cómo sabemos que no tiene simplemente una fijación con las máscaras? ¿Quizás tiene una enorme colección de

diferentes estilos?

—Porque nuestro asesino lleva esas máscaras por una razón. No las acumula sin más. Y sabe que veríamos esas imágenes de la sala de cría de Finch, ¿crees que es tan tonto como para anunciar su fijación de máscaras a la policía?

—Eso asumiendo que hayamos establecido la conexión entre el asesino y la empresa de tasación. Nuestro sospechoso cree que es mucho más listo que nosotros, ¿recuerdas?

Ella empezó a caminar por la habitación.

—De acuerdo, ¿qué pasó después de que vieras las máscaras?

—Me colé dentro, tomé algunas fotos, encontré un cajón cerrado con un montón de baratijas. Relojes, joyas, adornos, cosas así.

Ella sabía que su sospechoso era un coleccionista, pero no estaba segura de si sus hábitos de coleccionismo se extendían más allá de las piezas únicas que robaba de cada escena. Podría haber cogido baratijas de sus víctimas, pero uno de los problemas con los cadáveres era que, a menos que fuera una extremidad, nunca sabías qué faltaba.

—¿Cuántas baratijas?

—No sé. ¿Veinte? ¿Cincuenta?

—Bueno, ¿qué es? ¿Veinte o cincuenta? Porque hay una gran diferencia.

Luca preguntó:

—¿Por qué importa?

—Porque si este tal Gabriel Thorne ha estado coleccionando trofeos de víctimas durante años, hay una gran diferencia entre veinte y cincuenta víctimas. Cincuenta lo convertiría en el tercer asesino en serie más prolífico de América. ¿Es eso probable?

Luca sacó las fotos en su teléfono.

—Mira. Estoy contando casi treinta baratijas ahí mismo, y eso es solo la capa superior.

Ella lo cogió, lo inspeccionó y se lo devolvió.

—Espera un momento. Si este cajón estaba cerrado, ¿cómo lo abriste?

—Cuerda de guitarra. Cerrajería agresiva.

—¿Al menos lo cerraste cuando te fuiste?

Luca se mordió el labio. Su silencio hablaba por sí solo.

—Fantástico. Así que no solo allanaste una oficina privada, sino que dejaste pruebas de que alguien había revisado sus cosas — Luchó contra el impulso de lanzar algo. Preferiblemente a su cabeza —. ¿Qué pasó con ser cuidadoso?

—En mi defensa, tenía prisa. Oí pasos.

—Eso no es una defensa, es un factor agravante. Si este Thorne se da cuenta de que alguien revisó sus cosas...

—¿Entonces qué? ¿Presenta una denuncia? ¿Llama al FBI para quejarse de que alguien entró en su oficina llena de trofeos de asesinatos?

—Ese no es el punto, y lo sabes —El dolor de cabeza que se estaba formando detrás de sus ojos amenazaba con volverse nuclear —. Si se da cuenta de que las fuerzas del orden están tras él, podría acelerar su calendario. Matar de nuevo antes de que podamos detenerlo.

—Oye, conseguimos una pista, ¿no? —Luca señaló la tarjeta de visita—. Especialista Senior en Adquisiciones con una pared llena de máscaras y un cajón lleno de joyas sospechosas. Eso no es exactamente nada. Dijiste que Vanessa dijo que solo tres personas tienen acceso a los registros de todos los clientes. Si Thorne tiene una oficina en el lugar, es probable que sea uno de ellos, ¿verdad?

Ella dejó a un lado sus emociones encontradas. La lógica era sólida aunque los métodos no fueran exactamente reglamentarios. Se volvió hacia su portátil y abrió la base de datos de la policía.

—Muy bien, Hawkins, espero que tengas razón. Por el bien de ambos.

Escribió el nombre: THORNE, GABRIEL.

El archivo de Gabriel Thorne se cargó con decepcionante rapidez. 39 años. Sin dirección actual registrada. Sin registro de vehículo. Pero había una serie de delitos menores que comenzaban en sus veinte y terminaban hace cinco años.

Ella quería enfadarse. Una parte de ella —la agente que se consideraba una de las mejores del FBI— necesitaba que Luca aprendiera que saltarse las normas tenía consecuencias. Pero si lo hacía, sería una auténtica hipócrita. ¿Cuántas veces le había enseñado a caminar por esa fina línea entre el procedimiento y la necesidad? Lo había moldeado a su imagen y semejanza, había formado sus instintos investigadores con su propia interpretación creativa de los protocolos del FBI, ¿y ahora quería condenarlo por seguir su ejemplo?

Quizá eso era lo que realmente le dolía. Era como ver a su yo más joven, antes de que la experiencia le hubiera enseñado qué normas se podían doblar y cuáles te darían un escarmiento.

Y no solo eso, sino que la perfiladora que había en ella no podía negar el patrón que se desplegaba ante sus ojos.

—Mira esto —dijo ella señalando el historial delictivo de Thorne, dividida entre la emoción profesional y las ganas de estrangular a Luca por tener razón—. 2012: pillado robando cromos de béisbol en una tienda de coleccionismo. 2013: sustrajo cristal de la Gran Depresión de una tienda de antigüedades. 2014: intentó llevarse una colección de monedas raras. Es como ver a alguien estudiando Coleccionismo para principiantes.

—¿Cómo acaba alguien con múltiples cargos por robo manejando colecciones de millones de euros? —preguntó Luca.

—Quizá de la misma forma que los asesinos consiguen trabajo en funerarias. Te colocas donde están las cosas que quieres. Haces que llevártelas parezca legítimo.

—¿Cuándo fue su último delito?

—2019. Le pillaron robando en una casa. Menudo cabrón —Se frotó las sienes—. ¿Sabes qué es lo que me fastidia de todo esto?

—¿Que mi comportamiento delictivo pueda haber dado sus frutos?

—Eso, y el hecho de que encaja demasiado bien en el perfil —Sacó una de las viejas fotos policiales. El joven Thorne miraba fijamente con ojos que habían visto demasiado o quizá no lo suficiente—. Un coleccionista de coleccionistas empezaría poco a poco. Aprendería el oficio desde dentro. Averiguaría cómo funciona todo el ecosistema antes de empezar a cazar en él.

—Y quizá en 2019 fue cuando Vanessa lo contrató. Ya no necesitaba saltarse la ley porque tenía acceso legítimo a las colecciones desde ese momento. Y puede que ahora, robar no sea suficiente para él. Ha tenido que subir el listón.

Ella quería discutir, quería buscar fallos en la teoría solo para darle una lección a Luca sobre el procedimiento adecuado. Pero las pruebas seguían acumulándose. Las máscaras en esa oficina. El cajón lleno de efectos personales. El acceso a la información de los clientes. El historial delictivo que se leía como el origen de un coleccionista. Todo encajaba demasiado bien.

—Vale, ahora la pregunta del millón. ¿Dónde encontramos a este tío? No hay ninguna dirección actual en los registros, y no podemos quedarnos sentados fuera de su oficina esperándole. ¿Y si ya tiene a su próxima víctima en el punto de mira?

—Fácil —dijo Luca. Cogió la tarjeta de visita de Gabriel Thorne y la sostuvo como si fuera un billete de lotería premiado—. Tenemos su número de móvil justo aquí.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Treinta minutos de pura adrenalina habían destrozado los nervios del Coleccionista. El Toyota respondía de maravilla, como siempre, pero sus manos no dejaban de temblar sobre el volante.

No era un temblor malo. Más bien el hormigueo que se siente en todo el cuerpo después de saltar en paracaídas o hacer puenting.

O de matar a un cura y robarle su preciado crucifijo.

A su lado, Jesús iba de copiloto. No el de verdad, claro, sino una réplica bastante buena hecha de látex. Corona de espinas incluida, porque si vas a hacer algo, hazlo bien. Los ojos vacíos de la máscara reflejaban la suave luz de la tarde mientras el Coleccionista tomaba los caminos secundarios de vuelta a casa. Esos mismos ojos habían presenciado la última confesión de Joseph Carpenter y habían visto cómo la fe del anciano se desmoronaba como hostias de comunión. Había sido una experiencia gloriosa y, sin duda, la más satisfactoria de las tres.

No por el tesoro de seis cifras que había mangado una vez que Joseph yacía a sus pies, porque esto no iba de dinero. Lo que hacía que esta muerte fuera tan dulce era que Joseph Carpenter lo tenía todo: dinero, prestigio, una legión de seguidores devotos. Pero ni siquiera todo eso le bastaba.

Cinco millones de dólares en artesanía medieval descansaban en su maletero: hueso humano de la Jerusalén del siglo I, si había que creer en los registros de datación por carbono. El Coleccionista no estaba seguro de creerlo, pero eso no importaba. Lo que importaba era que Joseph Carpenter lo había creído, y había construido toda su identidad alrededor de estos preciosos fragmentos de divinidad.

Igual que Eleanor y sus muñecas. Alfred y sus insectos.

Fragmentos de vidas recolectados, conservados y, al final, corrompidos.

Un coche patrulla pasó como una sombra. El corazón del Coleccionista intentó salirse por la garganta, pero sus manos se mantuvieron firmes. Que mirasen. Verían lo que todo el mundo veía: un buen coche, un buen traje, otro oficinista yendo a su siguiente reunión. Nada que ver aquí, agente. Solo un amistoso asesino en serie viviendo el mejor día de su vida.

A menos que mirasen bien. A menos que vieran al Hijo de Dios sentado en el asiento del copiloto.

La idea debería haberle aterrorizado. En cambio, se sintió como un preliminar.

Su teléfono se iluminó cuando se topó con tráfico. Echó un vistazo y vio otro correo sobre Eleanor Calloway. En la oficina no paraban de hablar de ella. Pobre Eleanor, al parecer. Una mujer tan callada. Nunca hizo daño a nadie. No tenían ni idea de lo equivocados que estaban. Eleanor había hecho daño a mucha gente, solo que lo hacía existiendo en su propia burbuja, preocupándose más por caras de porcelana que por las reales.

Entonces entró una llamada, pero el Coleccionista la ignoró. Era un número desconocido, así que probablemente solo serían unos timadores intentando venderle un seguro que no necesitaba.

Alguien ahí fuera quería su atención, pero tendrían que esforzarse más que eso. Tenía sitios a los que ir. Cosas que preparar. La siguiente etapa de la evolución no ocurría por sí sola.

El tráfico se despejó cuando llegó al bulevar Watson, ese punto dulce entre la hora punta del almuerzo y la salida de los colegios donde las carreteras pertenecían a gente como él: los que tenían sitios a los que ir y metamorfosis que completar. Su nuevo yo se sentía como una mariposa probando sus alas húmedas, aún blandas por los bordes pero haciéndose más fuerte por momentos. A su izquierda, divisó el rectángulo de hormigón que hacía las veces de comisaría de policía de Chesapeake.

Tras esos muros, estarían estudiándole ahora. Seguramente ya habrían encontrado el cuerpo de Alfred Finch, porque el Coleccionista fue quien dio el aviso anónimo. No pudo resistirse a oír la conmoción en la voz de la operadora cuando le dijo que había encontrado un cadáver dentro de una casa. Quiso describirlo con detalle, pero la parte inteligente le dijo que se guardara algunas cosas para sí mismo.

Y si esos polis tenían algo de cerebro entre todos, habrían encontrado las imágenes de él con su máscara de insecto en la sala de cría de Finch. La idea de esos idiotas intentando elaborar un perfil psicológico suyo le hizo sonreír, porque ¿cómo iban a saber posiblemente lo que estaba planeando? Se preguntó si apreciarían el arte. La forma en que se había colocado justo para la cámara para que pudieran ver exactamente lo que él quería que vieran.

Giró hacia Cedar, manteniendo la comisaría en el retrovisor. Esos polis probablemente pensaban que le tenían calado. Trazando sus pulcras líneas entre víctimas, creyendo que se estaban acercando.

Pero él seguía evolucionando. Seguía transformándose.

Así que, ¿por qué no darles algo nuevo que estudiar?

¿Algo digno de seria consideración?

Aparcó junto a la acera. A veces las mejores ideas surgían de los impulsos más simples. Y ahora mismo, cada impulso de su yo recién acuñado gritaba por atención.

Al fin y al cabo, ¿de qué servía la transformación si no podías mostrarle a la gente lo lejos que habías llegado?

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El reloj inteligente de Ella le indicaba que su pulso estaba a noventa, veinte pulsaciones por minuto más alto de lo normal. Luca y sus brillantes ideas iban a acabar con ella.

—¿Llamar a Gabriel Thorne? —preguntó—. ¿Y decir qué?

—Lo que haga falta.

Hubo un tiempo en que Ella no habría dudado en llamar a un sospechoso y engañarle para que revelara su paradero. Pero ahora, sin Ripley para cuestionar sus ideas arriesgadas, alguien tenía que ser la voz de la razón.

—¿Y si nos pilla? ¿O si se da cuenta de que la policía va tras él y sale corriendo?

—¿Tienes un plan mejor? El tiempo corre, Ell. Tenemos que arriesgarnos en algún momento, mejor ahora. Además, si su voz coincide con la que escuchamos en el CCTV, sabremos que es nuestro hombre.

Se mordió la lengua para no soltar la respuesta mordaz que tenía en la punta. No le gustaba la idea, pero no se equivocaba. Estaban agarrándose a un clavo ardiendo, y Gabriel Thorne era el único al alcance.

Ella sacó un cable de su bolsa del portátil y lo deslizó por el escritorio.

—Al menos conecta tu móvil al Stingray, a ver si podemos localizar su posición por si no muerde el anzuelo.

—Voy —dijo Luca conectando su móvil al portátil y activando el software de rastreo—. Tú mantente callada. Yo me encargo de hablar.

—¿Qué vas a decir?

—Simplemente mentiré. Mentir es fácil. ¿Lista?

—Espera un momento. Te hará las preguntas obvias. ¿Cómo conseguiste su número? ¿Por qué no llamas al CVG? ¿Qué objeto necesitas tasar?

—Soy un buen mentiroso —dijo Luca. Marcó el número de la tarjeta de Gabriel en su móvil, pulsó llamar y lo puso en altavoz—. En realidad, nunca he probado las alubias de Boston.

El tono de llamada cortó el aire viciado. Un tono se convirtió en dos, luego en tres. Al quinto tono, Ella ya había catalogado catorce formas en las que esto podía salir mal. Al séptimo, había añadido seis más a la lista.

Entonces, la línea se conectó.

—Gabriel Thorne al habla.

Luca se irguió y miró a Ella por encima del teléfono con una expresión que decía "que empiece el juego". Casi podía oler las mentiras que estaba a punto de soltar.

—¿Señor Thorne? Me llamo David Cross. Conseguí su número a través de un amigo que me dijo que usted es el hombre indicado para tasar objetos de colección —dijo Luca. Su voz era tan suave como la de un estafador, pero Ella percibió un leve temblor bajo ella. Estaba improvisando, y rezaba para que Thorne fuera confiado.

El silencio se prolongó entre ellos. Cuando Thorne volvió a hablar, su tono se había vuelto un par de grados más frío.

—No doy mi número a la ligera, señor Cross. ¿Quién exactamente se lo dio?

—Un tipo de una casa de subastas en Norfolk —dijo Luca. La mentira venía envuelta en falsa confianza—. Dijo que usted era el experto. Disculpe si me he equivocado.

Más silencio. Ella podía oír el cerebro de Thorne catalogando inconsistencias, comprobando historias contra hechos conocidos, buscando la trampa oculta en la conversación casual.

—Entiendo, señor Cross. Y sí, puedo ayudarle si necesita tasar algo. ¿Dónde se encuentra?

Ella intentó comparar la voz con la que habían captado a través del CCTV de Alfred Finch, y tuvo que admitir que había claras similitudes. Puro acento de Richmond, con su despreocupación casual por la letra U. ¿Coincidía perfectamente? Definitivamente no, pero la acústica del móvil era diferente a la del CCTV. No podía estar segura.

—Estoy en Chesapeake. Ahora mismo.

—¿En qué zona?

Luca miró a Ella con expresión perdida. Ella articuló sin voz "Great Bridge". Tanto para las habilidades de improvisación de Luca.

—Great Bridge.

—Ya veo. Bueno, puedo concertar una cita con usted, si lo desea. Mis oficinas están...

—Eh, la verdad es que tengo un poco de prisa. ¿Hay alguna posibilidad de que podamos hacerlo hoy?

Otro silencio. —¿Hoy? Señor Cross, he aprendido que cualquiera que tiene prisa por vender sus objetos de colección está ocultando algo.

La pregunta pilló a Luca con la guardia baja. Su cara de póker se resquebrajó mientras buscaba una respuesta.

—No, lo siento, quiero decir, solo estaré en Chesapeake hasta mañana por la mañana, y he oído que usted es uno de los mejores en esto. No hay nada turbio en mi objeto.

Ella apretó los dientes. El pobre Luca había violado la regla número uno. Nunca uses un adjetivo con connotación negativa, ni siquiera con la palabra "no" delante. Solo un perverso diría "no soy un perverso".

—Bueno, mi agenda está repleta hasta finales de semana. ¿Volverá a Chesapeake en el futuro?

—Eh... no.

—Entonces tal vez podría visitarle en...

Luca lanzó a Ella una mirada de pánico. Ella se encogió de hombros, mordiéndose el interior de la mejilla para no intervenir e intentar salvar este lío que había creado.

—Massachusetts —dijo—. A unos sesenta y cinco kilómetros de Boston. Es un viaje largo, así que no se preocupe, me quedaré con el valor de tasación que ya tengo.

Ella podía sentir que la conversación llegaba a su fin. Se inclinó y aguzó el oído en busca de algún ruido de fondo que pudiera delatar su ubicación, pero la línea estaba limpia. Chasqueó los dedos como cepos en el aire. Articuló sin voz: Ubicación. Consigue su ubicación.

—Lo estoy intentando —respondió él sin emitir sonido.

—¿Ya han tasado tu artículo? —preguntó Thorne.

—Sí, pero creo que me han ofrecido poco. Doscientos mil. Creo que puedo conseguir más.

Thorne tosió.

—¿Doscientos mil dólares? ¿Por qué?

Luca miró a Ella. Vio cómo su boca se contraía, como si no pudiera decidir qué mentira soltar.

—Air Jordans, de 1985. Talla 40, rojo y blanco. Usadas en el tercer partido de la temporada del 86.

Ella reprimió un quejido. De todos los objetos de colección del mundo, Luca tenía que elegir algo relacionado con el baloncesto. Habría sido encantador si no fuera tan predecible.

Pero entonces algo cambió en el tono de Thorne.

—¿Air Jordans del 85? ¿Firmadas?

—Tinta negra, justo en el talón.

El silencio se alargó de nuevo. La presión arterial de Ella se disparó. Venga, cabrón. Muerde el anzuelo.

—¿Y ya las han tasado en doscientos mil? —preguntó Thorne.

—Sí. También estoy buscando venderlas al comprador adecuado.

Thorne carraspeó.

—Interesante. Mi estructura de tarifas es sencilla. Diez por ciento de la valoración final para artículos por debajo de cincuenta mil, ocho por ciento para cualquier cifra superior. Nuestro proceso de tasación puede llevar varias semanas, pero ofrecemos un certificado de autenticidad de por vida. También podría estar interesado en comprarte esas zapatillas yo mismo por el precio adecuado.

Le tenemos. Ella apretó el puño en señal de triunfo, luego lo convirtió en un gesto para que continuara. Aún necesitaban la ubicación de ese cabrón.

—Perfecto —casi gritó Luca—. ¿Quieres que vaya a verte? Estoy de viaje ahora mismo, y estas Jordans ya están bien empaquetadas, las tengo metidas en una de esas cajas de exposición tan elegantes y todo. Solo dime hacia dónde ir y allí estaré.

—Bueno, supongo que podría hacerte un hueco. Ahora mismo estoy en el Chesapeake U-Stor, haciendo una tasación in situ para otro cliente. Unidad 1121. ¿Puedes encontrarte conmigo allí en, digamos, una hora?

Chesapeake U-Stor. Puede que acabaran de localizar a su asesino.

—Allí nos veremos —dijo Luca.

—¿Nos?

—Eh... allí le veré —corrigió Luca.

—Muy bien, señor Cross. Hasta pronto.

Luca pulsó el botón de FINALIZAR LLAMADA y miró a Ella con una sonrisa. Ella ya estaba de pie antes de que se desvaneciera el eco.

—Dios mío —dijo Luca—. Eso ha sido...

—La improvisación más chapucera que he visto nunca, pero maldita sea si no ha funcionado.

—Es más difícil de lo que parece. Intenta improvisar sobre objetos de colección bajo presión. Ahora tenemos una hora para llegar al U-Stor antes de que desaparezca.

—¿Lista para irnos? —preguntó ella.

Luca comprobó su arma y le hizo un gesto afirmativo.

—Vamos a pillar a este tío hoy y volvamos a D.C. antes del anochecer.

Ella deseaba compartir su optimismo. Pero el optimismo era para gente que no se había pasado la carrera arrastrándose por los rincones más oscuros de la humanidad. Había aprendido por las malas que la esperanza no era más que una decepción que aún no había ocurrido.

Aun así, tenían un nombre. Tenían una ubicación. Tenían la oportunidad de atrapar a su coleccionista entre transformaciones, en ese espacio vulnerable entre la máscara que mostraba al mundo y el monstruo en que se había convertido.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Los trasteros eran lugares extraños, pensó Ella. Espacios liminales donde la gente guardaba cosas de las que no podía desprenderse pero con las que tampoco podía vivir. Lugares donde las vidas pasadas se empaquetaban en cajas de cartón y los recuerdos acumulaban polvo tras puertas metálicas.

El Chesapeake U-Stor era uno de esos lugares. Un terreno de dos hectáreas rodeado de muros de hormigón coronados con alambre de espino. Arriba, un cielo gris plomizo se cernía bajo tras la lluvia. Ella aparcó el todoterreno en el estacionamiento y apagó el motor. En algún lugar de este laberinto se encontraba una persona que bien podría ser su coleccionista homicida.

—Aún nos quedan treinta minutos antes de la reunión oficial —dijo Luca.

—Entonces, démosle una sorpresa a Gabriel Thorne. ¿Estás listo para entrar?

—Inténtalo impedir. Aunque me olvidé de las Air Jordan.

—¿Existieron alguna vez?

—Más o menos —dijo Luca—. Tengo un par, pero Michael Jordan nunca las llevó.

—Quizás Thorne te las compre mientras esté en prisión —Ella comprobó sus niveles de munición, pero era mejor evitar las balas en un lugar como este. Puertas de acero inoxidable y gente entrando y saliendo. Una bala perdida podría acabar con un transeúnte inocente—. Vamos.

Salieron del coche y se dirigieron hacia una cabina de cristal que albergaba un espécimen particularmente aburrido de guardia de seguridad. Su placa decía EARL, y su expresión sugería que estaban interrumpiendo su importantísima tarea de leer el periódico.

—¿En qué puedo ayudarles?

Ella presionó su placa contra el cristal. El portaplaca de cuero empezaba a agrietarse por los bordes. Siempre se proponía reemplazarlo, pero de alguna manera nunca encontraba el momento.

—FBI. Buscamos la unidad 1121.

—¿FBI? —El hombre dobló su periódico y lo metió bajo su escritorio. Su expresión se tornó agria, el tipo de mirada que sugería que se preguntaba si lo que pudiera ocurrir allí estaría cubierto por su seguro médico.

—Sí. Estamos buscando a un tal Gabriel Thorne.

El guardia consultó sus notas.

—¿Thorne, dice? Se registró hace una hora aproximadamente. Pero no sé dónde está.

Luca dijo:

—Unidad 1121. ¿En qué dirección?

—Más adelante, tercera a la izquierda, sigan el camino. Está junto al contenedor azul.

—Gracias.

Caminaron por los estrechos pasillos entre las unidades. Fotos de escenas del crimen de casos anteriores en trasteros pasaron por la mente de Ella: cuerpos desmembrados en congeladores, laboratorios de drogas que explotaron, operaciones de tráfico de personas empaquetadas en espacios de dos por tres metros. Asombroso lo que la gente pensaba que podía esconder tras estas puertas enrollables.

—Esa voz, sin embargo —Luca seguía escaneando las filas como si esperara que su sospechoso saltara con su máscara de insecto—. Por teléfono. ¿Coincidió con lo que escuchamos en la grabación de seguridad de Finch?

—Cadencia similar. Las mismas vocales de Richmond arrastrándose. Pero la acústica del teléfono es diferente del audio de

CCTV. Estaba demasiado ocupada viéndote improvisar esa historia de tapadera como para hacer un análisis de voz adecuado.

—Igual yo. Thorne se va a llevar un chasco cuando se dé cuenta de que no hay zapatillas.

—Esa será la menor de sus preocupaciones.

Los pasillos de acero se extendían ante ellos. Ella mantenía la mirada en alto, buscando cámaras de seguridad, pero todo lo que encontró fueron soportes vacíos donde debería haber equipos de vigilancia. Claramente, U-Stor se suscribía a la escuela de seguridad de "pensamientos y oraciones". También catalogó puntos de entrada y salida, construyendo el tipo de mapa táctico que enseñaban en Quantico pero que nunca te preparaba del todo para el trabajo de campo. Dos puertas principales. Tres salidas de emergencia. Mucho espacio para que un sospechoso escapara.

—No hay mucha gente por aquí —dijo Luca.

—Bien.

—Significa menos obstáculos si tenemos que disparar.

—No. A menos que esté armado. Si Thorne es nuestro hombre, lo necesitamos vivo.

Luca le lanzó una mirada ambigua mientras doblaban una esquina. Ella contó las unidades de almacenamiento mientras ascendían: 1119, 1120.

—Allí —dijo—. 1121. Al final de la fila.

Su puerta estaba medio abierta. Una luz naranja se derramaba sobre el asfalto mojado. Ella le dio un toque en la muñeca a Luca, una señal de "sigue mi ejemplo".

Mientras se acercaban, Ella vio a un hombre de espaldas a ellos, examinando algo en una mesa plegable. Su mano se deslizó hacia su arma, pero no la desenfundó. La tensión previa a la confrontación recorrió sus venas. Con suerte, estaba a punto de enfrentarse a un hombre con dos cadáveres a su nombre.

—¿Señor Gabriel Thorne? —llamó.

Él se dio la vuelta. Estatura media, traje caro que le quedaba mal, como un plumaje prestado en el pájaro equivocado. Pelo negro corto, con el tipo de cara que pertenecía a fotos corporativas: anodina, confiable, olidable. Detrás de él vio una unidad de almacenamiento ordenada cargada de ornamentos, y una puerta de acero al fondo con una barra atravesada.

—¿Puedo ayudarles? —Su voz llevaba ese acento de Richmond que habían escuchado por teléfono, pero más suave ahora.

—Me llamo Agente Dark, y este es el Agente Hawkins. Somos del FBI.

—¿FBI? —Thorne dejó su equipo y salió de la unidad. El resplandor naranja del halógeno cortaba las facciones anodinas de Thorne en planos y ángulos.

—Sí. Necesitamos hacerle algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Usted trabaja para el Grupo Curated Value, ¿correcto?

—Correcto. ¿Hay algún problema?

—Depende —dijo Luca.

La boca de Thorne se crispó y luego suspiró.

—Ah, ya veo. Así que supongo que no hay zapatillas para que yo valore, ¿verdad? —No había sorpresa en su voz, ni enfado por haber sido engañado. Solo esa misma calma corporativa.

—Lo siento, señor Thorne, pero necesitábamos saber dónde estaba.

—¿Y no podíais habérmelo preguntado directamente? ¿De qué se trata?

—Eleanor Calloway y Alfred Finch —dijo Luca—. ¿Te suenan esos nombres?

Thorne parpadeó. La confusión, y luego la sospecha, se reflejaron en su rostro.

—¿Eleanor? ¿Esto es sobre su muerte?

—Sí, lo es. ¿Qué sabes al respecto?

—Sé que salió en las noticias. Sé que en nuestra oficina han estado hablando de ello. Eso es todo.

Ella observó sus microexpresiones; los gestos que los mentirosos no podían controlar.

—Tu empresa valoró recientemente su colección de muñecas, ¿no es así?

—Sí, lo hicimos, pero yo no tuve contacto con ella. Lo hizo uno de mis compañeros. Nunca conocí a la mujer.

—¿Qué hay de Alfred Finch? —preguntó Luca.

El nombre tocó una fibra sensible. Las pupilas de Thorne se contrajeron y su respiración se entrecortó.

—¿Finch? ¿El experto en especímenes?

—Correcto.

—Sí, le conocía. Tasé su colección hace cosa de un año. ¿Por qué?

Ella observó cómo las microexpresiones se perseguían unas a otras por su rostro: la sorpresa genuina se fundía en cálculo. Thorne tenía dotes de actor, tenía que admitirlo, pero tal engaño le salía de forma natural a los psicópatas.

—Porque ayer también encontramos muerto al señor Finch.

El color desapareció del rostro de Thorne por etapas. Era como ver un vídeo a cámara rápida de un cadáver palideciendo.

—Lamento mucho oír eso —dijo Thorne con convicción—. El señor Finch era un hombre maravilloso, pero ¿por qué me estáis interrogando sobre esto? Nunca conocí a la señorita Calloway, y no he visto ni hablado con el señor Finch en un año.

Luca dijo:

—Tenemos bastantes preguntas que hacerte, y hace bastante frío aquí fuera, así que ¿por qué no vamos a la comisaría?

Thorne señaló el almacén detrás de él y dijo:

—Me encantaría, pero estoy trabajando aquí. Tengo diez jarrones que evaluar antes de que acabe el día, y realmente no veo qué tienen que ver estas muertes conmigo.

Ella dijo:

—Insistimos, señor Thorne.

—También podemos hablar de tu pequeña colección en tu despacho —añadió Luca.

El rostro de Thorne se endureció hasta convertirse en algo que ya no pertenecía a las fotos corporativas. Su máscara se deslizó en un destello que si parpadeas te lo pierdes.

—¿Habéis estado en mi despacho?

—Sí —Luca insistió, o bien sin darse cuenta o ignorando las señales de advertencia que Ella intentaba desesperadamente transmitir telepáticamente.

—¿Sin una orden judicial?

—No la necesitamos cuando investigamos a sospechosos de asesinato —dijo Luca.

Ella reprimió un gemido. Ahí se fue cualquier posibilidad de manejar esta situación con delicadeza. A veces olvidaba que enseñar a alguien a doblar las reglas significaba que podían romperlas por completo.

Los hombros de Thorne se hundieron. La ira pareció abandonarle, para ser reemplazada por resignación.

—De acuerdo, está bien. Habéis ganado. ¿Queréis hablar en la comisaría? Hagámoslo.

La repentina sumisión de Thorne activó todas las alarmas en el cerebro de Ella. Los asesinos en serie eran cobardes en el fondo. Todo ese poder y control solo enmascaraban al niño asustado que había debajo. La forma en que Thorne se doblegó ante la primera señal de confrontación real encajaba en el perfil como anillo al dedo.

—Nuestro coche está por aquí —dijo Ella.

—Dadme un momento mientras cierro este sitio. No puedo dejar jarrones Ming a la vista, ¿verdad?

—Adelante.

Thorne volvió al almacén, apagó la luz y sumió el lugar en la oscuridad. La mano de Ella se tensó sobre su arma, porque algo en todo esto no cuadraba. Sentía que estaba esperando el momento de distracción para que Thorne intentara huir.

Los ojos de Ella se negaban a adaptarse. Era ese peligroso momento entre la luz y la sombra cuando cualquier cosa podía suceder.

Entonces Thorne cerró la puerta de golpe tras él.

Hijo de puta.

—¡Abra! —Ella agarró el tirador y tiró, pero el cierre ya se había activado. El frío acero le mordió las palmas mientras luchaba contra mecanismos diseñados para mantener a la gente exactamente donde no querían estar—. ¡Thorne, no lo hagas difícil!

La humillación le quemaba como ácido. Había dejado que Thorne la adormeciera con esa actuación de hombre apacible. Y ahora se estaba escondiendo, dejándola golpear impotente contra una puerta que no cedería.

No, no se estaba escondiendo. Porque Ella podía oír pasos en el extremo opuesto del almacén.

—¡Hawkins, puerta trasera! —gritó.

Sus botas golpearon el suelo mojado mientras corrían. Los laterales ondulados del almacén pasaron borrosos, y doblaron la esquina justo a tiempo para ver la figura escurridiza de Thorne desaparecer entre la siguiente fila de unidades.

Luca gritó:

—Separémonos. Intentemos cortarle el paso.

—Ve.

Ella siguió recto mientras Luca iba a la derecha. Trazó mentalmente el plano de las instalaciones, y si Thorne se dirigía a la

salida más cercana, tomaría el camino de menor resistencia. Pero si era el asesino que ella creía que era, tendría toda esta huida coreografiada hasta el último paso.

¿Adónde correría yo si fuera Thorne?

No hacia las salidas. Demasiado obvio. Daría media vuelta e intentaría despistarles en el laberinto de unidades idénticas.

Sus botas chapotearon en los charcos de la tarde gris. Aguzó el oído en busca de pasos, respiración, cualquier cosa, pero el laberinto de paredes metálicas creaba una acústica extraña, haciendo rebotar los sonidos hasta que perdían toda dirección. En algún lugar de este dédalo, un hombre que convertía a las personas en piezas de colección corría con la energía desesperada de alguien que acababa de perder el control de su historia.

Se detuvo en una bifurcación. A la izquierda se llegaba a la puerta principal; a la derecha, el laberinto se adentraba más. Eligió la derecha porque los asesinos eran criaturas de sombras. No corrían hacia la luz a menos que no tuvieran otra opción.

El pasillo se estrechó, las paredes de acero presionando lo suficiente como para inquietar su cerebro táctico. Mal sitio para un tiroteo. Peor aún para una emboscada. Pero Thorne no arriesgaría un enfrentamiento, no cuando tenía toda una vida cuidadosamente organizada que proteger.

Callejón sin salida.

Una pared sólida de unidades de almacenamiento.

—Mierda —dijo.

La palabra salió como vapor en el aire frío. Ya no oía los pasos de Luca, así que solo podía rezar para que él tuviera más suerte que ella.

Su pulso martilleaba en la garganta mientras giraba, lista para retroceder y probar una ruta diferente.

Pero entonces, allí.

Tres unidades más abajo. La puerta colgaba ligeramente abierta, quizás diez centímetros de oscuridad visibles bajo el acero corrugado.

Justo el espacio suficiente para que un hombre desesperado se colara.

Y entonces escuchó un roce, como una chaqueta de traje arrastrándose por el suelo.

¿Escondite? ¿Emboscada inminente?

El dedo de Ella rozó el guardamonte mientras sopesaba sus opciones. Thorne podría estar listo para añadir una agente del FBI a su galería, o esto podría ser otra distracción por su parte. O podría no ser nada.

El protocolo decía esperar refuerzos. Pero el protocolo nunca se había encontrado con un hombre que vestía a mujeres muertas como muñecas y clavaba hombres a las paredes.

El pulso de Ella se aceleró. Si este hueco era una invitación, a veces había que entrar en la trampa para hacerla saltar. La ventaja de Thorne crecía con cada aliento desperdiciado, y si dudaba ahora, podría desaparecer.

Y ese no era un riesgo que estuviera dispuesta a correr.

—¡Gabriel Thorne, FBI! —gritó mientras se acercaba. Con su mano libre, levantó la puerta suavemente, haciendo una mueca cuando resonó en su riel.

El hedor químico la golpeó antes que nada. Su cerebro analizó los componentes incluso mientras su nariz intentaba rechazarlos: queroseno, tal vez algo más fuerte.

Las formas se definieron en la penumbra, iluminadas por la delgada franja de luz exterior. Bidones, apilados de cualquier manera. El más cercano llevaba una etiqueta que le hizo replantearse cualquier estrategia abrupta que se le hubiera ocurrido: una calavera y tibias cruzadas sobre un texto en mayúsculas - ALCOHOL METÁLICO - ALTAMENTE INFLAMABLE - MATERIAL PELIGROSO CLASE 3.

Y allí, de pie entre los bidones: Gabriel Thorne. La máscara corporativa se había derretido ahora y había sido reemplazada por algo que pertenecía al módulo de máxima seguridad de una prisión. Una de las tapas de los bidones yacía descartada a sus pies, y el olor químico crudo hacía que los ojos de Ella se humedecieran.

Ella apuntó su Glock hacia su hombro.

—Salga de la unidad, Thorne.

—Cuidado con esa pistola. Las chispas y el vapor no se llevan bien.

El arma de Ella siguió apuntando a su centro de masa, pero su mente táctica ya evaluaba escenarios. Una sola chispa aquí y la explosión resultante podría acabar con ambos.

—Estoy bien aquí fuera —mintió—. No seré yo a quien tengan que raspar del techo.

Thorne metió lentamente la mano en su bolsillo superior. El dedo de Ella se crispó en el gatillo, pero entonces él sacó un mechero y un paquete de cigarrillos.

—¿Está loco?

—No, pero no voy a ir a la cárcel. ¿Fuma? —Thorne se puso un cigarrillo en la boca y tiró el paquete a un lado. Luego el mechero se encendió. Ella retrocedió dos pasos por instinto.

—¿Qué demonios está haciendo?

Thorne dio una profunda calada, luego sacudió la ceniza dentro del bidón abierto. El humo se enroscó desde sus fosas nasales.

—Sabe, nunca pensé que encontrarían mis... cosas. Realmente creía que había sido cuidadoso.

¿Era esto? ¿Una confesión?

—Puede contarnos todo en comisaría, lejos de bidones de queroseno, ¿de acuerdo?

—Eso no va a pasar. Ya he estado encerrado antes, y no voy a volver, así que esto es el final...

—Hábleme de Eleanor —dijo Ella—. De Alfred.

—Ya se lo dije. Pero ¿sabe qué es gracioso? He estado portándome bien durante un año. Sin robos. Nada que me llevara de vuelta a la cárcel.

Ella bajó su arma una fracción. Sus palabras no encajaban con su perfil, porque si Thorne era su sospechoso, estaría jactándose ahora. Estaría explicando su gran diseño. En cambio, estaba hablando de delitos menores. La discordancia molestaba el cerebro de Ella.

—Las máscaras en su despacho. Los adornos.

—Es una larga historia, pero aquí estamos de todos modos.

Los productos químicos estaban haciendo que la cabeza de Ella diese vueltas. Algo no cuadraba. El hombre frente a ella estaba asustado y desesperado, pero no con el matiz particular de desesperación que ella esperaba. Este no era el final calculado de un asesino en serie. Era el pánico de un delincuente de poca monta a punto de perderlo todo.

Pero antes de que pudiera analizarlo más a fondo, un movimiento parpadeó en su visión periférica. La puerta trasera del almacén se abrió de golpe con un chirrido metálico.

Luca irrumpió como una ráfaga de impulso y puños apretados. Sus nudillos se estrellaron contra la mandíbula de Thorne en un gancho perfecto y echaron la cabeza del hombre hacia atrás en un arco glorioso. El cigarrillo salió volando. Thorne se tambaleó hacia la puerta, alejándose de los bidones. Ella se abalanzó sobre él y lo arrastró fuera del almacén hasta el suelo en un enredo de extremidades.

—¡Hawkins! Aléjate de...

Pero Luca ya estaba a su lado con las esposas en la mano. Clavó un pie en la espalda de Thorne y dejó caer las esposas en las manos de Ella. Ella levantó la mirada y lo vio dando una calada despreocupada al cigarrillo abandonado de Thorne. La viva imagen

de la calma, como si no acabara de evitar una posible explosión mediante la aplicación táctica de un puñetazo en la cara.

—Quería hacer una entrada —dijo mientras soltaba un aro de humo que parecía increíblemente presuntuoso—. Además, le tenías hablando.

Bajo su rodilla, Thorne se había quedado anormalmente quieto. No era la quietud de la derrota, sino algo que hacía que sus instintos de perfiladora le picaran de una manera que no podía explicar del todo.

Pero si la suerte estaba de su lado, puede que acabaran de atrapar a un asesino en serie.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Gabriel Thorne estaba sentado solo en la sala de interrogatorios, y a Ella le pareció un muñeco de acción roto que alguien había colocado en todas las posiciones equivocadas. Su traje estaba arrugado y manchado de agua sucia. Un moratón se extendía por su mandíbula donde el puño de Luca había impactado. Ella lo observaba a través del cristal de una sola dirección con lástima.

—¿Así que simplemente enciende un cigarrillo? —preguntó Reeves—. ¿En un almacén lleno de gas?

—Sí. Pero Hawkins llegó antes de que pudiera hacerse una barbacoa —dijo Ella. Mantuvo los ojos fijos en Thorne mientras resumía el enfrentamiento en el almacén. La desesperada jugada con los productos químicos. Las máscaras en su despacho. Su historial de robos. Luca, que estaba apoyado en la pared con un café en la mano, asentía.

—Bueno, la buena noticia es que conozco a este tipo. He visto a Gabriel aquí bastantes veces. Estoy seguro de que yo mismo lo traje un par de veces, pero nunca me pareció del tipo asesino. Esperaba que nuestro asesino fuera más del tipo fuego y azufre, menos... mando intermedio.

—El mal ficha a las nueve como todos nosotros.

—¿Vais a sacarle una confesión?

—Vamos a conseguir algunas respuestas, digámoslo así.

Reeves miró su reloj. —Bien. Estaré observando desde la sala contigua. Intentad que no se prenda fuego esta vez.

—Entendido —Ella esperó hasta que los pasos de Reeves se alejaron por el pasillo, luego se volvió hacia Luca. Él estaba apoyado en la pared, con una expresión inescrutable mientras estudiaba a Thorne a través del cristal.

—Menudo día —dijo Luca.

—Esa es una forma de decirlo —Ella no pudo evitar el tono mordaz en su voz. El recuerdo de esos barriles, el hedor químico y los ojos desorbitados de Thorne aún resonaban en su cabeza. Habían estado demasiado cerca de un recuento de cadáveres hoy. Y aunque una parte de ella admiraba la intrépida intervención de Luca, el resto quería estrangularlo por correr semejante riesgo. Tenían suerte de seguir respirando.

—¿Cuál es otra forma de decirlo?

—Imprudente. Peligroso. A un paso del suicidio —dijo Ella.

El reflejo de Luca se tensó. Ella lo observó mirándola en el cristal, espejos desiguales reflejando tensión de un lado a otro hasta el infinito.

—¿Estás hablando de cómo reduje a Thorne allí? Porque desde mi punto de vista, parecía más bien que nos salvé el pellejo a los dos.

Ella exhaló lentamente por la nariz, contó hasta cinco mentalmente como le habían enseñado en el manejo del estrés obligatorio del Cuerpo. —Vale, sí, salió bien. Esta vez. Pero lanzarse a un espacio cerrado lleno de gas explosivo? Eso no son tácticas, es un deseo de muerte, Hawkins. Y no olvidemos cómo prácticamente le serviste nuestro caso en bandeja a cualquier abogado defensor medio decente cuando soltaste lo de tu pequeña aventura de allanamiento a Thorne.

—¿Sabes lo difícil que es hacer arder barriles de líquido así?

—¿Y ahora eres experto en explosivos?

—No, solo digo. Tenía un mechero en una mano y una vida entera en la cárcel por delante. ¿Qué creías que iba a pasar? ¿Preferirías que hubiera dejado que nuestro principal sospechoso se inmolará delante de nosotros?

—Claro que no, pero... —Ella se pasó una mano por el pelo. Las palabras se le enredaban en la lengua. ¿Cómo explicar el miedo helado que se había apoderado de ella en ese momento? La certeza

de que estaba a punto de ver a su compañero, el hombre que amaba, arder en llamas—. Sabemos todo sobre las quemaduras, ¿vale? ¿Eso ni siquiera se te pasó por la cabeza?

Luca se encogió como si le hubiera abofeteado, y por un segundo, Ella deseó poder retirar sus palabras.

—¿Hablas en serio?

—Luca, lo siento, no quería...

—No, déjame ver si lo he entendido bien. Acabo de atrapar a un posible asesino en serie - desde dentro de una trampa mortal preparada para volarnos a los dos por los aires. Y en lugar de un "buen trabajo" o incluso un "gracias por salvarnos el culo", ¿me estás echando la bronca por hacer mi trabajo?

Los comentarios fueron un golpe bien dirigido al tierno bajo vientre de la duda y la culpa que tanto se había esforzado por blindar. Porque, como siempre, él tenía razón. Luca lo había arriesgado todo hoy. Su seguridad, su cordura, su vida.

¿Y cuál era su respuesta? Criticar sus decisiones y cuestionar cada uno de sus movimientos.

—Solo... quiero que tengas más cuidado. Soy yo quien va a tener que firmar la montaña de papeleo que va a generar esta locura.

—¿Sabes qué? Admite de una vez que estás celosa de que esté cerrando la brecha.

La mandíbula de Ella casi se desencajó. —¿Perdona?

—La brecha. La brecha entre tú siendo la estrella del Cuerpo y yo siendo el cañón suelto que mantenías cerca para derribar puertas.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Cada vez que consigo resultados, no puedes simplemente dejarme disfrutar de la victoria. Tus celos siempre se interponen. Corrígeme si me equivoco, pero ¿no fui yo quien se coló en el

despacho de Thorne? ¿No fui yo quien lo encontró, averiguó su ubicación y lo redujo sin disparar un tiro? ¿Qué hiciste tú, eh?

Ella sintió que se le cortaba la respiración. Se encontraba atrapada entre la furia y la frustración, porque Luca se había superado en este caso y había tirado de hilos que ella ni siquiera había visto o considerado.

Y quizás una parte de ella, algún pequeño ser herido agazapado en los rincones sombríos de su psique, odiaba que él ya no necesitara su mano en la nuca.

—Nunca dije que no hicieras un gran trabajo. Solo quiero que sigas haciéndolo y no acabes quemándote —dijo ella.

Luca se cruzó de brazos. —¿Como si tú nunca hubieras hecho nada arriesgado para obtener resultados? ¿Como si nunca fuera a ser tan bueno como Ella Dark? ¿Siempre seré el segundón, es eso? Ah, y fuiste tú quien me enseñó esa técnica para forzar cerraduras, así que ¿qué te molesta más, que haya roto las reglas o que haya aprendido a romperlas de la mejor?

Ella quería negarlo, alegar un malentendido y culpar al bajón post-adrenalina. Pero había un ápice de verdad en su acusación. Se había acostumbrado a ser la mejor, y con Ripley fuera, pensó que podría asumir plenamente el mando. Y ahora aquí estaba Luca, demostrando ser su igual e incluso más.

Y una pequeña parte mezquina de ella le guardaba rencor por ello. Odiaba que lo hiciera parecer tan fácil, cuando ella había tenido que luchar y arañar por cada migaja de respeto en este club de chicos que era la oficina.

Pero incluso a través de la asfixiante miasma de sus propias carencias, surgió un destello de esperanza. Porque Luca no era como los machotes presuntuosos que la habían subestimado a cada paso. No se sentía amenazado por una mujer fuerte; quería que ella fuera su mejor versión, incluso si eso significaba eclipsarlo.

Y esta era su oportunidad de devolverle el favor. De dar un paso atrás, ceder el protagonismo y dejarle reclamar su merecido lugar

bajo el sol.

—Quizás deberías hacer este interrogatorio solo. Tú hiciste todo el trabajo —dijo ella.

—¿Qué?

—Tú encontraste a Thorne, tú lo esposaste, tú hiciste todo el numerito de héroe y salvaste el día. Así que adelante, termina el trabajo.

—No. Te quiero allí conmigo. Te necesito allí conmigo porque no me avergüenza admitir que haces algunas cosas mejor que yo. Los interrogatorios son una de ellas.

—¿Y? Si este es nuestro último caso juntos, ¿qué vas a hacer la próxima vez que tengas que interrogar a alguien?

Luca cuadró los hombros. —Entra conmigo. Yo hablaré.

—Vale.

A Ella se le hizo un nudo en la garganta. Tuvo que tragar saliva antes de entrar allí porque su compañero había hecho un gran trabajo hoy. Quizás demasiado bueno. Y esa constatación la aterrorizaba tanto como cualquier asesino enmascarado.

Porque si Luca ya no la necesitaba, ¿en qué la convertía eso? En otra coleccionista más, aferrándose desesperadamente a algo que en realidad no le pertenecía.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Ella siguió a Luca a la sala de interrogatorios. Le había cedido el liderazgo a su compañero, pero las viejas costumbres eran difíciles de erradicar. Cada fibra de su ser ansiaba tomar el control y dirigir el interrogatorio por caminos que Luca podría pasar por alto.

Pero le había hecho una promesa a él y a sí misma. Era hora de dejar que Luca brillara, aunque eso significara morderse la lengua hasta hacerla sangrar.

Gabriel Thorne estaba sentado encorvado en la mesa metálica, cuidando sus magulladuras físicas y de ego. Levantó la mirada cuando se sentaron, y Ella detectó los típicos gestos de culpabilidad: el parpadeo rápido, el rebote de la rodilla, los dedos anudándose y desanudándose como si intentara tejer una mentira creíble sobre la marcha. Su traje de diseñador se había convertido en basura cara, y el moratón del puñetazo de Luca pintaba arte abstracto en su mandíbula en tonos morados.

—Así que, Gabe... ¿puedo llamarte Gabe? He estado leyendo sobre ti. Debo decir que tus dedos largos llegan lejos. Cromos de béisbol, monedas raras, cristal de la depresión... eres un auténtico Robin Hood. Lo que no logro entender es cómo un estafador de poca monta da el salto al asesinato.

Demasiado brusco, pensó Ella. Primero establece una relación. Determina los hechos básicos. Hazlos sentir cómodos antes de empezar a lanzar golpes. Pero se mordió la lengua, aunque sus dedos ansiaban tomar el control.

Los ojos de Thorne se movían entre ellos.

—Ya os lo he dicho, no he asesinado a nadie. Nunca he conocido a Eleanor, y hace una eternidad que no veo a Alfred. ¿Qué queréis de mí? —dijo Thorne.

—Es curioso, porque ambas víctimas tienen conexiones con tu lugar de trabajo, y creemos que nuestro criminal tiene una cosa con las máscaras. Parece que tú también —dijo Luca.

No, pensó Ella. No se revelan detalles como las máscaras justo al principio. Dejas los pequeños detalles abiertos para que el sospechoso los complete por sí mismo.

—¿Máscaras? ¿Qué? —preguntó Thorne.

—Estuve en tu oficina. Vi esa exposición en la pared —dijo Luca.

—Ah, esas. Fueron un regalo. Un coleccionista falleció y me las dejó. Puedo mostraros el papeleo —respondió Thorne.

—Claro, porque coleccionar máscaras es muy común por aquí, ¿no? —dijo Luca con sarcasmo.

Los dedos de Ella se clavaron en sus bíceps. Enfoque equivocado. Todo mal. No se aborda a los sospechosos con sarcasmo, solo los pone a la defensiva. Psicología básica. Pero había prometido quedarse callada, dejar que Luca aprendiera de sus errores. Aunque esos errores la estuvieran matando poco a poco.

—Sí, de hecho lo es. Chesapeake tiene eventos de coleccionistas y ferias de intercambio cada año. Tal vez deberías investigar un poco antes de soltar tonterías —respondió Thorne.

Luca tuvo la decencia de parecer avergonzado. Ella notó el tropiezo momentáneo, así que intervino.

—Solo llevamos dos días aquí, señor Thorne, y creo que hemos aprendido mucho en ese tiempo. Sobre esta ciudad. Sobre usted —dijo Ella.

—Sí, claro —respondió Thorne escéptico.

—Lo hemos hecho. Díselo, Hawkins —añadió Ella.

Luca se recompuso, se inclinó hacia adelante con las manos juntas.

—Sabemos que tienes un largo historial de robos a tu nombre. Sabemos que trabajas para Vanessa Blackburn, y sabemos que eres

una de las tres únicas personas que tienen acceso a toda la información de los clientes de tu empresa —dijo Luca.

Mejor, pensó Ella. Dale al sospechoso los hechos y deja que rellene los huecos. Dale suficiente cuerda y acabará ahorcándose solo.

—Y eso no es todo, ¿verdad, Hawkins? —añadió Ella. Apretó suavemente su antebrazo bajo la mesa. Luca se estremeció ante el contacto, y ella esperó que la reacción fuera por la presión inesperada sobre sus heridas, no por otra cosa.

—No. También sabemos que eres el tipo de persona que intenta suicidarse cuando se enfrenta a la captura. ¿Cómo encontraste esa unidad llena de queroseno, por cierto? —preguntó Luca.

—La vi antes de que llegaraís. Llamadlo un movimiento impulsivo —respondió Thorne.

—Entonces, ¿qué tipo de persona crees que se quemaría impulsivamente? ¿Alguien que sabe que va a ir a la cárcel por mucho tiempo? —presionó Luca.

—No soy... —La garganta de Thorne trabajó mientras tragaba—. Esos asesinatos. Calloway, Finch. No tuve nada que ver con eso.

Lenguaje distante. Sin conexión personal, sin expresiones de remordimiento o conmoción. Las observaciones se apilaban en la mente de Ella como casquillos de bala. Ahora Luca solo necesitaba seguir presionando. Una vez que conseguías que su garganta se moviera, tenías el impulso de tu lado.

—Tal vez estaría más inclinado a creerlo si no hubieras intentado quemarte a la primera oportunidad. La última persona que vi hacer eso había matado a cuatro personas, así que te lo preguntaré de nuevo: ¿qué estás tratando de ocultar? —insistió Luca.

¡Sí! Ella reprimió el impulso de levantar el puño. Machaca ese punto. Hazle ver cómo se ve desde nuestro lado.

—Porque... —comenzó Thorne, pero cualquier continuación murió cuando suspiró hacia arriba.

—Si tienes algo que decir, ahora es el momento, Gabe —presionó Luca—. Ahora mismo, eres nuestro principal sospechoso, así que nuestro equipo va a diseccionar cada pequeña cosa sobre ti. Si yo fuera tú, empezaría a hablar, o te enfrentarás a cargos criminales antes de que acabe el día.

—Resistencia al arresto, agresión a un agente federal, y eso solo en la última hora —añadió Ella.

Los dedos de Thorne se flexionaron. Se crujió el cuello, luego se encogió en su silla.

—Huí porque... preferiría morir antes que volver a prisión. Ya os lo dije —respondió Thorne.

—¿Y por qué te enviaríamos a prisión? —preguntó Luca.

—Porque... todo esto... es fraudulento —confesó finalmente Thorne.

Luca echó un vistazo a Ella. Una pregunta silenciosa de «¿de qué está hablando?» Algunos delincuentes llegaban a un punto en el que soltaban cualquier tontería con la esperanza de que algo cuajara. O quizás Thorne intentaba apelar a la compasión. El viejo truco inspirado en Ted Bundy de que la culpa era de la pornografía, no suya.

—¿Fraudulento?

—Mira, te estoy diciendo la verdad. Por la tumba de mi madre. No soy un asesino. Solo soy un estafador, como todos los demás en este negocio.

La curiosidad asomó, pero Ella no estaba segura de si tal confesión la acercaría más a su sospechoso desconocido. Durante los últimos diez minutos, había estado casi segura de que Thorne tenía algo que ver con estos homicidios, pero ahora, viendo ese dolor crudo en su rostro, ya no estaba tan convencida.

—Explícate —dijo Luca.

—Sois del FBI, ¿verdad?

—Sí.

—Sabía que tarde o temprano apareceríais, pero no por asesinato.

—¿Entonces por qué?

Thorne resopló, como si la respuesta fuera obvia. —Venga ya. ¿Qué es peor que un asesino?

Ella había oído esto antes. La respuesta solía ser una broma, pero quizás no en este caso.

Luca arqueó una ceja. —No lo sé.

—Un defraudador de Hacienda —dijo Ella.

—Bingo. Los clientes para los que trabajamos nos pagan cinco, diez, quince mil por un día de trabajo. ¿Qué trozo de papel vale tanto dinero? Podrías comprar un doctorado por menos.

Luca preguntó: —Entonces... ¿qué?

—¿Por qué alguien pagaría tanto dinero por un certificado? Simplemente voy a las casas de la gente, asignando cifras casi aleatorias a adornos, obras de arte, insectos raros. ¿Crees que estos coleccionistas solo buscan verificación? No, quieren un retorno de esa inversión.

—¿Y?

—Así que pongo una cifra oficial a su estúpido artículo. Cien mil por un jarrón chino, cinco millones por un crucifijo antiguo. Medio millón por unas Air Jordan de 1985, quizás.

Luca se pasó una mano por la cara. Ella permaneció callada, aunque tenía una buena idea de hacia dónde se dirigía esto.

—Vale, ¿y?

—Estos coleccionistas cogen el artículo y, como las almas generosas que son, lo donan a un museo o una galería de arte o lo que sea. Y por supuesto, ese donante luego obtiene una desgravación fiscal por el valor del artículo, que nosotros asignamos.

Ella había visto esto en acción. Donaba ropa vieja y libros a una tienda benéfica un par de veces al año, y unas semanas después, le enviaban un correo diciendo que podía reclamar una deducción fiscal

de unos dos euros. El trato de Thorne era lo mismo, solo que a gran escala.

Luca dijo: —¿Así que por eso huiste? ¿Porque pensaste que descubriríamos tu esquema de fraude fiscal?

Thorne asintió vacilante. —Sí, pero nosotros no defraudamos a Hacienda. Yo, Vanessa y Sarah. Solo ayudamos a otros a hacerlo, y sabía que era cuestión de tiempo antes de que lo descubrierais.

Ella hizo una pausa y mentalmente dio un paso atrás para ver todo el panorama de un vistazo. Gabriel Thorne era un tasador corrupto que sobrevaloraba coleccionables para que los ricos pagaran menos impuestos. Por sus esfuerzos, recibía pagos de cuatro o cinco cifras.

No era un mal timo, y nada de esto era sorprendente. La gente y las empresas habían estado haciendo este truco durante décadas de una forma u otra, y Ella pensó que el mundo del coleccionismo era ideal para ello, ya que el valor se determinaba por factores distintos a la oferta y la demanda. Thorne podía prácticamente poner el número que quisiera a cualquier artículo siempre que fuera único.

Sí, aquí había una clara actividad delictiva, pero Ella no estaba persiguiendo a algún estafador de guante blanco. Estaba buscando a un asesino en serie, y Thorne huyó al mencionarlos en los trasteros.

Luca debía haber seguido la misma línea de pensamiento, porque preguntó: —¿Qué hay de esas baratijas que encontré en tus cajones? Relojes, broches, collares.

La risa de Thorne fue quebradiza. —Vale, no voy a mentirte. Esas cosas son mercancía caliente.

—¿Caliente? ¿Como...?

—Robadas. Mercancía robada. Las cogía y las vendía.

—Eso lo entiendo —dijo Luca—, pero ¿robadas a quién?

—A cualquiera. Mayormente a gente para la que hago tasaciones. ¿Crees que algún viejo rico va a notar que falta un reloj

en su colección? No. Así que simplemente lo cogía.

—¿Por qué?

—No podía evitarlo. Incluso ahora, hay algo en esta gente que... me saca de quicio.

Ella se enganchó en ese comentario. Las posibilidades de que Gabriel Thorne fuera su asesino se habían reducido a la mitad durante el interrogatorio, pero parecía albergar una relación de amor-odio con los coleccionistas para los que trabajaba, y eso lo tenía en común con la persona que mató a Eleanor y Alfred.

—¿Te saca de quicio cómo? —preguntó ella.

Pero antes de que Thorne pudiera responder, la puerta se abrió de golpe con fuerza suficiente para hacer caer polvo de las baldosas del techo. Un Detective Reeves sonrojado y sin aliento estaba en el umbral.

—Agentes. Una palabra. Ahora.

Luca le lanzó a Ella una mirada confusa que también era una pregunta silenciosa. Ella negó con la cabeza ligeramente. Ni idea. Pero a juzgar por la palidez enfermiza del rostro de Reeves, no eran buenas noticias.

—Volvemos en un minuto, Gabe —dijo. Los agentes salieron de la sala de interrogatorios y cerraron la puerta con llave. Ya en el pasillo, Reeves les hizo un gesto para que lo siguieran escaleras abajo.

—No quiero aguaros la fiesta, pero tenemos algo abajo —dijo.

Ella aceleró el paso para mantenerse a su altura. —¿De qué se trata?

Reeves se detuvo a mitad de camino. —Un tío acaba de dejar una máscara.

La espalda de Ella se tensó de repente. —¿Qué tío? ¿Qué tipo de máscara?

—¿La máscara? Ya la veréis. ¿Y el tío? Bueno, digamos que estamos de suerte porque lo tenemos detenido ahora mismo.

CAPÍTULO TREINTA

Mientras Ella seguía al inspector Reeves escaleras abajo y pasaba por delante de recepción, era vagamente consciente de que este nuevo acontecimiento la había distraído de la dolorosa revelación de que Gabriel Thorne probablemente no era su asesino.

Pero aunque parecía estar ante un muro de ladrillos, el destino le había proporcionado una escalera.

El inspector Reeves la condujo a ella y a Luca a un pasillo detrás de la zona de recepción en la planta baja. Se detuvo frente a una puerta.

—Sois los primeros en interrogarle, así que adelante.

—¿Interrogar a quién? ¿Qué demonios está pasando?

Reeves abrió la puerta revelando una pequeña oficina. Justo después del umbral había un agente uniformado, y apoyado contra la pared del fondo estaba un chaval que no podía tener más de diecinueve años. Llevaba puesta una sudadera de los Red Sox tres tallas más grande, y tenía el pelo castaño alborotado que le cubría la mitad de la cara.

Pero fue el objeto sobre la mesa junto a él lo que hizo que el instinto de Ella se activara.

Absorbió la escena en fragmentos. Primero el sospechoso: varón, caucásico, como mucho principios de los veinte. Nervioso pero no aterrorizado. Sin signos visibles de coacción o lesiones. La forma en que su rodilla rebotaba sugería o bien conciencia culpable o estimulación química.

Luego el objeto.

Luca se acercó y lo cogió con dos dedos. Colgaba como un montón informe, pero Ella no podía negar los rasgos reconocibles. Demonios, podría haber sido la cara más identificable de la tierra.

—Joder —dijo Luca.

Tenía razón, porque colgando de sus dedos estaba la cara del mismísimo Señor y Salvador.

Ella buscó rápidamente una explicación, pero no se le ocurrió ninguna. ¿Era esto una burla? ¿Una confesión? ¿Un presagio de lo que estaba por venir, o una pista que llevaba a una escena del crimen que ya les estaba esperando?

—Habla —le dijo Ella al chaval—. Todo. Desde el principio. ¿Cómo te llamas?

—Ryan Wheeler. Iba en bici hacia el viejo astillero de Cedar, cuando este tío me hace señas para que pare.

—¿Cómo te hizo señas? ¿Dónde estaba?

—En su coche —dijo Ryan—. Sacó la cabeza y dijo algo.

—Vale. ¿Y después?

—Me preguntó si quería un trabajo. Al principio dije que no, pero luego me ofreció cien euros por adelantado. No pude rechazarlo.

Ella plantó las manos sobre la mesa. No para intimidar, solo para evitar que temblaran mientras la adrenalina corría por su sistema.

—¿Cuál era el trabajo?

Ryan señaló la máscara con la cabeza.

—Dejar eso en la comisaría y no decir ni una palabra. Dijo que sabríais lo que significaba.

—Descripción. ¿Quién era este tío? ¿Qué aspecto tenía?

—No sé. Un tío normal. ¿Pelo castaño?

—¿Eso es todo lo que tienes? —espetó Ella—. Altura, complexión, ropa, color de ojos, rasgos distintivos, cicatrices, tatuajes. Piensa. Los detalles importan.

El chaval se frotó la cara con una manga que había conocido días mejores.

—Sedán azul. Uno bueno. O sea, caro de verdad.

La mente de Ella se enganchó en ese detalle. El mismo que Dolores había visto frente a la biblioteca.

—¿Matrícula?

—No me fijé. Simplemente cogí el dinero, y la máscara, y me largué de allí.

—Por supuesto que sí. ¿Qué más?

—Vestía camisa blanca, como si acabara de salir de la oficina. El acento era de aquí, y sus manos eran... no sé, raras.

—Define raras.

—Todas suaves. Dedos largos, pero tenía las uñas todas mordidas por los bordes. Como, con trocitos de piel colgando.

El perfil se afinó otra fracción. Manos suaves significaban trabajo de oficina. Las pieles arrancadas sugerían estrés, mala alimentación, demasiadas horas bajo luz artificial. Su asesino vivía en un mundo de papeleo y fluorescentes mientras soñaba con la transformación.

—¿Algo más? Piensa.

Ryan suspiró entre dientes apretados.

—Eso era todo, en realidad.

Luca preguntó:

—¿Este tío no te dio ninguna explicación?

—No. Simplemente me dio un billete de cien y esta máscara y se largó. Ni siquiera me vio entregarla.

—¿En qué dirección?

—Con el astillero a la izquierda.

—Veamos el dinero —dijo Ella.

Ryan sacó con vacilación cinco billetes de veinte de su bolsillo del pantalón. Los desplegó.

—Aquí está.

Ella miró hacia atrás y llamó a Reeves.

—Tendremos que quedarnos ese dinero —dijo Ella.

El chaval apretó los billetes contra su pecho.

—¿Qué? No pueden hacer eso. Es mío.

—Te lo devolveremos, pero necesitamos anotar los números de serie. ¿Hace cuánto fue esto?

—Hace una hora, supongo. Al principio me fui en bici y pensé en tirar la máscara a la basura, pero se me ocurrió que este tío podría ser peligroso, ¿sabes? No sabía si me estaba vigilando o no.

Ella empezó a caminar por la habitación. Intentó trazar patrones de cuadrícula y calcular tiempos de respuesta en su cabeza, pero una hora era demasiado tiempo para conseguir algún tipo de proximidad a este donante anónimo de la máscara. A estas alturas estaría en casa, y dado lo cuidadoso que había sido hasta ahora, Ella sabía que no sería tan estúpido como para quedarse por la zona.

Pero su sujeto desconocido había dado el siguiente paso. Primero había dejado que otra persona descubriera el cuerpo de Eleanor Calloway, luego había informado él mismo de la muerte de Alfred Finch mediante una llamada anónima. Ahora, estaba enviando mensajes directamente a quienes lo perseguían. Fuese quien fuese este individuo, había desarrollado un inesperado gusto por el poder. En este momento, se sentía invencible, y si quería atraparlo, necesitaba jugar con su recién descubierto complejo de Dios.

—Que venga el equipo forense —le dijo a Reeves—. Análisis completo. Y toma su declaración completa.

Reeves acompañó a Ryan fuera de la habitación. Ella se acercó a la máscara y la estudió sin tocarla. No era particularmente cara ni bien hecha, a pesar de la atención al detalle. El tipo de cosa que parecería convincente bajo las luces del escenario pero mostraba sus defectos de cerca.

—Esto no es solo una entrega —dijo Luca—. Es un anticipo.

—Esto no es un anticipo en absoluto. Estas máscaras son parte de su ritual, y no las entregará hasta que ese ritual esté completo. Esto es una visión posterior. Ya llegamos tarde.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Las palabras desencadenaron algo en la mente de Ella, una conexión que debería haber hecho antes. La voz de Gabriel Thorne resonó: Cien mil por un jarrón chino, cinco millones por un crucifijo antiguo...

—Espera un momento. —Señaló al techo—. Lo que dijo Thorne, hace diez minutos.

—Eh... Thorne dijo muchas cosas. Gracias por las pistas allí, por cierto, pero...

—No. Sígueme. Necesitamos hablar con Thorne de nuevo, rápido. —Salió corriendo de la habitación y subió las escaleras—. ¿Hawkins, vienes conmigo?

—Sí. Sigue hablando. —Luca jadeaba subiendo las escaleras detrás de ella. Desde el incendio del granero en Oregon, sus pulmones no habían estado del todo bien, pero mantuvo el ritmo de todos modos.

—Nuestro criminal llevaba una máscara de insecto para matar a un coleccionista de insectos. ¿Qué significa eso?

—Significa que tendría una máscara de Jesús para alguien que colecciona... —jadeó.

—Termina esa frase.

—Jesuses.

Ella llegó al rellano.

—Artefactos religiosos. —Avanzó por el pasillo con la sala de interrogatorios a la vista. El conocimiento de que probablemente ya era demasiado tarde le clavó un puñal en el estómago, pero no es como si pudiera esperar a que se presentara un informe de persona desaparecida. El asesino ya iba un paso por delante, y ella necesitaba alcanzarlo.

—O eso. Pero ¿qué tiene que ver Thorne con esto?

Llegó a la puerta de la sala de interrogatorios y se detuvo con una mano en el pomo.

—Porque no solo Thorne sabe más sobre los coleccionistas locales que nosotros, sino que dijo algo antes. Algo en lo que me voy a centrar. Vamos.

Empujó la puerta con tanta fuerza que hizo que el espejo bidireccional temblara en su marco. Thorne dio un respingo en su silla como si alguien le hubiera pinchado con una vara eléctrica.

—Pensaba que ya había visto lo último de ti —dijo.

Ella plantó los puños en la mesa.

—Coleccionistas religiosos. ¿Cuántos hay en Chesapeake?

—¿Qué? ¿Coleccionables religiosos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Haz menos preguntas —dijo Ella—. Antes, dijiste que habías tasado un crucifijo por cinco millones de euros. ¿Para quién era?

La cara de Thorne se transformó en una máscara propia, la expresión en blanco particular que significa que alguien está sopesando las consecuencias contra la conciencia.

—Esa es información privilegiada. Confidencialidad del cliente.

—Tu confidencialidad del cliente termina donde comienza mi recuento de cadáveres. —Ella se inclinó hasta que pudo ver su reflejo fracturado en sus pupilas—. ¿Realmente quieres obstruir una investigación federal? Porque ya te tenemos por varios cargos, y podemos añadir unos años más a esa condena si quieres.

—Firmé acuerdos de confidencialidad. Serios. —El sudor le perlaba el labio superior—. Esta gente, son paranoicos con la seguridad. Con quién sabe lo que tienen.

—Los coleccionistas muertos no pueden demandar por incumplimiento de contrato. Pero yo puedo hacer de tu vida un

infierno especial.

La boca de Thorne trabajaba como un pez en tierra.

—Estás faroleando.

—No serías la primera persona que he metido en Red Onion Supermax, y créeme, a los pandilleros de allí les encanta un defraudador fiscal.

Más cálculos parpadearon detrás de los ojos de Thorne. El hombre vivía en un mundo de números; tasaciones infladas y deducciones fiscales fraudulentas. Todo tenía un precio, incluso la moralidad.

—Hay acuerdos de confidencialidad. Papeleo. Mis clientes confían en mí para todo. No puedo simplemente...

Luca intervino:

—Así que sí conoces a un coleccionista religioso.

Algo finalmente se fracturó. Ella vio ese momento preciso cuando la autopreservación triunfó sobre la ética profesional.

—Está bien. —La palabra salió como si doliera—. Hay un coleccionista importante. Tiene una de las mayores colecciones privadas de artefactos religiosos del mundo.

—Nombre y dirección. Ahora.

—Joseph Carpenter. No sé el nombre de la calle, pero vive en la mansión frente a la Iglesia de San Miguel. Su colección está en el sótano, por lo que recuerdo.

Ella se estaba moviendo antes de que muriera la última sílaba. Tenían un nombre. Tenían una ubicación.

—Avisa —le espetó a Luca—. Consigue a Reeves, consigue refuerzos, consigue a cualquiera con una placa y pulso. Quiero esa casa rodeada hace cinco minutos.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Ella subió a la acera frente a lo que esperaba fuese la casa de Joseph Carpenter, el coleccionista de artefactos religiosos residente en Chesapeake, según su antiguo sospechoso principal. Se detuvo en seco y examinó la calle. A su lado, Luca comprobó de nuevo su arma.

La Iglesia de San Miguel se encontraba al otro lado de la calle. Unas veinte personas esperaban frente a las puertas cerradas, todas abrigadas con bufandas, impermeables y gorros de lana. Ella recordó rápidamente que en los últimos años, solo los asesinatos la habían llevado a las iglesias. No la devoción. Ni siquiera los villancicos navideños.

Luca preguntó:

—¿Qué hacen esos tíos esperando?

—Ni idea, pero las posibilidades de hacer esto discretamente son prácticamente nulas.

Dos coches patrulla aparcaron detrás de ellos, atrayendo todas las miradas de la calle. Un dolor agudo recorrió la pierna de Ella mientras se esforzaba por salir del asiento del conductor, pero el dolor no era más que la forma que tenía el cuerpo de llevar la cuenta, y ahora mismo tenía problemas más graves que su informe personal de daños. Cuatro agentes salieron de sus vehículos, incluido Reeves.

—Reeves, ¿puedes ver qué pasa con esa gente? No quiero que se acerquen a la escena si es lo que pensamos.

—Voy a ello —Reeves chasqueó los dedos y envió a sus agentes uniformados a la tarea.

—Chicos, estad atentos a cualquier persona... sospechosa. Nuestro hombre podría estar entre ellos —añadió Ella.

Los agentes uniformados cruzaron la calle, dejando a Ella, Luca y Reeves solos. Ella examinó la mansión mientras Luca hacía su propia evaluación de amenazas a su lado. El lugar era un corte de mangas a la contención arquitectónica: tres pisos de exceso victoriano que se clavaban en un cielo que rápidamente se tornaba negro. Los canalones de cobre captaban los primeros destellos de luz lunar, y unos setos con forma de cruz bordeaban un camino de grava que claramente se mantenía a diario.

Ella dijo:

—Vamos. Entremos.

Lideró el camino por el sendero y se encontró con una puerta principal sacada directamente de una prisión de máxima seguridad. Ella presionó una mano contra ella y sintió una chapa de caoba envuelta alrededor de un núcleo de acero.

—Alguien está compensando algo —dijo Luca.

La puerta se movió ligeramente en su marco cuando ella empujó, lo que le indicó que no estaba asegurada hasta los topes. Buenas noticias.

—Es solo para aparentar —dijo ella—. Solo hay una cerradura sujetando esto. Apartaos.

Dio un paso atrás y se preparó, lista para presentar su bota a la puerta. Antes de que pudiera golpear, uno de los agentes uniformados se acercó corriendo, sin aliento.

—La gente frente a la iglesia está esperando a Carpenter. Es el sacerdote. Al parecer, abre a las 5 de la tarde todos los días laborables.

—Así que lleva media hora de retraso —dijo Reeves.

El peor escenario posible se precipitó en la mente de Ella, pero lo apartó a un lado. Primero obtén los hechos, luego rellena los huecos.

—Entonces tenemos motivos para entrar. Vamos.

Ella se lanzó hacia adelante y plantó su bota contra la cerradura. El dolor se disparó por su pierna desde sus quemaduras, pero la puerta permaneció obstinadamente unida a sus soportes. Hizo una mueca mientras el dolor envolvía sus terminaciones nerviosas. Una pesada losa de acero como esta debería haber arrancado la cerradura del marco sin problemas.

—Me toca —dijo Luca.

Ella apenas se había apartado cuando la bota de Luca encontró el mismo punto. Siguió otra patada, y luego el sonido de madera astillándose. Al otro lado, el metal chocó contra el suelo. Luca empujó la puerta con el hombro para abrirla.

—Adelante —dijo.

Ella entró primero con su Glock en alto. La adrenalina golpeó su torrente sanguíneo como nitro quemando combustible. Su corazón martilleaba a doble velocidad contra sus costillas mientras recorría el vestíbulo.

—¿Joseph? —gritó—. FBI.

Nada. Solo el silencio particular que significaba que no había nadie en casa, o que ya no podían responder. Detrás de ella, las botas rasparon la madera mientras la caballería entraba.

—Ella, la puerta del sótano está abierta —llamó Luca desde algún lugar detrás de ella—. Ahí es donde Thorne dijo que este tío tenía su colección.

La parte racional de su cerebro —la parte que escribía informes y testificaba en los tribunales— catalogó los hechos: Sacerdote desaparecido. Puerta forzada. Sótano accesible. Pero la otra parte, la que aún se despertaba sudando por las pesadillas de casos anteriores, ya estaba pintando imágenes en su cabeza.

Su asesino había colocado a Eleanor como una muñeca, había clavado a Alfred como un insecto.

Entonces, ¿qué les esperaba aquí?

En la pared junto a la puerta del sótano, vio un panel de seguridad.

—Salón despejado —llamó uno de los agentes uniformados.

—Cocina despejada —dijo otro.

Eleanor y Alfred habían sido dejados junto a sus colecciones, y Ella no tenía dudas de que aquí ocurría lo mismo.

Era hora de ver qué les esperaba. Le hizo un gesto a Luca, y él empujó la puerta del sótano para abrirla. Las escaleras descendían hacia un estallido de luz naranja en la base.

Ella fue la primera. Los peldaños de madera crujieron bajo sus botas. Los edificios antiguos siempre protestaban cuando los vivos venían a recoger a sus muertos. Su dedo recorrió el guardamonte de su Glock mientras la memoria muscular luchaba contra la enfermiza certeza de lo que podría encontrarse más adelante.

Trece escalones abajo. Los contó sin querer, su mente aferrándose a cualquier detalle que pudiera mantener a raya lo inevitable. Al llegar al final, la sala de colección se abrió ante ella como una catedral retorcida.

Artefactos religiosos abarrotaban el sótano de pared a pared. Vitrinas de cristal del suelo al techo repletas de objetos de fe. Cruces doradas captaban la luz y la devolvían distorsionada. Libros antiguos yacían abiertos mostrando páginas iluminadas, y relicarios tachonados de piedras preciosas la observaban desde detrás de sus vitrinas.

Entonces su corazón se le cayó a los pies cuando sus ojos encontraron la pieza central de este santuario subterráneo.

Porque en el centro de esta capilla privada dedicada al exceso y la obsesión se arrodillaba lo que solía ser Joseph Carpenter.

El cuerpo estaba de espaldas a ella, desnudo y en posición de eterna oración. Los codos descansaban sobre una silla de madera mientras las manos se entrelazaban en súplica permanente. Pero fue su espalda lo que le revolvió el estómago a Ella.

Tiras de piel habían sido cuidadosamente despegadas desde los omóplatos hasta las caderas y fijadas en su posición, creando lo que a Ella le parecían alas de ángel. La sangre se había secado adquiriendo el color del óxido, y cada capa había sido dispuesta para imitar plumas.

Su coleccionista de coleccionistas se había superado a sí mismo.

Detrás de ella, botas rasparon el hormigón mientras el resto del equipo la alcanzaba.

Luego silencio mientras asimilaban la escena.

—Joder —dijo Reeves como si su alma intentara escapar de su cuerpo—. Creo que voy a vomitar.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Hace cinco años, la vida del Coleccionista cambió por un pisapapeles.

Recordaba estar sentado en aquella reunión rodeado de hojas de cálculo y diapositivas de PowerPoint que mostraban el éxito de otros. Esa arpía acababa de volver de París y había colocado una pequeña cúpula de cristal sobre la mesa de conferencias. Era una de esas bolas de nieve para turistas que contenía una miniatura de la Torre Eiffel.

—Cristal auténtico —había dicho, como si eso lo convirtiera en algo más que baratijas producidas en serie—. De una tiendecita encantadora cerca de Montmartre.

Los demás habían arrullado y la habían pasado de mano en mano mientras contaban sus propias historias sobre vacaciones europeas y compras de lujo. Mientras tanto, él se había quedado sentado con su traje de confección, viéndoles manosear ese trozo de falsa sofisticación de cinco euros como si fueran las Joyas de la Corona.

Entonces ella se dio cuenta de que la estaba estudiando y dijo:

—¿Quieres cogerla?

El Coleccionista había declinado.

Pero entonces la misma mujer dijo:

—No pasa nada. Hay gente que colecciona. Otros simplemente trabajan para nosotros.

Las palabras aún le quemaban, incluso ahora. Algunos simplemente trabajan aquí. Como si la existencia fuera binaria. Los que poseían cosas hermosas y los que meramente orbitaban alrededor de ellas.

Seguramente lo había dicho en broma, pero la risa aún le quemaba cinco años después. Sin embargo, esa mujer le había enseñado algo valioso ese día. La gente respetaba más lo que poseías que quién eras.

Ahora estaba de pie en su apartamento, contemplando su última adquisición con la satisfacción particular de alguien que había aprendido bien esa lección. Acunaba el preciado crucifijo de Joseph Carpenter como si fuera el mismísimo Santo Grial. Cinco millones de euros de artesanía medieval, hueso humano de la época en que supuestamente Jesús caminó por la tierra.

Sobre el papel, ahora era multimillonario, pero el dinero era secundario, y no es que pudiera vender este crucifijo. La gente lo estaría buscando, y no solo la policía. Todos los hombres y mujeres santos del mundo matarían por poner sus manos en esto, desde las iglesias locales hasta los museos y el maldito Vaticano. Y si lo encontraran entre sus posesiones, sabrían que fue él quien mató a Joseph Carpenter.

El Coleccionista pasó un dedo por la antigua madera, la superficie picada contando una historia de siglos. Fe, sangre, salvación. Todas las cosas por las que los hombres mataban desde tiempos inmemoriales. Todas las cosas que él tomaba sin piedad ni remordimiento.

Pero tuvo que tomarse un momento para recordarse la causa, porque su obsesión con los coleccionistas y sus prestigiosos objetos había comenzado mucho antes, mucho antes de que esa arpía del trabajo le quemara con sus palabras desdeñosas.

Érase una vez, era solo un crío escuálido merodeando por la casa de empeños de su viejo. Los peces gordos entraban pavoneándose con sus elegantes colecciones y aires de entendidos. Cómicos protegidos en fundas de plástico. Monedas y cromos de béisbol intercambiados como códigos de lanzamiento nuclear. Y las joyas... joder, podrías ahogar a un país del tercer mundo en los diamantes y el oro que esos capullos traían.

Su viejo, ese cobarde asqueroso, arrastrándose y haciendo reverencias. "Sí señor" y "no señor" y "quizás pueda darle un diez por ciento por encima del mercado". Todo por el privilegio de manejar los juguetes de algún rico gilipollas durante unos minutos sudorosos.

Pero esos coleccionistas, caminaban diferente, hablaban diferente. Como si no fueran solo hombres sino reyes otorgando atención benevolente a las masas mugrientas. La gente los miraba con algo más allá del respeto, algo más cercano a la adoración, como si estos tipos hubieran sido tocados por los dioses de los ingresos disponibles.

Lo había visto, incluso entonces. El poder de poseer algo que otros hombres solo soñaban con tener.

Sus ojos se desviaron hacia la vitrina que ya albergaba a Margaret la muñeca y la monstruosidad de araña de Alfred. Una santa trinidad de obsesión humana allí mismo en su agujero podrido de apartamento. Baratijas que abarcaban siglos, que valían más de lo que jamás ganaría esclavizándose en su cubículo día tras día.

El Coleccionista ajustó su posición en la vitrina por cuarta vez en esa hora. Tenía que estar justo en su sitio, tenía que establecer el diálogo adecuado con la muñeca de Eleanor y la araña de Alfred. Cada pieza contaba su propia historia, pero juntas formaban algo más grande. Una colección que transformaba la mera posesión en arte.

Sus manos temblaban ligeramente mientras cerraba la puerta de cristal. Probablemente por la caída de adrenalina, o tal vez solo los temblores familiares que venían después de la creación. El recuerdo de la cara de Joseph Carpenter cuando se puso la máscara por primera vez aún le hacía sonreír. El viejo farsante se había persignado, como si estuviera presenciando una intervención divina en lugar de su opuesto.

Pero las alas. Esas hermosas alas elaboradas con lienzo vivo. Habían resultado mejor de lo que había imaginado durante todas esas noches de planificación. Había dudado en violar la carne, pero

Joseph Carpenter merecía una despedida acorde a un hombre de su carácter.

Porque aunque la policía probablemente pensara lo contrario, el Coleccionista no odiaba a Eleanor, Alfred o Joseph. En realidad, sentía cierto respeto por los coleccionistas que había matado, pues eran de una calaña diferente a la habitual. No eran solo personas ricas y aburridas acaparando todo el oro que pudieran conseguir. Sus colecciones formaban parte de sus identidades. Puede que hubieran destilado sus esencias en posesiones materiales, pero aun así lograban despojarse de toda pretensión en el proceso.

Y eso era lo que él mismo anhelaba.

Sonó su teléfono, pero probablemente era otro correo del trabajo. Parecía que la noticia ya se estaba extendiendo y, a juzgar por la conversación de su grupo de WhatsApp, los federales ya habían llegado a Chesapeake. Alguien había dicho que les habían visto por el barrio histórico, lo que significaba que quizás ya habían visitado el Curated Value Group.

Daba igual. Para cuando lo descubrieran, su galería estaría completa porque su objetivo final moría mañana.

Y el coleccionista de mañana era una auténtica rareza en este juego, incluso según él mismo reconocía. Este coleccionista tenía algunas piezas únicas. No tan valiosas como las de Joseph, pero igual de fascinantes. Era el tipo de cosas por las que otros matarían —y habían matado—, y él estaba más que dispuesto a complacerles.

Otro cuerpo, otra máscara, otro premio. Era una pena que esto tuviera que acabar tan pronto, porque ahora por fin empezaba a sentir que había perfeccionado el ritual. Pero la transformación parecía estar cerca de completarse, y hacer esto durante más tiempo del necesario era un riesgo que no necesitaba correr.

Los ojos del Coleccionista se desviaron de nuevo hacia sus herramientas. Tenía que prepararse para la caza. Necesitaba hacerlo bien esta vez. Cubrir sus huellas. No más allanamientos de alto riesgo. No más burlas a la policía con las caras de su fracaso. Solo una recolección limpia y eficiente. Entrar y salir como un bisturí.

Borró los correos de su teléfono sin leerlos. Ese mundo pertenecía a otra persona: el hombre invisible que movía papeles y comía solo. Pero ese hombre estaba muriendo poco a poco, desprendiéndose de su vieja piel víctima a víctima. Pronto, no quedaría nada de él. Solo la colección y el coleccionista. Solo los momentos perfectos conservados tras el cristal.

Después de todo, algunas personas eran coleccionistas.

Eso es lo que ella había dicho.

Y mañana, se lo recordaría.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

El mundo de Ella se había reducido a esta bóveda subterránea donde alguien había intentado darle alas a un hombre, y llevaba tanto tiempo mirando las alas ensangrentadas de Joseph Carpenter que habían empezado a difuminarse. El sótano bullía de actividad mientras los equipos forenses trabajaban siguiendo sus protocolos, pero ella permanecía inmóvil en el centro de la tormenta.

Su cerebro seguía dando vueltas a las mismas preguntas: ¿qué significaba todo esto? ¿Significaba algo siquiera? ¿O simplemente estaba mirando piel desollada y una columna vertebral visible? Este asesino había pasado una hoja por la carne de este pobre hombre y había tallado unas alas que se extendían casi dos metros en cada dirección. ¿Podría descifrar lo que este asesino quería si miraba lo suficiente, o se trataba de un sadismo vacío sin ningún mensaje detrás?

La mano de Luca encontró su hombro, y su contacto transmitía un voltaje que ella no podía procesar del todo. El contacto se sentía extraño, como si su piel hubiera olvidado cómo interpretar el calor humano.

—Ell, no te has movido en una hora —dijo Luca.

¿Había pasado tanto tiempo? De repente sus piernas recordaron que estaban unidas a quemaduras que no habían sanado del todo. El dolor volvió como si hubiera estado esperando una invitación.

—Solo... pensaba —dijo ella.

—Ya lo veo. ¿Estás bien?

La pregunta tocó un nervio que ella no quería examinar. Su discusión fuera de la sala de interrogatorios aún resonaba en su cabeza. Todo eso sobre que ella estaba celosa, sobre no dejarle tener sus victorias. Tal vez tenía razón. Tal vez ella no era más que

otra coleccionista, aferrándose desesperadamente a algo que ya no era realmente suyo.

—No lo sé. ¿Lo estás tú?

—No realmente —dijo Luca señalando un pequeño montón de cristales rotos en la esquina de la habitación—. Nuestro tipo se ha mantenido fiel a su ritual. Se llevó otro objeto. Lo rompió directamente de la vitrina.

Ella había registrado el montón de cristales pero no le había prestado mucha atención. Ahora que miraba, el compartimento superior de una vitrina de cristal estaba notablemente vacío.

—Se llevó su posesión más preciada. Quizás era el crucifijo que mencionó Thorne.

—Podría ser.

Un técnico forense gritó algo sobre el análisis de salpicaduras de sangre. Alguien más mencionó heridas defensivas, o más bien, la falta de ellas. Joseph no se había defendido. Al igual que Eleanor. Al igual que Alfred. Su asesino tenía una forma de hacer que la gente fuera complaciente antes de transformarlos en coleccionables humanos.

Coleccionables humanos, repitió en su cabeza.

—Trajo sus herramientas de nuevo, y claramente sabe cómo usarlas —dijo ella.

—No me digas —dijo Luca—. Esto es una carnicería, pero está lejos de ser quirúrgico. Mira esos cortes. Realmente se ensañó ahí.

—Lo más probable es que usara una hoja serrada. Cualquiera con experiencia sabe que hay que usar un filo liso para cortar la piel. Podemos descartar carnicero o cirujano como profesión.

—Sería un pésimo tatuador.

—Hawkins —espetó Ella—. ¿No puedes dejar de bromear ni por un segundo? Esto es una maldita escena del crimen.

Su compañero dio un paso atrás sorprendido. Un flash de cámara iluminó brevemente el sótano, captando el oro y la plata en

las vitrinas.

—¿Sigues enfadada conmigo por lo de antes?

—No, es solo que...

—Bueno, perdón por intentar hacerte sonreír, por una vez.

Ella sabía que solo intentaba cuidar de ella. Sabía que se preocupaba, a su manera emocionalmente torpe. Pero ahora mismo, su preocupación se sentía como papel de lija sobre una quemadura solar.

—¿Qué quieres que te diga? —mantuvo la voz baja, consciente de los ocasionales uniformados que aún rondaban por allí—. ¿Que tenemos a un tipo que está matando a una persona al día? ¿Que tenemos tres cuerpos y una mierda para seguir? Sí, este criminal está en mi cabeza. ¿Contento?

—Que esté en tu cabeza está bien. El problema es dejar que se instale y redecore.

—¿Qué se supone que debo hacer? Algunos de nosotros no podemos simplemente desconectar y fingir que no hay un hombre muerto con alas de ángel en la esquina —su voz atrajo más atención de la que pretendía. Algunos pares de ojos se volvieron hacia ella.

—No puedo hacer nada al respecto. Incluso si hubiéramos hecho todo bien, esto podría haber pasado igualmente. Estás haciendo esa cosa en la que crees que puedes salvar a todo el mundo.

Los puños de Ella se cerraron a sus costados. Era un esfuerzo no empezar a golpear.

—¿Estás diciendo que no puedo manejar esto?

—¡Estoy diciendo que nadie podría! —Luca lanzó una mirada significativa a lo que quedaba de Joseph Carpenter—. No somos mágicos. Tal vez deberías dar un paso atrás antes de ahogarte porque sé cómo eres cuando estás frustrada.

—¿Sabes cómo soy? ¿En serio?

Luca parecía querer discutir. Como si mantenerla cuerda fuera un juramento que había hecho con sangre. Pero también conocía sus señales mejor que nadie, y claramente sabía cuándo ella había llegado a ese muro de pura terquedad que ninguna cantidad de discurso razonable podía romper.

Exhaló lentamente por la nariz. Cediendo terreno pero sin rendirse. Aún no. —Solo recuerda salir a tomar aire de vez en cuando. Estoy aquí fuera con un salvavidas cuando lo necesites. ¿Por qué no vuelves?

—¿Volver? ¿Adónde? ¿A casa?

Luca se quedó helado. —¿Quieres volver a casa?

Ella sintió las palabras de Luca como una bofetada. ¿Volver? ¿Abandonar la escena antes de que hubieran siquiera embolsado el cuerpo? La sugerencia le hizo hervir la sangre. Quizás esta era su manera de apartarla con sutileza. El "no eres tú, soy yo" del protocolo de la escena del crimen.

—¿Me estás diciendo que debería, qué, tomarme un respiro mientras tú te encargas de los asuntos importantes?

La mandíbula de Luca se movió como si estuviera masticando físicamente cada palabra antes de dejarla salir.

—Eso no es... Joder, Ell. Me refería a volver a comisaría. Hablar con Thorne, decirle que oficialmente está fuera de esto.

—No, tienes razón. Quizás debería volver a Washington. Ya que, por lo visto, estoy estorbando.

—Eso no es lo que...

—Porque está claro que solo estoy en medio. Otra agente superior celosa que no puede dejar que el novato despliegue sus alas.

Todas las caras de la habitación se volvieron hacia ella. La ira en sus venas se apagó, pero la vergüenza se apresuró a llenar el vacío.

—Magnífica elección de palabras, Ell —dijo Luca.

Se giró hacia las escaleras, ignorando las miradas del equipo forense.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Iré a decirle a Thorne que es inocente. Tú encárgate de todo aquí. Ya que lo tienes todo resuelto.

—Ella, espera...

Dijo algo más, pero el zumbido en sus oídos lo ahogó.

Lo peor de todo esto es que Luca probablemente tenía razón. Sobre Thorne, sobre que ella necesitaba aire, sobre todo. Pero ahora mismo, eso solo lo empeoraba.

No porque no quisiera que él tuviera razón. Qué narices, no le importaba tener razón. Solo quería que alguien se equivocara con ella, quería que alguien compartiera la oscuridad en lugar de arrastrarla a la luz.

Llegó a la puerta principal a toda velocidad y dejó que la noche de diciembre la engullera por completo. Que Luca tuviera su escena. Que jugara a ser agente superior por un rato.

Ella tenía su propia teoría que perseguir.

Coleccionables humanos.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

La comisaría funcionaba con personal mínimo a estas horas. La mayoría de los oficinistas se habían marchado hacía rato, y ahora Ella podía oír el chirrido del carrito del conserje en algún lugar del laberinto de pasillos. Pero aparte de eso, estaba sola con sus pensamientos, y no eran buena compañía esta noche.

Su despacho se sentía demasiado pequeño. Las paredes la oprimían mientras su mente daba vueltas imaginando desastrosos escenarios sobre lo que el asesino podría estar planeando a continuación. Tres cuerpos en tres días. Cada uno escenificado de forma diferente. A cada uno le faltaba algo valioso de su colección.

Había llamado a Edis para contarle cómo todo se había descontrolado, y él había suspirado de esa manera derrotada que le dolía más que cualquier palabra dura. Ahora, su móvil yacía oscuro y silencioso sobre el escritorio. Sin mensajes. Sin llamadas perdidas. Sin ninguna señal de que a Luca le importara dónde estaba o qué hacía. No es que lo culpara. Se había portado como una auténtica arpía en casa de Carpenter, y había dejado que su frustración envenenara lo que debería haber sido un desacuerdo profesional.

Un golpe seco la sacó de sus pensamientos. Levantó la mirada cuando Reeves asomó la cabeza por la puerta. Su cara de perro apaleado mostraba una expresión de "comprensión con posibilidad de lástima".

—Hola —dijo, quedándose en el umbral como si no estuviera seguro de ser bienvenido—. Pensé que aún estarías aquí.

Ella esbozó una débil sonrisa. —Siempre estoy aquí.

—¿No tienes un hogar al que ir?

—No por estos lares. ¿Y tú?

—Tengo un hogar, pero cuanto más tiempo paso fuera, más difícil se me hace volver.

—¿Por qué?

Reeves se acomodó en la silla frente a su escritorio. —Ni yo mismo estoy seguro de entenderlo. Llevo casado 22 años. Tengo dos hijas adolescentes. Están dormidas cuando llego, y se han ido cuando me levanto. A veces me siento como un extraño en mi propia casa.

La misma historia, detective diferente. Era un requisito universal para cualquiera en la policía estar casado con el trabajo, aunque nadie se lo pidiera.

—¿Por qué no te vas antes a casa?

Reeves se rio. —Sí, yo digo lo mismo a todos los del turno de día. Es gracioso, ¿no?, cómo nunca seguimos nuestro propio consejo.

Ella reprimió una risa. —Cierto.

—Antes de deprimirte más, solo te diré que el equipo terminó en casa de Carpenter hace una hora. Forense podría tener algo para mañana.

—¿Alguna huella?

—Adivina.

—Me lo imaginaba. ¿Sabes dónde está Hawkins?

—¿Hawkins? Ni idea. Se fue al mismo tiempo que nosotros.

Claro, no había vuelto aquí. Claro que finalmente había llegado a su límite, había tirado la toalla, había decidido que ella no merecía el esfuerzo después de todo. Se lo había dicho prácticamente, ¿no? Se lo había escupido como ácido. Nunca sabes lo que tienes hasta que lo apartas con ambas manos.

—Fui bastante arpía con él —admitió.

—¿Bastante?

—Vale, fui una arpía total con él. Siento haber montado una escena.

Reeves sacó su móvil. —Ese es asunto tuyo, pero si quieres animarte, al menos tengo buenas noticias. ¿Recuerdas esa orden judicial que estábamos esperando? ¿La de los registros de la empresa de Vanessa Blackburn?

Ella se enderezó. —¿Llegó?

—El alcalde la agilizó personalmente. Supongo que encontrar a un cura muerto en su sótano llama la atención en las altas esferas —señaló su portátil—. Debería estar en tu correo. Acceso completo a registros de empleados, archivos de clientes, todo. Vanessa debe estar que trina ahora mismo.

Ella revisó su bandeja de entrada, y ahí estaba. Orden judicial federal con todos los aderezos, firmada y sellada por alguien lo suficientemente importante como para tener su propia plaza de aparcamiento en el ayuntamiento.

—Vaya. Por fin algo sale bien.

—Supongo que el lugar está cerrado ahora, pero mañana a primera hora...

Mañana. Joder. Se sentía interminablemente lejos y a la vez al alcance de la mano. Mil años y nada de tiempo para finalizar su asalto al mundo de las tasaciones del antro de ladrones más respetable.

Pero si esto era lo más parecido a una alineación cósmica que iban a conseguir, Ella lo tomaría.

—Pero no te emociones demasiado. El laboratorio examinó la máscara y los billetes que entregó el chico. No hay ADN ni cabellos en la máscara, y los billetes no son consecutivos, así que no salieron de un cajero.

—No me sorprende. Nuestro tipo es demasiado bueno para cometer errores de novato como ese —dijo Ella.

—Sí. El forense ha confirmado que la estrangulación manual mató a Eleanor y Alfred, y los resultados preliminares dicen lo mismo del reverendo Joe. La hora de la muerte fue alrededor del mediodía de hoy, lo que significa...

—Que Gabriel Thorne no es nuestro hombre.

—No a menos que pueda teletransportarse.

Ella asintió, pero su mente ya iba más allá. Mañana desarmarían el Grupo Curated Value, escudriñarían cada archivo y registro hasta encontrar la conexión entre sus víctimas. Quizás entonces podría empezar a darle sentido a lo que no lo tenía.

—Tal vez deberías soltar a Thorne —continuó Reeves—. El pobre lleva horas en interrogatorio.

—¿Quieres acusarlo de algo?

Reeves suspiró desanimado. —¿Como qué? ¿Resistencia a la autoridad? ¿Intención de destruir propiedad? No podemos detenerle por su pequeño plan de evasión fiscal porque no es ilegal.

Buen punto. Por la misma razón, Thorne tampoco había puesto una mano encima a Ella o Luca, así que no podía acusarle de agredir a un agente federal. Dada su cooperación, quizás era más sencillo dejarle marchar.

—¿Quieres hacer tú los honores o los hago yo?

—Todo tuyo —dijo Reeves apartándose de su escritorio y dirigiéndose hacia la puerta, pero se detuvo en el umbral, medio dentro, medio fuera—. Por cierto, Hawkins parecía un perro apaleado después de que te fueras hecha una furia.

Ella sintió que se le encogía el corazón. —¿En serio?

—Sí. Creo que no te das cuenta de la suerte que tienes de trabajar en este empleo con alguien a quien quieres.

La observación se le clavó como un puñal entre las costillas. —Lo sé.

—Intenta no quedarte aquí toda la noche. Los asesinos en serie seguirán ahí por la mañana.

—Eso es lo que me temo.

Entonces Reeves se marchó. Ella esperó hasta que sus pasos se desvanecieron antes de soltar el aire que había estado conteniendo. El hombre tenía razón, maldita sea. Luca merecía algo mejor que sus celos y problemas de control. En la próxima ocasión, iba a disculparse como nunca antes lo había hecho.

Pero por ahora, tenía trabajo que hacer.

Empezando por el delincuente de guante blanco sentado en la sala de interrogatorios.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

—Señor Thorne, tengo buenas noticias —dijo Ella.

La cabeza de Gabriel Thorne se balanceó hacia atrás, como si la intrusión de Ella fuera una violación inoportuna de la siesta que estaba echando hasta que ella entró.

—Eso espero. Llevo aquí todo el día —dijo.

La mesa entre ellos estaba llena de vasos de espuma y envoltorios de sándwiches. Al menos los chicos le habían estado cuidando mientras ella estaba fuera.

—¿El coleccionista que nos indicó? ¿Joseph Carpenter? Acabamos de encontrarlo muerto, y según las pruebas preliminares, la hora de la muerte fue alrededor del mediodía de hoy —dijo Ella.

Thorne se frotó los ojos para quitarse las legañas y se espabiló de golpe.

—¿El padre Joe? ¿Muerto? —preguntó.

—Sí. ¿Le conocía?

—Más o menos. Sabía de él. Todo el mundo lo conocía.

—¿Fue usted quien tasó su colección?

Thorne negó con la cabeza.

—No.

—¿Quién lo hizo?

—¿Una colección como esa? Vanessa se empeñó y lo hizo ella misma.

—Entonces, ¿cómo sabía que su colección estaba en el sótano?

—Las noticias vuelan. Es como un chiste en nuestro mundillo. Vale más que el sótano de Carpenter. ¿Sabes? Vanessa dijo que tenía algunos huesos de Jesús allí.

Ella estudió la obra maestra púrpura que el puño de Luca había pintado en la cara de Thorne. La hinchazón había bajado, pero los colores se habían intensificado, como una puesta de sol en tejido humano.

—Bien, dado que Joseph Carpenter fue asesinado alrededor de la hora en que yo le perseguía por el U-Stor, parece poco probable que usted sea responsable de estos asesinatos —dijo Ella.

Thorne parpadeó sorprendido.

—Vaya. Bueno, esto es ciertamente agri dulce. Te lo prometo, no soy un asesino.

—Lo sé, Gabriel. He pasado suficiente tiempo con asesinos como para reconocer a uno cuando lo veo. Puede que sea un evasor de impuestos, un ladrón de poca monta, quizás el peor escapista del mundo. Pero no es un asesino.

Un destello de esperanza brilló en sus ojos.

—Estoy... extrañamente agradecido por eso. Entonces, ¿puedo irme?

Ella se encogió de hombros en señal de derrota.

—Parece que sí.

—¿Qué pasa con los... otros cargos?

—Le he contado al detective Reeves sobre sus hazañas, y si quiere llevar las cosas más allá, es su decisión. Pero yo no tengo necesidad de retenerle aquí.

Thorne asintió aliviado, pero para su sorpresa, permaneció sentado.

—Gracias, pero mire, ¿hay algo más en lo que pueda ayudarle? Quizás no se dé cuenta, pero no me gusta la idea de que alguien esté matando a coleccionistas.

—¿Porque podría ser un objetivo potencial?

Los hombros de Thorne se cuadraron, como si la idea de que él fuera un coleccionista le ofendiera.

—Por favor, yo no soy uno de ellos. No me interesa ese mundo. Solo les ayudo a pagar menos impuestos.

—Entendido. No conocerá a nadie en su mundo que conduzca un sedán azul, ¿verdad? ¿O que se pele la piel de los dedos?

La confusión arrugó su frente.

—No. Es decir, Sarah conduce un Prius, pero es rojo. Y Vanessa tiene un coche alemán lujoso. Negro, creo. Nadie con un coche azul que se me ocurra.

—Ya veo —Ella asintió, archivando otro callejón sin salida en el armario cada vez más grande de cosas que no cuadraban—. Supongo que eso es...

Pero entonces algo encajó. Un detalle que había estado dando vueltas en su cabeza finalmente encontró su lugar. Como ese momento en que recuerdas dónde dejaste las llaves, excepto que estas llaves podrían desbloquear la psicología de un asesino.

—Espere un segundo. Antes, dijo algo sobre los coleccionistas. Que le enfurecían.

—Sí, lo hacen —La voz de Thorne llevaba un trasfondo de amargura que pareció sorprenderle incluso a él—. Más de lo que probablemente entienda.

—Pruebe.

La cara de Thorne se retorció como si hubiera mordido algo rancio.

—Son estos imbéciles presuntuosos que coleccionan cosas hermosas e increíbles y luego, ¿qué? Las encierran como si estuvieran guardando algún tesoro sagrado. Rodean estas cosas con sus brazos como si fueran el último caballo fértil del establo, ¿y para qué? ¿Para sentirse especiales?

—Y usted odia eso.

—No tiene ni idea. Esta gente cree que poseer cosas les hace mejores que los demás. Como si tener el dinero para comprar algo raro de alguna manera les elevara por encima del resto de nosotros.

—¿Así que por eso roba sus baratijas? ¿Redistribución de la riqueza?

—Sí. No —La cara de Thorne se contorsionó con algo que parecía vergüenza—. Quiero decir, tal vez al principio. Pero es más complicado que eso.

—Explíquemelo —Ella mantuvo su voz neutral, pero su mente ya estaba ensamblando piezas de un rompecabezas psicológico—. Porque esto es lo que no entiendo: odia a los coleccionistas por acaparar cosas, pero luego se queda con lo que roba. Ese cajón en su oficina es prácticamente una colección en sí misma.

Los hombros de Thorne se hundieron como si el peso de sus propias contradicciones fuera finalmente demasiado pesado para soportar.

—Puede que sea un cabrón ávido de dinero, pero el robo... no se trata de beneficios. Es como un picor que no puedo rascar. Veo algo pequeño que probablemente esta gente ni siquiera echará en falta, y mis dedos empiezan a hormiguear. Lo siguiente que sé es que está en mi bolsillo.

—Pero no vendes los objetos.

—No. Maldita sea, la mitad de las veces, olvido lo que he cogido hasta que abro ese cajón de nuevo. Apenas miro las cosas. Simplemente las guardo y trato de no pensar en ellas hasta la próxima vez que estoy cerca de esta gente y sus preciados objetos.

Ella observó cómo sus manos se retorcían sobre la mesa.

—Así que la emoción está en el robo, no en la posesión.

—Sí —admitió, y pareció desinflarse aún más—. Es como... por un momento, puedo alcanzar y agarrar un trozo de su mundo. Demostrar que todos sus sistemas de seguridad y catalogación meticulosa no significan nada. Que cualquiera puede simplemente... coger lo que quiera.

—Pero te sientes culpable después.

—Sí, pero luego recuerdo que cada uno de estos tíos me está utilizando para conseguir una desgravación fiscal de seis cifras, y de repente no me siento tan mal.

—¿Alguna vez robaste a Alfred Finch?

—No, porque Finch era de otra pasta.

—¿En qué sentido?

—Finch no era un hombre rico, ni un capullo arrogante. Realmente amaba esos bichos. Coleccionaba porque llenaba un vacío en él. Se nota quiénes son los verdaderos coleccionistas y quiénes solo están en el juego para engañar al sistema.

Ella aplicó esta psicología al desconocido y descubrió que no encajaba en absoluto. Su asesino no robaba por impulso o rencor como Thorne. No, necesitaba poseer la belleza de forma tan completa que remodelaría la carne humana para conseguirla. Su asesino no robaba sus trofeos por la emoción fugaz del hurto. No los metía en algún rincón oscuro para que se pudrieran, olvidados, una vez que pasaba la adrenalina.

No. Los atesoraba.

La muñeca, la araña, lo que fuera que se llevó del sótano de Carpenter... estas cosas eran solo recuerdos de su arduo trabajo.

Los propios coleccionistas eran las verdaderas piezas de colección, y ansiaba algo que ellos representaban, pero ¿qué?

—Vete de aquí, Gabriel —dijo ella.

Thorne se levantó de su silla un segundo después. Asintió en señal de agradecimiento y luego el pasillo de la comisaría se lo tragó.

Ella dejó que la puerta se cerrara suavemente, cerró los ojos y apoyó la frente contra la fría madera.

Thorne era un callejón sin salida, pero le había dado algo mucho más valioso que una pista. Le había dado un punto de apoyo en la tormenta de mierda de contradicciones que era el perfil psicológico de su desconocido.

Este asesino no se dirigía a los coleccionistas. Se dirigía a un tipo específico de coleccionista.

Y si Ella podía averiguar exactamente qué coleccionistas habitaban este pequeño nicho dentro de otro nicho, tal vez podría identificar el próximo objetivo de su asesino y atraparlo con las manos en la masa.

Podría estar acercándose la medianoche, pero la noche no hacía más que empezar.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

El sótano de Austin Creed volvió a girar en los sueños de Ella. Desde que había enviado a Creed al corredor de la muerte, él la visitaba por las noches en las pocas ocasiones en que lograba conciliar el sueño. Esta vez, Ella estaba encerrada en una jaula como uno de los animales de Creed, y frente a ella yacía una mujer, joven, guapa de una manera rústica. Su boca de capullo estaba estirada y sus cuerdas vocales se esforzaban por alcanzar notas que su garganta apenas podía emitir. Yacía inmovilizada con las extremidades extendidas y temblando. Sobre ella, Creed sonreía con esa sonrisa de buen chico.

Ella intentó gritar, pero la Ella del sueño no tenía las funciones corporales necesarias, así que todo lo que podía hacer era mirar.

—¿Ella?

Una voz se coló. No era el arrastrar meloso de Creed, sino algo más firme. Ella se despertó de golpe con el corazón desbocado, y se encontró en su escritorio en su despacho. Lo último que recordaba era estar examinando las fotos de la escena del crimen del sótano de Carpenter. Debía haberse quedado dormida allí, probablemente alrededor de las 6 de la mañana si la memoria no le fallaba.

Definitivamente no había sido una buena noche. Su cerebro seguía embotado, por lo que no podía estar segura de si el hombre en la puerta era un espejismo o no.

—¿Luca? ¿Dónde has estado?

Todo menos la cara irritantemente guapa de su compañero estaba oculto por dos cajas que llevaba en los brazos. Las ojeras bajo sus ojos sugerían una noche igual de inquieta.

—Intentando ir un paso por delante. ¿Y tú?

Ella examinó los restos de papeleo en su escritorio.

—Lo mismo. ¿Qué hora es?

—Las once.

—¿Las once? ¿De la mañana?

Luca dejó las cajas sobre la mesa.

—De la mañana.

—Vaya. Nunca... —Ella dejó a un lado sus excusas, porque había asuntos más urgentes ahora mismo. La culpa le remordió, porque Luca había aguantado su comportamiento obsesivo y errático sin siquiera alzar la voz en respuesta. Así que lo primero en la agenda era disculparse con el hombre frente a ella—. Hawkins, sobre lo de anoche en casa de Carpenter. No quería...

—Ahórrate el momento emotivo, Ell. Tenemos problemas más graves de los que preocuparnos.

La disculpa que había estado ensayando la noche anterior volvió a subir por su garganta. Una parte de ella quería abrir ese absceso en particular antes de que se enquistara más, pero la intensidad que irradiaba él decía que este no era el momento para limpiezas emocionales.

—¿Qué problemas tenemos? Aparte de lo obvio.

Luca dio unos golpecitos a las cajas.

—¿Ves estas preciosidades? Esta es la información de todos los clientes que el Grupo Curated Value ha tenido en los últimos cinco años.

—¿En serio? ¿Ya los conseguiste?

—Sí. Llamé a Vanessa anoche, en cuanto la orden llegó a nuestra bandeja de entrada. Fue lo bastante amable como para concertarme una cita con su recepcionista, que me recibió en sus oficinas. Una hora después, salí con esto. La recepcionista me aseguró que estas son las copias maestras de todo el papeleo legal que han tenido desde que comenzó el negocio.

—Una cita, ¿eh? —Ella sabía que estaba siendo sarcástico, pero se sintió patéticamente irritada por la broma.

—Ell, por favor, sé seria.

—Vale. ¿De cuántos clientes estamos hablando?

Luca agarró su portátil, que había equilibrado encima de las cajas, y lo abrió.

—Más de quinientos de los cabrones, pero logré reducirlos bastante rápido.

—¿Reducirlos? ¿Cómo?

Él giró la pantalla para mostrarle una hoja de cálculo que parecía que un arcoíris había vomitado sobre ella. Nombres, fechas, direcciones, valores monetarios.

—Algunos coleccionistas murieron, otros se mudaron fuera de la comunidad, algunos nunca fueron locales para empezar. Para cuando lo reduje a personas que podrían ser víctimas potenciales, estaba en 120.

—Joder, Hawkins. Esto es...

—Mala elección de palabras, Ell, y ni siquiera he terminado. Porque después de eso, llamé a la central y conseguimos acceso a FALCON. Benditos sean los frikis informáticos que trabajan toda la noche allí.

La cabeza de Ella empezaba a dar vueltas. FALCON era la Red de Análisis Financiero y Correlación de Libros Contables, una base de datos utilizada por el FBI, la CIA y Seguridad Nacional para monitorear anomalías en los datos fiscales. Era básicamente VICAP para delitos financieros.

—Y no me digas... ¿encontraste algo en los registros fiscales?

—Sí. Cualquier donación caritativa considerable se registra en FALCON, y todos los coleccionistas que revisé, excepto tres, habían donado artículos de alto valor a museos, galerías, instituciones religiosas, lo que sea.

La revelación golpeó a Ella como una inyección de adrenalina pura.

—Y esos tres eran...

Luca sacó tres pilas de papel de la caja superior y las arrojó una por una.

—Eleanor. Alfred. Joseph. Los únicos coleccionistas que he encontrado hasta ahora que nunca han donado ninguna de sus piezas de colección.

—Joder...

—Sí. Las colecciones de Alfred y Joseph fueron tasadas hace años, así que ambos tuvieron mucho tiempo para donar. Eleanor es difícil de decir porque solo tuvo su colección tasada recientemente antes de que terminara el año fiscal.

Recorrió los nombres con la mirada y sintió cómo se le disparaba la tensión.

—Nuestros coleccionistas no se desprenderían de sus objetos por ningún precio.

—No —dijo Luca, cogiendo uno de los montones de papeles—. Y en serio, deberías ver cuánto vale la colección de Joseph Carpenter. Diez millones en total. Incluso tenía un crucifijo que valía cinco millones por sí solo.

—Probablemente sea lo que robó nuestro asesino.

—Dudo que lo encontremos en eBay próximamente.

—Así que nuestro asesino no está eligiendo a los coleccionistas al azar. Está apuntando a los verdaderos creyentes. Los que coleccionan por pasión, no por beneficio.

—Los puros —dijo Luca—. Los auténticos. Lo que significa...

Ella le arrebató el papel a Luca y lo examinó. Ahí estaba. Todo sobre la colección de Joseph Carpenter, desde su ubicación hasta los códigos del sistema de seguridad que la protegían.

—Cualquiera que no haya donado ninguno de sus objetos de colección es un objetivo potencial.

—Estás mirando la información de seguridad, ¿verdad?

Ella asintió.

—Así es como nuestro asesino pasó la puerta del sótano de Joseph. El maldito código está escrito justo aquí.

—Lo que significa que nuestro asesino ha visto ese papel, o una copia.

Algo eléctrico recorrió las venas de Ella, disipando los últimos vestigios de su pesadilla sobre Austin Creed. Esto era para lo que vivía: ese momento en que el caos se cristalizaba en un patrón.

—¿Comprobaste a los empleados de CVG?

—Sí, pero solo hay tres. Vanessa Blackburn, Gabriel Thorne, Sarah Walker. Sabemos que nuestro asesino es un hombre, así que Gabriel es el único candidato de esa lista.

—¿Qué hay de la recepcionista?

—Trabajadora temporal. No es empleada.

—¿Repasaste a todos los clientes?

—No —dijo Luca—. Aún quedan unos cuarenta nombres por revisar.

—Dame veinte y pongámonos manos a la obra.

—Quizás deberías tomar un café antes de empezar.

—Estoy bien —la mentira le salió tan natural como respirar después de tantos años—. Lo que no soy es paciente. Encontremos a este tipo.

Luca deslizó una caja por la mesa.

—Si tú lo dices.

Necesitaban hablar sobre lo de anoche: sobre sus celos, sus problemas de control, todas las cosas feas que le había soltado en aquel sótano. Pero ahora mismo, había coleccionistas ahí fuera que no sabían que tenían dianas pintadas en sus espaldas.

Los muertos podían esperar. Los vivos no.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Diecinueve nombres revisados, y Ella sentía los ojos como si se los hubieran frotado con papel de lija. Los números y nombres de la base de datos FALCON habían empezado a difuminarse en un batiburrillo incomprensible. No entendía cómo Luca había podido revisar 80 nombres por su cuenta, todo antes de que ella siquiera se despertara.

Estaba a mitad de la búsqueda del decimonoveno nombre de su lista: Gary Whitmore. Su colección de recuerdos de la Guerra Civil había sido valorada en 850.000 euros el año pasado. Como un reloj, tres meses después de la tasación, había donado el sable de un oficial confederado al Instituto Militar de Virginia. Valor declarado: 125.000 euros.

Otro coleccionista jugando con el sistema como si fuera un violín bien afinado.

Arrojó la documentación a la pila de NO ES UNA VÍCTIMA POTENCIAL. Diecinueve revisados, quedaba uno. Todos los coleccionistas que había comprobado habían seguido el mismo patrón: obtener la tasación, donar una pieza, deducir los impuestos. Tan regular como el amanecer, tan predecible como la muerte.

Sus dedos se cernían sobre el teclado mientras abría el último nombre: Sally McDermid, coleccionista de instrumentos médicos antiguos. Según los registros del CVG, McDermid había acumulado más de trescientas piezas que databan desde 1800 hasta principios de 1900, incluyendo sierras de hueso, taladros de trepanación y algo llamado "enema de humo de tabaco" del que Ella no quería conocer los detalles. Valor total: 2,1 millones de euros.

Y ahí estaba, justo a tiempo. Seis meses después de la tasación, había donado un juego completo de herramientas quirúrgicas del

siglo XIX al Museo Médico Johns Hopkins. Valor declarado: 275.000 euros menos en sus registros fiscales para el año siguiente.

—Maldita sea —dijo Ella arrojando la documentación sobre el escritorio—. Esa es toda mi lista. Todos y cada uno de ellos han donado.

Al otro lado de la mesa, Luca levantó la vista de su propia pila de miseria.

—Odio decirlo, pero aquí pasa lo mismo. Aparentemente, estamos en la ciudad más generosa del mundo.

—No es de extrañar que haya baches por todas partes. La ciudad no tiene suficientes impuestos para pagar las reparaciones.

—¿Y si... —Luca dudó, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. ¿Y si nuestro tipo ha terminado? ¿Y si Joseph fue su gran final y ahora se ha marchado hacia el atardecer?

Ella se echó hacia atrás en la silla. No era imposible, pero iba en contra de todo lo que sabía sobre este tipo de delincuentes.

—No lo haría. Ahora le ha cogido el gusto, y no hay manera de que pase de desollar a sus parientes a desaparecer por completo. Los adictos nunca quieren dejarlo, y la emoción que obtiene al matar es más intensa que cualquier droga.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? ¿Rezar para que los forenses encuentren algo?

Ella presionó las palmas contra sus ojos hasta que los colores estallaron detrás de sus párpados. Piensa, maldita sea. Tenía que haber algo que se les había escapado.

—¿Qué hay de otros coleccionistas que no están en el sistema? Estos coleccionistas puros podrían no hacer tasar sus objetos en absoluto, ¿verdad?

—Pero si no los hicieran tasar, el asesino no sabría que existen. Nuestro tipo tiene que estar encontrando a sus víctimas a través del Grupo de Valor Curado.

Se acercó al escritorio y apoyó la cabeza contra la madera, en la misma posición en la que había dormido durante cinco o seis horas. La tensión en su cuello volvió, y rápidamente recordó su sueño de estar enjaulada en el sótano de Austin Creed.

Austin Creed. El asesino en serie más famoso del mundo en este momento.

¿Por qué seguía viniendo a su mente?

Pensó en sus víctimas, su mueca de desprecio, sus criaturas híbridas de taxidermia que había visto en su guarida subterránea. Búhos con astas de ciervo. Cabezas de perro con canicas por ojos. Ratas atadas por sus colas.

Maldita sea.

Entonces la golpeó como un tren bala. Justo ayer, había visto esa colección de rarezas y abominaciones. Y justo en el centro, presidiendo todo con sus uñas como corona.

—La ardilla —Lo dijo como una plegaria y una maldición, todo enredado—. Hawkins. La ardilla de Vanessa Blackburn.

Luca la miró como si finalmente se hubiera vuelto loca.

—Vas a tener que explicarme eso.

Ella golpeó la palma de su mano contra el escritorio, con una repentina urgencia electrizando sus nervios.

—En el despacho de Vanessa. Tenía una de las cosas de taxidermia de Creed. Lo viste.

—Sí, ¿y qué?

—Vanessa dijo que ella misma era coleccionista. Su despacho estaba lleno de cosas. ¿Y si es una de nuestras coleccionistas puras?

Luca se rascó la barba incipiente.

—Entonces, ¿no debería estar su nombre en estos archivos?

—¡Su nombre está por todas partes en estos archivos! Lo he leído veinte veces.

—Supongo que... quiero decir, si nuestro desconocido tiene conexiones con la empresa de Vanessa, entonces seguramente conoce a Vanessa personalmente. No necesitaría enterarse de ella a través de estos archivos.

—¡Sí! —dijo Ella mientras ya estaba escribiendo su nombre en FALCON—. Ahora, solo necesitamos ver si Vanessa es realmente pura, porque si lo es, no habría donado nada de su colección a ninguna parte.

Luca corrió al lado de Ella en el escritorio.

—Vamos, vamos.

Introdujo los datos, desplazándose por varios resultados de Vanessa Blackburn en Virginia, hasta que encontró una en Chesapeake. A Ella se le hizo un nudo en el estómago cuando vio una declaración de impuestos presentada a nombre de Vanessa.

—Vaya. Está en la base de datos. Eso significa que ha hecho una donación considerable en algún sitio —dijo Ella apartándose de su portátil—. Maldita sea, pensaba que teníamos algo.

—Espera, espera —Luca se inclinó y tomó el control. Señaló una marca negra junto al nombre de Vanessa—. Esta no es la declaración de Vanessa Blackburn. Es la declaración del año pasado del Curated Value Group. Aparece porque el nombre de Vanessa está asociado.

El fuego en el estómago de Ella se había apagado, pero aún quedaba algo de calor.

—¿Por qué están los registros fiscales del Grupo aquí?

—No lo sé. Vamos a ver.

Luca hizo su magia mientras Ella simplemente observaba. En ese momento, le golpeó como una bala en el pecho: lo afortunada que era de tenerlo. No solo como novio, sino como confidente. Era extraño cómo alguien podía volverse tan fundamental en tu existencia sin que te dieras cuenta. Como el oxígeno o la gravedad: nunca piensas en ello hasta que no está.

Las últimas 24 horas se cristalizaron en su mente: Luca irrumpiendo en el despacho de Thorne, reduciendo al sospechoso en U-Stor, trabajando toda la noche mientras ella se ahogaba en sus propias obsesiones. Había estado tan atrapada en sus celos, tan desesperada por demostrar que seguía siendo la mejor perfiladora, que casi había pasado por alto lo que tenía delante.

Y eso era un compañero que la igualaba paso a paso y soportaba sus excentricidades con sensatez. Sí, hacía bromas en los peores momentos, pero bajo ese humor negro latía un corazón demasiado grande para su pecho. Era el tipo de compañero que arriesgaría su vida para atrapar a un sospechoso y luego le quitaría importancia como si fuera un martes cualquiera.

De no ser por Luca Hawkins, probablemente habría pasado por alto la conexión fiscal mientras se perdía en otro callejón sin salida de psicología criminal. Le costaba admitirlo en voz alta, pero ver trabajar a Luca le recordaba por qué se había enamorado de él en primer lugar.

Le debía más de lo que jamás podría pagar. Pero pasaría una vida intentándolo, si él se lo permitía.

—Vaya —dijo Luca—. Bueno, eso no es... lo que esperaba.

Ella volvió al presente.

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado algo?

—Más bien una gran cantidad de nada —señaló la pantalla con el dedo—. Estos registros fiscales están limpios. Beneficios, márgenes, costes operativos. Todo parece... normal.

Ella se inclinó y examinó las columnas de números. Tenía razón. Para ser una pequeña empresa de tasación, CVG obtenía cifras decentes. Unos cientos de miles en honorarios cada año, con gastos operativos en torno al 60% de los ingresos brutos. Respetable, pero difícilmente el trabajo de delincuentes de cuello blanco.

—Parece que Vanessa lleva un barco bien ajustado —murmuró.

—Más ajustado que el trasero de un pato —dijo Luca mientras seguía desplazándose y se detuvo—. Vaya, ¿qué es esto?

Tocó la pantalla. Una pequeña anotación, fácil de pasar por alto entre la avalancha de papeleo digital.

Pero ahí estaba, en inocuo blanco y negro:

Declaración marcada - discrepancia señalada por el contable que la presentó, Lawrence Winters.

—Lawrence Winters —Luca saboreó el nombre como si fuera un buen vino—. Lawrence Winters. ¿Por qué me suena ese nombre?

—Me suena familiar, la verdad. ¿Quién es?

—El contable que presentó la declaración de CVG.

—¿CVG tiene su propio contable?

—No, no lo tienen. La orden solo mencionaba tres empleados, y solo uno era hombre. Vanessa debe haberlo contratado.

—Lawrence Winters —El nombre se arrastró por la lengua de Ella como algo podrido. Sus manos temblaban mientras hojeaba su montón de papeles. Ya había visto ese nombre en alguna parte, enterrado en la avalancha de declaraciones de impuestos y donaciones fraudulentas. Sus dedos encontraron lo que buscaban enterrado bajo las curiosidades médicas de Sally McDermid.

—Te pillé, cabrón —Su dedo se clavó en la declaración de Sally McDermid—. Lawrence Winters presentó sus impuestos. El mismo tipo.

Esa chispa en los ojos de Luca, la que significaba que su cerebro estaba conectando puntos más rápido de lo que su boca podía seguir.

—Joder. Espera un momento.

Se zambulló en sus propias pilas de papel, sacó cada expediente de cliente uno por uno y los descartó. Tiró papeles a diestro y siniestro hasta que por fin atrapó el que quería.

—Ell, mira. El expediente de Eleanor Calloway —Lo abrió por la última página—. Mira quién firmó la valoración final de su colección de muñecas.

Ella se acercó más y vio el garabato en la línea de puntos: L. Winters.

El corazón de Ella aceleró el ritmo mientras Luca cogía el siguiente expediente. Las piezas del rompecabezas encajaban con la violencia particular de los huesos al encajar.

—¿Qué hay de los demás?

Luca cogió el siguiente expediente y lo dejó caer sobre el escritorio. De nuevo, en la última página, la misma firma: L. Winters.

—Por favor, dime... —empezó Ella, pero Luca ya estaba sacando el expediente de Joseph Carpenter con la sombría satisfacción de un forense que encuentra la causa de la muerte.

—La santísima trinidad está completa —dijo golpeando suavemente la declaración de impuestos de Carpenter, donde la firma de Lawrence Winters se extendía en la última página como una sentencia de muerte—. Nuestro amable contable del barrio tenía los dedos metidos en los tres pasteles.

La verdad se cristalizó en la mente de Ella con asombrosa claridad. Este hombre, este contable, era el único hilo en todo este embrollo que se entretejía a través de la empresa de Vanessa y las tres víctimas.

—Debe de ser el contable de Vanessa. Presenta las declaraciones de impuestos de su empresa y procesa cualquier pago entre CVG y sus clientes.

—Y ha estado jugando a dos bandas. Ayudando a estos coleccionistas a presentar sus declaraciones de impuestos y echando una mano a Vanessa.

Luca dijo:

—Lo que significa que tiene acceso a toda esta documentación. Vanessa simplemente le enviaría todo para asegurarse de que está todo en regla. Joder, yo le envió a mi contable cosas realmente confidenciales.

—Una tapadera perfecta —dijo Ella en voz baja—. ¿Quién recuerda la cara de su contable? ¿Quién cuestiona al tipo que hace malabarismos con los números? Es prácticamente invisible.

—Compruébalo.

Ella acercó su silla al escritorio y comenzó a atacar su teclado. Tecleó el nombre mientras su mente dibujaba imágenes de su presa: Lawrence Winters, guardián de secretos, contador de los tesoros de otros. El hombre que podría estar convirtiendo a los coleccionistas en piezas de sus propias colecciones.

Pero la pantalla parpadeó vacía.

Sin dirección. Sin historial laboral. Ni siquiera un carnet de conducir o un número de la seguridad social.

Solo un nombre sin rostro, flotando en el limbo digital.

—¿Qué demonios...?

Ella actualizó la página, medio convencida de que era un fallo.

Pero el resultado seguía siendo el mismo. Lawrence Winters había conseguido existir en los espacios entre los registros oficiales.

Luca dijo:

—¿Cómo es posible? Este tío es contable. Tiene que tener un rastro de papel de un kilómetro de largo.

—No si ha sido cuidadoso. No si sabe cómo cubrir sus huellas.

Luca miró el reloj.

—Es más de mediodía. Han pasado más de 24 horas desde que mató a Carpenter. Tenemos que encontrar a este tipo ya, o podríamos tener otro cadáver antes del anochecer.

Ella lo vio todo cristalino. Lawrence Winters. Había observado a sus víctimas a través de sus declaraciones de impuestos, sus tasaciones, y había aprendido cuáles eran verdaderos creyentes y cuáles solo jugaban. Los coleccionistas puros frente a los especuladores. Se había escondido detrás de columnas de números y había estudiado a sus presas a través de la lente de las frías matemáticas. Aprendiendo sus hábitos, sus horarios, sus obsesiones.

Cogió su móvil y se desplazó por sus llamadas recientes. Pulsó la que había marcado diez veces ayer.

Sonó una vez. Dos veces. Tres veces.

—Cógelo, por el amor de Dios.

Una voz interrumpió el cuarto tono.

—Curated Value Group, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy la agente Dark del FBI. Estuve en su oficina ayer.

—Ah, sí, por supuesto, ¿cómo puedo...?

—Necesito la dirección de Lawrence Winters, vuestro contable, ahora mismo.

Se extendió una pausa tensa.

—Me temo que no tengo acceso a los registros de los contratistas. Esos se guardan...

La mano libre de Ella se cerró en un puño.

—Entonces pásame con Vanessa.

—La señorita Blackburn no está en la oficina hoy —la voz de la recepcionista tenía ese sabor particular de obstrucción corporativa que hacía que Ella quisiera alcanzar el teléfono y sacudir las respuestas—. Está realizando una tasación in situ.

—¿Dónde?

—No estoy autorizada a...

—Agente federal —espetó Ella—. Tres personas están muertas. ¿Quieres ser tú quien ayude a que sean cuatro?

Un momento de duda, y luego:

—Está en casa.

—La dirección. Ahora.

—1847 Riverside Drive —la fachada profesional de la recepcionista se agrietó ligeramente—. ¿Está... está todo bien?

—Sí, pero haz algo por mí. Si Vanessa o Lawrence Winters aparecen por vuestra oficina, llámanos inmediatamente, ¿de

acuerdo? Pregunta por la agente Dark o Hawkins.

—Yo... sí, por supuesto.

Ella colgó y se giró para encontrar a Luca ya poniéndose la chaqueta.

—¿Adónde vamos?

—A casa de Vanessa. Si es una coleccionista pura como creemos, podría ser el siguiente objetivo. Tenemos que movernos rápido.

Su asesino trabajaba con un horario más ajustado que una soga: un cuerpo por día, cada uno un mensaje cuidadosamente elaborado para el mundo. Si Lawrence Winters era su coleccionista de coleccionistas, ya estaría cazando su próxima obra maestra.

Y Ella se negaba a catalogar otro cuerpo hoy.

—Es hora de acabar con esto, Hawkins, pero algo me dice que este tipo no se va a rendir sin luchar.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

—Artesanía —susurró Vanessa Blackburn al huevo Fabergé falsificado que descansaba sobre su mesa de cocina—. Casi me engañas.

Debería haber sido una obra maestra valorada en varios millones de euros, pero en su lugar, era solo otra hermosa mentira esperando romper el corazón de alguien.

Pobre señora Whitaker y su frágil esperanza, demasiado débil incluso para traer el huevo a la oficina ella misma, así que Vanessa había ido a recogerlo. La voz de la viuda se había quebrado al hablar:

—Mi tía abuela juró que era auténtico, dijo que venía directamente del Palacio de Invierno.

Ahora, Vanessa tendría que destrozar esos sueños con la misma precisión que usaba para autenticar artefactos genuinos.

Vanessa ajustó la lupa de joyero en su cuenca ocular y estudió la marca del fabricante a través del cristal. Trabajo moderno haciéndose pasar por ruso imperial. Lo suficientemente bueno para engañar a los desesperados y a los ingenuos, pero no a alguien que había pasado dos décadas separando lo auténtico de la reproducción.

—Al menos eres una falsificación de calidad —le dijo al huevo—. Mejor que la mayoría de la basura que pasa por mi escritorio.

Esto era precisamente por lo que normalmente mantenía los negocios dentro de los ornamentados confines de su oficina. Las paredes estériles, la iluminación controlada, la cuidadosa distancia que ponía entre ella y las ilusiones ambulantes que pensaban que cada porquería del desván de la abuela era el Sudario de Turín.

Había un equilibrio en este trabajo, porque no podías simplemente poner seis cifras a cualquier trasto viejo. Claro, podías añadir un 10% al valor final, o podías justificar tus tasaciones con algunas mentiras piadosas como: hay millones de personas en Mongolia que matarían por esto. Y luego, por supuesto, estaban las tarifas. Las tasaciones no tenían un precio fijo, y la mayoría de los clientes eran lo suficientemente perspicaces como para leer entre líneas. Un pago de diez mil euros resultaría en un valor de tasación más alto que uno de cinco mil, pero Vanessa nunca admitiría eso en voz alta, especialmente ante Hacienda.

Era un negocio turbio, sí. Pero también lo era cualquier otra maldita cosa bajo el sol capitalista. Al menos la estafa de Vanessa dejaba a sus víctimas con un atisbo de dignidad y una desgravación fiscal de propina.

Volvió su atención al huevo Fabergé. Quien hubiese falsificado esto sabía cómo elaborar una mentira creíble. No era una porquería china producida en masa, y la ironía era que había cierto valor en una pieza de artesanía como esta. No le daría a la señora Whitaker el valor que deseaba, pero tampoco se iría con las manos vacías.

Veinte años manejando las obsesiones de otras personas le habían enseñado a Vanessa la diferencia entre posesión y apreciación. Su propia colección en el piso de arriba lo demostraba: solo artefactos genuinos, cada uno autenticado personalmente. Por eso la taxidermia híbrida de Austin Creed ocupaba un lugar de honor. Di lo que quieras sobre las inclinaciones del hombre, pero su trabajo era innegablemente original.

Estaba alcanzando su cámara, lista para documentar sus hallazgos, cuando un sonido destrozó su concentración.

Un golpe seco, dos toques en rápida sucesión, provenientes de la parte trasera de la casa.

Vanessa frunció el ceño. ¿Qué clase de persona venía a la puerta trasera?

Vivía en el límite de Chesapeake propiamente dicho, sin nada más que un espeso enredo de bosque en la parte trasera de la casa.

Le daba privacidad, pero también significaba el ocasional visitante no deseado, generalmente uno de cuatro patas. O uno de esos pájaros que le gustaba estrellarse contra su techo durante los meses más fríos. Esas cosas picotearían las ventanas de su solario durante horas si les dejaba.

Vanessa sacudió la cabeza, lista para descartar el sonido como un truco del viento o algún trozo de aguanieve desprendido de los canalones. Sus nervios estaban más tensos que un alambre de tropiezo desde que los federales habían llamado a su puerta.

Acababa de empezar a girar, lista para volver a su tasación, cuando volvió a sonar. Ese doble golpe de nudillos —¿o era un pico? — contra el cristal, más insistente ahora.

Vanessa hizo una pausa e inclinó la cabeza como un sabueso captando un olor. Se levantó, dejó el huevo atrás y se arrastró hacia el solario.

El lugar siempre había sido su orgullo y alegría. Paneles de cristal que se extendían del suelo al techo para que pudiera ver las estaciones pintar su lienzo a través de su porción privada de naturaleza. Ahora esas mismas ventanas se sentían como una pecera, aunque todo lo que podía ver afuera era un jardín muerto por el invierno y un mar de árboles más allá de la pequeña valla. Había un ligero pasaje a un lado, generalmente donde se congregaban las ratas.

La paranoia se asentó en su estómago, y su mano ya había encontrado el abrecartas victoriano en su mesa auxiliar.

Tenían que ser alimañas. Las ratas especialmente habían sido un problema persistente este invierno. Solo se habían vuelto más audaces después de que dejara de poner veneno, porque esos bastardos de ojos brillantes parecían prosperar con esa cosa. Últimamente, había recurrido a métodos más medievales. Un poco de ultraviolencia para mostrarles a esas cosas asquerosas quién estaba en la cima de la cadena alimentaria por aquí.

Abrió el pestillo de la puerta del solario y se estremeció cuando una ráfaga del frío de diciembre atravesó su fino jersey. El jardín

más allá necesitaba desesperadamente algo de cuidado, pero ese era un problema para la Vanessa de primavera, no para la de invierno.

Entonces captó un movimiento por el rabillo del ojo, ahí y desaparecido de nuevo. Algo deslizándose a lo largo de la línea de la valla donde la propiedad lindaba con el bosque. Demasiado grande para una rata, demasiado rápido para un perro callejero.

Vanessa sintió un escalofrío en la nuca. El abrecartas le ofrecía poco consuelo, ya que solo lo había usado para su propósito original. En su lugar, pateó algunas hojas sueltas con la esperanza de que el ruido fuera suficiente para ahuyentar a los bichos.

—Fuera de aquí —dijo.

No tenía que preocuparse de que alguien la oyera. Los vecinos más cercanos estaban a kilómetros de distancia, separados por un camino serpenteante y demasiados árboles. Aunque gritara hasta quedarse ronca, nadie la escucharía.

Por curiosidad, se asomó por detrás del muro al estrecho pasaje que separaba el exterior del solarío de la valla, el callejón en miniatura donde las criaturas se habían instalado.

Los desechos habituales yacían allí. Hojas, malas hierbas, una manguera, algunos juguetes de su sobrina que llevaban ahí una eternidad.

El callejón parecía una fotografía donde todo estaba perfectamente dispuesto excepto por un detalle que no encajaba. El cerebro de tasadora de Vanessa se activó, el mismo instinto que podía detectar una firma falsificada a cincuenta pasos o descubrir pintura moderna en un supuesto lienzo antiguo.

Algo acechaba en ese espacio estrecho. Una sombra que no coincidía con las dimensiones del muro.

Sus neuronas dispararon señales de advertencia a través de su conciencia: Vuelve dentro. Cierra la puerta. Llama a alguien. Pero veinte años autenticando los artefactos más oscuros de la humanidad la habían entrenado para mirar más de cerca cuando

todo gritaba que huyera. No se podía detectar una falsificación huyendo de ella.

La sombra se movió.

No, se definió. Como tinta sangrando a través del papel a la inversa, el espacio negativo se volvió terriblemente positivo. Una figura se despegó de la pared y se abalanzó sobre ella.

La máscara la golpeó primero. Porcelana blanca y lisa donde debería haber una cara, con sus rasgos suavizados como si la muerte hubiera pasado una lijadora por la realidad. El tipo de cosa que ella autenticaría por cantidades obscenas de dinero si cruzara su escritorio. Utería de teatro, circa 1920, excelente estado, calidad de museo.

Abrió la boca para gritar, para negociar, para ofrecer el precio que este coleccionista quisiera nombrar, pero algo fino y frío se envolvió alrededor de su garganta. Alambre de piano, su mente le informó útilmente. Probablemente vintage. Alcanzaría una fortuna en una subasta si se autenticara adecuadamente.

El alambre se hundió más profundamente. La máscara observaba con el interés impasible de un comisario examinando una nueva adquisición. La oscuridad se arrastraba desde los bordes, pero en algún lugar de ese vacío creciente, una chispa de orgullo profesional se negaba a extinguirse.

Que parezca bueno, pensó mientras la conciencia comenzaba a desvanecerse. Tengo una reputación que mantener.

El bosque guardó sus secretos, y el invierno se tragó lo que quedaba de la luz.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

—Intento de llamada número nueve, sin éxito —dijo Ella mientras colgaba al saltar el buzón de voz de Vanessa. Su mensaje empezaba a sonar como una burla personal:

—Hola, has contactado con Vanessa Blackburn del Grupo Curated Value. Estoy autenticando artefactos invaluableles o evitando tus llamadas.

—Joder, ¿cuánto queda para llegar? —Luca maniobró el todoterreno en otra curva del camino rural. Su viaje les había llevado por kilómetros de tierras baldías flanqueadas por árboles secos, molinos de viento y algún que otro rebaño de vacas. Habían dejado la civilización atrás hacía veinte minutos.

—Un kilómetro más —el GPS mostraba su pequeño punto azul arrastrándose por una zona muerta donde la cobertura móvil se desvanecía—. ¿Por qué narices no contesta?

—Esperemos que esté ocupada. Tasando o lo que sea que haga.

Ella intentó no pensar en el peor escenario posible, porque normalmente resultaba ser cierto. En su lugar, pensó en el sospechoso desconocido, Lawrence Winters, o al menos en quien esperaba que fuera su sospechoso.

—Este tío encaja perfectamente en el perfil, Hawkins. Sabíamos que sería un oficinista, sabíamos que se sentiría inferior a estos coleccionistas. Por eso está haciendo esto, porque quiere heredar su prestigio. Te lo dije: es un caníbal sin el consumo.

El GPS emitió un pitido. Destino adelante.

—Allí —Ella señaló donde se abría el bosque—. Gira a la izquierda.

La casa de Vanessa se alzaba desde el paisaje invernal yermo como un castillo de cristal. Tres plantas de arrogancia arquitectónica

envueltas en ventanales del suelo al techo. El tipo de lugar que gritaba "soy más rico que tú" a cualquiera con ojos. Era una de las únicas cuatro casas que había visto en los últimos diez minutos, y en medio del campo, nadie podía oírte gritar.

El todoterreno traqueteó por el camino de grava lleno de baches y derrapó hasta detenerse junto a los escalones de la entrada. Ella salió del coche antes de que el pensamiento consciente la alcanzara, con la Glock desenfundada y los pies chapoteando en la tierra húmeda. Subió los escalones del porche de dos en dos y vio de reojo a Luca haciendo lo mismo.

No había tiempo para admirar el paisaje. Ella aporreó la puerta principal y gritó:

—¡Vanessa! Somos Dark y Hawkins. ¡Abre!

El viento se llevó sus gritos. Ella se acercó a las ventanas delanteras, miró dentro y vislumbró una sala con una decoración modesta.

—¡Vanessa! —gritó Luca mientras golpeaba la puerta—. ¡Contesta!

Nada. Solo el suspiro del viento, el repiqueteo de la lluvia en los canalones combados. Ella golpeó la puerta con el puño. Tembló en su marco pero aguantó firme, tan inflexible como la mujer que Ella rezaba para que estuviera de alguna manera ajena a su intrusión al otro lado.

No había tiempo para cortesías ni procedimientos adecuados. Dio un paso atrás, levantó un pie calzado con una bota. Sintió a Luca tensarse a su lado, listo para añadir su considerable masa al esfuerzo.

Entonces lo oyó.

Un forcejeo, un arañazo. Un jadeo ahogado, un sonido como de carne golpeando piedra.

—Ell, ¿oyes eso?

—Lo oigo. Vanessa, ¿dónde estás?

Más ahogos. Jadeos húmedos y desesperados que hablaban de vías respiratorias comprimidas y oxígeno negado. El sonido venía de más allá del extremo occidental de la casa.

—La puerta lateral —Luca ya se estaba moviendo—. ¡Vamos!

Corrieron hacia la esquina. Una puerta de madera bloqueaba su camino: dos metros de roble macizo entre ellos y el horror que les esperaba al otro lado.

Ella no dudó. Aceleró y embistió la puerta a toda velocidad, usando su hombro como ariete. El dolor atravesó sus quemaduras, pero la adrenalina lo enterró en lo más profundo. La puerta cedió con un crujido de madera astillada.

La escena golpeó sus retinas en fragmentos congelados:

Un estrecho pasaje entre la casa y la valla.

Vanessa Blackburn tirada boca abajo sobre la hierba muerta con una mano agarrándose la garganta. Vanessa convulsionó, arcadas, luego escupió un pegote de baba sanguinolenta sobre las losas y aspiró un silbante y agonizante aliento.

Las piernas de Ella casi cedieron. El alivio la golpeó como un tren de carga. Se arrastró hacia delante y cayó de rodillas al lado de la otra mujer.

—¡Vanessa! Oh, Dios —el cuello de Vanessa era una ruina, desollado y amoratado con la marca de un garrote—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Los ojos de Vanessa giraron, desenfocados. Tosió, se ahogó. Sangre fresca burbujeó sobre sus labios. Detrás de ellas, Ella podía oír a Luca al teléfono.

—Bosque... —la palabra salió deformada, forzada a través de una garganta magullada en un hilo de aire—. Se fue... al bosque.

—Los médicos vienen de camino —Luca se acercó y ayudó a Vanessa a sentarse. Su cara estaba enrojecida donde la sangre había acudido después de que se le negara el oxígeno—. Vanessa, eh. Quédate conmigo.

Ella cogió una mano helada y la frotó entre las suyas. Intentó infundir calor en la piel moteada, avivar la luz que se apagaba en aquellos ojos vidriosos.

—Los médicos están en camino, ¿vale? Tú concéntrate en respirar. Inspira y expira, despacio y con calma.

—Máscara... me atacó... —dijo Vanessa.

Luca se puso en pie de un salto.

—Mantén su respiración, Ell. Echaré un vistazo en el bosque, a ver si sigue allí.

—Ten cuidado.

Luca atravesó el césped a toda prisa, deteniéndose para inspeccionar algunas manchas en el barro, y luego saltó la valla de la parte trasera del jardín.

Ella se pasó la mano por la cara, apartando la lluvia y las lágrimas. Se agachó de nuevo junto a Vanessa, quitándose el abrigo empapado para colocarlo sobre los hombros de la otra mujer. Vanessa se estremeció al sentir el contacto.

—Vanessa —dijo Ella, esforzándose por mantener la voz firme—. Sé que duele. Sé que tienes miedo. Pero necesito que te quedes conmigo, ¿vale?

Apretó una de sus muñecas frágiles como un pajarillo, sintiendo el débil aleteo del pulso bajo sus dedos. —Solo hasta que lleguen los médicos. Te prometo que atraparemos al cabrón que te ha hecho esto. Pero ahora necesito que te concentres. Necesito que recuerdes. ¿Qué recuerdas?

—Él estaba... esperando.

—¿Pudiste ver quién era? Sé que llevaba una máscara, pero ¿viste algo más? ¿Oíste su voz?

Vanessa tosió otro coágulo de sangre y luego negó con la cabeza.

Ella se dio cuenta de que no iba a sacar mucho de Vanessa, al menos no hasta que el shock hubiera pasado, momento en el que

podría ser demasiado tarde. Así que tenía que confiar en su instinto, y su instinto le decía que Lawrence Winters era su sospechoso.

—Vanessa, esto va a sonar extraño, pero necesito la dirección de Lawrence Winters. Tu contable.

Los ojos inyectados en sangre de la pobre mujer se encontraron con los de Ella, haciendo mil preguntas a la vez. Ella se sintió como una idiota, porque probablemente había una parte de Vanessa que estaba considerando que tal vez Ella solo buscaba asesoramiento fiscal.

—Creo que Lawrence Winters es el responsable de estos asesinatos.

—¿Larry? —logró decir con dificultad.

—Sí. Nuestro asesino está atacando a lo que él considera coleccionistas puros, que son personas que no donan objetos de colección para obtener beneficios económicos. Winters tiene acceso a toda la información de tus clientes, ¿verdad?

Vanessa asintió.

—Sabemos que también presentó las declaraciones de impuestos de todas nuestras víctimas, así como las declaraciones de tu empresa y de muchos otros coleccionistas de la zona.

—Sí —escupió Vanessa—. Uso a Larry... para todo.

—¿Por qué no nos lo mencionaste? Cuando te lo preguntamos.

Empezó a sollozar y luego se frotó los ojos con la manga. —No... no se me ocurrió.

Se oyeron pasos delante. Ella levantó la vista y vio a Luca de vuelta. Se arrodilló junto a Ella y Vanessa y dijo: —El bosque está imposible. No hay forma de saber por dónde se fue, así que he llamado a refuerzos para que registren el lugar. Debe de haber escondido su coche por aquí cerca también.

—Dentro —murmuró Vanessa—. Mesa. Cocina. Teléfono.

Ella obedeció. Entró por las puertas francesas al porche acristalado de Vanessa y luego a la cocina. En otras circunstancias,

Ella se habría tomado un minuto para admirar la decoración. Encontró el móvil de Vanessa en la mesa junto a una especie de feo jarrón con forma de huevo.

De vuelta fuera, le entregó el móvil a Vanessa. Luca la sujetaba por el hombro.

—Dirección... aquí —Vanessa se masajeó la garganta y luego empezó a teclear frenéticamente en la pantalla. Su respiración se había normalizado ahora, pero el moratón alrededor de su cuello se estaba hinchando hasta alcanzar un tamaño monstruoso. Según los cálculos rápidos de Ella, habían llegado unos diez segundos antes de que se produjera un daño cerebral permanente.

Vanessa le entregó el móvil a Ella. Allí, en una captura de pantalla, estaba la dirección de Lawrence Winters.

2951 Harbor View Boulevard.

Apartamento 3C.

—Te tengo, cabrón —dijo Ella.

—Ell, ¿un tipo así? No iría a casa, no después de casi ser pillado.

—Necesita estar en un lugar seguro, ¿y qué lugar más seguro que su casa?

—¿Y si cree que Vanessa le reconoció? Estaría huyendo de la ciudad —dijo Luca.

—No sin coger sus cosas antes. Necesito registrar su casa, Hawkins. Seríamos tontos si no lo hiciéramos.

—De acuerdo, yo...

—En realidad —interrumpió Ella. Se le ocurrió una idea repentina. Si este era el final del camino, no era su derecho ponerle las esposas a este tipo. Era el de Luca—. ¿Por qué no vas tú?

—¿Yo? ¿Por qué?

Ella consiguió esbozar una sonrisa, la primera de verdad en días. —Porque este es tu caso, compañero. Tú nos has traído hasta aquí, tú lo terminas.

Luca se puso de pie. —¿Estás segura?

—Ayer te enfrentaste a un hombre a punto de hacer estallar un almacén. Un contable no es nada que no puedas manejar. Llamaré a Reeves y me aseguraré de que todas las unidades te respalden, para que no estés solo. ¿Qué te parece?

—¿Te quedarás con Vanessa hasta que lleguen los médicos?

—Sí. Yo cuidaré de ella.

Luca sacó las llaves del coche y se despidió de Vanessa con un gesto. Iba a decir algo más, pero Ella le interrumpió presionando sus labios contra los suyos. Estaba diciendo con su cuerpo lo que le costaba decir con palabras, pero cuando se apartó, lo intentó de todos modos.

—Y lo siento —dijo.

—Yo también.

—Ve. Ten cuidado.

Y Luca se fue, de vuelta por donde había venido.

Ahora solo quedaban ella y Vanessa, y lo único que podía hacer era esperar.

CAPÍTULO CUARENTA

Las ramas azotaban el rostro de Lawrence como garras mientras se abría paso entre la maleza, con los pulmones ardiendo y las piernas chapoteando en montones de hojas podridas que le llegaban hasta las rodillas. Los zarzales se enganchaban en su ropa, las espinas encontraban piel y sacaban sangre que se mezclaba con la lluvia, el sudor y la furia impotente que corría por sus venas.

No debía ser así. Se suponía que sería perfecto.

Lo había planeado todo al detalle. Cómo se escabulliría por el bosque, se acercaría sigilosamente mientras ella presumía de ese estúpido huevo que había convencido a la señora Whitaker de que era auténtico. La sensación del alambre del garrote mordiendo sus palmas mientras lo enroscaba alrededor de su cuello delgado. El terror animal en sus ojos al darse cuenta de que por fin le había llegado la hora, el último cargo en una vida de tarjeta Platinum gastada persiguiendo las tonterías de otros.

Iba a ser su obra maestra. Su gran obra. La culminación de todas las cosas enfermas y lamentables que había hecho al servicio de esta obsesión retorcida que lo había devorado y desechado, como un cadáver andante cosido con las vidas rotas de otros.

Todo se fue al traste cuando esa zorra policía —o lo que fuera— empezó a gritar. Lawrence tuvo que salir pitando en ese mismo instante; agarrar su maletín y escabullirse en el bosque como un cobarde.

Igual que había huido de todo lo que alguna vez importó en su miserable vida. Los puños de su padre, las borracheras de vodka de su madre. Los desprecios y burlas de todos los que alguna vez miraron por encima del hombro al imbécil de Larry Winters, ese don nadie de caravana que pensaba que podía elevarse por encima de su crianza a lomos de los tesoros de otros.

Lawrence tropezó, casi se dio de bruces contra un enredo de ramas muertas. Se recompuso en el último segundo, enderezó su cuerpo por pura fuerza de voluntad. La cabeza le daba vueltas, el estómago se le revolvía. El cóctel de adrenalina y rabia se agriaba en sus entrañas como leche de una semana. Su maletín —el de cuero elegante que había comprado especialmente para las reuniones con clientes— se enganchaba en cada maldito arbusto que pasaba. Dentro, sus herramientas tintineaban como campanas de viento.

Necesitaba salir de este bosque. Necesitaba encontrar su coche, poner distancia entre él y el escenario de su mayor triunfo convertido en error. Se obligó a reducir la velocidad y respirar.

Piensa, imbécil. Piensa. ¿Dónde había aparcado? ¿Cuánto había caminado por estos malditos árboles para llegar al castillo de cristal de Vanessa?

Lo había dejado en algún camino de mantenimiento a unos ochocientos metros. Lo más inteligente era aparcar lo suficientemente adentro para que nadie lo viera desde la carretera. Muy listo. Ahora no podía encontrar el maldito coche en este laberinto de árboles muertos.

La lluvia caía con más fuerza ahora. Le pegaba el pelo al cráneo, se le metía en los ojos y difuminaba el mundo en una mancha de gris y marrón muerto. Sacudió la cabeza como un perro, tratando de aclarar su visión. Entrecerró los ojos en la penumbra y buscó puntos de referencia. La ruptura en la línea de árboles que significaría civilización, seguridad, escape.

Entonces —allí. Un destello azul entre los árboles. Su Toyota Camry, cuidadosamente elegido por su presencia totalmente olvidable. Solo otro coche de un profesional de clase media.

El alivio le golpeó y le dejó mareado. Se abrió paso a través de los últimos metros de maleza, buscó torpemente las llaves con los dedos entumecidos y desbloqueó la puerta. Se desplomó en el asiento del conductor y arrojó el maletín a su lado.

¿Y ahora qué? ¿Ahora adónde? Demasiadas preguntas, pero la que le golpeó con más fuerza fue:

¿Estaba muerta Vanessa Blackburn?

El alambre había mordido profundo. Había sentido el cartílago crujir bajo sus manos, pero no se había quedado para confirmar la muerte. Tampoco había podido llevarse su trofeo. Toda esa planificación, toda esa cuidadosa preparación, y ahora no tenía nada que mostrar excepto barro en sus zapatos y un fracaso que lo perseguiría para siempre.

Si Vanessa estaba muerta, podría estar bien. Los muertos no hablan.

Pero si estaba viva, entonces esa era una historia diferente.

¿Lo había reconocido? Había tenido cuidado de no hablar, de no decir una palabra, pero ¿y si reconoció algo más? ¿Su olor natural? ¿Su silueta? ¿Y si la zorra era lo suficientemente lista como para darse cuenta de que Larry Winters era la única persona en el círculo de CVG que tenía acceso a toda la información de sus clientes, incluidos los códigos de seguridad?

No. No pienses en eso. Concéntrate en salir de aquí. Un pie delante del otro. Tal como papá le enseñó durante esas interminables excursiones que siempre terminaban en moratones y lágrimas. Sigue moviéndote. No mires atrás. El pasado no puede atraparte si corres lo suficientemente rápido.

¿Adónde ahora? Su casa no era segura, sería el primer lugar donde buscarían si Vanessa sobrevivía para nombrarlo. ¿Un hotel quizás? No, demasiadas cámaras estos días. Sistemas de seguridad hambrientos de rostros para alimentar las bases de datos de reconocimiento facial.

Su despacho también estaba comprometido. No tenía amigos de los que hablar, nunca se le había dado bien mantener esas conexiones superficiales que la gente normal parecía manejar con tanta facilidad.

El trabajo. Los archivos.

Joder.

Aún conservaba en el ordenador de su despacho los registros de todos los coleccionistas que había investigado. Rastros de correos electrónicos, historiales de navegación, notas sobre sus horarios y sistemas de seguridad. Había sido demasiado cuidadoso como para guardar algo explícitamente incriminatorio, pero un buen equipo forense encontraría sus huellas por todas partes en las víctimas.

Necesitaba sobrevivir lo suficiente para llegar a ese ordenador. Necesitaba borrarlo por completo antes de que la policía empezara a husmear. Pero estarían vigilando cualquier lugar con el que tuviera relación: las oficinas de Curated Value Group, su piso, todas las empresas para las que había trabajado, su propio despacho.

A menos que...

Un plan empezó a tomar forma. No era tan elegante como su trabajo habitual, pero la desesperación tenía una forma de fomentar la creatividad. Conocía lugares en Chesapeake que no aparecían en ningún mapa. Propiedades abandonadas que había descubierto durante su investigación, escondites que podrían darle el tiempo suficiente para decidir su próximo movimiento.

Solo tenía que esconderse.

Al fin y al cabo, se le daba bien hacerse pasar por otras personas. En llevar diferentes caras. El contable no era más que otra máscara que llevaba, como la cara de muñeca para Eleanor, la cabeza de insecto para Alfred, el rostro divino para Joseph. Quizás era hora de mudar también esa piel.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Luca encontró un ladrillo sujetando la puerta de entrada del edificio de apartamentos en el número 2951 del bulevar Harbor View. El lugar era un bloque de cuatro plantas de hormigón beige institucional que daba a los astilleros navales de Chesapeake, y tenía el aspecto grisáceo y descolorido de un edificio que hacía mucho tiempo había renunciado a la pretensión de respetabilidad y se había acomodado en una relación íntima con la decadencia urbana.

Volvió a comprobar la dirección. 2951 Harbor View Boulevard, Apartamento 3C. Este era el sitio, sin duda. La guarida de Lawrence Winters, un apacible contable de día, asesino en serie psicópata que desollaba a sus víctimas de noche. Era increíble los enfermos con los que uno podía codearse junto a la máquina de agua sin siquiera saberlo.

El edificio hizo que el cerebro de investigador de Luca se pusiera en alerta, porque ¿por qué un exitoso contable fiscal, un hombre que ayudaba a coleccionistas millonarios a evadir obligaciones de seis cifras, viviría en este purgatorio de hormigón? ¿Problemas de juego? ¿Adicción a las drogas? ¿Gustos caros? Quizás la respuesta le esperaba dentro.

Luca desenfundó su Glock y se dirigió hacia la puerta. El vestíbulo del edificio era tan desastroso como prometía el exterior, con paredes manchadas de humedad y un banco de buzones abollados con la mayoría de los nombres rayados o cubiertos con capas de pintura en aerosol. El ascensor estaba fuera de servicio, aunque la cinta amarilla pegada en sus puertas no hubiera gritado "FUERA DE SERVICIO" en tres idiomas diferentes.

Tres tramos de escaleras le dieron tiempo para pensar. En Ella, que se había quedado con Vanessa. En la garganta amoratada de Vanessa. En lo que podría estar pasando por la cabeza del señor

Lawrence Winters en ese momento. ¿Sabría Winters que Vanessa estaba viva? Si lo sabía, su mente sería un torbellino de ideas contradictorias. Huir, no huir, esconderse, tirarse del puente más cercano.

Luca llegó al rellano del séptimo piso y se detuvo para recuperar el aliento y dejar que la adrenalina bajara de una ebullición intensa a un hervor suave. El apartamento 3C estaba justo al final del pasillo, a tan solo una docena de metros y una endeble puerta de aglomerado entre él y el monstruo que disfrutaba convirtiendo la piel humana en alas de ángel.

Winters podría tener la cabeza bien puesta, pero no era un soldado. No era un pistolero curtido con entrenamiento militar y un pequeño arsenal a su disposición. Era solo otro psicópata patético jugando a ser Dios con las vidas de los demás.

Luca se pegó a la pared mientras se acercaba al apartamento 3C. La puerta era tan anodina como cualquiera de las otras. No había símbolos arcanos garabateados con sangre, ni cánticos ominosos en latín emanando del interior. Luca se colocó a un lado de la puerta con su Glock firme en una postura de disparo perfecta. Levantó su mano libre y la cerró en un puño. Sabía que un psicópata con tres asesinatos a sus espaldas podría estar sentado al otro lado de esta puerta, y una parte de Luca querría abatirlo a tiros y ahorrarle al sistema judicial la molestia de procesarlo.

Pero Luca se recordó a sí mismo que los sospechosos muertos no hablan, y que la muerte no era ni de lejos un castigo tan grande como la cadena perpetua. Además, Ella odiaba matar.

Entonces llamó con tres golpes cortos.

—¿Lawrence Winters? FBI, abra la puerta —dijo.

Silencio. Ni siquiera el correteo de cucarachas tras las paredes. Luca se inclinó, pegó la oreja a la endeble puerta y se esforzó por oír algo más allá de su propio pulso.

Otro golpe.

—Winters. Tiene diez segundos. Abra la puerta —dijo.

Nada. O al menos nada que activara su radar de amenazas. Ni pasos amortiguados, ni el delator clic del seguro de un arma al quitarse. Por lo que podía percibir, el apartamento estaba realmente vacío.

Estaba a punto de llamar de nuevo, quizás añadiendo un poco de persuasión percusiva con la bota en la puerta para darle sabor, cuando el estruendo de pies en las escaleras le dejó paralizado.

Giró, con la Glock elevándose para cubrir la escalera.

Pero en lugar de Lawrence Winters, Luca se encontró mirando a una joven pareja. Las pupilas de la mujer estaban tan dilatadas que se podría aparcar un camión en ellas, y el hombre se rascaba obsesivamente unos brazos que parecían mapas de carreteras de marcas de agujas. Luca no tuvo que pensar mucho en esto.

—Eh —dijo Luca, manteniendo un tono casual, con la placa visible—. ¿Conocéis al tipo que vive aquí?

El hombre se encogió de hombros, aún rascándose.

—¿El de los impuestos? Qué va, no realmente. Es un tipo callado. Se mantiene al margen —dijo.

—¿Le habéis visto últimamente? —preguntó Luca.

—No desde hace semanas —respondió el hombre.

—¿Alguna vez habláis con él?

—A veces le saludamos, pero nada más.

—¿Qué me podéis contar sobre él?

La mujer ofreció:

—Cincuentón, pelo castaño, bastante feo, trabaja en horarios raros, conduce un Toyota sedán. Azul.

A Luca se le puso la piel de gallina en los antebrazos. Sedán azul. Justo como el coche misterioso frente a la biblioteca. Justo como el vehículo que había descrito el testigo adolescente. Combinado con las conexiones financieras de Lawrence con las víctimas, eso era causa probable en cualquier tribunal que pudiera nombrar.

—¿Un sedán azul? ¿Está segura?

—Tan segura como que necesito un pitillo —dijo mientras agarraba el brazo de su compañero y lo arrastraba escaleras abajo—. Buena suerte, señor.

—Gracias —esperó hasta que la pareja se alejó tambaleándose, luego se plantó frente a la endeble puerta de fibra del apartamento 3C. La primera patada hizo temblar el marco, la segunda la arrancó de sus bisagras en un estallido tristemente anticlimático de madera y aluminio. Luca entró con su Glock por delante.

—¡FBI! ¡Winters, salga con las manos en alto!

El salón era deprimente: moqueta manchada, futón hundido, un televisor antiguo sobre un mueble de aglomerado. La decoración insulsa y sin carácter que cabría esperar de un tipo cuya única alegría en la vida venía de meterse hasta los codos en las vísceras de otras personas.

Registró el lugar habitación por habitación: cocina vacía, baño despejado, dormitorio sin vida. Solo los tristes restos de una vida vivida al margen: cenas precocinadas en la basura, muebles genéricos, paredes desnudas excepto por un único título de contabilidad enmarcado.

Pero lo cierto es que Lawrence Winters no estaba allí.

De vuelta en el salón, algo llamó la atención de Luca. Algo que había pasado por alto en su primera pasada porque su cerebro estaba demasiado centrado en evaluar amenazas.

El brillo del cristal y una salpicadura de color que no encajaba con la banalidad beige sobre beige del resto del lugar. Luca se acercó, arma aún preparada, cada nervio vibrando de vigilancia.

Era una vitrina. El tipo de cosa que verías en el salón de una anciana.

A Luca se le escapó el aliento en un gruñido brusco y conmocionado. Sabía, en cierto nivel, lo que vería, pero saber y ver eran dos cosas muy distintas.

Una muñeca de porcelana con ojos envenenados con arsénico. El orgullo y la alegría de Eleanor.

Una enorme araña conservada en una caja de madera. El espécimen máspreciado de Alfred.

Y como pieza central, un crucifijo medieval que solo podía provenir de la colección de Joseph Carpenter.

—Madre mía... —Las palabras salieron rasposas y distantes a sus propios oídos. Sus dedos temblaban mientras sacaba torpemente su móvil, casi lo dejó caer dos veces antes de encontrar el número de Ella. Ella contestó al primer tono.

—Hawkins, ¿estás en el piso de Winters?

—Ella, estoy aquí, y los trofeos están justo delante de mí. Muñeca, araña, crucifijo. Los estoy viendo ahora mismo.

Silencio en la línea. Un respiro, dos. Luego:

—Hemos encontrado a nuestro sospechoso.

—Sí, pero no está aquí. El lugar está vacío.

El siseo de Ella fue agudo como un latigazo.

—Maldita sea. Vale. No puede haber ido lejos. No tan pronto, no con nosotros pisándole los talones. Tiene que tener un escondite, algo fuera del radar donde pueda aclarar sus ideas. Sabemos que puede planear las cosas hasta el último detalle.

—Cierto. Tengo agentes buscando por las calles, pero ¿y si no es suficiente? ¿Y si se ha escondido bajo tierra?

—Entonces desmonta su apartamento de arriba a abajo. Algo allí revelará su ubicación.

—Venga, Ella. Nuestro tipo es de lo más organizado. Si tuviera un escondite, no guardaría notas sobre ello.

—Hawkins, ¿me estás diciendo que no puedes ser más listo que un contable?

—Son gente lista. Saben hacer números mucho mejor que yo.

—Probablemente, pero no pueden hacer trabajo de detective como tú. Encontraste a Winters. Conoces a este tipo. Empieza a buscar.

Luca resopló.

—Tienes que dejar de dar estas charlas motivadoras.

—Funcionan.

—Ese es el problema. ¿Vanessa está bien?

—Sí, está con los paramédicos. Estable.

—Bien —dijo Luca—. ¿Te quedas en línea por si acaso?

—Sí. Adelante.

Luca guardó el teléfono mientras comenzaba su búsqueda. Empezó por el dormitorio. Parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar a desentrañar el nudo marinero que era la psique de Winters. El antiguo mentor de Luca había mencionado una vez que se podía saber todo sobre un hombre a partir de dos cosas: su dormitorio y sus zapatos.

Pero si la habitación de Winters guardaba algún tesoro psicológico oscuro y profundo, estaba bien enterrado. La habitación era tan austera e impersonal como la celda de un monje: cama individual, sábanas gastadas, una cómoda maltrecha a la que le faltaba un cajón. El armario contenía una deprimente colección de trajes de confección en grises y marrones anodinos, y poco más.

Luca rebuscó en los bolsillos, revisó bajo el colchón hundido, incluso levantó un par de tablas sueltas del suelo. Nada. Ni diarios, ni memorias USB, ni rastros de papel que llevaran directamente a la segunda casa secreta de Winters.

Pasó al baño. Encontró la colección habitual de artículos de aseo y medicamentos. El botiquín fue un fiasco, sin nada más siniestro que unos Roloids caducados y un tubo reseco de Preparation H.

Suzy salió en defensa de Lacey.

—Creo que lo que Lacey intenta preguntar es si puede contratarte para hacer el trabajo —dijo Suzy.

Gabe se encogió de hombros.

—Vale.

Lacey miró a Suzy, muda de sorpresa. No podía creer que este adolescente monosilábico pudiera hacer realidad su sueño, pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr.

Se volvió hacia Gabe.

—¿Quieres empezar ahora?

Gabe se apartó el flequillo de pelo castaño y grasiento de los ojos y se encogió de hombros.

—Vale.

La cocina era la última habitación de la lista, y Luca no albergaba muchas esperanzas de tener un momento eureka junto al fregadero. Winters no parecía el tipo de persona que escondiera sus planes maestros entre los estropajos y las esponjas de repuesto, pero debía ser minucioso.

Y fue el montón de correo sobre la encimera de la cocina lo que primero llamó su atención.

La mayoría era propaganda que Winters no había tirado. Parte eran menús de comida para llevar, facturas, sobres escritos a mano que bien podrían contener felicitaciones navideñas. Luca apartó un folleto de limpieza de alfombras con un 50% de descuento, y allí, enterrado bajo la avalancha de papel, había un fajo de documentos de aspecto oficial con un nombre familiar en la parte superior.

Museo Médico St. Andrews.

Una División del Fondo Nacional para el Patrimonio Cultural.

St. Andrews. El cascarón quemado de un museo médico que una vez albergó una de las colecciones más extensas de rarezas anatómicas y curiosidades forenses del Atlántico Medio. El mismo museo que Vanessa Blackburn estaba a punto de catalogar y tasar antes de que un incendio lo redujera todo a cenizas.

Luca cogió los papeles. Formularios de seguros, listas de inventario perdido, todo un archivador lleno de jerga legal y letra

pequeña. Y allí, al pie de cada página, la apretada y enrevesada firma de Lawrence Winters.

El museo. Un edificio vacío, y uno que Lawrence Winters conocería.

—Ell —dijo Luca por el móvil—. Winters tiene vínculos con ese museo médico que se quemó.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Ella observaba cómo los técnicos de emergencias médicas atendían a Vanessa Blackburn, pero sus pensamientos estaban en otra parte.

—¿St. Andrews? —dijo por teléfono.

—Sí —dijo Luca. Ella podía oírle revolviendo papeles—. Está procesando las reclamaciones de seguros. El papeleo está justo aquí.

Algo encajó. He aquí un hombre que ayudaba a procesar reclamaciones, que sabía exactamente qué coleccionistas eran puros y cuáles jugaban al juego de las donaciones. La ventana perfecta a un mundo de obsesión y codicia.

—Espera un momento.

Ella se puso en movimiento antes de que la idea se hubiera formado por completo, pero no había tiempo para detenerse en posibilidades. Si no se movían ahora, Lawrence Winters podría desaparecer sin dejar rastro.

Vanessa estaba acurrucada en el sofá mientras un médico le alumbraba los ojos inyectados en sangre con una linterna. Las marcas de ligadura en su cuello trazaban la obra maestra fallida de Lawrence Winters en tonos morados y negros. Ella sabía que esas marcas se desvanecerían a amarillo, luego a verde, y luego desaparecerían, pero el recuerdo de su intento de añadir a Vanessa a su colección perduraría mucho después de que los moratones desaparecieran.

Se arrodilló al nivel de Vanessa, intentando suavizar su voz hasta algo parecido a tranquilizador. Vanessa parpadeó hacia ella, lenta y como un lagarto. La técnico de emergencias se esfumó discretamente.

—Lawrence —resolló Vanessa—. ¿Le habéis... está...?

—Aún no, pero estamos muy cerca. Solo necesito preguntarte algo.

La tasadora asintió.

—El museo. St. Andrews. ¿Qué sabes de él?

Vanessa suspiró pesadamente. Por un momento Ella pensó que había presionado demasiado, que había pedido demasiado a una mujer que acababa de mirar a los ojos a su propia mortalidad. Pero entonces la expresión de Vanessa se endureció.

—Lo estábamos... comprando. Luego se quemó.

—¿Quiénes sois "nosotros"?

—CVG.

—¿Por qué?

—Tener tu propio museo tiene sus... ventajas.

Ella pensó en todo lo que Gabriel Thorne le había contado sobre el pequeño esquema de evasión fiscal que tenían en marcha. Si el Curated Value Group tuviera su propio museo, básicamente podrían deducir tanto en impuestos como quisieran. Encontrar un objeto, darle un valor alto, donárselo a sí mismos. Requeriría un poco de creatividad, pero la gente hacía estafas similares por toda España cada día.

Y no solo eso, sino que poseer un museo habría dado al negocio de Vanessa un barniz de respetabilidad, un aire de importancia cultural que iba más allá de las tasaciones y las tiendas de consignación. Les habría convertido en hacedores de reyes en el mundo del coleccionismo y en guardianes de un nuevo nivel de medición de egos de ricachones.

Y Lawrence Winters, con sus resentimientos embotellados e insuficiencias hirvientes, debió haber visto venir eso desde lejos. Debió haber mirado la construcción del imperio de Vanessa y ver rojo, ver su propia y lamentable vida volverse aún más insignificante en comparación.

Algo le dijo a Ella que había más en este ataque incendiario de lo que las noticias habían informado, pero ese era un problema para otro día.

—Winters. Él sabía de este museo, ¿verdad?

Ella asintió. —Mucho.

—El museo. ¿Está lejos de aquí?

—Diez... minutos. Recto por... la autopista. —Cada palabra era un esfuerzo, forzada a través de una garganta que debía sentirse como si estuviera revestida de cristal triturado.

—Necesito una dirección, Vanessa, porque existe la posibilidad de que Winters se esté escondiendo allí.

—3500... Waterfront Drive.

—¿Cómo entro?

—Ventana.

Ella le puso una mano en la rodilla. Puede que no le cayera bien la mujer, incluso que sospechara que jugaba al límite de la legalidad con su pequeño negocio de tasación. Pero no le desearía este tipo de brutalidad a nadie.

—Volveré pronto. Estos médicos te cuidarán bien.

—Llévate mi coche —resolló Vanessa—. Las llaves están... en la mesa.

Ella apretó. —Gracias.

Cogió las llaves, salió corriendo de la casa y encontró un Mercedes negro esperándola. Ella sacó su móvil, que aún estaba conectado con su compañero.

—Hawkins, ¿has oído todo eso?

—Cada palabra. ¿Vas para allá ahora?

—Sí. Tengo que hacerlo. Sé que querías ser tú quien atrapara a este tipo, pero...

—El ego no tiene cabida aquí. Estás mucho más cerca que yo, así que ve y atrapa a ese cabrón. Yo esperaré aquí por si Winters

hace un desvío.

Un trueno retumbó en lo alto como fuego de artillería. La tormenta que había estado amenazando todo el día finalmente estaba cumpliendo sus promesas.

—¿No puedes venir tú también? —preguntó ella—. ¿Ver si puedes conseguir que alguien más vigile la casa de Winters?

—Lo intentaré. Tú preocúpate solo de atrapar a este tipo.

La lluvia salpicaba el parabrisas como balas mientras Ella ponía el coche en marcha. Diez minutos hasta St. Andrews. Diez minutos para encontrar a su coleccionista antes de que pudiera completar su obra maestra.

El juego había comenzado.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

El Museo Médico de St. Andrews parecía más un almacén que un museo para el ojo inexperto. Se encontraba al final de un estrecho camino de acceso, encajado entre una planta embotelladora abandonada y un tramo de marisma cubierto de maleza. El lugar era un rectángulo sin gracia de hormigón poroso y cristal tintado, y Ella ya podía ver señales del incendio que había arrasado este lugar desde cincuenta metros de distancia.

Aparcó el coche de Vanessa a cierta distancia y recorrió el resto del trayecto a pie. Las manchas de hollín se extendían desde las ventanas rotas y la entrada principal había sido tapiada con madera contrachapada. La naturaleza había empezado a reclamar los márgenes en los años transcurridos desde el incendio, con malas hierbas y enredaderas apoderándose del exterior del edificio.

Pero la mirada de Ella se centró en el único detalle que importaba: un modesto Toyota azul agazapado en la sombra del muelle de carga, medio oculto detrás de un contenedor.

Winters estaba aquí.

La constatación le golpeó como una descarga de adrenalina al corazón. Puso las manos alrededor de la ventanilla y miró dentro del vehículo, pero todo lo que pudo ver fue lo que parecía un maletín en el asiento del copiloto. Se arrodilló, tocó una rueda delantera y la encontró caliente. Eso significaba que su propietario no podía haber llegado más que unos minutos antes.

Tenía que entrar, pero primero envió un mensaje a Reeves para que trajera a todos los policías disponibles. Él le respondió con un mensaje de pulgar hacia arriba unos segundos después.

El museo se extendía a lo largo de dos plantas y estaba salpicado de ventanas que de alguna manera conseguían parecer a la vez ornamentadas e institucionales. La mayoría estaban intactas,

pero algunas de la planta baja habían sido ventiladas recientemente. Tal vez por críos aburridos, tal vez por Winters. Mientras rodeaba el perímetro, encontró un contenedor que ofrecía la elevación justa para hacer posible la escalada. No fácil —especialmente con sus quemaduras gritando en protesta— pero posible.

Ella enfundó su Glock y empezó a subir. La tapa del contenedor crujió y el cristal se quebró bajo sus botas mientras alcanzaba el alféizar. Sus hombros ardían mientras se izaba y pasaba a través de la ventana, intentando evitar los dientes afilados que aún se aferraban al marco. Los fragmentos le arañaron el estómago mientras se retorció por la abertura, y luego consiguió girarse y encontrar el suelo con los pies por delante.

El silencio la recibió al otro lado. La acústica de este lugar amplificaba el sonido de su respiración, y el olor inconfundible a carbón invadía sus fosas nasales. El caparazón calcinado del museo se la había tragado entera, y ahora contenía la respiración en anticipación.

Encendió la linterna sujeta a su cinturón y barrió el haz en un arco. Era un movimiento arriesgado, anunciar su presencia con una linterna, pero la alternativa era acechar este lugar en la oscuridad total y arriesgarse a una emboscada. Al menos con luz, podría ver venir a Winters.

La habitación se reveló por etapas. Estaba en una especie de zona de almacenamiento. Estanterías metálicas se extendían hacia las sombras, aún portando su lúgubre carga a pesar del incendio. Un frasco en la estantería más cercana contenía algo que podría haber sido una mano humana, flotando en un conservante turbio. La etiqueta de abajo se había quemado parcialmente, dejando solo: ...deformidad congénita, 1932.

Ella se adentró más en la penumbra. Más especímenes emergieron de la oscuridad: órganos conservados en fluido turbio, fragmentos de huesos dispuestos sobre terciopelo. Un feto en un frasco de campana giró su cabeza malformada para observarla

pasar, mientras algo con demasiadas extremidades flotaba en una solución verde a su lado.

Su linterna iluminó una vitrina de cristal lo suficientemente grande como para contener a una persona. Dentro, un esqueleto parcial había sido dispuesto para demostrar una curvatura espinal severa. La escoliosis retorció las vértebras en formas que no deberían haber sido posibles en un ser vivo.

Pasó estantería tras estantería de curiosidades médicas. Tumores montados como especímenes geológicos. Secciones transversales de tejido enfermo suspendidas en alcohol. Una colección de cráneos mostrando varias formas de algo que Ella no podía pronunciar. El haz de luz recorrió una vitrina particularmente grande, y dentro, fetos de gemelos siameses la miraban fijamente.

Concéntrate. Despeja la habitación. Encuentra a Winters.

Sus botas resonaban contra el suelo de baldosas mientras se adentraba en las entrañas del museo. La lluvia golpeaba contra las altas ventanas, proporcionando cobertura para cualquier sonido que ella pudiera hacer, o que alguien más pudiera hacer. Atravesó una puerta y salió a lo que Ella supuso que solía ser la zona principal de exposición.

Más especímenes se revelaron, al igual que muchos de sus homólogos devastados por el fuego. En el corazón de la cámara se alzaba una larga mesa central con rarezas en vitrinas alineadas en sus bordes. Ella vio órganos y fetos conservados en líquido turbio, la mayoría con etiquetas ennegrecidas por el fuego. Un cerebro humano flotaba en formol nublado, y a su lado había un riñón biseccionado. Por un momento de vértigo, los frascos parecieron moverse por sí solos.

Trucos de la luz, de la fatiga y la adrenalina. Nada más.

Recorrió la habitación lentamente, pero no pudo detectar ningún indicio de movimiento. Lawrence Winters estaba aquí, sin duda, pero ¿dónde se escondía el muy cabrón?

Se detuvo al pie de una gran escalera que subía hasta el balcón del segundo piso. Barandillas de hierro forjado con ornamentos se curvaban a lo largo del balcón, donde había aún más especímenes. Una pasarela metálica se extendía desde lo alto de las escaleras, perdiéndose en la penumbra.

CLANG.

El sonido atravesó el silencio espectral, tan repentino y estridente que se sobresaltó.

Apagó su linterna con el pulgar y sumió la cámara de nuevo en la oscuridad total. Dejó que la oscuridad la engullera mientras se deslizaba hacia un imponente armario de especímenes.

Una gota de sudor le recorrió la espalda mientras forzaba la vista en la oscuridad. ¿La habría oído Winters? ¿La estaría observando ahora? ¿Tal vez agazapado entre las sombras, viéndola tantear a ciegas entre las reliquias de su locura?

¡CRASH!

Se encogió instintivamente, con un brazo levantado para protegerse la cara. El ruido había venido de su izquierda. ¿Una vitrina que se caía? ¿O algo más humano?

Sus dedos se crisparon sobre la culata de su Glock. Todos sus instintos le gritaban que disparara en la oscuridad y se preocupara de las consecuencias después, pero se contuvo. Y entonces, con un zumbido y un destello de luz que le abrasó las retinas, los focos se encendieron.

Luces de inundación a intervalos regulares, enormes cosas enjauladas que proyectaban sombras duras y deslavaban el color del mundo. Pintaban la cámara de un tono naranja anémico.

Parpadeó para aliviar la tensión de sus ojos, y el instinto la hizo lanzarse en busca de mejor cobertura. Fue entonces cuando empezaron los gritos.

No eran gritos humanos, ni siquiera animales. Era el sonido de algo completamente Otro, como una máquina torturada incapaz de

contener su rabia. Se acercaba a ella en un aullido creciente y, bajo él, el golpeteo de pies que corrían.

Rodó hasta ponerse en cuclillas de tirador, y en el instante antes de que ese resplandor de sodio cegador chisporroteara y estallara como flashes en su cráneo, lo vio.

Lawrence Winters.

El contable convertido en coleccionista se precipitaba hacia ella en un sueño febril de miembros agitados y ojos feroces.

Venía a por ella.

Tuvo tiempo para un disparo, y falló completamente el blanco. La bala pasó silbando junto a él y destrozó un cristal en algún lugar a lo lejos.

Entonces él cayó sobre ella, increíblemente rápido, su olor llenándole las fosas nasales mientras chocaban. Se desplomó de espaldas cuando Winters la montó. Le agarró el brazo derecho con ambas manos y lo clavó contra el suelo, luego alcanzó su pistola. Ella agarró el pelo de Winters con su mano libre, pero tres, cuatro, cinco disparos ensordecedores la paralizaron momentáneamente. Miró y vio una Glock humeante, ahora vacía de balas gracias a la rápida acción de Winters. Había descargado todo el cargador.

—Tú —escupió Winters—. Tú lo has fastidiado todo.

Se sacudió, tratando de quitárselo de encima. Pero Winters tenía la gravedad y 80 kilos de locura pura clavándola contra el implacable suelo de baldosas. Gruñó en un desafío sin palabras, luego lanzó la cabeza hacia delante y sintió cómo el cartílago crujía cuando su frente le aplastó la nariz. La sangre le salpicó caliente en la cara y el cuello. Winters se echó hacia atrás con un chillido, más enfurecido que dolorido.

Ella aprovechó la pequeña ventaja, levantó la pierna ilesa y le clavó la rodilla en la entrepierna. Un golpe bajo, una especialidad de Ripley. Una, dos, tres veces para asegurarse. Él hizo un ruido como de rana pisoteada, encogiéndose sobre sí mismo. Se sacudió y

finalmente logró quitárselo de encima. Lo envió rodando por las baldosas manchadas de sangre mientras ella se ponía a gatas.

Había fragmentos de cristal en todas direcciones, consecuencia de los disparos que acababa de notar. Vio uno grande que podría servir como sustituto de cuchillo. Estaba tan cerca, tan cerca.

Pero entonces unos dedos como garras se hundieron en su pantorrilla. Winters la arrastró hacia atrás, ahora riendo mientras lo hacía. Se volvió y vio esos dedos mordisqueados de los que hablaba el testigo adolescente. Signos de un hombre con alta ansiedad, baja autoestima y un poco de masoquismo bajo la superficie. Pero al parecer, esa versión de Winters había desaparecido hacía mucho.

Pateó, sintió su talón chocar contra carne blanda. Otra patada, esta alimentada por la desesperación y la pura furia animal del atrapado. Winters aulló cuando algo crujió bajo su asalto: pómulos, cuenca del ojo, qué más daba. Se puso de pie de nuevo, pero Winters ya estaba en movimiento. Alcanzó a ver su espalda mientras subía las escaleras a toda prisa.

Se incorporó con dificultad y cojeó tras él. La pelea había renovado el dolor de sus quemaduras, pero ya se las untaría con crema cuando todo esto terminara. Subió las escaleras de un salto, llegó a la pasarela y la encontró vacía.

—¡Winters! —gritó—. ¿Qué pasa? ¿Demasiado asustado?

Silencio.

Una punzada de temor le atravesó las entrañas, porque ¿y si Winters había encontrado otra salida? Otra ventana, una trampilla secreta, lo que fuera.

No. Se negaba siquiera a considerar esa posibilidad. Él estaba aquí. Podía sentirlo, esa conciencia escalofriante de su presencia. Estaba cerca. Observando. Esperando.

Llegó al final de la pasarela. Miró alrededor de la esquina, esperando —rezando— ver la figura de Winters acechando en las sombras.

Pero no había nada. Solo otro tramo de pasillo sombrío flanqueado por más vitrinas destrozadas y estanterías volcadas.

Contuvo un grito de pura frustración. Se clavó las uñas en las palmas hasta que brotó sangre, usando el dolor para centrarse. Tenía que pensar. Tenía que descifrar su juego. Si ella fuera él, ¿adónde iría?

Una sombra pasó cerca, demasiado rápida y sólida para ser imaginación. Sus instintos gritaron emboscada una fracción de segundo demasiado tarde.

¡CRASH!

Se giró bruscamente, con el corazón en la garganta. Detrás de ella, algo había sido lanzado en su dirección. Algo grande. Golpeó la pasarela en una explosión de huesos.

El esqueleto se deshizo como un macabro rompecabezas: los fémures girando en una dirección, una pelvis destrozándose en otra. El cráneo salió rodando hacia la oscuridad.

Pero la lluvia de huesos era solo una distracción teatral, porque todos sus pensamientos se perdieron cuando algo se rompió contra su cráneo. Un líquido conservante dulce y químico empapó su cara, quemándole los ojos, llenando su nariz con el hedor del formaldehído antiguo. El mundo comenzó a desvanecerse en los bordes, la realidad se desangraba como acuarelas bajo la lluvia. Se tambaleó hacia atrás contra la pared mientras sus rodillas cedían.

Vagamente, en la distancia, escuchó la risa aguda y estridente de Winters. Un sonido que atormentaría sus pesadillas durante años si vivía tanto tiempo.

Luego, la bendita inconsciencia la engulló por completo. Se precipitó hacia abajo y más abajo, consciente de nada más que el sabor de su propia sangre y el conocimiento de que había fallado. Había dejado que el cabrón la pillara desprevenida.

Podría quedarse aquí, se dio cuenta. Dejarse ir. Deslizarse hacia ese lugar suave y oscuro donde los monstruos no podían alcanzarla,

y los únicos gritos eran silenciosos. Sería fácil. Incluso pacífico. Sin más lucha, sin más persecución.

Pero entonces, en los mismos límites de su conciencia, un sonido. Débil al principio, amortiguado, como si se filtrara a través de capas de lana.

Luego se agudizó, se resolvió y se convirtió en el golpeteo rítmico de pies sobre metal. Pies corriendo. Retumbando por la pasarela a su lado.

—¡Te mataré! —gritó una voz. No cualquier voz. Su voz. El pensamiento atravesó la niebla como una bengala a través de las nubes nocturnas.

Luca estaba aquí.

Winters aulló, agudo y estridente. —¡TÚ! No puedes... esto no es como...

Sus palabras se ahogaron en un gorgoteo. Luca gruñó algo demasiado bajo para entenderlo, pero la intención era clara. Castigador. Prometedor. Entreabrió un ojo, porque si este era su último día en la tierra, la visión de Luca golpeando a un asesino en serie era la mejor vista final que podía pedir.

Más golpes. El crujir de huesos, el chapoteo de sangre. Winters aullando como un condenado. Luca se movía en un borrón de puños, empujando a Winters por la pasarela. El aspirante a coleccionista retrocedía tambaleándose, escupiendo sangre, pareciendo estar a un puñetazo de colapsar definitivamente.

—Esto es por Eleanor —gritó Luca con una rodilla en las costillas. Siguieron dos golpes más—. Y por Alfred y Joe.

Se levantó sobre sus manos y rodillas. Solo era una conmoción cerebral, se dijo a sí misma. Nada que un buen sueño no arreglara. Usó la barandilla para levantarse, justo a tiempo para ver a Luca agarrando a Winters por la camisa.

Predijo los siguientes segundos antes de que sucedieran.

Una parte de ella quería gritar y decirle que no lo hiciera, pero este era el caso de Luca. Ella solo estaba aquí para el viaje.

—Y esto es por poner tus manos sobre mi mujer.

Luca levantó a Lawrence Winters y lo arrojó por encima de la barandilla.

Por un momento suspendido, Winters simplemente quedó colgando allí, pero luego la gravedad hizo su trabajo.

Sus brazos dieron vueltas, las manos arañando el aire vacío como si pudiera sacar la salvación del éter. Ojos abiertos, boca abierta en un grito silencioso: la cara de un hombre que sabía que no se levantaría por su propio pie en mucho tiempo.

Siguió su caída con un extraño desapego. Podía contar los latidos individuales de su corazón tartamudeante mientras Winters caía, tres metros, seis metros.

¡CRASH!

Abajo, la mesa de especímenes explotó en una vorágine de madera, vidrio, especímenes, huesos y líquido médico. Los frascos se hicieron añicos. Los fragmentos estallaron en un tsunami brillante. Y allí, en el centro de todo, estaba el cuerpo inmóvil de Lawrence Winters.

Se aferró a la barandilla y miró hacia el matadero de abajo. Podía saborear la sangre, sentir el palpar caliente detrás de sus ojos mientras la conmoción cerebral y el puro shock luchaban por el control de su sistema nervioso.

Muerto, pensó.

Se preguntó ociosamente qué habría pensado en esos momentos finales y agitados. Si habría tenido tiempo de arrepentirse, de rebelarse contra un destino tan prosaico después de sus delirios de grandeza asesina.

Probablemente no. Hombres como Lawrence Winters nunca creían realmente que llegaría el momento de pagar.

—¡Eh! —una voz cortó el aire—. ¡Háblame!

Se giró y vio que Luca había estado de pie junto a ella mientras observaba el cadáver de Lawrence. Ella le echó los brazos al cuello.

—Se está moviendo —dijo Luca.

—No llegará muy lejos —dijo ella. Dejó que sus ojos se cerraran y su frente cayera sobre la clavícula de Luca con un golpe sordo. Todo dolía. Todo. Desde la coronilla hasta las plantas de los pies. Pero Luca estaba firme contra ella. Dejó que él soportara su peso mientras el mundo daba vueltas, mientras el sueño azul-negro de la inconsciencia tiraba como una corriente en los bordes de su mente.

Él se apartó. Sostuvo su rostro entre sus grandes manos.

—Ni se te ocurra morirte.

—Bah —dijo ella sonriendo—. Si yo estoy muerta, tú llevas meses en la tumba.

Y entonces la besó. La apretó contra sí, sangre y saliva y alivio desesperado inundando su boca mientras la hacía suya con la presión brutal de sus labios contra los de ella.

Ella emitió un sonido demasiado crudo para ser un gemido. Le devolvió el beso. Fue torpe, sin gracia y con demasiada sangre y sudor como para ser romántico, pero fue el mejor beso de su vida.

Y terminó demasiado pronto, porque el mundo real irrumpió de nuevo cuando el estruendo de las sirenas atravesó la burbuja de su abrazo.

La caballería, tarde como siempre pero más bienvenida de lo que jamás admitiría.

Se acabó el juego.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Ella estaba sentada en la parte trasera de una ambulancia mientras los fuegos artificiales estallaban detrás de sus ojos. Le había costado un puñado de pastillas y unos dos litros de agua para asimilar realmente los acontecimientos de la última hora, y el médico había soltado palabras como conmoción cerebral y heridas superficiales, que Ella interpretaba como: el tipo de lesiones que significaban que viviría para luchar otro día, pero quizás no recordaría exactamente cómo le habían dado una paliza.

Típico. Años de entrenamiento, elaboración de perfiles y memorización de cada detalle sobre las personas más peligrosas de la tierra, y aun así dejó que un contable fiscal le golpeará la cabeza con un tarro de cristal. Todavía no sabía exactamente qué espécimen había estado en esa cosa, y ese era un misterio con el que estaba feliz de vivir.

Observó cómo la maquinaria de la escena del crimen hacía su magia. Los coches patrulla pintaban el Museo St. Andrews en tonos de rojo y azul. Los agentes habían derribado la puerta para facilitar el acceso. Los técnicos forenses iban y venían. No había visto los restos de Lawrence Winters desde que llegaron los refuerzos, pero la falta de una furgoneta del forense sugería que aún respiraba.

Luca se materializó entre el gentío y se acercó a ella. Apenas tenía un pelo fuera de lugar, mientras que ella parecía haber tenido diez asaltos con una trituradora de madera.

Su compañero debió de captar su línea de pensamiento, porque dijo:

- Joder, Ell, tienes un aspecto horrible.
- Sabes cómo halagar a una chica —dijo ella.
- Es una de mis especialidades.

—¿Cuáles son las otras?

Luca se sentó en el parachoques junto a ella con un quejido apagado.

—No sé. Una profunda falta de autoconsciencia. ¿Cómo está tu cráneo?

—Aún pegado. ¿Y el tuyo?

Luca agitó la mano por la muñeca.

—El cráneo está bien, pero creo que me rompí una uña al golpear a ese capullo.

—¿Necesitas una tirita?

—Quizás. Creo que también me rompí algunos nudillos, pero sobreviviré. ¿Estás en condiciones de viajar?

—Los aviones están descartados, pero no hay problema con que me lleves a casa en coche —Ella puso una mano en su rodilla y la apretó—. Gracias por salvarme el culo. Otra vez.

—No tenía elección. Este era mi caso, ¿recuerdas?

—¿Cómo llegaste aquí?

—Pagué a un par de yonquis para que vigilaran el piso de Winters hasta que llegara la policía. Luego conduje hasta aquí. Muy rápido. Entré por esa ventana abierta de arriba.

Las palabras que quería decir se agolparon en su garganta. La gratitud parecía un lastre inadecuado contra el peso de lo que le debía. Lo que siempre le debería, por quedarse. Por luchar. Por negarse a dejarla caminar sola en la oscuridad.

Pero Ella Dark se encontró sin palabras. Estaba a la deriva en el abismo entre lo que sentía y lo que podía articular.

Así que hizo lo único que pudo. Se apoyó en él, dejando que su sien descansara contra el saliente firme de su hombro. Luca la rodeó con el brazo y la abrazó.

—Si este es el último caso que trabajamos juntos, creo que lo hicimos bastante bien.

—De acuerdo.

—Bueno, tú lo hiciste bastante bien —admitió ella.

Una sombra cayó sobre ellos. Ella entreabrió un ojo para ver a Reeves de pie a unos metros, bañado en destellos rojos y azules. Esbozó un pequeño saludo con la mano.

—Vaya, si no son Starsky y Hutch. Pensé que vosotros dos ya estaríais camino a casa.

Luca gruñó algo que podría haber sido un saludo o una maldición. Ella le clavó el codo en las costillas, más por reflejo que por intención, y se incorporó a algo parecido a la vertical.

—¿Y marcharnos sin decir adiós?

Reeves se rió.

—Bueno, lo agradecemos, yo especialmente. Si no hubierais sido más listos que este tipo, quién sabe cuántos cuerpos más estaríamos viendo.

—Tantos como fuera posible hasta que lo atraparan. Asesinos como Winters no se detienen.

—Bueno, obtendremos respuestas pronto cuando esté lo suficientemente consciente para hablar.

Luca dijo:

—Tiene las pertenencias de las víctimas en su piso, Reeves. Eso son tres cadenas perpetuas ahí mismo.

—Así es. Tengo a algunos de mis hombres allí ahora.

Como si fuera una señal, tres agentes uniformados escoltaron a un hombre encadenado fuera de la puerta. Lawrence Winters no se parecía en nada a como estaba hace una hora. Su cara estaba oculta por sangre seca, y apenas podía caminar sin apoyo. Mantuvo la mirada firmemente en el suelo mientras todos los ojos en el aparcamiento se volvían hacia él. Un cobarde hasta el final.

—Ahí va —dijo Luca.

—Será mejor que me asegure de que llegue a los calabozos de una pieza —dijo Reeves—. Cuidaos vosotros dos, y no seáis unos desconocidos.

—Gracias por todo, detective —asintió Ella.

—Paz —concluyó Luca.

Ella esperó hasta que Reeves se unió a Winters en el coche patrulla. Se volvió hacia Luca y preguntó:

—¿Paz?

—Pensé en probar algo nuevo.

—Te queda bien. ¿Listo para irnos de aquí? Podríamos llegar a casa antes de medianoche.

—¿Puedo reunirme contigo en la comisaría en una hora? Solo necesito ir a recoger algo.

Ella arqueó una ceja.

—¿Recoger algo? ¿Debería asustarme?

—Un poco.

—De acuerdo. Te veo en la comisaría en una hora.

El coche patrulla que llevaba a Lawrence Winters desapareció al doblar una esquina. Ella lo vio marcharse, pensando en colecciones y coleccionistas y en todas las formas en que los seres humanos intentaban poseer trozos de perfección. Ella y Luca tenían su propia especie de galería, construida no de muñecas o insectos o reliquias sagradas, sino de momentos como estos. Casos resueltos, vidas salvadas, monstruos atrapados.

Quizás esa era la colección más preciada de todas.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

El escritorio de Ella en la comisaría de Chesapeake parecía una escena del crimen en miniatura. Los expedientes esparcidos como marcadores de evidencia, el papeleo manchado con cercos de café que podrían haber sido salpicaduras de sangre en otras circunstancias. Su portátil desapareció en su bolsa con un satisfactorio cierre de cremallera: un caso más guardado en cualquier cajón que su cerebro reservara para los resueltos pero nunca olvidados.

Chesapeake la había masticado y escupido, pero así era el trabajo. Ibas donde estaban los monstruos y les dejabas dejar sus marcas en tu cuerpo y alma hasta que olvidabas lo que era dormir sin ver sangre en el interior de tus párpados.

Su cabeza aún palpitaba donde Winters la había golpeado con ese frasco de líquido conservante. Los médicos dijeron que la conmoción cerebral desaparecería, pero ahora mismo su cráneo se sentía como si alguien lo hubiera usado para practicar bateo. Su memoria fotográfica podría tardar unos días en volver a funcionar, pero al menos había estado lo suficientemente lúcida para dar su declaración antes de que los analgésicos hicieran efecto.

Según Reeves, Lawrence Winters era un contable fiscal autónomo. Era contratista del Grupo Curated Value, procesando pagos entre la firma de tasación y sus clientes, lo que le daba acceso a detalles de colecciones, disposiciones de seguridad y horarios de los propietarios. También había sido empleado por el National Trust para gestionar pagos relacionados con el Museo St. Andrews, lo que presumiblemente le había permitido descubrir que el lugar había estado vacío durante años.

Un pitido de su bolsillo la devolvió al mundo fuera de este armario sofocante que los paletos locales llamaban oficina.

El nombre del Director Edis brilló en su pantalla.

Necesito verte en mi despacho cuando vuelvas. Urgente.

Ella entrecerró los ojos mirando la pantalla, esperando que las letras se reordenaran en algo que tuviera sentido. Eran las 9 de la noche, así que incluso con buen tráfico, no llegarían a DC hasta medianoche. Edis siempre había mantenido horarios vampíricos, pero las reuniones a medianoche en la oficina solían reservarse para los peces gordos. En más de una ocasión, Ella había visto al Vicepresidente y al Fiscal de Distrito tambaleándose por la planta superior después del anochecer.

Algo en esto se sentía raro, como entrar en una habitación y encontrar todos los muebles desplazados dos centímetros a la izquierda. Había resuelto el caso, atrapado al asesino, evitado una cuarta víctima. Por cualquier métrica que importara, esto era una victoria. Entonces, ¿por qué sus entrañas se sentían como si estuvieran tratando de digerir alambre de púas?

Pero aun así, no le decías que no al tipo que firmaba tus cheques. No en este trabajo.

La puerta crujió en advertencia una fracción de segundo antes de que Luca llenara el espacio con su bolsa colgada de un hombro. Sus nudillos estaban magullados hasta el infierno, pero nunca había sido de los que llevaban su dolor en la manga.

—¿Lista para dejar este lugar en el retrovisor, compañera?

—Sí, casi —dijo ella, señalando la destrucción controlada de su espacio de trabajo—. ¿Dónde has estado?

—Consiguiéndote algo —Una sonrisa partió su cara, ese tipo particular de sonrisa burlona que significaba que estaba irrazonablemente complacido consigo mismo.

—¿Un regalo? No deberías haberte molestado —Y realmente no debería haberlo hecho. Pero ese era Luca: un misterio envuelto en un enigma envuelto en una queja ambulante de Recursos Humanos.

La bolsa crujió mientras metía la mano, hurgando en su interior.

—Pasé a ver cómo estaba Vanessa. Nos pusimos a charlar y, bueno...

Sacó la mano. El cerebro policial de Ella registró los detalles en destellos instantáneos. Pelaje desaliñado. Ojos de mármol. Alas correosas. Una corona de clavos oxidados clavados en un diminuto cráneo.

La ardilla. La obra maestra de taxidermia de Creed. La cosa hizo que su conmoción cerebral diera volteretas.

—Jesucristo en un monociclo. ¿Por qué tienes eso?

—¿Por qué tiene alguien esto?

—Quiero decir, es...

—Tuyo, aparentemente. Pasé a ver cómo estaba Vanessa. Me dijo que me pasara por su oficina y recogiera esta cosa para ti. Está teniendo dudas sobre todo este asunto de coleccionar cosas de asesinos en serie después de, bueno...

—¿Y pensó en mí? Me siento conmovida.

Luca pareció leerle la mente. O tal vez solo su cara, que nunca había sido capaz de controlar un carajo cuando estaba con él.

—Parecía apropiado. Aunque ahora estoy teniendo dudas sobre dártelo.

—No soy una chica materialista, pero ¿no podrías haberme conseguido ese crucifijo de cinco millones de euros en su lugar?

Y entonces él dio dos zancadas rápidas hacia la papelera en la esquina. La ardilla golpeó el metal con un ruido hueco. Quedó allí tirada, tan trivial como un vaso de café desechado, solo otra cosa rota en un mundo lleno de ellas.

—¿Qué tal así? —preguntó.

—Sabia elección. ¿Listo para largarnos de aquí?

—Inténtalo y detenme.

Ella se echó la bolsa al hombro, echó un último vistazo a la oficina que había sido su hogar lejos de casa durante las últimas

setenta y dos horas.

—Aunque tenemos que hacer una parada en la central primero.

—¿Qué? ¿A esta hora?

Ella le mostró su teléfono.

—Directo del jefe —dijo—. Dice que es urgente.

—¿Los dos?

—No. Solo yo.

—Seguro que solo quiere felicitarnos por dejar en buen lugar a la Oficina. Tal vez darnos unas medallas relucientes por nuestro esfuerzo.

—Claro. Y luego nos trenzaremos el pelo y cantaremos canciones alrededor de la hoguera.

—Ahora sí que hablas mi idioma.

—Venga, vámonos.

Caminaron por la comisaría, pasando junto a escritorios vacíos donde los inspectores solían lidiar con el papeleo. A esa hora, solo el turno de noche mantenía su solitaria vigilia. Algunos asintieron al verla pasar, con ese gesto característico de los policías al reconocer a uno de los suyos.

Hace tres días, había recorrido estos mismos pasillos persiguiendo a un asesino que convertía a los coleccionistas en piezas de sus propias colecciones. Ahora se marchaba con una conmoción cerebral, algunas cicatrices nuevas y la persistente sospecha de que Lawrence Winters no era el único que había cambiado por este caso.

EPÍLOGO

El edificio J. Edgar Hoover devoraba la luz. Incluso en las noches despejadas, el gigante de hormigón parecía doblar las sombras alrededor de sus bordes como un agujero negro consumiendo estrellas. Pero esta noche, con las nubes de diciembre ahogando el cielo, el lugar irradiaba un tipo específico de oscuridad.

El cerebro de Ella se sentía como si estuviera envuelto en alambre de espino, cortesía de Lawrence Winters y su improvisada presentación de tarro contra cráneo. Los analgésicos habían dejado de hacer efecto en algún punto entre Chesapeake y Washington D.C., dejando tras de sí una nueva clase de dolor de cabeza.

—Aún estás a tiempo de echarte atrás —dijo Luca mientras cruzaban el aparcamiento subterráneo—. Lo que sea que quiera Edis puede esperar hasta mañana.

—Ojalá. Nunca antes me había convocado a medianoche.

—Quizás por fin te vaya a ascender a su puesto.

—Ya nos gustaría.

Se abrieron paso por las puertas principales, atravesaron el vestíbulo y se dirigieron al ascensor. Una vez dentro, Ella pulsó el botón del último piso. Observó cómo pasaban los números de las plantas, cada uno aumentando otro grado el pavor en su estómago. Cuando llegaron al nivel ejecutivo, sentía como si le hubieran reemplazado la columna vertebral por una barra de acero.

El ascensor se detuvo con un temblor. Ella cuadró los hombros mientras las puertas se abrían con estrépito.

Y se encontró cara a cara con un par de policías de expresión sombría.

Dos agentes con mandíbulas pétreas y brazos cruzados, y detrás de ellos apareció un Director Edis con aspecto agotado.

Llevaba una carpeta gruesa bajo el brazo.

Ella titubeó. Esto era nuevo. En todos sus años, nunca había visto al Director necesitar escolta policial, especialmente no en su propio terreno.

—Señorita Dark —dijo, haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta abierta de la oficina—. Por favor, acompáñeme.

Luca hizo ademán de seguirla, pero los policías cerraron filas. Una muralla azul de amenaza silenciosa.

—Solo la agente Dark —dijo Edis—. Espere aquí fuera, Hawkins.

—¿Qué coño...? —La mano de Luca se movió instintivamente hacia donde estaría su arma si no la hubiera entregado en el control de seguridad.

—Eso no ha sido una petición —el tono de Edis bajó otros diez grados—. Agentes, asegúrense de que el agente Hawkins permanece en el pasillo.

Los uniformados cambiaron de postura, sus manos acercándose a sus armas. El mensaje era tan claro como un cartel de neón: esto no era una charla amistosa.

Ella le lanzó a Luca una mirada que esperaba transmitiera tanto disculpa como tranquilidad. Su mandíbula se tensó como si estuviera masticando cristal, pero luego dio un paso atrás y levantó las manos en ese gesto universal de "vale, tú ganas".

—Por aquí, agente Dark.

Edis la condujo no a su despacho sino a una sala de conferencias adyacente. El tipo de lugar donde se daban noticias que redefinían la vida de las personas. Le indicó que se sentara y luego cerró la puerta con un clic que resonó como un disparo en su cráneo.

Algo iba muy mal aquí.

La irregularidad se percibía en la forma en que Edis evitaba mirarla a los ojos. En cómo sus dedos tamborileaban un ritmo constante contra esa carpeta bajo su brazo.

—¿Señor? —La palabra salió firme a pesar de que su corazón intentaba atravesarle la caja torácica—. ¿Qué está pasando?

Edis no respondió. En su lugar, abrió la carpeta y comenzó a colocar fotografías sobre la pulida caoba. Fotos de escenas del crimen, a juzgar por los vistazos de sangre y bolsas para cadáveres. Ella había visto suficiente muerte como para empapelar el Pentágono, pero algo en estas hizo que su estómago intentara trepar por su garganta.

—¿Reconoce a estas personas, agente Dark?

Había dos fotografías.

Ella se inclinó hacia delante y examinó la primera. El aire abandonó sus pulmones en una violenta exhalación.

Julianne Cooper, su antigua casera. La mujer a la que había estado intentando contactar por su depósito de seguridad. Excepto que ahora los ojos de Julianne miraban a la nada mientras su boca había sido... ¿cosida? Pulcras puntadas negras en un perfecto patrón entrecruzado decoraban sus labios. El hilo tiraba de la carne formando grotescos pliegues, transformando su rostro en algo que pertenecía más a una pesadilla que a la realidad.

¿Qué demonios era esto?

Pero fue la siguiente foto la que destrozó su mundo en pedazos irreparables.

Jenna Bradbury. Su antigua compañera de piso. Su amiga. La mujer que la había acompañado a través de rupturas y avances, que sabía cómo le gustaba el café y qué podcasts de crímenes reales la mantenían despierta por la noche. La dulce y despistada Jenna. La mujer que se había mudado con poco más que un puf y dieciséis cajas de libros de autoayuda. Habían compartido comida a domicilio y telerrealidad barata, el eterno optimismo de Jenna era el contrapunto perfecto al cinismo mundano de Ella.

Ya no había sonrisas. Solo facciones flácidas y exangües y un horrendo entrecruzado de hilo negro sellando aquellos labios de capullo de rosa.

Ambas mujeres a las que había estado intentando contactar. Ambas en silencio desde hacía semanas.

Ahora sabía por qué.

—¿Señorita Dark? —La voz de Edis parecía venir de muy lejos—. ¿Reconoce a estas mujeres?

Forzó el aire a entrar en unos pulmones que habían olvidado cómo respirar.

—Sí. Mi casera y mi antigua compañera de piso. He estado intentando contactar con ellas, pero no respondían...

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo contacto con alguna de ellas?

—No lo sé... ¿hace unas semanas? ¿Quizás más? —La cronología se le escapaba entre los dedos como si fuera mercurio.

—Qué curioso, señorita Dark, porque sus registros telefónicos muestran que usted contactó con ellas recientemente mediante mensajes de texto.

—¿Mensajes? ¿Qué? Las llamé varias veces, pero no contestaron. Puedo enseñarle mis registros ahora mismo.

Suzy acudió al rescate de Lacey. —Creo que lo que Lacey intenta preguntar es si puede contratarte para hacer el trabajo.

Gabe se encogió de hombros. —Vale.

Lacey miró a Suzy, sin palabras por la sorpresa. No podía creer que este adolescente monosilábico pudiera hacer realidad su sueño, pero era un riesgo que iba a correr.

Se volvió hacia Gabe. —¿Quieres empezar ahora?

Gabe se apartó el flequillo de pelo grasiento de los ojos y se encogió de hombros. —Vale.

Un frío y escalofriante pavor recorrió la columna de Ella. Este no era un asesinato cualquiera. No eran crímenes pasionales ni de desesperación de yonquis. Esto estaba planeado. Dirigido. Era obra de alguien con rencor y sangre fría para llevarlo a cabo.

—Señor, no lo entiendo. ¿Por qué me enseña esto? ¿Por qué los agentes fuera? ¿Qué está pasando?

Edis se quitó las gafas y las limpió con precisión mecánica.

—Porque, señorita Dark, fíjese en sus bocas. Las han cosido.

Ella se obligó a mirar de nuevo. —Lo sé. Lo he visto.

—Y los forenses han determinado que el asesino no usó puntadas normales. Utilizó mechones de pelo. Pelo humano. Su pelo.

La habitación empezó a dar vueltas. Ella se aferró al borde de la mesa, intentando anclarse a algo sólido mientras la realidad se desmoronaba.

—Eso... no puede ser...

—Sí que puede. Tenemos pruebas concluyentes; por lo tanto, a partir de ahora, tenemos que ponerla bajo arresto domiciliario.

Ella volvió a mirar las fotografías, en el vacío acusatorio de sus miradas muertas, vio cómo su futuro se desenmarañaba con despiadada certeza. Ella misma esposada, arrastrada sobre las brasas. Ella misma en una sala de interrogatorios, negando desesperadamente contra una marea de pruebas condenatorias.

Ella misma encerrada en una jaula - quizás no hoy, quizás no mañana.

Pero pronto.

LA ACUSADA

(Un thriller de suspense del FBI de Ella Dark—Libro 25)

La agente del FBI Ella Dark ha estudiado asesinos en serie desde que aprendió a leer, devastada por el asesinato de su propio padre, y ha adquirido un conocimiento enciclopédico sobre ellos.

Cuando las víctimas de un nuevo asesino son marcadas con una letra escarlata que deletrea su pecado máximo, la obsesión de Ella por lo macabro se vuelve esencial en su lucha contrarreloj para descifrar el simbolismo tras cada muerte. Pero ¿su incesante búsqueda la llevará demasiado cerca de convertirse en parte del diabólico sermón del asesino?

“Una obra maestra de suspenso y misterio.”

—Reseñas de libros y películas, Roberto Mattos (sobre Once Gone)

CHICOLA ACUSADA (Un thriller de suspense del FBI de Ella Dark) es el libro número 25 de una esperadísima nueva serie del autor número 1 en ventas y bestseller del USA Today, Blake Pierce, cuyo bestseller Once Gone (descarga gratuita) ha recibido más de 20.000 reseñas y calificaciones de cinco estrellas.

La agente del FBI Ella Dark, de 29 años, recibe la gran oportunidad de cumplir el sueño de su vida: unirse a la Unidad de Delitos Conductuales. Su obsesión oculta por adquirir un conocimiento enciclopédico sobre asesinos en serie la ha llevado a ser reconocida por su brillante mente y a ser invitada a unirse a las grandes ligas.

Pero esta vez, Ella se encuentra en una búsqueda sin salida, y debe preguntarse si está cazando, o si es el perseguido...

Un thriller policial apasionante y desgarrador protagonizado por una brillante y torturada agente del FBI, la serie ELLA DARK es un misterio fascinante, lleno de suspense, giros inesperados, revelaciones y un ritmo vertiginoso que te mantendrá pasando las páginas hasta altas horas de la noche.

Los próximos libros de la serie estarán disponibles próximamente.

“¡Un thriller que te mantiene en vilo en una nueva serie que te mantiene enganchado! ...Tantos giros inesperados y pistas falsas... ¡Estoy deseando ver qué pasa después!”

—Reseña de un lector (Su Último Deseo)

“Una historia intensa y compleja sobre dos agentes del FBI que intentan detener a un asesino en serie. Si buscas un autor que capte tu atención y te haga adivinar, pero que a la vez intentes atar cabos, ¡Pierce es el autor ideal!”

—Reseña de un lector (Su Último Deseo)

“Un thriller de suspense al más puro estilo Blake Pierce, con giros inesperados y una montaña rusa de suspense. ¡Te mantendrá enganchado hasta la última frase del último capítulo!”

—Reseña de un lector (Ciudad de Presa)

“Desde el principio, tenemos un protagonista inusual, nunca antes visto en este género. La acción es incesante... Una novela muy

evocadora que te mantendrá enganchado hasta altas horas de la madrugada.”

—Reseña de un lector (Ciudad de Presa)

“Tiene todo lo que busco en un libro... una trama genial, personajes interesantes y que te atraiga al instante. El libro avanza a un ritmo vertiginoso y se mantiene así hasta el final. ¡Ahora, a por el segundo libro!”

—Reseña de un lector (Girl, Alone)

“Un libro emocionante, trepidante, que te mantiene en vilo... ¡una lectura imprescindible para los amantes del misterio y el suspense!”

—Reseña de un lector (Girl, Alone)

LA ACUSADA

(Un thriller de suspense del FBI de Ella Dark—Libro 25)

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor más vendido de USA Today de la serie de misterio RILEY PAGE, que consta de veintitrés libros. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, que comprende catorce libros; de la serie de misterio AVERY BLACK, que comprende seis libros; de la serie de misterio KERI LOCKE, que comprende cinco libros; de la serie de misterio MAKING OF RILEY PAIGE, que comprende seis libros; de la serie de misterio KATE WISE, que comprende trece libros; del misterio de suspense psicológico CHLOE FINE, que comprende seis libros; de la serie de thrillers de suspense psicológico JESSIE HUNT, que comprende cuarenta y tres libros (y contando); de la serie de thrillers de suspense psicológico AU PAIR, que comprende tres libros; de la serie de misterio ZOE PRIME, que comprende seis libros; de la serie de misterio ADELE SHARP, que comprende dieciséis libros, de la serie de misterio acogedor EUROPEAN VOYAGE, que comprende seis libros; del thriller de suspense FBI LAURA FROST, que comprende once libros; del thriller de suspense FBI ELLA DARK, que comprende treinta y un libros (y contando); de la serie de misterio acogedor A YEAR IN EUROPE, que comprende nueve libros, de la serie de misterio AVA GOLD, que comprende seis libros; de la serie de misterio RACHEL GIFT, que comprende veintitrés libros; de la serie de misterio VALERIE LAW, que comprende nueve libros; de la serie de misterio PAIGE KING, que comprende ocho libros; de la serie de misterio MAY MOORE, que comprende once libros; de la serie de misterio CORA SHIELDS, que comprende ocho libros; de la serie de misterio NICKY LYONS, que comprende ocho libros, de la serie de misterio CAMI LARK, que comprende diez libros; de la serie de misterio AMBER YOUNG, que comprende ocho libros; de la serie de misterio DAISY FORTUNE, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio FIONA RED, compuesta por trece libros; de la serie de

misterio FAITH BOLD, compuesta por veinte libros (y contando); de la serie de misterio JULIETTE HART, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio MORGAN CROSS, compuesta por dieciocho libros; de la serie de misterio FINN WRIGHT, compuesta por once libros (y contando); de la serie de suspense SHEILA STONE, compuesta por catorce libros; de la serie de suspense RACHEL BLACKWOOD, compuesta por ocho libros; de la serie de suspense psicológico THE GOVERNESS, compuesta por nueve libros (y contando); de la serie de misterio JENNA GRAVES, compuesta por diez libros (y contando); y de la nueva serie de suspense ALISON PAYNE, compuesta por doce libros (y contando). Blake es un lector ávido y fanático de toda la vida de los géneros de misterio y suspenso, a quien le encanta recibir noticias tuyas, así que no dude en visitar www.blakepierceauthor.com para obtener más información y mantenerse en contacto.

Table of Contents

[Title page](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISEIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISEIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)

[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)

[CAPÍTULO TREINTA](#)

CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE
CAPÍTULO CUARENTA
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES
CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO
CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO
EPÍLOGO